

# Producción, usos y circulación de bienes en el Pucará de Tilcara (Quebrada de Humahuaca, Jujuy).

*Vol. 1*

Autor:

Otero, Clarisa

Tutor:

Tarragó, Myriam N.

2013

Tesis presentada con el fin de cumplimentar con los requisitos finales para la obtención del título de Doctora de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires en Antropología.

Posgrado

TESIS 18-7-15 V.2

# PRODUCCIÓN, USOS Y CIRCULACIÓN DE BIENES EN EL PUCARÁ DE TILCARA (QUEBRADA DE HUMAHUACA, JUJUY)

Tesis  
18.7.15  
V2



Tesista  
Clarisa Otero

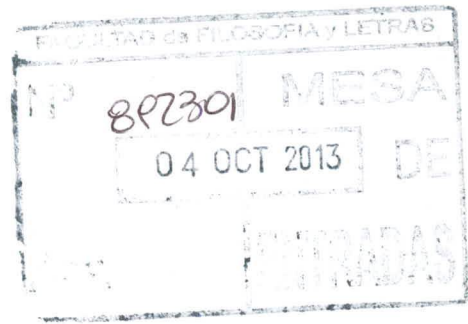
Directora  
Myriam N. Tarragó

Tesis doctoral

Facultad de Filosofía y Letras  
Universidad de Buenos Aires

TOMO 1  
2013

Terns 18-7-15V2



**A Pablo A. Ochoa,  
por nuestra primera década juntos**

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS  
Dirección de Bibliotecas

## ÍNDICE

### Agradecimientos

<b>Capítulo 1. El Pucará desde una nueva perspectiva arqueológica</b>	<b>1</b>
1.1. Presentación	2
1.2. Estructura general de la tesis	5
<b>Capítulo 2. Marco conceptual y metodológico</b>	<b>7</b>
2.1. Consideraciones teóricas	8
2.2. Metodología	14
2.3. Más de un siglo de investigaciones arqueológicas	31
2.4. Síntesis del capítulo	40
<b>Capítulo 3. El espacio habitado</b>	<b>41</b>
3.1. Organización del espacio	42
3.2. Resultados del trabajo de excavación reciente	56
3.2.1. Estructura 1 del Sector A	57
3.2.2. Estructura 2 del Sector B	68
3.3. Síntesis del capítulo	89
<b>Capítulo 4. Habitar en el tiempo</b>	<b>91</b>
4.1. Unidad Habitacional 1 del Faldeo Suroeste	92
4.1.1. La historia de una casa-taller	98
4.1.2. Recinto 3	102
4.1.3. Recinto 2	111
4.1.4. Ampliación del Recinto 2.1	113
4.1.5. Excavación del Recinto 2.2	119
4.1.6. Recintos 1 y 4	127
4.2. Estructuras mortuorias	130
4.3. Estudio de los materiales extraídos de excavación	143
4.3.1. Cerámica. Análisis estilístico, tecnológico y funcional	145
4.4. Interpretaciones en torno a las prácticas funerarias	162
4.5. Síntesis del capítulo	166
<b>Capítulo 5. Contextualización temporal</b>	<b>168</b>
5.1. Dataciones	170
5.2. Contextualización temporal	176
5.3. El Pucará en el marco local	198
5.4. Síntesis del capítulo	202
<b>Capítulo 6. Biografía de los objetos y contextos</b>	<b>204</b>
6.1. Estudio de los objetos de colecciones museológicas	206
6.2. La muestra cerámica	208
6.3. El conjunto cerámico local	210
6.3.1. Estilos tardíos de Humahuaca	212
6.3.2. Cerámica inca local	220
6.3.3. Las representaciones estilísticas como referentes de identidad local	234

6.4. El conjunto cerámico no local	240
6.4.1. Estilos tardíos no locales	242
6.4.2. Cerámica inca no local	251
6.4.3. Circulación de bienes y vínculos sociopolíticos	268
6.5. Trayectorias de vida	271
6.6. Síntesis del capítulo	281
<b>Capítulo 7. Reconstrucción de conjuntos de hallazgos y contextos</b>	<b>283</b>
7.1. Los conjuntos de hallazgos y contextos de la Cima	288
7.2. Terraza Superior	314
7.3. Edificios del Faldeo Suroeste	318
7.4. Casas del Este	320
7.5. Estructuras del Faldeo Sureste	322
7.6. Casas o Yacimientos sin ubicación precisas	324
7.7. Síntesis del capítulo	336
<b>Capítulo 8. La especialización de la producción</b>	<b>338</b>
8.1. Producción lapidaria	339
8.2. La metalurgia	354
8.3. Otras producciones: alfarería y textilera	377
8.4. Organización de la producción	381
8.5. Síntesis del capítulo	391
<b>Capítulo 9. El Pucará, centro político administrativo y religioso</b>	<b>392</b>
9.1. Casa n° 1 o “La Iglesia”	393
9.2. Demarcación del tiempo y culto solar	404
9.3. Prácticas religiosas en el ámbito doméstico	420
9.4. Síntesis del capítulo	431
<b>Capítulo 10. Conclusiones y perspectivas</b>	<b>433</b>
<b>Bibliografía</b>	<b>450</b>
<b>Anexo 1</b>	<b>477</b>

## Agradecimientos

Esta tesis es la culminación de una etapa que incluye muchos años de trabajo y la colaboración de numerosas personas.

En primera instancia, quiero mencionar mi profundo agradecimiento a la Comunidad de Tilcara. Espero que mi aporte contribuya a profundizar el conocimiento sobre el pasado local y el valor simbólico y patrimonial que concentra el Pucará.

Agradezco a María Esther Albeck, Mariel López, Verónica Williams, Javier Nastri, Paula Villegas, María Sara López Campeny, Gimena Ávalos, Carolina Rivet y Agustina Scaro, por cederme material bibliográfico y responder a mis consultas. A Asunción Bordach, Verónica Lema, Lalo Barber, Guadalupe Maro y el Dr. Sureda, por el análisis de diferentes muestras de materiales.

Deseo expresar mi agradecimiento al grupo de trabajadores de dos importantes instituciones de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) que dieron espacio al desarrollo de esta investigación: el Museo Etnográfico, y el Instituto Interdisciplinario Tilcara - Centro Universitario Márquez Miranda.

En relación a los trabajos desempeñados en el Instituto Interdisciplinario, donde radiqué esta investigación, el relevamiento de las colecciones conservadas en el Depósito del Museo Arqueológico "Dr. E. Casanova" de Tilcara no hubiera sido posible sin la asistencia permanente y el compromiso de Armando Mendoza, Presentación Aramayo y Daniel Aramayo. Les agradezco su compañerismo, enseñanzas y las lindas mañanas compartidas. También estoy en deuda con Mónica Jiménez, Santos Aramayo, Vanesa Quispe, personal de la Biblioteca del Instituto Interdisciplinario Tilcara, quienes me ayudaron en todo momento, y con Pantaleón Rueda, Luis Lamas, Ariel Villamayor y Noel Montoya, del área administrativa. Agradezco a Emiliana Álvarez, Dante Lamas y Margarita Benecio, por mantener siempre todo en condiciones para que podamos desarrollar nuestras investigaciones de manera más cómoda. Por otro lado, quiero agradecer a mis compañeros que día a día cuidan el Pucará, y nos acompañaron durante nuestras excavaciones en este sitio. Entre ellos quiero mencionar a Ernesto José, Florencio Pérez, Savino Sajama, Norberto y Raúl Serapio, Juan Domingo Alfaro, Arnaldo y Horacio Esquivel, Alberto Peloc, Fortunato Sajama, Juan Álvarez, Hernán Yurquina, José Galán, Esteban Sajama, Walter Sajama, Sergio Sajama, Ramón Sajama y Francisco Cruz.

Entre el personal del Museo Etnográfico, agradezco a las bibliotecarias Mónica Ferraro y Silvia Soruco, por su incansable colaboración en la búsqueda de bibliografía; a Marisa Scaraffoni del Archivo Fotográfico y Documental, por permitirme revisar manuscritos inéditos de Debenedetti sobre sus trabajos en el Pucará y el relevamiento de piezas en el Museo de Berlín; a Gabriela Ammirati, Alejandra Reynoso, Marina Marchegiani, Victoria Coll y Silvia Manuale, por su paciencia, colaboración y buena predisposición durante el relevamiento de los materiales de colección, y a los miembros del Proyecto Yocavil, radicado en este Museo, especialmente a Valeria Palamarczuk por brindarme su apoyo, a Luis González y Geraldine Gluzman, por asesorarme en materia de metalurgia y por responder a mis reiteradas consultas, y a mis amigos dentro de este equipo: Carlos Belotti, por aceptar analizar las abundantes muestras de fauna recuperadas en la Unidad Habitacional 1 y la Estructura 1 del Pucará, Sonia Lanzelotti, quien junto a Gabriel Acuña, trabajaron de forma intensiva para finalizar el plano de este sitio, y a Catriel Greco, por la calibración de los fechados, su ayuda en la interpretación de estos resultados, por la edición y lectura del manuscrito (¡trabajo insuperable!), y por sobre todo por su constante apoyo y amistad, desde el lugar donde esté.

También quiero agradecer a mis amigas y compañeras de trabajo: Clara Rivolta, Mónica Montenegro, Elisa Aparicio, Beatriz Cremonte y Virginia Passarella, por su constante colaboración en todas las etapas de esta investigación, pero principalmente por contribuir a mi desarrollo profesional y alentarme durante la redacción de la tesis.

Quiero expresar mi especial agradecimiento a María Amalia Zaburlín, por brindarme desinteresadamente todo el material con el que ella contaba sobre el Pucará, desde las libretas de campo de Debenedetti hasta el manuscrito inédito de Ambrosetti. Su trabajo y apoyo ha sido invaluable para el desarrollo de esta investigación.

Agradezco a Lidia García, por actuar como mi consejera de estudios.

A mi directora Myriam Tarragó, por supervisar mis trabajos a lo largo de estos años, pero principalmente por los días dedicados a corregir este manuscrito. Asimismo agradezco la oportunidad y confianza que depositó en mí para continuar las investigaciones en el Pucará de Tilcara. Gracias Myriam por enseñarnos tanto y ser nuestro referente, acercarnos a la ciencia y transmitir su pasión.

A Sandra por su ayuda y compañía diaria. A mi familia, toda, quien sabe lo que significan para mí estas oportunidades. ¡Qué más se le puede pedir a Dios y a la vida! Agradezco en especial a mis padres y a Ale, por cuidar de mis bebés para que pudiera avanzar con la escritura de la tesis y en mi carrera como investigadora. ¡Les debo tanto! A Pablo, por su dedicación, amor incondicional, paciencia, colaboración y discusión de diversos temas durante toda esta investigación. A mis hijos, tan pequeñitos, que desde la panza vivieron este proceso. Son mi felicidad y orgullo. Deseo que en la vida encuentren una profesión que les apasione tanto como a mí la Arqueología.

Este trabajo fue posible gracias al financiamiento brindado por el Instituto Interdisciplinario Tilcara (FFyL-UBA) a través de un proyecto de investigación que dirigí, aprobado en el marco del Programa de Reconocimiento Institucional de Equipos de Investigación de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires. Se trata del proyecto “Paisaje social de la Quebrada de Humahuaca y biografía de los objetos”, con Resolución (CD) n° 5102). Si bien desde este proyecto se cubrió la casi totalidad de los fondos utilizados para desarrollar los trabajos de investigación, también se contó con el respaldo financiero otorgado por el proyecto UBACyT 20020090100202 “Espacios domésticos Andinos: cambios y transformaciones en perspectiva histórica”, dirigido por la Dra. M. Clara Rivolta, y el ANPCyT PICT 1538 “Cerámicas arqueológicas de Jujuy (Quebrada de Humahuaca, Yungas y Valles Templados). Prácticas sociales y Arqueología Aplicada”, dirigido por la Dra. M. Beatriz Cremonte.

# Capítulo 1

## EL PUCARÁ DE TILCARA DESDE UNA NUEVA PERSPECTIVA ARQUEOLÓGICA



## 1.1. Presentación

Esta tesis tiene por objetivo general estudiar la historia de ocupación, la estructuración interna y la función de un sitio arqueológico que se constituyó como un asentamiento urbanizado de primera magnitud en la Provincia de Jujuy, durante la época prehispánica tardía

El Pucará de Tilcara se encuentra emplazado en el sector central de la Quebrada de Humahuaca, sobre un morro ubicado en la confluencia de los ríos Huasamayo y Grande. Aunque este morro se distingue en el paisaje, ya que su cota máxima alcanza los 2500 msnm, el crecimiento de la actual localidad de Tilcara ha hecho que el poblado arqueológico quede parcialmente inmerso en la planta urbana. La larga trayectoria de investigaciones que conllevaron su puesta en valor como museo de sitio, hizo que se reconociera como uno de los asentamientos prehispánicos más importantes de la Quebrada, a pesar que esta región presenta una alta densidad de otros conglomerados construidos en altura.

De acuerdo a sus características geomorfológicas, la Quebrada de Humahuaca podría describirse como un estrecho valle semiárido de aproximadamente 150 km de extensión que, desde su poblamiento, sirvió como corredor natural y vía de enlace entre las tierras altas desérticas (*Puna*) y los valles orientales y meridionales más bajos y húmedos (*Yungas*) de las actuales provincias de Jujuy y Salta (Albeck 1992). La abundancia y diversidad de recursos y el relativamente fácil acceso a aquellos de las regiones adyacentes, cimentaron las bases para la instalación de poblaciones permanentes. Las mismas, con el tiempo llegaron a transformarse en sociedades productivas de gran complejidad (Nielsen 2001; Tarragó 2001; Rivolta 2005).

Hacia el 1000 d.C. y en adelante, el desarrollo de estas sociedades se ve materializado tanto en la conformación de grandes poblados emplazados en altura, algunos denominados *pukara*, como en la amplia diversidad de sus tecnologías. Aproximadamente cuatro siglos después, la dominación incaica marcó un nuevo hito en la historia prehispánica de toda la región. Este dominio se manifestará en la instalación de centros de control administrativo en las poblaciones ya existentes, la remodelación de asentamientos, la construcción de *tampus*, la conformación de lugares sagrados y espacios ceremoniales y la ampliación de los espacios productivos y las redes viales.

En este contexto histórico y dada su ubicación estratégica en el sector central de la Quebrada, el Pucará de Tilcara se constituyó como uno de los principales puntos de

articulación entre las Yungas y la Puna, llegando a ser una de las cabeceras políticas más importantes de la región (Sánchez y Sica 1992/1993; Palma 1998; Nielsen 2001); incluso para algunos autores *Wamani* o capital de la provincia incaica de Humahuaca (González 1982; Williams 2004). El rol protagónico de este sitio fue despertando nuevos interrogantes, algunos de los cuales motivaron el desarrollo del presente estudio, con la mirada puesta en diversas líneas de análisis.

Además de los trabajos previos realizados durante el transcurso del Siglo XX, que son detallados en el Capítulo 2 de esta tesis, el trabajo realizado como tesis de licenciatura (Otero 2006 a), podría considerarse como un antecedente directo de esta investigación, ya que consistió en el estudio contextual y estilístico de una muestra cerámica recuperada en una casa-taller del Pucará. Sin embargo, en el desarrollo de esta nueva investigación se fueron considerando otras vías de indagación que permitieran demostrar la manera en que este poblado, durante su máxima ocupación, alcanzó su fisonomía como centro político de primera jerarquía y como uno de los principales polos productivos y administrativos incaicos de la región. De esta manera se hacía necesario complementar las escalas de la investigación, desde un análisis micro hacia dentro de las viviendas o talleres, a todo el poblado y su relación con las áreas circundantes.

Asimismo, la intención fue continuar avanzando con los objetivos trazados en el marco del proyecto de investigación “Demografía, cultura y sociedad indígena en los Andes Jujenos: etapa agroalfarera y contacto hispano-indígena inicial”, dirigido por la Dra. Myriam Tarragó (1993). Este proyecto tenía como propósito profundizar el conocimiento sobre las formas de organización socio-política de la población que habitó el Pucará y las relaciones que establecieron estas sociedades en el ámbito regional y extra-regional a través de las evidencias materiales de uso y producción de bienes en sus diversos contextos espaciales.

En función de los aspectos señalados anteriormente, se establecieron los siguientes objetivos para la presente investigación:

- Avanzar en el estudio de los conjuntos artefactuales del Pucará de Tilcara con el propósito de caracterizar estilística y tecnológicamente los bienes confeccionados en cerámica, metal, hueso, madera y piedra, a fin de aportar a la construcción de tipologías y establecer su funcionalidad a través del análisis tecno-morfológico y de las huellas de uso de las piezas.

- Reflexionar sobre la funcionalidad y el significado colectivo de los objetos, mediante el estudio de distintos contextos de asociación y de actividad (doméstico, funerario, público y/o ceremonial), considerando que durante la época Tardía prehispánica fue un asentamiento emblemático del territorio político de los *Tilcaras*.
- Reconstruir la *biografía de los objetos* de uso preferencial atendiendo a la variabilidad espacio-temporal de los mismos y a la caracterización de los contextos de uso de las diversas categorías de este tipo de bienes, para establecer pautas de consumo diferencial y de circulación.
- Caracterizar la producción especializada de bienes artesanales, ampliando el conjunto de evidencias con las que se cuenta hasta el momento sobre las actividades metalúrgicas, alfareras, textiles y lapidarias.
- Identificar prácticas religiosas vinculadas al control del tiempo y al saber astronómico a partir del análisis de diversas materialidades en el paisaje social de Tilcara durante la época Tardía prehispánica.
- Contribuir a la construcción de una cronología adecuada para la Quebrada de Humahuaca mediante el aporte de nuevos fechados radiocarbónicos obtenidos para el Pucará.

El planteo de los objetivos llevó a que, en gran medida, la estructuración del manuscrito respondiera a la presentación y evaluación de aquellos indicadores que permitieran dar cuenta de los distintos tipos de actividades socioeconómicas, registradas tanto durante las tareas de campo como a partir de la revisión de colecciones. Esta propuesta integradora buscó aportar nuevas dimensiones de análisis; sin embargo, para ello debió superar dos dificultades. Por un lado, la falta de referencias sobre el lugar de hallazgo dentro del Pucará de muchos de los materiales presentes en las colecciones y, por el otro, la imposibilidad de abordar de forma precisa los procesos previos a la dominación incaica, ya que el intenso accionar del estado incaico fue desdibujando las ocupaciones precedentes.

En virtud de ello, la decisión fue avanzar sobre las formas de organización y estructuración interna del sitio para toda la historia de la ocupación, aunque los límites y posibilidades del registro arqueológico llevaron a plantear un énfasis especial en el intervalo temporal en que la Quebrada formó parte del *Tawantinsuyu*. En tal sentido la propuesta metodológica privilegió el análisis de los conjuntos materiales, focalizando el

interés en el estudio de los objetos y su contextualización espacial intrasitio para intentar acceder a la comprensión de las distintas prácticas productivas desarrolladas bajo el orden político y religioso estatal. Esta perspectiva se presenta como una nueva propuesta de investigación acerca del rol que cumplió el Pucará en tiempos prehispánicos, dado que hasta el momento no se habían estudiado en conjunto los múltiples objetos recuperados en sus continuas intervenciones, ni se había organizado en forma sistemática la información arqueológica existente para su interpretación.

## **1.2. Estructura general de la tesis**

Esta tesis está organizada en nueve capítulos. En el presente Capítulo 1 se introduce la problemática de investigación, se enuncian los objetivos y se realiza una breve referencia contextual.

El Capítulo 2 está dedicado a la presentación del enfoque teórico y metodológico. Para ello se abordan planteos relacionados con la producción, el consumo, la circulación y la biografía de los objetos. En la segunda parte de este capítulo se plantean las decisiones y categorías metodológicas adoptadas en el desarrollo de esta tesis. Asimismo, se reseñan los trabajos realizados en el Pucará por otros autores, que han sido tomados como antecedentes para profundizar y debatir problemáticas previamente planteadas y como desencadenantes de nuevas propuestas de investigación.

El Capítulo 3 presenta la configuración espacial y las características arquitectónicas de los diversos sectores del Pucará, enfatizando los resultados de la excavación de dos de ellos. La interpretación de esos contextos a nivel intrasitio permitió avanzar en la discusión acerca del momento de inicio de las ocupaciones.

En el Capítulo 4, a partir de la excavación utilizando una metodología en área y del análisis contextual de los conjuntos artefactuales, se describe la estructuración espacial y funcional de una casa-taller habitada durante largos siglos pero que en el tramo final sufrió las dominaciones inca e hispánica.

En el Capítulo 5 se exponen y analizan críticamente los resultados de los fechados radiocarbónicos obtenidos para el Pucará, a partir de los cuales se interpreta la secuencia de ocupación de este poblado, considerando a su vez la información existente en toda el área de Tilcara.

El Capítulo 6 está dedicado al análisis de las colecciones del Pucará conservadas en los Museos Etnográfico “J.B. Ambrosetti” y Arqueológico “Dr. E. Casanova” (FFyL-UBA). En el desarrollo del capítulo adquiere principal relevancia el estudio del conjunto cerámico, que entre numerosos aspectos, refleja transformaciones estilísticas vinculadas al momento incaico, así como también manifiesta la circulación de piezas de producción no local a lo largo de toda la época tardía prehispánica.

Asimismo, en relación al estudio de las colecciones, en el Capítulo 7 se describe la recomposición de los conjuntos de hallazgos y de los contextos identificados en distintas estructuras excavadas por Ambrosetti y Debenedetti durante las tres primeras décadas del Siglo XX. El estudio focaliza la ubicación de estas estructuras dentro del Pucará y su relación con las evidencias que refieren al desarrollo de actividades artesanales.

En el Capítulo 8 se prosigue con la identificación de evidencias de distintas etapas de la producción artesanal en otros sectores del sitio, para luego avanzar con las características de la organización de la producción especializada, lapidaria y metalúrgica durante la época incaica y sus cambios y continuidades con respecto a momentos precedentes.

El Capítulo 9 refiere a las prácticas ceremoniales que dieron lugar a la legitimación del poder estatal en el área y al control de las producciones bajo esta esfera. Asimismo se aborda el desarrollo de actividades de tipo ritual en el ámbito doméstico, considerando su continuidad desde la época preincaica hasta la conquista europea.

Finalmente, en el Capítulo 10 se presentan y discuten los principales alcances de esta investigación, planteándose nuevos interrogantes y perspectivas que servirán de base a futuras investigaciones.

# Capítulo 2

## MARCO CONCEPTUAL Y METODOLÓGICO



## 2.1. Consideraciones teóricas

Una serie de contribuciones producidas en las ciencias sociales durante las últimas décadas dan base a los lineamientos conceptuales que se siguen en esta investigación. Si bien son varios los elementos que se utilizaron para generar un marco de referencia, el disparador de todo supuesto planteado es el concepto de *objeto*.

Los objetos pueden definirse como simples cosas atendiendo a su carácter inanimado y material. No obstante, se constituyen como elementos personificados cuando se incorporan dinámicamente al nexo que identifica las relaciones sociales (Ingold 1993). De allí que deban ser entendidos como entidades que activamente y de forma constante crean, recrean y mantienen estas relaciones (Gosden y Marshall 1999). Por estar integrados a la acción humana, cobran protagonismo en el espacio. No solo materializan los contextos de co-presencia, donde se produjo la interacción entre los agentes (Giddens 1995), sino que por su carácter relacional en algunos casos hasta dan cuenta de comportamientos rutinizados y socialmente pautados (Bourdieu 2007).

Algunos autores plantean que más que su significado se debe atender al efecto que producen en las personas o en lo que pueden llegar a convertirse, independientemente de su sentido o función primaria (Gosden 2005). Sin embargo, cuando se consideran las formas de uso y circulación de ciertos objetos en el Mundo Andino, tanto el significado como los efectos que producen ciertos bienes deben ser considerados de forma integrada. A manera de ejemplo, en los Andes no existe nada más representativo de este sentido o efecto sobre las personas que la reciprocidad (Rostworowski 1999), la cual se podría correlacionar con la idea de don/contradon abordada tempranamente por Mauss (1925; Godelier 1998). No obstante, cuando era mediada por objetos no solo generaba el derecho de correspondencia y ciertas obligaciones, sino que los bienes incluidos en estos ritos cobraban un nuevo valor, como soportes narrativos, documentos de poder y memoria, y hasta incluso como bienes de culto. Es a partir de este ejemplo, el cual se podría sumar a otros tantos tomados de las comunidades andinas, que se reconoce que las propiedades de los objetos deben ser aprehendidas conjuntamente para en gran medida comprender la estructura social que



existió detrás de ellos, siendo que fue la que los cargó de distintas valoraciones y significados.

Esta carga de valor pudo transformarse en el tiempo, llegando a atribuir de otros sentidos a los objetos, incluso a partir de su utilización en grupo. De allí que se deba reflexionar sobre la trayectoria de estos bienes tanto de forma individual como conjunta. La sumatoria de sus biografías, integradas en espacio y tiempo, permitiría registrar distintas perspectivas o cambios ideológicos que atañen a la esfera política, religiosa y económica de la sociedad. Vale mencionar que por fuera de la discusión en torno a la distinción entre dones y mercancías, aquí se rescata la noción de biografía con el propósito de abordar la dimensión histórica de los objetos.

La *biografía cultural de los objetos* (Kopytoff 1986) apunta a comprender el proceso por el cual la acción humana da significados a esos bienes, en un sentido mutuo de creación de valor entre la gente y las cosas. Para ello se debe contemplar desde un mismo nivel interpretativo a los procesos y ciclos de producción, intercambio y consumo de esos bienes, dado que no pueden entenderse plenamente a partir de una sola etapa de su vida (Gosden y Marshall 1999). Los objetos acumulan más de una historia. Incluso, en ocasiones sus biografías son parciales y pueden llegar a no estar culturalmente moldeadas. Se puede evaluar la biografía política, económica o social de una cosa. Pero son los significados y las categorías de clasificación y reclasificación culturales cargados en cada objeto que hacen que esa biografía se convierta en una biografía cultural (Kopytoff 1986: 93-94).

En este sentido, tal como menciona Appadurai (1986: 52), acerca del enfoque propuesto por Kopytoff, “es característico de cosas específicas, que se mueven a través de diferentes manos, contextos y usos, acumulando así una biografía particular o un conjunto de biografías”. Estas biografías pueden reflejar aspectos que de otra manera no se registrarían como es la redefinición cultural y puesta en valor de ciertos objetos que se adoptan en situaciones de contacto. Lo importante no es solo conocer que objetos fueron adoptados sino avanzar sobre las formas de integración de aquellos elementos que entraron en escena, en nuestro caso particular de estudio, a partir de las conquistas incaica y europea.

Además de la adopción de objetos, cualquier situación de contacto implica la incorporación de rasgos técnicos para la producción de determinados tipos de bienes. Razón por la cual se debe evaluar el proceso completo de producción de un objeto, el



cual no puede ser explicado sin contemplar la noción de consumo (Dietler y Herbich 1998).

En el proceso productivo se involucran numerosos aspectos sociales que van más allá de las motivaciones particulares del artesano. Como actor social no es ajeno a la comunidad donde se inserta y en los actos técnicos se expresan tanto sus elecciones individuales como las tradiciones sociales. De allí que a estos actos se los defina como actos sociales (Leroi-Gourhan 1971) y a la cadena operativa como acción socializada aplicada a la materia (Lemmonier 1986). Esta idea, la cual comprende a los objetos como producciones materiales de las prácticas sociales, cobra aún más significado cuando se la vincula con el concepto de *habitus* propuesto desde la teoría de la práctica por Bourdieu (2007). Dietler y Herbich (1998: 245) sostienen que solo con esta vinculación se puede establecer una concepción holística sobre el estilo material y las técnicas. Al igual que ocurre con otras pautas de la actividad social, estas últimas se forman a través del *habitus*, a la vez que son sus productoras, recreándose y transmitiéndose a través de la práctica (Dietler y Herbich 1998: 246, 260). Si bien estos autores plantean que las técnicas están condicionadas por estas prácticas culturales y distintos tipos de relaciones sociales, y se generan a través de un sistema regulado de disposiciones, no implica que estén delimitadas por normas taxativas. Existe un abanico de posibilidades y decisiones a tomar en la práctica, pero que se limitan por el *habitus*, permitiendo así sostener en el tiempo los modos de hacer.

Los cambios, en cualquier etapa de la cadena operativa, pueden producirse como respuesta a diferentes demandas que surgen desde el nivel político o económico más complejo, como la conquista de una población, hasta el más básico, a nivel de las relaciones interpersonales, como por ejemplo a partir de la adopción de forma grupal de una técnica o motivo trabajado por un artesano. Estos cambios, que en definitiva se reflejan en el estilo, pueden impactar de distinta manera en el contexto de uso. El estilo, como rasgo identitario (Wiessner 1983), puede pasar desapercibido en ciertos ámbitos, para activarse en situaciones de contacto o que presenten la necesidad de marcar diferencias de estatus y poder (Hodder 1990). Como modo de representación social está presente en aquellos objetos que circulan y se consumen de forma cotidiana, involucrándose con las estrategias sociales (Bugliani 2006). A través de la práctica, el estilo crea y recrea formas de relación y sostiene ideologías a partir de la transmisión y control de ciertos significados compartidos por la sociedad. En este sentido puede llegar a sintetizar formas de autoridad y dominación.



En los Andes prehispánicos, el estilo, impreso en diversas materialidades, sirvió como dispositivo para legitimar la hegemonía sociopolítica. El caso más significativo, quizás sea el uso y valor que los Incas otorgaron a ciertos objetos, que como emblemas de poder, circularon por el Imperio con el propósito de sostener alianzas y la supremacía en un territorio sumamente extenso. A través del control del estilo, desde su producción hasta las formas de consumo, se controlaron distintas prácticas sociales facilitando la aplicación del poder y diversas formas de negociación. De allí que cuando se analizan los bienes arqueológicos, lo más conveniente sea abarcar el conjunto de atributos estilísticos de un objeto, conformado por los elementos morfo-decorativos, tecnológicos y funcionales. Estos atributos, abordados de forma integrada, incluso permiten abarcar múltiples aspectos de la vida humana que atravesaron su biografía cultural.

Por otro lado, la estructura sociopolítica en la que se encuentra inmersa la producción de un estilo u objeto pueden condicionar su forma de organización hasta el punto de alcanzar su especialización artesanal. En las sociedades precapitalistas, aún dentro de una misma comunidad, la organización de la producción suele presentar variantes en la manufactura de una misma clase de bienes. Incluso, existen casos en los que distintas esferas productivas se superponen en un mismo ámbito.

El concepto de *producción multi-artesanal*, manejado por Shimada (2007), contemplando sus diferentes tipos, atiende a esta diversidad de posibilidades, las cuales se produjeron en los contextos de producción y uso de los asentamientos pre e incaicos de la región. Esta diversidad de tipos abarca casos de *multicrafting*, en que los mismos artesanos o muy relacionados realizan diferentes producciones para consumo a nivel supradoméstico; de *multicraft production*, que consiste en la producción de diferentes artesanías realizadas por distintos individuos en un mismo espacio o en espacios adyacentes; y *coproduction*, situaciones en las que un individuo realiza diferentes artesanías o varios artesanos colaboran en la manufactura de un bien.

El contexto, concentración e intensidad de la producción, y la constitución de la unidad productiva son otros aspectos que pueden caracterizar la organización de la producción de manera más detallada. A partir de la combinación de estos cuatro parámetros, Costin y Hagstrum (1995) establecen ocho tipos idealizados de producción contemplando la especialización individual o de toda la comunidad, la distribución de los talleres, el tiempo de dedicación laboral, el control de la producción y el patrocinio de las actividades, entre otros aspectos.



Las operaciones a gran escala generalmente responden a la necesidad de ejercer un control sobre la producción y circulación de determinados bienes que tienen un importante rol en la esfera política, económica e ideológica. Este tipo de operaciones implica una alta inversión laboral, una marcada estandarización de la producción y la presencia de artesanos especializados, que cuenten con una gran destreza técnica, dedicados a sus actividades de forma exclusiva. Generalmente dependen de otros miembros de la sociedad para su sustento (Bernier 2010). El saber acumulado para el desempeño de sus actividades puede provocar su diferenciación dentro de la comunidad, así como una relación preferencial con los grupos de elite, quienes fomentan su trabajo.

La escala de producción depende principalmente del volumen de la demanda, las habilidades de los artesanos, el control de la producción y el tipo de bienes producidos (Costin 1991; Bernier 2010). Estos aspectos involucran a los sistemas de circulación, mediante los cuales se definen la distribución y el acceso de los bienes producidos entre diferentes unidades sociales. En este marco, el consumo se manifiesta como un proceso activo de redefinición constante en el cual se ponen en juego numerosas categorías sociales (Douglas e Isherwood 1990). De allí que se deba evaluar quiénes acceden a dicho bienes, y cómo y en qué prácticas los incorporan.

Los análisis contextuales se presentan como una herramienta necesaria para elaborar inferencias sobre el consumo. Esto permite contemplar diferentes lugares de actividades, en términos de uso, las formas de estructuración del espacio, y el desarrollo de diferentes tipos de prácticas sociales que pueden estar dando cuenta de procesos de creación y mantenimiento identitario, legitimación del poder, sostenimiento de creencias, entre otros.

El consumo involucra signos, valores e ideas (Bourdieu 1998), en la misma forma en que lo hacen la producción y circulación de los bienes. Razón por la cual, el despliegue de objetos marca diferencias y sentidos de pertenencia. Durante el proceso de construcción de memoria, por ejemplo a través del *performance* (Connerton 1989; Coben 2006; French 2012), las cosas no solo son medios para el desarrollo de un acto ritual sino que también pueden funcionar como objetos evocativos de un pasado colectivo, que al recordarlo o rememorarlo permite el sostenimiento o la creación de la identidad (Gillis 1994). En términos de Godelier (1998: 174) podría tratarse de aquellos objetos sagrados que no pueden alienarse, al igual que los saberes que vinculan, los cuales enraizan la identidad con el tiempo de los orígenes y los antepasados. Si bien



estos bienes tienden a guardarse, su potencial puede cambiar al incorporarlos en el intercambio de dones o mercantil.

En los circuitos de consumo, los objetos suelen ser utilizados como recursos de expresión discursiva. Como soportes narrativos, en ellos pueden llegar a articularse figuras retóricas (Cummins 1994), o sintetizarse el reemplazo simbólico de distintas entidades, resignificándolo hasta humanizarlo (Cornejo 1998; Kaulicke 1998; Millones y Kapsoli 2001). En los Andes, estas expresiones se manifiestan en un gran número de bienes que hasta en el presente conservan valor para su veneración y la demarcación étnica. En este sentido, en el ámbito de lo doméstico, la ritualidad sostiene en el tiempo, en un movimiento dinámico y constante, la reproducción de la sociedad. Pero no solo las cosas evocan el sentido de pertenencia. A través de la vida social, las personas incorporan espacios en su realidad cotidiana, los cuales se transforman en lugares relacionales y de referencia siendo que toda actividad allí desarrollada se conecta con una acción previa y posterior (Thomas 1996; 2001). Así se crea una red de escenarios articulados por la acción humana, la cual puede alcanzar distintos planos espaciales.

Desde la arqueología necesariamente se debe realizar una delimitación espacial de estas acciones, según el grado de resolución con el que se quiera abordar cada caso de estudio. En sociedades tan integradas al entorno natural, este recorte puede excluir espacios de gran significación social que pasan desapercibidos por no presentar evidencias materiales. De allí que sea necesario abordar los distintos elementos que pudieron constituir los paisajes sociales. Desde la fenomenología se intenta describir la manera en cómo fueron presentados y percibidos tanto los objetos como los lugares (Ingold 1993; Tilley 1999). No obstante, se debe tener en cuenta que los espacios se construyeron como lugares significativos de manera desigual, según la percepción de cada persona o grupo humano con el transcurso del tiempo (Thomas 2001).

La forma y el color de ciertos elementos del paisaje pueden dar cuenta de distintas marcas que quizás generaron la identificación de un colectivo (Merleau-Ponty 2002). Los cerros de colores, las abras, los angostos, las fuentes de agua y las peñas fueron algunos de los elementos del paisaje andino más connotados a nivel simbólico (Hyslop 1990; Bauer 2000). No obstante, existen otras marcas que aunque resulten imperceptibles en un primer momento, como pueden ser los puntos que conforman el trayecto de una entidad celeste (Bauer y Dearborn 1998), también hacen referencia a diferentes manifestaciones socioculturales vinculadas a la memoria e identidad de un grupo humano, los modos de resistencia, la legitimación política y religiosa, el control



del espacio y el tiempo, entre otros (Kuchler 1993). Por ello resulta necesario trascender los límites espaciales de los sitios arqueológicos bajo estudio, como los *pukaras* de la Quebrada de Humahuaca, que han sido el foco de interés de las investigaciones arqueológicas desde hace más de un siglo.

En la dinámica propia de las relaciones humanas, los espacios y los objetos se cargaron de significado, articulándose de manera constante para dar sentido al mundo. Por ello hoy en día resultan ser parte y reflejo de la acción humana, encuadrándose en diferentes situaciones históricas y marcos de referencia cultural. De allí que en esta investigación se haya contemplado que los espacios del paisaje social de Tilcara, más allá de ser producciones sociales, también fueron un medio para el desarrollo de un sinfín de prácticas a lo largo del tiempo. Si bien las cosas halladas en estos contextos atraviesan nuevas etapas de su biografía, siendo parte del material de investigación recuperado a través de una excavación o presente en las colecciones de los museos, las historias acumuladas en cada una de ellas permiten dar forma a dichos lugares y trascender la significación que ha tenido cada objeto en el tiempo.

## **2.2. Metodología**

La metodología propuesta para el desarrollo de esta investigación aborda una estrategia integradora. Si bien se priorizó el análisis de los objetos se buscó trascender estos resultados aprovechando otras vías de indagación que también permitieran interpretar las formas de organización social prehispánicas en el Pucará de Tilcara. El estudio de un sitio de gran envergadura y alta complejidad como éste, merece el análisis de la mayor cantidad posible de líneas de evidencia para lograr desentramar su historia de ocupación, su configuración espacial y la organización socio-económica y política de la población para distintas épocas.

Las actividades desarrolladas en el transcurso de esta investigación se pueden dividir en tres tipos. En primer lugar se encuentran aquellas relacionadas con el trabajo de campo. Estas tareas incluyeron la prospección completa del Pucará y sus alrededores, la recolección superficial de materiales de áreas específicas, el relevamiento altiplanimétrico de dos sectores para la finalización del plano del sitio, excavaciones de extensión limitada y en área, y la observación de fenómenos celestes desde diferentes puntos del poblado.



Entre las tareas de gabinete, correspondientes al segundo tipo de actividades, se desarrolló el análisis de los materiales recuperados en el campo tanto durante el transcurso de estas excavaciones como las llevadas a cabo por el Equipo de Arqueología dirigido por la Dra. Tarragó en el marco del Proyecto “Demografía, cultura y sociedad indígena en los Andes Jujeños: etapa agroalfarera y contacto hispano-indígena inicial”<sup>1</sup>. Al estudio de estos materiales se le sumó el análisis de trece fechados radiocarbónicos con el propósito de realizar un examen crítico de los resultados radiométricos a partir de su correlato con la evidencia material y la contrastación con la secuencia estratigráfica, para de este modo avanzar sobre la historia de ocupación del sitio.

El tercer conjunto de actividades estuvo vinculado a la revisión de las colecciones del Pucará presentes en los Museos Arqueológico “Dr. Eduardo Casanova” del Instituto Interdisciplinario de Tilcara (FFyL-UBA) y Etnográfico “J. B. Ambrosetti” (FFyL-UBA), y de la documentación referente a los trabajos de los primeros investigadores que abordaron este sitio conservada en el Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico y las Bibliotecas de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales (UNJu) y del Instituto Interdisciplinario Tilcara.

El desarrollo de todas estas fases de trabajo implicó la constante articulación de actividades y la actualización permanente de bibliografía referida a los numerosos estudios arqueológicos, antropológicos y etnohistóricos, realizados tanto a nivel regional como en otras áreas de los Andes. A partir de esta revisión bibliográfica se logró la vinculación de los datos alcanzados durante el desarrollo de nuestra investigación con los proporcionados por distintos autores.

Entre los procedimientos metodológicos anteriormente mencionados, en relación a las tareas de campo, la prospección del sitio se realizó en distintas etapas. Más allá de un primer reconocimiento de todos los sectores que conforman el poblado, en posteriores recorridos se puntualizó la prospección de cada uno de ellos buscando establecer su complejidad arquitectónica. El residir en las proximidades del Pucará desde fines del 2006 y su fácil acceso permitió que su recorrido se realizara en incontables ocasiones, garantizando la factibilidad de las posteriores intervenciones.

Durante estas tareas de prospección se recolectaron numerosos materiales. Particularmente se recogieron muestras en los Faldeos Sureste, Este y Norte con la

---

<sup>1</sup> Llevado a cabo entre 1989 y 1992 con la colaboración de un valioso grupo de colegas, M. Ester Albeck, M. Beatriz Cremonte, Mercedes Fumagalli, Marta Ruiz, M. Clara Rivolta, M. Asunción Bordach, Osvaldo Mendonça, Milena Calderari, Luis Laguna, además de más de 15 estudiantes de Ciencias Antropológicas de la UBA y UNJu.



intención de recuperar evidencias que aportaran a la determinación cronológica a través del reconocimiento de los estilos alfareros. Se enfatizó la búsqueda en estos sectores dado que hasta el momento solo se contaba con información más precisa sobre la ocupación temporal de las áreas más elevadas del sitio y el Faldeo Suroeste, donde se ubican respectivamente el Basural 1 y la Unidad Habitacional 1, excavados por la Dra. Tarragó (1992; Tarragó y Albeck 1997).

En el Faldeo Noreste se aprovechó una gran estructura de combustión expuesta en el perfil del ex-camino vehicular para tomar muestras de carbón, óseas y de cerámica. Esta estructura se encontraba entre los muros de una vivienda, cortada transversalmente al momento de trazar esta vía. Este contexto fue registrado como Estructura 3 del Sector V. Por otro lado, también en las proximidades de este camino, pero alcanzando el Sector de la Cima del sitio, se detectó el lugar donde en 1996, las Dras. Rivolta y Ceruti realizaron un rescate arqueológico. El mismo fue denominado Estructura 4 del Sector Z, y tal como se indica más adelante sirvió para establecer mediante un fechado realizado recientemente la contextualización temporal de este espacio.

Las reiteradas prospecciones a su vez permitieron la identificación de posibles áreas a excavar libres de intervenciones previas. Así, se programó la excavación en extensión limitada de dos estructuras ubicadas de forma distante entre sí en el Faldeo Suroeste. Se priorizó el desarrollo de estos trabajos en este Sector siguiendo el propósito antes mencionado, de contribuir con nuevos resultados a la construcción de la secuencia temporal del asentamiento. No obstante, también se buscó reconocer las actividades desarrolladas en diversas áreas y aportar con nuevas evidencias a la recomposición de los conjuntos de hallazgos y contextos excavados por otros investigadores.

Las estructuras seleccionadas fueron identificadas como Estructura 1 del Sector A y Estructura 2 del Sector B. Además de su ubicación, para su selección se contemplaron las características constructivas, el estado de conservación de los muros y el tipo de relleno que contenían. A excepción de las áreas perturbadas producto de antiguas excavaciones, el interior de estas estructuras se compone de un relleno depositado de forma natural, lo cual genera la regularidad de la superficie. Esta regularidad se distingue de los depósitos conformados a partir de las intervenciones de décadas atrás, mediante las cuales se extraía el sedimento junto a los restos culturales fragmentados para colocarlos de forma contigua al espacio excavado, creando de ese modo pequeños montículos que aún hoy se detectan fácilmente.



Las intervenciones en las Estructuras 1 y 2 se desarrollaron en junio, agosto y septiembre del 2009. Asimismo, en el primer trimestre de ese año se completó la excavación del Recinto 2 de la Unidad Habitacional 1, ubicada en el Faldeo Suroeste (Tarragó 1992). A partir de esta ampliación, para este conjunto arquitectónico se alcanzó una superficie de 127 m<sup>2</sup> excavados en área.

Las excavaciones, tanto de extensión limitada como en área abierta o extendida (Barker 1977), se hicieron trazando cuadrículas alineadas a los muros de las estructuras. El desarrollo de la excavación se realizó siguiendo niveles naturales para establecer un control vertical preciso y determinar las relaciones espaciales de asociación tanto de los depósitos como de los materiales (Harris 1991; Carandini 1997). Mediante el uso de un nivel óptico se registraron las profundidades de cada nivel y el de los materiales allí recuperados, teniendo en cuenta su disposición tridimensional para su posterior asociación. Para ello se confeccionaron plantas y se tomaron fotografías de los sucesivos niveles y perfiles estratigráficos correspondientes a cada una de las cuadrículas de excavación. Además de la graficación de los contextos mediante plantas, se utilizaron planillas de campo para volcar todo tipo de información. Estas se confeccionaron utilizando como modelo las empleadas por el equipo de investigación del Proyecto Arqueológico Yocavil, dirigido por la Dra. Tarragó.

Principalmente se optó por el método de excavación en área extendida y por unidades naturales de depositación, ya que se considera como necesaria para el abordaje de espacios de gran complejidad ocupacional. Esta técnica permitió la detección de pisos de ocupación, la construcción de secuencias estratigráficas y el reconocimiento de diferentes rasgos y acciones culturales, tales como el abandono, la remodelación de los espacios y eventos de descarte, entre otros.

En cada uno de los espacios abordados, siempre que fue posible, se recolectaron muestras de sedimento y material óseo, lítico, cerámica y vegetal. En los casos en los que se identificaron estructuras de combustión se recogieron muestras no solo para el análisis radiocarbónico, sino para la determinación a futuro de especies vegetales. Todos los materiales, dependiendo su unidad estratigráfica, fueron identificados con un número de Unidad de Procedencia (UP). Esta rotulación, junto a los registros de campo, permitió detallar la asociación artefactual, para luego proceder a la recomposición e interpretación de los contextos en el laboratorio. Vale mencionar que además de analizar los materiales obtenidos en estas excavaciones también se completó el estudio de los conjuntos hallados durante las intervenciones dirigidas por la Dra. Tarragó.



En líneas generales se abordaron las características estilísticas, tecnológicas y funcionales de los objetos cerámicos, líticos, óseos y confeccionados en metal y madera. Para el caso de algunos bienes específicos, se reconstruyó su *biografía* contemplando desde un mismo nivel interpretativo a los procesos y ciclos de su producción, intercambio y consumo (Kopytoff 1986). En lo que refiere a la alfarería, dando continuación a lo trabajado en mi tesis de licenciatura (Otero 2006a), estos análisis se realizaron con el propósito de aportar a la construcción de una tipología más ajustada para la Quebrada. Para ello fue indispensable atender a la variabilidad espacio-temporal de las piezas y a la caracterización de los contextos de uso de las diversas categorías estilísticas con la intención de establecer pautas de consumo diferencial.

En el análisis de algunos materiales participaron investigadores especializados en diferentes áreas. La Lic. María Asunción Bordach estudió preliminarmente los restos esqueléticos de un individuo hallado en la Sepultura 5 procedente de la Unidad Habitacional 1, mientras que la Dra. Beatriz Cremona analizó petrográficamente las pastas de 28 piezas recuperadas en distintos sectores de esta estructura habitacional. El Lic. Carlos Belotti estuvo a cargo de todo el conjunto faunístico, así como del obtenido en la Estructura 1 del Sector A. A su vez, la Lic. Guadalupe Maro analizó una muestra de mineral hallada en este recinto. Por otro lado, la determinación de dos muestras vegetales procedentes de la Estructura 2 del Sector B, fue realizada por la Dra. Verónica Lema y la de dos muestras líticas por el Dr. Sureda. La calibración de los resultados radiocarbónicos realizados con muestras procedentes de las distintas excavaciones, del perfil del fogón expuesto en el Sector V y del rescate arqueológico dirigido por la Dra. Clara Rivolta en el Sector Z, fue desarrollada por el Dr. Catriel Greco.

De las muestras recientemente recolectadas, trece en total, seis fueron enviadas a analizar al Laboratorio de Tritio y Radiocarbono (LATYR) del Centro de Investigaciones Geológicas de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo (UNLP), y siete al NSF Arizona AMS Facility de la Universidad de Arizona. El criterio de selección de las muestras para datar fue el de buscar ejemplares que pudieran corresponder a organismos de corta vida, como carbón vegetal de ramas o restos óseos faunísticos. Los resultados de estos análisis y de aquellos con los que ya se contaba para el Pucará se calibraron siguiendo la curva de calibración ShCal04 (McCormac *et al.* 2004), utilizando el software OxCal v4.1 (Bronk Ramsey 2009). Estos resultados fueron analizados de manera conjunta con el propósito de obtener una discusión general sobre



la secuencia de ocupación del Pucará que pudiera integrarse al marco de los esquemas temporales propuestos para la región (Rivolta 2005; Nielsen 2007a).

Para completar la planimetría del sitio durante el 2012 se convocó a la Dra. Sonia Lanzelotti, que con la colaboración de los licenciados Pablo Ochoa y Gabriel Acuña, confeccionó el plano mediante el uso de una estación total (Trimble 3605 DR), con la cual se tomaron diferentes puntos correspondientes a cada una de las estructuras registradas a partir de un croquis levantado con brújula y cinta métrica. Esta información fue procesada mediante un programa de imágenes (CorelDRAW Graphics Suite X5). Una vez completado el plano, en esta investigación se abordaron aspectos vinculados a las formas de emplazamiento, la extensión y sectorización del sitio. Esto último atendiendo a la segregación, aglutinación, delimitación, circulación y articulación de los espacios.

Por último, se debe mencionar que las tareas de campo involucraron la prospección de áreas por fuera del Pucará. La selección de las áreas a relevar estuvo relacionada con la identificación de tramos de la red vial prehispánica (Hyslop 1992) y con la observación de fenómenos celestes (Bauer y Dearborn 1998; Aveni 2002; Reynoso 2003). Desde distintos sectores del Pucará se visualizaron los puntos en el paisaje donde se produjeron las salidas y puestas del sol durante los solsticios y equinoccios de dos años consecutivos: 2009 y 2010. Una vez detectados estos puntos se prospectaron al igual que sus alrededores, buscando indicadores arqueológicos que reflejaran prácticas vinculadas a la percepción y demarcación del tiempo en el pasado.

Con respecto al conjunto de actividades vinculadas a la revisión de las colecciones, tal como se mencionó, las mismas se realizaron en los Museos Etnográfico de Buenos Aires y Arqueológico de Tilcara. Asimismo, si bien se cuenta con las fichas en versión digital de las piezas que se conservan en el National Museum of the American Indian-Smithsonian Institution (Nueva York, USA) y en el Museum der Kulturen Basel (Basilea, Suiza), que llegaron a estos Museos por canje desde el Museo Etnográfico, los materiales que en ellas se mencionan no se contemplaron en este análisis. Principalmente se debe a que en el caso del Museo de Basilea, en estos registros solo se indica la forma de las vasijas cerámicas y el número que les fue otorgado después de su canje. Desafortunadamente no se cuenta con el número de origen que se les dio en el Museo Etnográfico ni con una imagen de cada pieza. Las fichas de los ejemplares depositados en el Smithsonian tampoco brindan mayor información. La única ventaja que presentan es que en ellas sí se adjunta una fotografía



de cada objeto confeccionado en cerámica, hueso o roca, lo que permitió reconocer que la colección de allí no agrega mayor variabilidad a las que se conservan en los museos de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA).

La muestra que aquí se presenta incluye un total de 659 objetos que fueron recuperados durante las campañas arqueológicas llevadas a cabo en el Pucará por Ambrosetti, Debenedetti y Casanova. Del amplio conjunto de materiales hallados en estas excavaciones, un importante número fue trasladado desde el Museo Etnográfico de Buenos Aires a Tilcara en 1968. Este traslado se hizo con el objetivo de crear el Museo Arqueológico, años más tarde nombrado como Dr. Eduardo Casanova. Posterior a esta fecha, también se incluyeron en la colección de Tilcara los materiales hallados por este investigador durante sus intervenciones realizadas en distintos sectores del Pucará, entre ellas las desarrolladas en el gran Basural 1 (Casanova *et al.* 1976).

Si bien en el Museo Etnográfico se conserva la mayor parte de la colección procedente del Pucará, se puede decir que en el Museo de Tilcara se encuentran las piezas mejor conservadas, particularmente las vasijas cerámicas. Por ello, el relevamiento de 315 objetos allí depositados fue fundamental para el desarrollo de esta investigación. De la amplia colección del Museo Etnográfico hasta el momento se han analizado 344 objetos. Vale mencionar, más allá de su condición, que entre los ejemplares conservados en esta muestra se buscó estudiar los más diagnósticos, como *keros*, aríbalos y platos.

Durante el relevamiento de las colecciones fue necesaria la correlación de los catálogos de ambos museos para determinar la correcta procedencia de cada objeto, dado que advertimos algunos errores de identificación. Así, basándonos en la descripción de los registros originales del Museo Etnográfico se pudo identificar que numerosas piezas cerámicas ingresadas en Tilcara como procedentes del Pucará en realidad pertenecían a otros sitios o a diversos sectores de la planta urbana de la actual localidad de Tilcara. A partir de este punto se aclararon ciertos aspectos vinculados a la composición del conjunto, los cuales serán presentados en el Capítulo 5, debido a que un gran número de objetos, como por ejemplo vasijas atribuidas al estilo Isla u otros estilos contemporáneos quedaron por fuera de la colección que aquí se aborda ya que no fueron realmente hallados en el Pucará. Es importante destacar esta situación puesto que se trata en varios casos de datos erróneos que todavía se reproducen en las publicaciones.



La descripción errada de la procedencia de distintos materiales ejemplifica uno de los tantos inconvenientes que provocó el fraccionamiento de las colecciones. En este caso no como resultado de un canje sino por la necesidad de crear un museo arqueológico regional en Tilcara, tarea que también contempló el desmembramiento de muestras pertenecientes a otros sitios de los Andes. Esta situación demuestra la importancia, a la hora de encarar el estudio de los materiales conservados en los depósitos, de buscar la información de origen de cada uno de los objetos. Este es un punto que han omitido numerosos investigadores, consecuentemente presentando resultados equívocos en sus publicaciones.

Para la recomposición de los *conjuntos de hallazgos*, es decir los casos en que no se pudo establecer más que la coexistencia entre objetos en un mismo recinto o tumba con varias inhumaciones, y la identificación del *contexto de aparición de cada objeto*, determinado por las asociaciones certeras entre los materiales recuperados en un determinado espacio (Tarragó 1989; Lumbreas 2005), se tomó en cuenta la correlación numérica entre los catálogos de ambos museos y además se amplió la información de estos registros con la de los diarios de campo de Ambrosetti (1908; Zaburlín y Otero 2013) y Debenedetti<sup>2</sup> (1909/1910, 1918/1919, 1928/1929), y las publicaciones de estos autores (Ambrosetti 1912; Debenedetti 1930) así como las de Casanova (1950, 1970, 1971). A pesar que la obra de este último autor es la más moderna, es de la que se cuenta con menos información. Las libretas correspondientes a las tareas que desarrolló en el Pucará se conservaban en el Instituto Interdisciplinario Tilcara pero desaparecieron poco tiempo después de su muerte.

Con el propósito de encontrar material referido a sus investigaciones, durante el 2010 se revisó el Archivo Documental de la Biblioteca de la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad Nacional de Jujuy, ya que su sobrina había donado dos años antes documentación personal, epistolar y fotográfica relacionada a su práctica profesional. Entre esta documentación, la que no había sido analizada hasta este momento, solo se halló información sobre su gestión en el Instituto Interdisciplinario Tilcara y sus dependencias, y sobre la reconstrucción del Pucará (Otero 2012). A pesar de la mención de las tareas de reconstrucción en distintos escritos e informes en ninguno de ellos se describen los hallazgos o los contextos intervenidos.

---

<sup>2</sup> Agradezco a la Mg. María Amalia Zaburlín el haberme cedido una copia de las libretas de campo de Debenedetti, las que fueron utilizadas hasta acceder a los originales conservados en el Archivo Fotográfico y Documental del Museo Etnográfico.



De forma contraria, la información vertida en los manuscritos de Ambrosetti y Debenedetti resultó ser sumamente ilustrativa de la mayor parte de sus acciones. El carácter descriptivo de estos trabajos sirvió para reconstruir las características de los espacios abordados y de los objetos recuperados en cada uno de ellos. Si bien se reconoce que muchas de las estructuras y entierros de donde proceden las piezas pudieron presentar sucesivas ocupaciones, fue a través de estas descripciones que se lograron atribuir ciertos objetos a cada momento de ocupación del Pucará.

En el caso del manuscrito de Ambrosetti (Zaburlín y Otero 2013), su lectura fue fundamental para la organización de los materiales hallados en la Cima del Pucará y para establecer a partir de ellos las actividades desarrolladas *in situ*. Vale mencionar que además en este sector, más precisamente en la Acrópolis, Ambrosetti practicó excavaciones estratigráficas. Esta no fue una práctica común aplicada en todos los espacios excavados, por lo que en algunos casos no se pudo determinar, según lo mencionado en los diarios de campo o en los catálogos, si los materiales hallados en cada “Casa” o “Yacimiento” se encontraban asociados en un mismo piso de ocupación o en la tumba de un solo individuo, a los que se pueda referir como contextos (Tarragó 1989; Lumbreras 2005), o simplemente si se trató de una coexistencia entre materiales. De allí que se emplee el término “conjuntos”, en el sentido de objetos que fueron registrados juntos en un hallazgo pero sin información interna sobre su ubicación espacial precisa. Los dibujos y las descripciones de los diarios de campo de Debenedetti en ocasiones sirvieron para reconstruir estas asociaciones diferenciando grados de verosimilitud y procuramos descansar nuestras interpretaciones sobre los datos más confiables. A su vez, permitieron definir funcionalmente otros sectores del sitio y completar la información publicada en su libro de 1930.

A partir de la revisión de los manuscritos de estos autores y de los materiales conservados en las colecciones se desprende que muchos de los objetos que actualmente pueden resultar significativos para la determinación de diversos aspectos de índole temporal o funcional no fueron atendidos durante el desarrollo de sus investigaciones. Esto puede responder a diferentes factores. Por un lado, a la variación de los intereses y los objetivos específicos de estudio, correspondiente a las distintas etapas del desarrollo de la disciplina durante el Siglo XX. Por el otro, a que estos pioneros de la arqueología no llegaron a registrar todos los materiales hallados durante sus trabajos de campo, ya que se trabajaban de forma asistemática y paralela distintos sectores del Pucará. Esto motivó a que en el transcurso de esta investigación continuamente se comparara y



ampliara la información proporcionada en cada uno de sus escritos con lo registrado en los depósitos.

La revisión de la tesis de Odilia Bregante (1926) también permitió recuperar información sobre los atributos estilísticos y el número de procedencia de algunos objetos cerámicos que actualmente se encuentran fracturados y estaban completos durante su análisis, o que aún no se han registrado por encontrarse entre los ejemplares no relevados del Museo Etnográfico. Esta revisión además sirvió para contemplar en este estudio las características estilísticas de numerosas piezas que salieron mediante canje del país, tiempo después que esta investigadora finalizara con su estudio.

Otro punto a resaltar es que a partir de lo registrado en los catálogos de este museo, y considerando los años en que Ambrosetti y Debenedetti desarrollaron sus excavaciones, se pudo determinar que parte de los conjuntos del Pucará, ingresados durante las primeras décadas del Siglo XX, fueron obtenidos mediante donación o compra. Tal es el caso de los objetos donados por el mismo Debenedetti, Holmberg o el profesor Morteo. En relación a la compra de materiales, para 1922 se indica que una amplia muestra de piezas fue obtenida durante la XVIII Expedición de la Facultad de Filosofía y Letras. Por los diarios de campo y las publicaciones de Debenedetti se pudo establecer que en ese año no se realizaron intervenciones en el Pucará. De allí que es de suponer que el dinero que fuera destinado desde la Facultad para desarrollar tareas de campo haya sido invertido en la adquisición de bienes de colecciones privadas (A. Reynoso com. pers., 2010).

En síntesis, es a partir de la revisión conjunta del material de archivo, las publicaciones, los catálogos y los objetos que se logró determinar la procedencia cierta de cada uno de ellos así como de sus características. Por procedencia cierta se entiende a que fehacientemente estos objetos fueron recuperados en el Pucará, aspecto que en numerosas ocasiones se amplió con las referencias del sector de hallazgo dentro del sitio y su coexistencia o asociación a otros materiales. Esta información fue vertida en planillas Excel para el posterior procesamiento de los datos. Con el propósito de registrar de forma más detallada las características estilísticas, tecnológicas y funcionales de cada uno de ellos se completó un segundo tipo de ficha, a las que se les adjuntó una gran variedad de fotografías (ver Anexo I).

Durante la revisión de los materiales se priorizó la búsqueda de ciertos objetos, como los vinculados a las prácticas productivas y simbólicas, con el propósito de recomponer aquellos contextos que, por las descripciones de Ambrosetti y Debenedetti



o lo visto a partir de los catálogos, daban cuenta de su valor para la caracterización de determinados conjuntos de bienes a partir del cruce de asociaciones o para la determinación temporal y funcional de diferentes sectores del Pucará. La distribución de estos bienes se organizó espacialmente utilizando el plano completo del sitio en correlación con lo referenciado por cada uno de estos autores. El resultado de este entrecruzamiento de información produjo la ubicación de algunos de los contextos por ellos excavados, aunque con diferentes grados de certeza.

Por otro lado, vale mencionar que si bien se contempló abordar de forma pareja todo tipo de materiales, predominó el estudio de los objetos cerámicos. En parte se debe a que la alfarería es uno de los bienes que se recupera con mayor frecuencia, dada su capacidad de conservación. A su vez, porque fue uno de los objetos más buscados durante las primeras décadas del Siglo XX. Su obtención se vinculó a la conformación de los grandes museos nacionales para que como vestigios del pasado representaran a las antiguas culturas indígenas (Tarragó 2003). De allí que repetidamente se exhumaran entierros para localizar piezas completas. Ambrosetti y Debenedetti dan cuenta de esta práctica mencionando en sus escritos que en el campo se dejaban los ejemplares mal conservados o muy fragmentados. Esta selección de materiales también se refleja en la composición de las colecciones. En esta muestra, al igual que sucede para otros sitios de la región, particularmente en el caso de la cerámica, predominan objetos pequeños de formas abiertas debido a que fueron el tipo morfológico más incluido en contextos mortuorios.

Si bien a partir del estudio de las piezas conservadas en los depósitos se detectó una amplia diversidad de ejemplares que resultó de gran utilidad para la sistematización de los estilos, el análisis del material recuperado durante nuestras excavaciones y las dirigidas por Tarragó también contribuyó con la construcción de un esquema clasificatorio. En el transcurso de estas intervenciones se recuperaron otro tipo de objetos cerámicos que no fueron recolectados durante los trabajos de campo de Ambrosetti, Debenedetti y Casanova. Tal es el caso de las piezas sin decorar o con tratamientos de superficie simple.

La cuantificación de las muestras fragmentarias recuperadas durante las excavaciones se hizo siguiendo el criterio de *familias de fragmentos* (FF) (Orton *et al.* 1997; Otero 2006a), mediante el cual se agrupan todos los fragmentos que potencialmente pertenecen a una misma pieza, no solo los que remontan. Esta forma de agrupación permitió, por un lado, reconstruir la mayor cantidad posible de



características de cada grupo, y por el otro, evitar la sobrerrepresentación de tipos estilísticos durante el estudio de la composición de los conjuntos. Este método, que resulta ser una de las maneras más apropiada para estimar el número de recipientes cerámicos representados, fue anteriormente aplicado al estudio de diversos conjuntos del Pucará con resultados satisfactorios (Otero 2006a), por lo que se continúa utilizando para abordar las muestras recuperadas en el trabajo de excavación reciente.

La propuesta clasificatoria que se presenta a continuación fue utilizada para analizar todos los conjuntos cerámicos, tanto los recuperados en estas intervenciones como los presentes en las colecciones. La clasificación de formas se hizo en base a las características morfométricas de todas las piezas analizadas, tanto las formas completas como fragmentadas. También se aplicaron algunos de los criterios utilizados por los diferentes autores que han trabajado con conjuntos de la Quebrada (Deambrosis y De Lorenzi 1973; Palma 1989, 1998; Nielsen 1997a, 2001; López 2004; Cremonte 2006; Runcio 2009). A partir de estas denominaciones tradicionales, algunas de las cuales se usan en todo el NOA, y su adecuación a los objetivos y necesidades prácticas de esta investigación se distinguieron 13 clases morfológicas.

Estas clases se distribuyeron entre las dos categorías mayores: formas abiertas y cerradas, propuestas por Balfet, Fauvet-Berthelot y Monzón (1992). Entre las formas abiertas se incluyen pucos, fuentes, platos, vasos, tazas y jarras. Las formas cerradas están representadas por cuencos, ollas, cántaros, pelikes, aribaloides, aríbalos y figuras modeladas. Cada una de estas clases presenta variedades internas según el tamaño, el contorno general de la vasija o el tipo de apéndices. Si bien parte de estas formas fueron definidas con anterioridad (Otero 2006a), se reitera su presentación para que descritas de manera conjunta se entiendan como una propuesta clasificatoria extensible a otros casos de estudio de la región.

Los pucos son recipientes de boca ancha. El diámetro de la misma suele ser entre 1,5 y 2,5 veces la altura de la pieza. El diámetro de la base es menor al ancho de la boca. En algunos pucos se ha registrado una ligera convergencia en sus bordes, siendo el diámetro de la boca menor al diámetro máximo del cuerpo. Estas piezas más restringidas igual se incluyen en la categoría de formas abiertas, a fin de no presentar contradicciones con la clasificación tradicional de la región.

Entre las variantes identificadas dentro de esta clase se denominan puquitos a aquellas piezas que presentan un diámetro de boca menor a los 10 cm. Las bases de



estos ejemplares suelen ser igualmente pequeñas, menores a los 4.5 cm. Incluso, en este grupo se han incluido puquitos que podrían definirse como miniaturas.

Otra variante corresponde a los pucos que presentan asas acintadas o semicirculares, en ambos casos adheridas a los bordes externos. Particularmente, estas últimas se distinguen en los pucos Poma N/R. Los únicos que poseen un gran apéndice son los pucos de asa lateral. Esta variedad ha sido atribuida al Período Incaico (Palma 1998: 29).

Las fuentes también se definen como recipientes de boca ancha. Sin embargo, al igual que el tamaño y el espesor de las paredes, su diámetro de boca es mayor que el de los pucos, ya que supera 2,5 veces la altura de la pieza. Vale mencionar que para establecer estas diferencias métricas se registraron los espesores de todas las piezas analizadas y se promediaron según cada tipo de forma. Los pucos presentan un promedio de espesor de las paredes de 5,2 mm, mientras que las fuentes presentan un promedio de 7,4 mm. Esto no establece que se puedan distinguir ambas formas en conjuntos fragmentarios a partir de los espesores de las paredes. Esta característica se debe contemplar como un dato más para su definición.

Algunas fuentes presentan una inflexión en el borde, a manera de un leve estrangulamiento cerca del borde evertido.

Otra clase que integra el grupo de los recipientes de boca ancha es el de los platos. Presentan un diámetro de boca que corresponde a entre 4 y 5 veces la altura de la pieza. Son formas características de la alfarería incaica. La más común son los ejemplares que presentan apéndices ornitomorfos. Las representaciones de diferentes tipos de aves suelen componerse por una cabeza colocada en el extremo opuesto del borde donde se ubican las patas.

Dentro de este conjunto también se identificaron platos con asa de doble inserción (Deambrosis y De Lorenzi 1973: 132). Se trata de piezas de origen no local.

A la cuarta clase morfológica la componen los vasos. Por un lado, se integra por piezas que se detectan desde el Período Medio y han sido clasificadas como vasos chatos (Casanova 1937/1938) o hilanderos (Gatto 1946). Esta última denominación surge como referencia a su uso, destinado a hacer girar el huso en su interior. Se caracterizan por poseer paredes rectas a evertidas, bases amplias y planas. La base de algunos ejemplares está conformada por un disco cilíndrico, sobre el cual se levantan las paredes (Salas 1945).



La segunda variedad dentro de esta clase corresponde a la de los vasos del tipo keriforme, para los cuales se han registrado dos formas. Una de ellas de contorno similar al de los *keros* (vasos incaicos de madera); la otra, de origen no local, con la cintura remarcada y el borde corto y evertido.

La tercer y última variedad, está representada por un único vaso corto de paredes algo cóncavas, cuyo diámetro de boca es similar al de la base.

Otra forma que presenta una larga perduración en el tiempo es la de la taza. Algunos autores las describen como jarra simple (Palma 1998; Runcio 2009). Las tazas poseen paredes cóncavas y una única asa que supera la altura del cuerpo, colocada en forma de arco, adherida al labio y remachada al cuerpo.

La jarra se caracteriza por presentar el cuerpo subglobular o de paredes planas y por poseer un solo apéndice lateral de inserción vertical. Dentro de este conjunto se distinguieron tres tipos. Uno de ellos de gran tamaño, con el borde escotado y el cuerpo conformado en sus laterales por paredes rectas. La segunda corresponde a los “vasos asimétricos o calciformes” (Bregante 1926). Este tipo presenta la pared opuesta al asa de forma muy abultada y la que sostiene al asa recta o levemente convexa. Las jarras asimétricas son otras de las formas que se mantienen desde el Período Medio. Nielsen (1997a) sostiene que debieron perdurar dada su gran utilidad.

La última variedad identificada dentro de este conjunto es la de la jarra de asa lateral de origen incaico (Rowe 1944; Deambrosis y De Lorenzi 1973). Se han distinguido distintas formas según la disposición de las asas, ya sea adheridas al cuerpo, descritas por Palma (1998) como puchuelas o aysanas, o fijadas al cuerpo y labio. Estas piezas son de tamaño pequeño. Las analizadas en esta muestra y que presentan decoración no superan los 15 cm de alto. A su vez, el diámetro del cuello oscila entre los 3 y 5 cm, lo que podría indicar su función como contenedores de líquidos.

El primer grupo que integra las formas cerradas es el de los cuencos. Se trata de pequeñas piezas de cuerpo subglobular o subesferoidal de boca muy restringida. El borde se presenta de forma directa e invertida. La altura de estas piezas no supera los 6 cm. Además de los cuencos simples, es decir sin aditamentos, se identificaron ejemplares que poseen un pico cilíndrico inserto en el cuerpo superior de la pieza. En un único caso se registró un cuenco doble, con ambos cuerpos del tipo subesferoidal.

Dentro de este conjunto se incluyó una forma de origen no local, correspondiente a los cuencos asimétricos de asa lateral propios de la alfarería Yavi-Chicha (Krapovickas y Aleksandrowics 1986/1987; Avila 2006). Si bien en la propuesta



que aquí se presenta, esta forma no se agruparía con las piezas cerradas, se mantuvo esta denominación con el propósito de respetar la nomenclatura tradicionalmente utilizada.

Las ollas se definen por su cuerpo esférico o subglobular, de cuello bajo o sin él, boca ancha, con o sin asas y pies (Primera Convención de Antropología de 1966). Las piezas con una altura menor a los 15 cm fueron descritas como ollitas.

Entre las variantes identificadas para esta clase se distinguen la olla con pie o pedestal, característica de la alfarería incaica (Rowe 1944; Bray 2003, 2004), que en esta muestra está representada por un único ejemplar fragmentado, por lo que no se pudo establecer sus atributos morfológicos, y los *virques*. Estos últimos corresponden a grandes vasijas de boca ancha, cuello corto evertido, asas dobles horizontales y cuerpo subglobular seccionado a la mitad. Las características de estas piezas están vinculadas a la funcionalidad de las mismas: la manufactura de la chicha.

Los cántaros se describen como vasijas de base pequeña y plana, cuerpo alargado de forma ovoide o subglobular, asas acintadas horizontales colocadas en el cuerpo, con un cuello alto a veces de forma hiperboloide sumamente restringido en la zona de unión con el cuerpo. La altura total de estas piezas puede variar entre los 30 cm y 70 cm. Las piezas con una altura menor a los 30 cm fueron descritas como cantaritos.

Una forma que no ha sido profundamente abordada dentro de la bibliografía regional, al igual que la de los cuencos con pico, es la de los cantaritos con pico. Algunos de ellos fueron descritos por Ambrosetti (Zaburlín y Otero 2013) y Debenedetti (1930) como mamaderas. Oportunamente Salas (1945) desestimó esta interpretación. Aquí se plantea que quizás fueron utilizados como pipas o como libadores. Los picos de estas vasijas son cilíndricos y se encuentran colocados de forma oblicua al borde. En algunos casos su altura supera la mitad de la pieza.

Dentro del grupo de los cantaritos se registraron dos variantes, que aparecieron representadas por un solo ejemplar cada una. Una es una pieza con cintura de origen no local; la otra, de manufactura local, corresponde a un cantarito biglobular.

Una variedad de forma que comparte algunas características con los cántaros, en lo que refiere a la altura y forma del cuerpo, es la de los *pelikes*. Se trata de vasijas restringidas, en la mayoría de los casos de 30 cm de altura, de cuerpo subferoidal a subglobular, que a veces presentan un punto angular muy marcado en el punto de unión del cuerpo inferior y el medio. Poseen cuellos troncocónicos o cóncavos, y borde evertido. La particularidad de estas piezas recae en la posición de sus asas verticales remachadas al cuerpo superior y cuello. Estas vasijas fueron descritas por primera vez



por Ambrosetti (1917), quien las comparó con las recuperadas por Bingham en Machu Pichu. De allí que Ambrosetti tomara esta denominación para definir las.

Otra clase morfológica también de influencia incaica lo componen los aribaloides. Estas piezas imitan algunos de los atributos de los aríbalos incaicos. Se asemejan en la estrechez de sus cuellos, la posición vertical de las asas, el volcado del borde y, en algunos casos, en la aplicación de bubones. Al igual que los aribaliformes de origen no local, los manufacturados regionalmente son pequeños. Su altura apenas supera los 20 cm.

Los aríbalos presentan un punto angular en el contorno inferior del cuerpo subglobular que da inicio a la base cónica, característica de estas piezas de origen netamente incaico. En los Andes Centrales se han recuperado ejemplares de más de un metro de altura. Los hallados en el Pucará, que pudieron proceder de esa zona o de otras provincias del Imperio miden entre 21 y 22 cm de altura. Además de bubones, algunos presentan botones agregados al pastillaje.

La última clase la conforman las piezas modeladas con el propósito de emular motivos de la naturaleza. Principalmente se trata de figuras zoomorfas, también son de pequeño tamaño y proceden de distintas regiones.

Al igual que este amplio universo de formas, existe una gran variedad de tipos estilísticos locales y no locales. El conjunto cerámico del Pucará incluye piezas muy disímiles entre sí, dada la calidad, función y connotación simbólica que se les puede atribuir a cada una de ellas. En parte esto se debe al importante número de objetos alóctonos, que contribuye en gran medida a ampliar el repertorio estilístico. De allí que este repertorio fuera ordenado en seis grupos, contemplando tanto los atributos morfológicos como decorativos y productivos de cada pieza.

El primer grupo está representado por cerámica Isla. Las piezas que se pueden atribuir a este grupo no fueron ordenadas en estilos debido a que aún no se cuenta con una clasificación tipológica completa para las numerosas variantes cerámicas de inicios del segundo milenio de la era. Vale mencionar que a partir del análisis de esta muestra no se buscó generar una propuesta clasificatoria ya que estas piezas aparecen bajamente representadas, tal como se desarrolla en el Capítulo 5.

El segundo grupo está conformado por los estilos tardíos de Humahuaca. Entre estos estilos se distinguen el Humahuaca N/R (Negro sobre Rojo), Humahuaca N/M (Negro sobre Morado), Humahuaca N/C (Negro sobre Castaño), Poma N/R, Juella Polícromo, Interior Negro, Castaño o Rojo Pulido, los cuales se combinan con



superficies externas alisadas o rojas a castaño pulido, Rojo Alisado o Pulido, Angosto Chico Inciso de manufactura local, Peinado o Marleado y Ordinario. Se designa a estos estilos como “tardíos” en el sentido amplio de su definición ya que muchos de estos estilos continuaron en uso durante la época incaica y quizás durante la primera época de la conquista europea.

El tercer grupo corresponde a las piezas Inca Provincial local o Humahuaca Inca (*sensu* Nielsen 2001; Cremonte 2006). Dentro de este grupo se identifica un amplio número de variantes que surgen de las modificaciones generadas a partir de la dominación incaica de los estilos quebradeños. Entre ellas se distinguen el Humahuaca Inca N/R (Negro sobre Rojo), Humahuaca Inca N/M (Negro sobre Morado), Humahuaca Inca N/C (Negro sobre Castaño), Humahuaca Inca Marrón Pulido y el Humahuaca Inca Interior Negro o Castaño Pulido con el exterior alisado.

Los grupos restantes corresponden a la cerámica de origen no local. Estos grupos incluyen piezas que proceden de regiones trasandinas, altiplánicas y selváticas. Dentro del conjunto de cerámicas incaicas se cuenta con el estilo Cuzqueño o Imperial. Se trata de piezas producidas en el Cuzco. Los estilos más reconocidos son el Cuzco Policromo, y su variante figurativa, el Cuzco Ante o el Cuzco Rojo y Blanco (Rowe 1944).

El segundo grupo estilístico incaico no local se define por el Inca Provincial. Por un lado, está muy vinculado al anterior dado que lo conforman piezas cerámicas que imitan los atributos iconográficos, morfológicos y la estructura del diseño de las piezas de origen cuzqueño. Se diferencian de la cerámica cuzqueña por el tipo de técnicas empleadas durante su producción, que en algunos casos se advierte como una menor calidad de manufactura. Esta diferenciación productiva puede ser difícil de reconocer dado que aún no se cuenta con el repertorio completo de la alfarería inca cuzqueña o de todas las provincias del Imperio.

Por otro lado, este grupo incluye estilos regionales incaicos como el Inca Pacajes, Inca Paya e Inca Yavi-Chicha, los cuales posiblemente circularon por los Andes del Sur por canales paralelos a los de la distribución de la cerámica Inca Policroma (Williams 2004). Además de estos tres estilos se identificaron piezas con atributos claramente incaicos que si bien han sido detectadas en otros sitios del Noroeste argentino por el momento no se puede establecer su lugar de origen o estilo al que corresponden, de allí que se las denomine como Inca Provincial Indeterminado.

Por último, dentro del conjunto no local se distinguieron objetos atribuibles a los estilos Yavi-Chicha, Santamariano, Casabindo N/R, Corrugado, Angosto Chico de



manufactura no local, Rojo Bruñido, y piezas a las que no se les pudo determinar su procedencia, que fueron clasificadas como Indeterminadas. En este caso también se trata de estilos tardíos ya que se los detecta a lo largo de toda la última época prehispánica.

En relación a las vasijas que se pueden atribuir al momento Hispano-Indígena, tal como se mencionó para el caso de la cerámica del tipo Isla, tampoco fueron ordenadas en estilos. Al igual que sucede para otras áreas del NOA, y a pesar de la larga trayectoria en el estudio de los conjuntos cerámicos, la alfarería correspondiente a esta época se encuentra pendiente de un profundo estudio para su correcta clasificación estilística.

### **2.3. Más de un siglo de investigaciones arqueológicas**

El Pucará de Tilcara se constituye como uno de los sitios arqueológicos más emblemáticos del NOA. No solo se destaca por ser un símbolo del patrimonio argentino y su relevancia para las comunidades actuales de la región, sino también por la trayectoria de sus investigaciones desarrolladas desde inicios de Siglo XX. Estas intervenciones involucraron tanto el trabajo de investigación arqueológica como la activación patrimonial del poblado con fines turísticos y educativos.

Independientemente de sus resultados, todos estos trabajos han contribuido al avance del conocimiento con el que se cuenta sobre este complejo sitio. De allí que en esta sección se revisen estas contribuciones en forma abreviada debido a que a lo largo de esta tesis en numerosas ocasiones se retoman y amplían sus aportes.

Las primeras referencias sobre el Pucará se deben al arqueólogo sueco Eric Boman, quien lo menciona brevemente en su publicación sobre los resultados de la expedición francesa de 1903 a la Puna de Jujuy y Quebrada de Humahuaca (Boman 1992 [1908]). A pesar de este primer reconocimiento, las excavaciones arqueológicas se iniciaron en 1908 cuando desde el Museo Etnográfico de la Facultad de Filosofía y Letras (UBA) se impulsaron las investigaciones en la región a través de la 4° Expedición de la Facultad. Estos trabajos estuvieron dirigidos por Ambrosetti, quien en aquel entonces era el Director del Museo (Ambrosetti 1908, 1912). No obstante, Debenedetti participó en ellas con un rol destacado al igual que lo había hecho en las campañas arqueológicas al sitio de La Paya (Salta), también dirigidas por Ambrosetti.



Es posible que la calidad de los hallazgos recuperados durante esa primera intervención hicieran que se desarrollaran dos campañas más dedicadas exclusivamente al Pucará: la 5° y 6° Expedición de la Facultad de 1909 y 1910 respectivamente. A diferencia de la campaña de 1908, en la cual se abordó la Cima del poblado, descrito por Ambrosetti como la Acrópolis y la Primera Sección, en estas dos últimas se intervinieron la Terraza Superior y parte de los Faldeos (Figura 2.1).

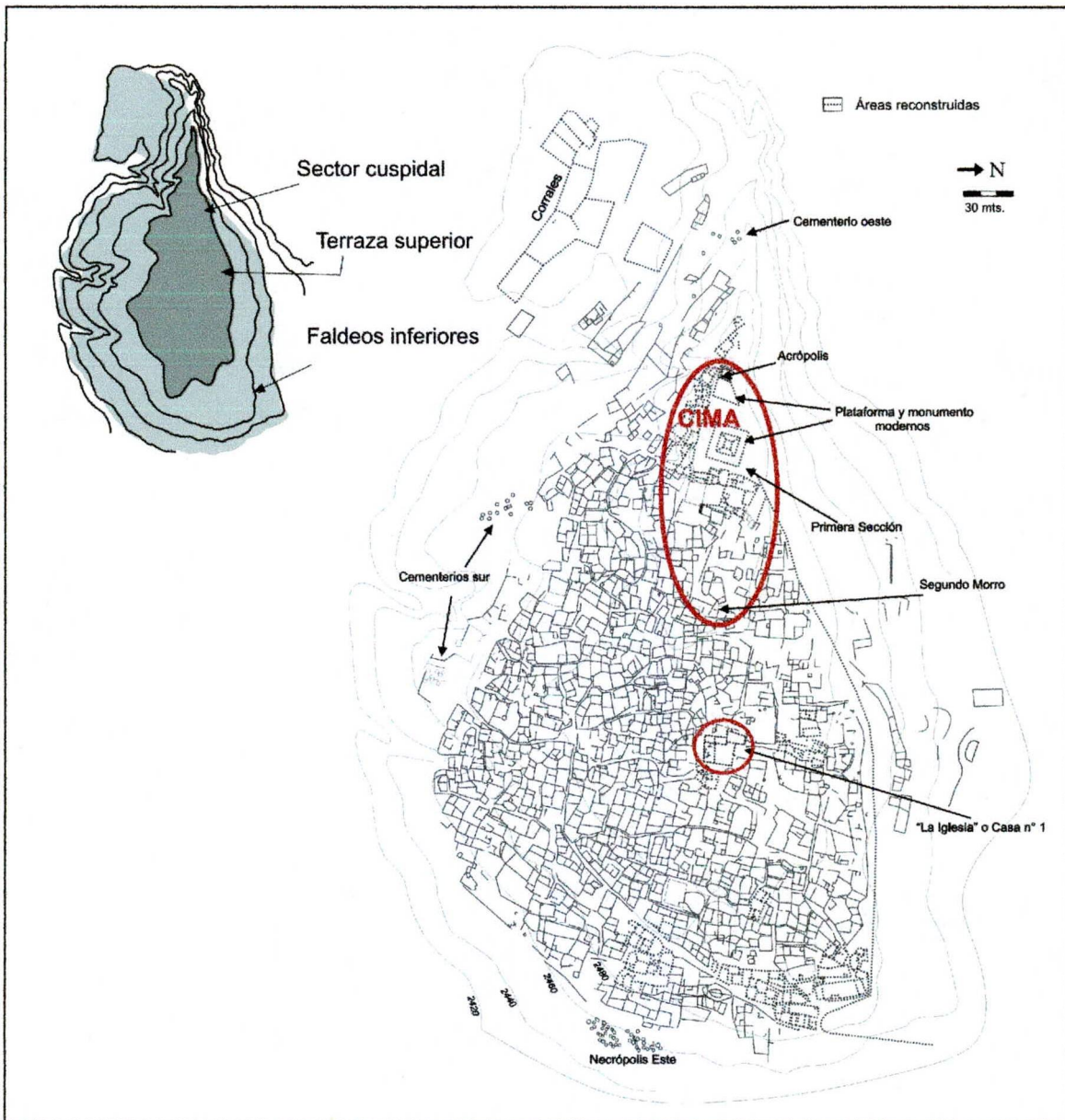


Figura 2.1. Referencias espaciales (Tomado de Zaburlín 2006) y plano del Pucará de Tilcara. Relevamiento completo realizado por Lanzelotti et al. (2012) sobre el plano original de Zaburlín (2006).



Las excavaciones en la Acrópolis aún hoy resultan de un gran valor para la investigación arqueológica ya que fueron las primeras en el Pucará en utilizar el método estratigráfico. A su vez, porque Ambrosetti registró de forma detallada en su diario de campo, recientemente hallado por Zaburlín, algunos de los contextos de la Primer Sección (Zaburlín y Otero 2013). Si bien en los contextos de la Cima, al igual que en otros sectores del Pucará, se priorizó la búsqueda de entierros, muchas de estas intervenciones abarcaron la totalidad de las estructuras o gran parte de ellas (Ambrosetti 1908). La excavación en área permitió a Ambrosetti detectar una gran variedad de materiales vinculados a las tareas artesanales, ampliando de esa manera la diversidad de los objetos conocidos hasta aquel momento a partir de las inhumaciones.

En 1912 presenta algunos de los resultados de dichas exploraciones de forma sintética, enumerándolos a manera de conclusiones. En primera instancia, señala una continuidad en la ocupación del Pucará hasta tiempos de la conquista. En relación a la adscripción cultural de los pobladores que lo habitaron, menciona que en Tilcara se habría desarrollado una cultura completamente distinta a la que identificara Debenedetti en los cementerios de La Isla (Debenedetti 1910). Para Ambrosetti, el Pucará de Tilcara se ubicaba en el límite Norte de los tipos de “cultura del sur”. Es a partir del correlato material de los conjuntos del Pucará con otras culturas que realiza esta apreciación. A manera de ejemplo se puede mencionar que describe la presencia de objetos confeccionados en madera, hueso y cerámica con grandes similitudes a los hallados en Tastil, La Paya, La Poma y los Valles Calchaquíes.

Las intervenciones de 1909 y 1910 fueron documentadas parcialmente por Debenedetti en su diario de campo (Debenedetti 1909/1910), el cual a su vez, transcribe de forma fragmentada en su publicación de 1930. Los registros de su diario principalmente se basan en el boceto de algunas de las estructuras excavadas, indicando el sector trabajado junto a la enumeración de materiales. Por el momento, estos escritos, junto a lo vertido en los Catálogos de Materiales del Depósito de Arqueología del Museo Etnográfico, son la única fuente de información referente a estas intervenciones. En relación a la descripción de los objetos, también se podrían sumar a estas referencias las notas inéditas de Debenedetti sobre la revisión de algunas piezas halladas en el Pucará durante las primeras campañas de Ambrosetti, que se encuentran en el Museo Etnográfico de Berlín (Debenedetti 1926).

Tras la muerte de Ambrosetti en 1917, Debenedetti retoma las excavaciones en el Pucará en el marco de la 13° Expedición de la Facultad. Estas tareas fueron breves



debido a que principalmente se abocó al sitio arqueológico conocido como Campo Morado. En su diario de campo de 1917/1918, describe las seis estructuras intervenidas y los hallazgos recuperados en cada una de ellas. Es recién con la 24° Expedición de la Facultad que reanuda las investigaciones en Tilcara de manera intensiva (Debenedetti 1928/1929). Esta campaña fue dedicada a excavar numerosos sectores del Pucará, y a su vez a continuar con la restauración parcial del sitio, iniciada en 1910.

En relación a las tareas arqueológicas desarrolladas durante esta Expedición, se excavaron numerosos espacios, muchos de los cuales se encontraban en los Faldeos Suroeste y Sureste. Debenedetti incluye la descripción de por lo menos treinta y seis de estas intervenciones en su publicación de 1930 (Debenedetti 1930: 112-126). A diferencia de los contextos abordados por Ambrosetti (1908), los cuales fueron denominados con nombres propios, o como “Casas” y tumbas enumeradas de forma correlativa, en esta publicación denomina a todos los contextos abordados, tanto los por él trabajados como por su maestro, como “Yacimientos”.

La prioridad en la descripción de un total de 212 yacimientos y 26 tumbas no fue tanto su ubicación espacial como la caracterización de los materiales y en algunos casos su vinculación con otras culturas del NOA y los Andes Centro-sur. La enumeración de los hallazgos remite principalmente a la descripción de los contextos mortuorios. Esto coincide con la metodología de trabajo de la época, principalmente basada en la búsqueda de piezas completas. De allí que además de los cementerios interviniera las esquinas de las estructuras buscando cámaras funerarias y los edificios que presentaban un mejor estado de conservación y construcción.

Su trabajo también brindó aportes en relación a la cronología del Pucará. A partir del hallazgo de un entierro vacuno confirma una prolongada ocupación del sitio hasta la colonia. Por otro lado, caracteriza a un sector ubicado en el Faldeo Sureste como más antiguo que la Cima y la Terraza Superior, debido a la identificación de platos similares a los hallados en La Isla y El Alfarcito (Debenedetti 1918). Años más tarde, Madrazo retoma este punto en su trabajo sobre la sectorización temporal de las construcciones del Pucará (Madrazo 1969 a).

En la actualidad, por ser la única publicación con la que se cuenta sobre el conjunto de los trabajos arqueológicos desarrollados durante las primeras décadas del Siglo XX, la obra de Debenedetti resulta de gran valor para la revisión de las colecciones. Asimismo, por décadas este trabajo fue el único que aportó un plano del sitio (Debenedetti 1930: 143). Para confeccionar este primer boceto, se sirvió de



mojones constituidos por grandes rocas localizadas en los caminos, a partir de los cuales también reconstruyó la red de senderos. Por otro lado, presentó otros aportes vinculados al análisis de la arquitectura del sitio. Junto a la forma y el tipo de materiales empleados para construir las viviendas, caracterizó al techo con el que debieron contar. Durante la reconstrucción parcial del sitio se siguió su propuesta para cerrar muchas de las habitaciones reedificadas, aplicando la técnica del torteado de techos a un agua (Casanova 1950).

Vale mencionar que Debenedetti fue el promotor de la restauración del Pucará. Además de ser las primeras ruinas restauradas en la Argentina, para él este emprendimiento produciría una importante impresión en los visitantes, principalmente en los investigadores que concurrían al XVII Congreso Internacional de Americanistas, que se realizaría ese año en Buenos Aires. Desde allí se había planificado un viaje en tren a Bolivia para recorrer las ruinas de Tiwanaku, pasando por la Quebrada de Humahuaca (Debenedetti 1930: 137). Para ese Congreso se esperaba la presencia de numerosos americanistas, como Max Uhle, Franz Heger y Eduardo Seler, entre otros, pertenecientes a los más destacados centros internacionales de investigación. En este contexto, el Pucará de Tilcara se exhibiría como una muestra de la riqueza del patrimonio nacional, que a su vez serviría para enmarcar a la arqueología argentina dentro de los estándares internacionales.

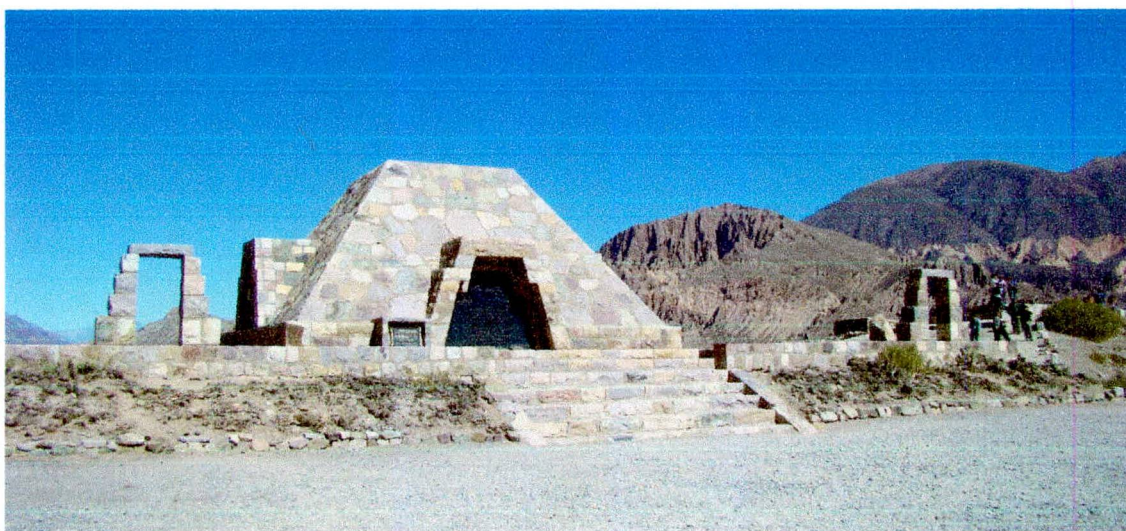
Debenedetti menciona en su publicación que, aunque no pudieron recorrer el Pucará, desde la base del poblado los participantes del viaje a Bolivia pudieron comprender la posición estratégica de este yacimiento ya que “en los tiempos prehispánicos estuvo en los deslindes de culturas distintas y encontradas” (Debenedetti 1930: 137). Esta expresión resulta acorde a uno de los principales objetivos nacionales de la época: la delimitación del territorio. Tal como lo desarrolla Zaburlín (2006), no es casual que las tradiciones culturales prehispánicas de la Argentina se delimitaran de la misma forma en que se demarcaban las fronteras políticas. Estas tradiciones, concebidas como locales por estar circunscritas al territorio nacional, dieron sustento al imaginario de una historia con profundas raíces americanas, que aunque poco tenían que ver con el presente indígena justificaban el trazado de dichas fronteras.

Para Debenedetti, la idea de restaurar el sitio también representaba otros beneficios. Sumado a su importancia como yacimiento arqueológico, debido a su riqueza material, el Pucará se valorizaría ampliamente con estas tareas ya que serían útiles a los fines didácticos de la disciplina y el desarrollo económico de la localidad de



Tilcara (Debenedetti 1930: 142). En el contexto local, el Pucará se convirtió en un atractivo espacio de recreación para los numerosos turistas, que año tras año llegaban en aumento a la región aprovechando el ferrocarril.

Tras la muerte de Debenedetti en 1930, Casanova continuó con el proyecto de restauración y excavación de este gran asentamiento. Vale mencionar que previo a concretar esas tareas, presidió una Comisión de Homenaje orientada a perpetuar la memoria de sus maestros mediante la creación de un monumento en la cima del Pucará, inaugurado en 1935 con la ayuda del gobierno de Jujuy (Casanova 1970) (Figura 2.1). El diseño del monumento estuvo a cargo del renombrado arquitecto Martín Noel, quien edificó una pirámide trunca con atributos inspirados en la arquitectura prehispánica mesoamericana. Lamentablemente, al levantar esta pirámide se destruyeron varias de las viviendas y talleres arqueológicos que Ambrosetti había intervenido en 1908 (Ambrosetti 1908; Zaburlín y Otero 2013). En un eufemismo Casanova describió a estas estructuras como “escasos restos de construcciones antiguas” (Casanova 1950: 41).



*Figura 2.2. Monumento construido en 1935 en homenaje a los arqueólogos Ambrosetti y Debenedetti.*

Al igual que Debenedetti, Casanova puso énfasis en el Pucará como Museo de Sitio (Casanova 1950, 1970, 1971; Otero *et al.* 2011; Montenegro *et al.* 2011). En sus publicaciones desarrolla brevemente las técnicas llevadas a cabo para la reconstrucción del sitio y enfatiza continuamente las posibilidades turísticas del lugar. Lamentablemente no se conservaron sus notas de campo razón por la cual no se cuenta con información arqueológica sobre lo registrado en las estructuras reconstruidas.



A finales de 1955, durante las tareas dirigidas por Casanova, Krapovickas logra detener los trabajos de “limpieza” en el sector del Monumento para desarrollar por primera vez una investigación en el Pucará en la que se incluyera el material fragmentario y se utilizaran modernas técnicas de registro bajo un marco teórico explícito. Krapovickas (1958/1959) excava tres recintos de la Cima a los cuales identifica como Taller de Lapidario, debido a que en ellos se recuperaron evidencias vinculadas con el trabajo de la piedra. También registró materiales asociados a prácticas metalúrgicas y a diversas actividades cotidianas desarrolladas durante la ocupación incaica.

Krapovickas señala que durante las tareas de restauración presenció que otros sectores del Pucará, como el área oeste de “La Iglesia”, también presentaban evidencias afines a la industria lapidaria (Figura 2.1)<sup>3</sup>. A esta observación se suma lo registrado previamente por Schuel (1930), quien describe brevemente el hallazgo de objetos realizados en piedra y herramientas para su confección durante sus intervenciones en el Pucará.

Es en 1950 cuando por primera vez se obtiene, aunque de manera parcial, un plano topográfico del sitio. Este fue confeccionado por Alegría quien completó la traza de los caminos principales identificados en el Pucará por Debenedetti e identificó ciertas estructuras a las que denominó como Barrio de la Entrada y del Faldeo Sudeste. Madrazo (1969 a), utilizando como guía de referencia este plano, revisa la procedencia de los hallazgos de Debenedetti y su cronología relativa con el fin de establecer temporalmente la ocupación de los distintos sectores del sitio. A esta revisión suma el análisis arquitectónico y del material superficial por él recolectado en el Sector Sureste. Contemporáneo a este trabajo, otro aporte a la cronología del sitio lo hace Lafón (1969), quien realizó un sondeo en uno de los patios incaicos de piso enlajado próximos al Monumento. Este autor planteó una ocupación preincaica del sector a partir del hallazgo de un fragmento de una pieza N/R, al que estilísticamente identificó como Hornillos N/R.

Años más tarde, también con el propósito de avanzar sobre la secuencia de ocupación, Casanova excava el gran basural emplazado en el borde centro-sur de la cúspide del Pucará (Casanova *et al.* 1976). Los resultados parciales de estos trabajos son recién presentados por Pelissero, Forgione y Alancay en la década del '90 (Pelissero *et*

---

<sup>3</sup> Los conjuntos de hallazgos y los contextos detectados en este edificio son analizados en el Capítulo 9.



*al.* 1997). Principalmente describen el tipo de textiles y cerámica allí recuperados. En la década del '90, Tarragó y Albeck (1997) revisaron el rango temporal obtenido por estos autores a partir de la datación de diferentes niveles estratigráficos, ampliando las excavaciones de Casanova y realizando nuevos fechados.

Las intervenciones de Tarragó (1992, 1993) también involucraron excavaciones en uno de los faldeos del Pucará que no presentaba evidencias de trabajos previos. Mediante la excavación en área y siguiendo la naturaleza de los depósitos se intervino una estructura habitacional de amplias dimensiones, la cual fue destinada al desarrollo de actividades cotidianas y de trabajo artesanal especializado. Parte de los materiales recuperados en este espacio fueron abordados por diferentes especialistas. Cremonte (1988, 1993) realizó una primera caracterización de las pastas de algunos fragmentos de cerámica junto al análisis de la composición mineralógica de las arcillas y los pigmentos hallados en los pisos de ocupación. Asimismo, comparó estos resultados con los obtenidos mediante el análisis de algunos fragmentos recuperados durante la recolección superficial de materiales de una transecta trazada en la Cima del sitio (Cremonte 1992). También en relación a la alfarería, Piñeiro y Di Lorenzo (1997) trabajaron sobre los procesos de formación del sitio a través del estudio distribucional del conjunto cerámico.

Mendonça y Bordach (1988) analizaron los restos humanos recuperados en diferentes sepulturas ubicadas en el interior de esta vivienda. Adaro (2002) profundizó estos estudios para la determinación del número de especímenes y de patologías óseas. Cicala (1998) orientó su estudio a la identificación de patrones de consumo en áreas domésticas a partir del material faunístico hallado en un basural (Basural 2), localizado junto a esta unidad habitacional. Álvarez (2004) analizó el conjunto lítico, evaluando las evidencias vinculadas principalmente a la formatización de las puntas de proyectil. Tarragó y Albeck (1997) contextualizaron los resultados de los fechados realizados con muestras obtenidas en el Basural 2, el Recinto 2.1 y 3.3. Además de estimar una ocupación de la vivienda entre los Siglos XI y XIII d.C., plantearon un uso contemporáneo de las habitaciones a raíz de la proximidad temporal que obtuvieron estas dataciones. Por último, Tarragó y González (1998) analizaron el conjunto de evidencias vinculadas a la producción metalúrgica.

En los últimos años se retomó el análisis del conjunto lítico, cerámico (Otero 2006a, 2007; Otero y Cremonte 2010) y faunístico (Belotti 2013), así como también se completó la excavación de dos de los recintos que componen esta vivienda y se



realizaron nuevas dataciones (Otero y Ochoa 2011). Por otro lado, se intervinieron otros sectores del Pucará, se avanzó en la construcción de una secuencia cronológica a través de la obtención de nuevos fechados, se completó la planimetría del sitio trabajando sobre el plano elaborado por Zaburlín (2006) (Lanzelotti *et al.* 2012), quien también abordó la historia de ocupación del sitio (Zaburlín 2009), y se inició la revisión de las colecciones depositadas en los Museos Arqueológico “Dr. Eduardo Casanova” del Instituto Interdisciplinario de Tilcara (FFyL-UBA) y Etnográfico “J. B. Ambrosetti” (FFyL-UBA) (Otero y Ochoa 2011; Otero 2013; Zaburlín y Otero 2013).

Vale mencionar que los materiales conservados en estas colecciones han sido objeto de estudio de diferentes investigaciones a lo largo de todo el siglo. Desde diferentes perspectivas, las piezas cerámicas han sido estudiadas por Bregante (1926), Deambrosis y De Lorenzi (1973), López (2006) y Runcio (2009). Por el momento, los objetos confeccionados con material óseo solo han sido analizados por Lafón (1956/1957). A.R. González (1992) fue el primer investigador en estudiar las placas metálicas recuperadas en este sitio. Gluzman (2010) avanzó sobre el análisis estilístico de algunos de estos ejemplares. A pesar del desarrollo de estas líneas de investigación resta por avanzar en la caracterización tecno-morfológica y decorativa de cada tipo de objeto así como en su contextualización, tan necesaria para la determinación de patrones de distribución de diferentes categorías de bienes y la funcionalidad de los sectores que componen al Pucará. En lo que respecta a la alfarería, aún no se cuenta con una tipología ajustada. De allí que el estudio de esta colección, una de las más grandes del NOA, resulte de gran importancia para desarrollar un esquema clasificatorio útil para el análisis de los conjuntos de la región.

Por otro lado, si bien las sucesivas intervenciones al sitio y el estudio de sus bienes han generado muchísima información sobre las antiguas poblaciones *Omaguacas* y la expansión incaica, falta aún producir un conocimiento actualizado y detallado sobre su historia de ocupación. Asimismo, a pesar de la reiterada mención sobre la detección de materiales vinculados a las actividades artesanales, no es hasta la revisión de los hallazgos del Taller de Lapidario que Krapovickas (1981/1982) sostiene la existencia de una producción de bienes especializada regida por el Estado incaico. Su reinterpretación de este contexto abrió una puerta a la definición de la función económica y administrativa del Pucará en el ámbito regional, que debe ser profundizada.

La magnitud del Pucará, su ubicación estratégica y la importancia sociopolítica que ha tenido en la última época arqueológica entre la dominación inca y la conquista



hispanica, considerando que funcionó como la capital de la *Wamani* de Humahuaca (González 1982: 345; Williams 2004: 210), y su activación patrimonial, hacen que hoy se posicione como un punto de interés para distintos sectores. Razón por la cual su estudio debe ser sostenido en el tiempo con el ineludible objetivo de generar resultados a partir del análisis en conjunto de las evidencias.

#### 2.4. Síntesis del capítulo

En este capítulo se presentaron los lineamientos teórico-metodológicos que guiaron esta investigación, la cual tuvo por propósito cubrir un ámbito poco explorado en la región: estudiar la historia de ocupación y función del Pucará de Tilcara, considerado una urbanización de primera magnitud en la Quebrada de Humahuaca durante la época prehispánica tardía.

Si bien para generar un marco de referencia se utilizaron elementos propuestos desde distintas corrientes teóricas, principalmente se abordó el concepto de *objeto* y otras nociones que giran en torno a su definición, como producción, consumo, circulación, estilo, entre otros. Los objetos, como entidades dinámicas involucradas en la interacción humana, materializan todo tipo de prácticas. De allí que el estudio de sus biografías, contemplando sus trayectorias tanto en el espacio como en el tiempo, se constituya como una vía de análisis para la comprensión de la organización interna del Pucará de Tilcara a lo largo del tiempo.

Por otro lado, para evaluar los límites de esta organización en el marco local se consideraron aspectos vinculados a la caracterización de los paisajes sociales con la intención de repensar las distintas categorías espaciales que circunscriben el área de influencia de los sitios arqueológicos.

En relación al enfoque metodológico se presentaron las distintas líneas de trabajo, las cuales involucraron prospecciones, recolecciones superficiales, relevamiento altimétrico, observación de fenómenos celestes, excavaciones, análisis de los materiales de excavación, dataciones radiocarbónicas, revisión bibliográfica y documental y estudio de las colecciones depositadas en los Museos Etnográfico “J.B. Ambrosetti” y Arqueológico “Dr. E. Casanova” (FFyL-UBA).

Por último, se sintetizaron los trabajos arqueológicos desarrollados en el Pucará a lo largo del Siglo XX e inicios del XXI. Estas intervenciones demuestran una amplitud de abordajes teóricos y metodológicos, que analizados secuencialmente



refieren a las distintas etapas del desarrollo de la disciplina. Los resultados alcanzados con cada una de estas investigaciones se presentan como un antecedente directo de esta tesis, ya que hasta se incluye el análisis de los materiales recuperados durante los trabajos de Ambrosetti (1908), Debenedetti (1930), Casanova (1970) y Tarragó (1992).



# Capítulo 3

## EL ESPACIO HABITADO



La configuración del espacio señala la forma en que una cultura en particular lo concibe en un tiempo determinado. No obstante, como entorno social donde se producen las relaciones entre individuos y grupos, se recrea con distintos grados de intensidad provocando un verdadero mosaico interpretativo, incluso para un mismo bloque temporal. De allí que en este capítulo se atienda a su organización en el Pucará del Tilcara como una manifestación de las prácticas sociales que le dieron sentido a través del tiempo. Para ello se evalúa tanto el registro arquitectónico como la forma en que se ha hecho uso del entorno mediante el análisis de la planimetría del sitio, la caracterización de diferentes rasgos constructivos y la excavación de distintos sectores.

### 3.1. Organización del espacio

El Pucará de Tilcara es el sitio arqueológico de mayor extensión de la Quebrada. Además de sus dimensiones (17,5 hectáreas), uno de los aspectos más sobresalientes en lo que refiere a su configuración es la complejidad de su organización interna. Por estas características, y considerando que transcurrió más de un siglo desde sus primeras intervenciones, necesariamente debía contar con una planimetría completa para poder desarrollar múltiples aspectos vinculados a su emplazamiento, la forma de arreglo de los diversos tipos de estructuras y la distribución y articulación de los sectores que lo componen.

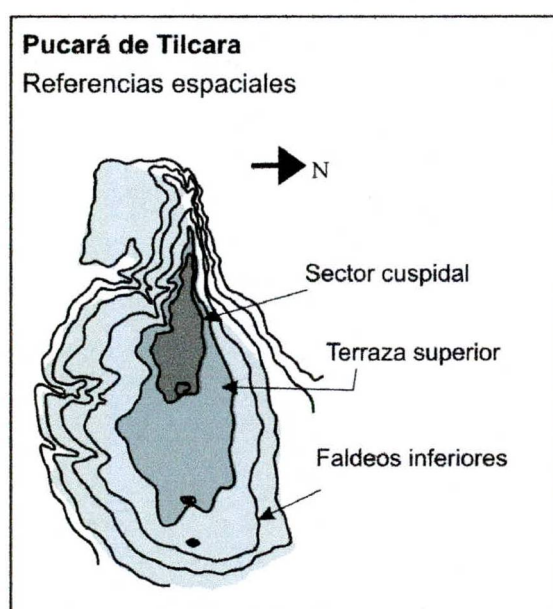


Figura 3.1. Referencias espaciales del Pucará delimitadas por Zaburlín (2006).

En primera instancia, el aporte de Zaburlín (2006) fue fundamental para cubrir esta necesidad. Mediante el uso de una brújula taquimétrica, emprendió la tarea titánica de relevar altiplanimétricamente la Cima, la Terraza Superior, el Faldeo Sureste y Este, y los corrales ubicados en el Suroeste (Figura 3.1 y 3.2). A partir de este plano pudo constatar la existencia de 538 recintos simples distribuidos a lo largo del morro que a su vez se aglutinaban en sectores comunicados entre sí por una amplia red de senderos.

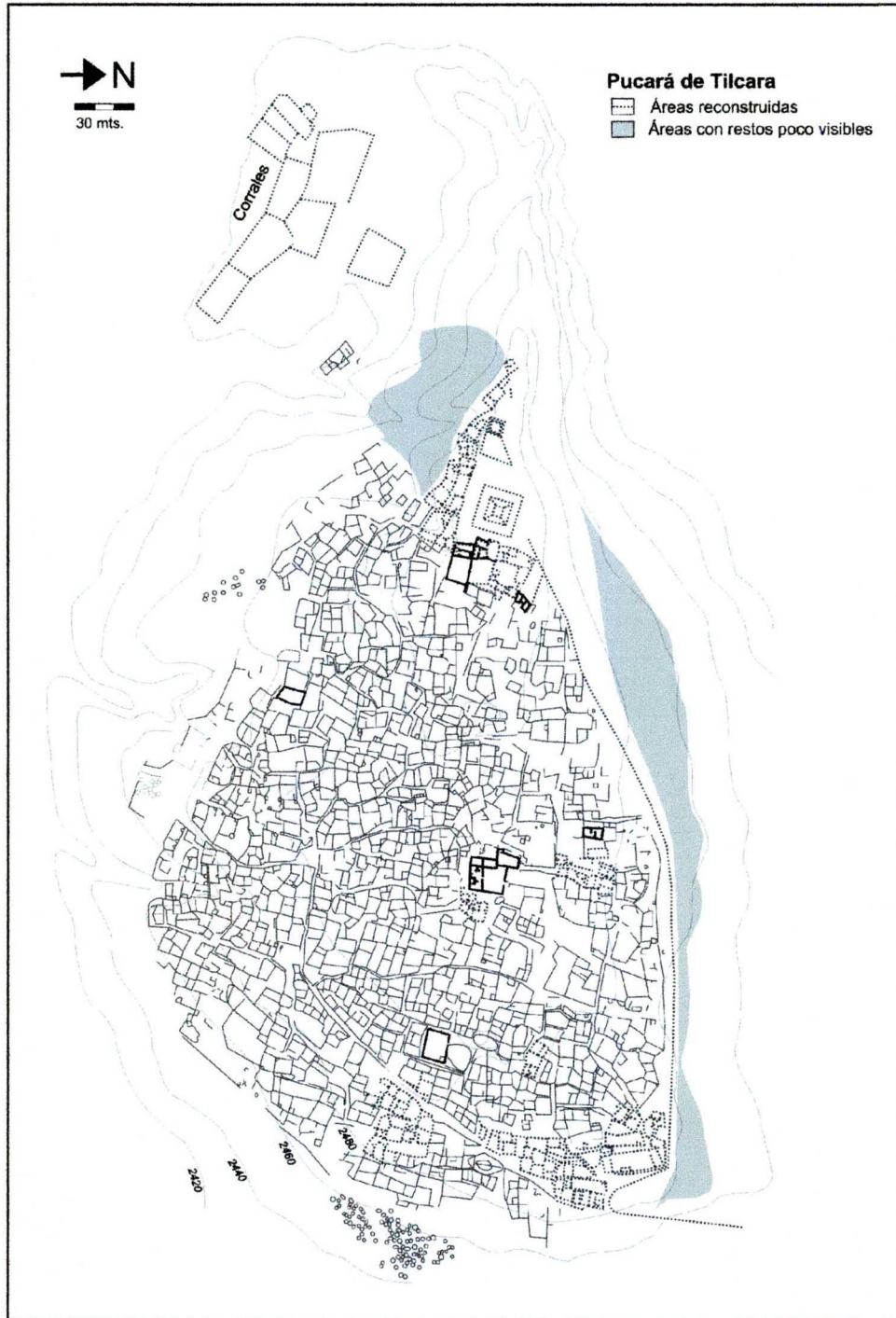


Figura 3.2. Plano elaborado por Zaburlín (2006).

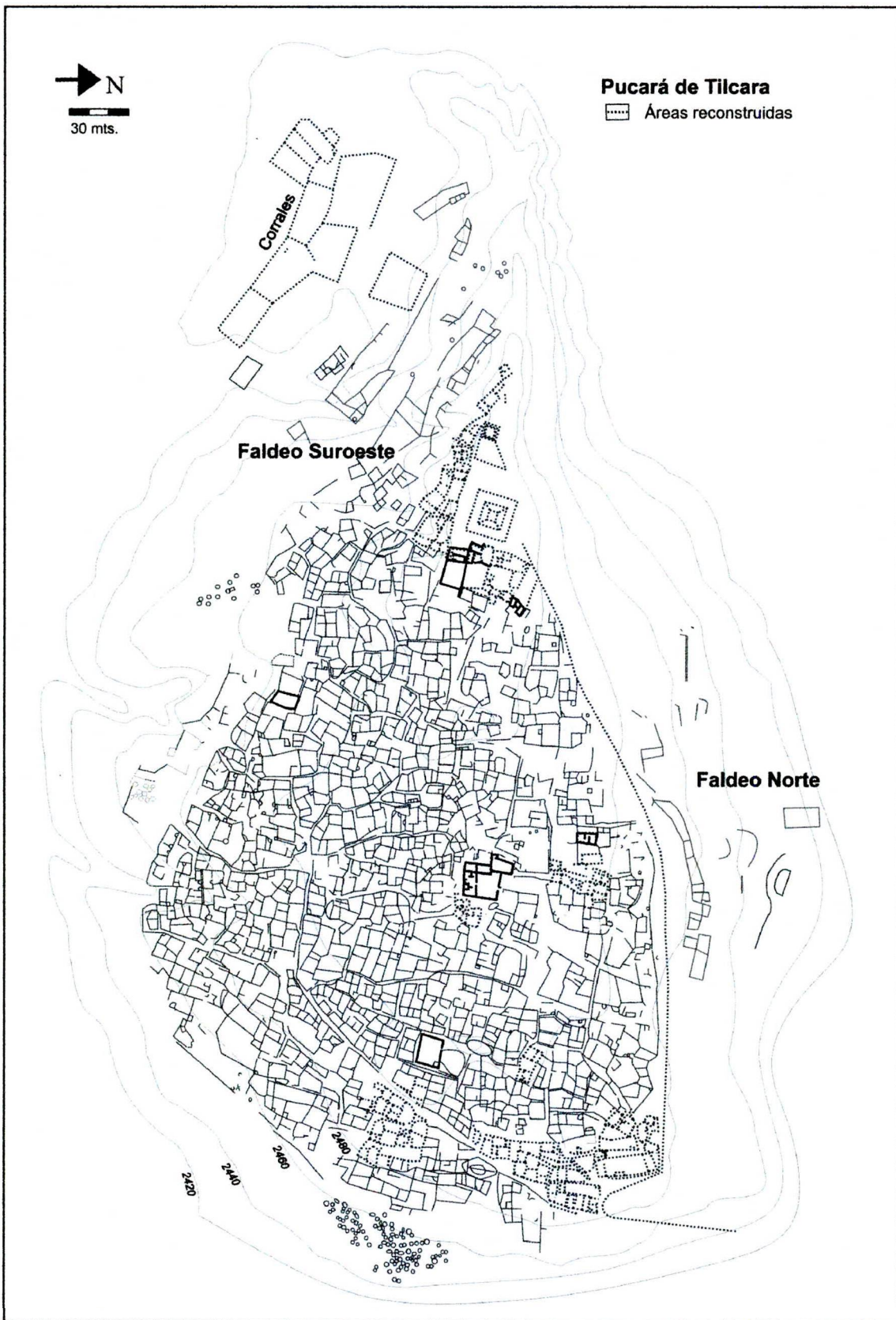
Durante el 2012 se finalizó el relevamiento de los Faldeos Norte y Suroeste, utilizando una estación total provista por el equipo de arqueología de la Dra. Tarragó (Figura 3.3)<sup>1</sup>. Este relevamiento, realizado por Lanzelotti, Ochoa y Acuña, fue determinante para estimar la superficie total de ocupación del sitio y completar el plano. Así se corrigió lo estipulado por Casanova (1970: 17) quien indicó que el sitio abarcaba sólo unas 15 ha, aunque actualmente se ha calculado que todo el morro tiene una extensión de 20 ha. Mientras que la parte construida suma un total de 17,511 ha, las otras 2,5 corresponden a la superficie escarpada de las laderas sin construcciones arqueológicas.

Por otro lado, a partir de estos trabajos se sumaron 50 estructuras a las 538 identificadas por Zaburlín, alcanzando un total de 588. Vale mencionar que en el plano, tanto para el Faldeo Suroeste como el Norte, se visualizan áreas de recintos conglomerados y otras en las que se identifican solo muros aislados. Esto se debe a que la visibilidad de los rasgos arquitectónicos en ambos faldeos es baja. Tal como se ha demostrado durante las excavaciones realizadas en la Unidad Habitacional 1, los recintos suelen encontrarse divididos. De allí que el número registrado de nuevas estructuras deberá ser reformulado a medida que se avance con las intervenciones en cada área.

Por otro lado, los constantes vientos que azotan la Quebrada en sentido norte-sur y viceversa, a lo largo de los siglos han generado la acumulación de abundante sedimento eólico, procedente de las terrazas fluviales del Río Grande, en ambos Faldeos. Este depósito se registra en las espesas capas de sedimento limo-arenoso que se encuentran al inicio de las excavaciones.

---

<sup>1</sup> En su planimetría, Zaburlín marca parte de estos sectores en grisado como áreas de rasgos poco visibles. Vale mencionar que mediante el uso de una brújula taquimétrica el relevamiento de estas áreas, dada su pendiente, era casi imposible de realizar. Este impedimento técnico hizo que esta investigadora debiera postergar su relevamiento.

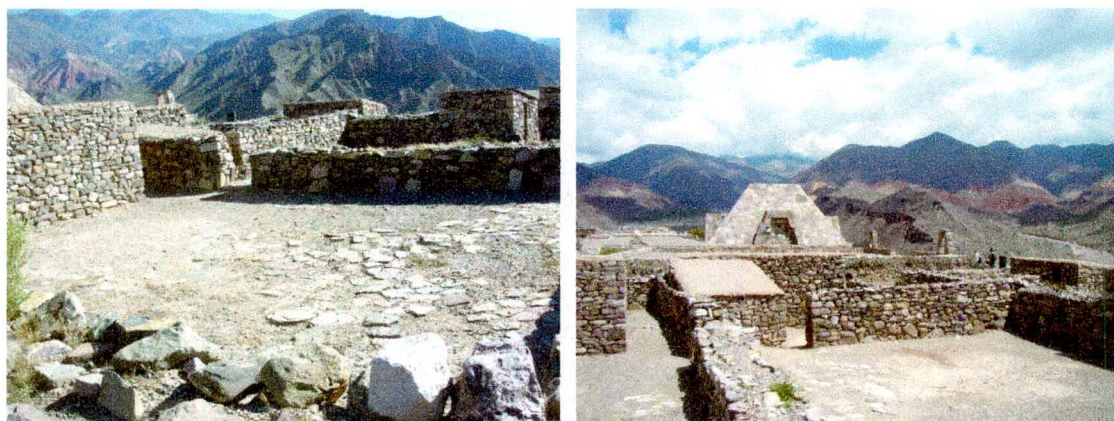


*Figura 3.3. Planimetría completa del Pucará. Modificado de Zaburlín (2006) por Lanzelotti et al. (2012).*



A excepción de unos muretes confeccionados con adobes, identificados en una plaza de la Cima por Debenedetti, quien en su publicación la describe como Yacimiento 176 (Debenedetti 1930: 110-112), todo el conjunto de estructuras que componen el sitio se construyeron con muros dobles de piedra y argamasa. Las estructuras presentan formas irregulares y tamaños desiguales dentro de un patrón general cuadrangular. En algunos casos se encuentran adosadas a espacios abiertos, los que pudieron funcionar como patios. No obstante, tal como se mencionó, según lo constatado en las excavaciones, se debe tener en cuenta que los rasgos superficiales registrados en la planimetría pueden no llegar a reflejar la complejidad arquitectónica de las construcciones ya que muchos recintos se encontraban subdivididos. Este puede ser el caso de las estructuras ubicadas en la Terraza Superior y en los Faldeos Superiores Norte y Noroeste, donde se registran recintos de mayor envergadura, incluso algunos construidos por debajo del nivel del suelo. Al igual que estas divisiones del espacio, las remodelaciones edilicias generalmente solo son visibles después del proceso de remoción, una vez que se despejan los cimientos y los pisos de ocupación.

Con respecto a la aplicación de diversas técnicas constructivas, en algunos sectores de clara manufactura incaica se registra el uso de rocas canteadas y el agregado de nichos en las paredes. Por otro lado, también atribuidos a este momento, en dos recintos abiertos de la Cima, Casanova (1970: 50) reconstruyó el enlajado de los pisos, que según menciona cubrían toda la superficie (Figura 3.4 y 3.5).



*Figura 3.4. Detalle de los patios con pisos enlajados localizados en la Cima.*

En dos estructuras, una de ellas ubicada en el Faldeo Sur –identificada por Zaburlín (2006) –, y la otra en el Faldeo Norte –recientemente relevada– se distingue la utilización de otra técnica constructiva de origen incaico. Se trata del uso de muros con



banquetas, posiblemente edificadas para reforzar las bases de las paredes en sectores de pendientes escarpadas.

Entre las casi seiscientas estructuras que conforman este conglomerado, un edificio que resulta ser un ícono de la ocupación imperial es el tradicionalmente conocido como “La Iglesia” (Debenedetti 1930: 38-45), emplazado 25 m por debajo de la altura de la cúspide del sitio (Figura 3.5). Fue reconstruido en dos etapas. La primera durante los trabajos de Debenedetti en la década del '20 y la segunda durante las tareas dirigidas por Casanova. El diseño arquitectónico de este edificio, descrito por Madrazo (1969 a: 22) como un rectángulo perimetral compuesto (*sensu* Madrazo y Otonello (1966: 12) o *kancha* (*sensu* Hyslop 1990: 16), es sumamente complejo. Cuenta con recintos de diversos tamaños y formas adosados a grandes patios. Esta disposición debió estar sujeta a su función, la cual es discutida en el Capítulo 9.

Tal como se mencionó, la anexión de los Faldeos Norte y Suroeste al plano realizado por Zaburlín permitió observar la ocupación total del morro. Para lo cual se aprovecharon las laderas mediante la edificación en terrazas. Es el caso de la Unidad Habitacional 1, presentada en el Capítulo 4, y de varias estructuras emplazadas a su alrededor, que también se construyeron en diferentes niveles (Figura 3.5).

Por otro lado, el relevamiento planimétrico completo del sitio permitió la identificación de un nuevo grupo de sepulcros, ubicado en el extremo oeste (Figura 3.5). Además de este pequeño cementerio, el Pucará cuenta con la Necrópolis Este, con 100 tumbas, y dos pequeños conjuntos de sepulcros ubicados en el Faldeo Sur (Mendonça *et al.* 1992) (Figura 3.5). Todas estas tumbas posiblemente fueron excavadas durante las primeras intervenciones al sitio, ya que así lo señalan las descripciones de Debenedetti (1930).

Un punto que merece discusión es la existencia de otra Necrópolis en el Faldeo Norte. Sobre el final de su libro, Debenedetti (1930: 132) menciona el trabajo de excavación allí realizado, aunque no describe el contenido de las distintas sepulturas. Algunas de ellas debieron corresponder a las tumbas indicadas en los Catálogos del Museo Etnográfico. Al igual que en el caso de la Necrópolis Este, no ingresaron a Depósito todos los objetos de los sepulcros intervenidos. Aparentemente sólo se registraron los materiales provenientes de algunos de ellos, razón por la cual los números de las tumbas aparecen de forma discontinua. El sepulcro asignado con el mayor número es la “Tumba 100”, por lo tanto se podría considerar que este cementerio también contó con cien o quizás más sepulturas. No obstante, llama la atención la

mención de Debenedetti, quien indica que ocupaba un área limitada que se iniciaba “al pie de las murallas externas de la fortaleza” (Debenedetti 1930: 132). A pesar de esta descripción actualmente no se puede determinar su ubicación, por lo que cabe plantear distintas posibilidades.

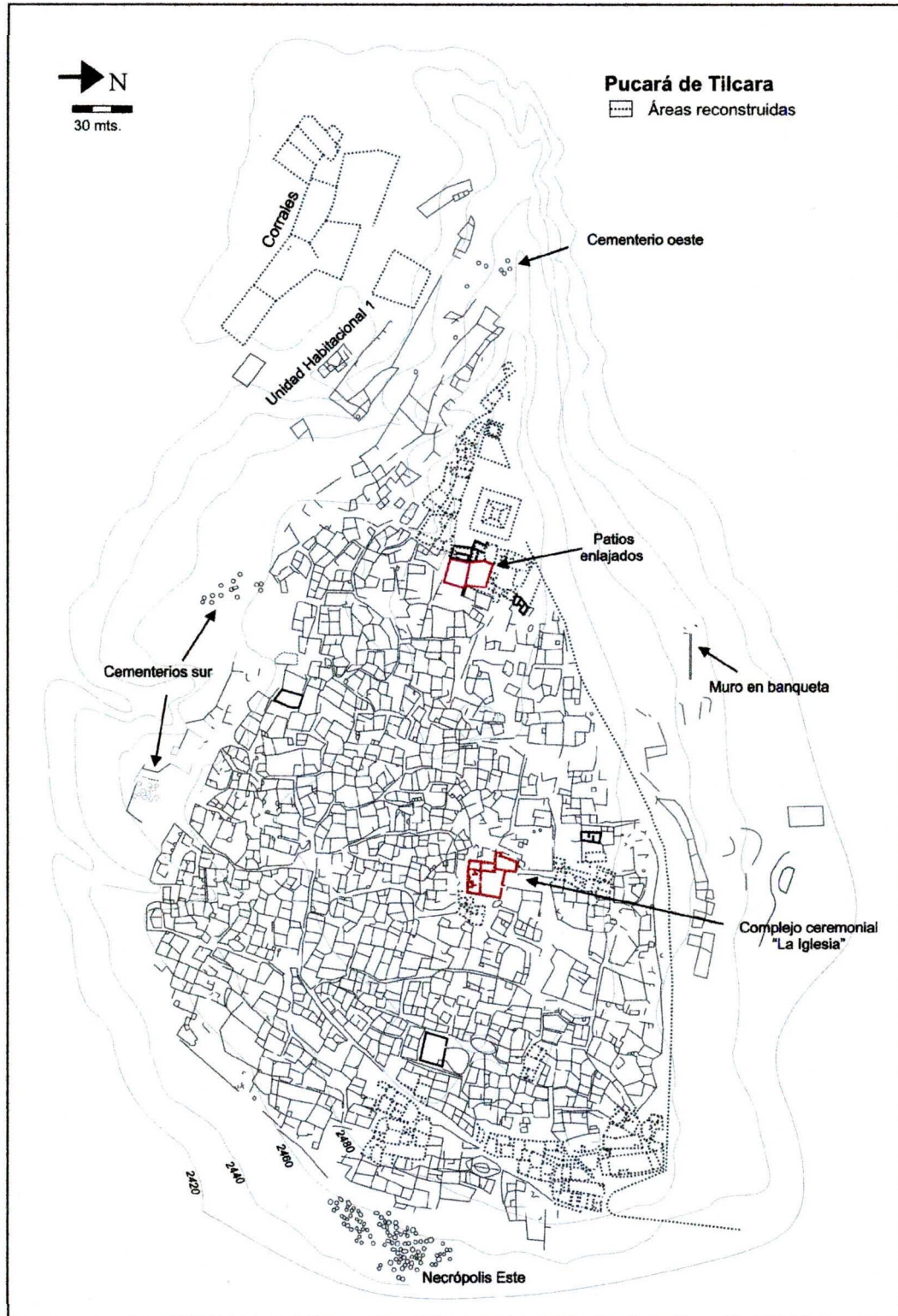


Figura 3.5. Ubicación de los patios enlajados, el Complejo Ceremonial “La Iglesia”, la Unidad Habitacional 1 y los cementerios.

Una de ellas puede responder a que las tumbas ubicadas en el extremo oeste hayan sido parte del conjunto descrito como “norte”, dado que tal como se observa en el plano dibujado por Debenedetti (1930: 143) la forma y orientación de los faldeos del Pucará en realidad no guardaban correspondencia con el norte geográfico. Sin embargo, en el extremo oeste solo se detectaron siete sepulcros aislados de las estructuras de habitación. Otra posibilidad recae en que por las intervenciones realizadas durante las reconstrucciones y la construcción del camino vehicular se hayan destruido varias de ellos, de la misma manera en que se lo hizo con algunas de las estructuras que Ambrosetti describió en su libreta de campo como “Casas ubicadas al Norte de la Barranca” (Zaburlín y Otero 2013). Por último, en la parte baja del Faldeo Norte existe un gran arenal, tal como se mencionó, formado por depósito eólico. Quizás, por debajo del mismo se encuentre sepultado este cementerio, el cual en su forma de emplazamiento y configuración no debió ser muy diferente de la Necrópolis Este (Figura 3.6).



*Figura 3.6. Tumbas de la Necrópolis Este.*

La segregación de las áreas de entierro es un rasgo distintivo del Pucará, que solo comparte con el Pucará de Volcán (Garay de Fumagalli 1998) y Los Amarillos (A. Nielsen com. pers., 2009). En el caso de Tilcara estas áreas se encuentran junto a las principales vías de acceso al sitio y a algunos sectores de habitación. La ubicación de estos cementerios da cuenta como un numeroso conjunto de estructuras ocupadas a diario para el desarrollo de actividades artesanales, cotidianas, rituales, entre otras, estuvieron enmarcadas espacialmente por la presencia de los difuntos. Más allá de su



inclusión dentro de los espacios de uso doméstico, la existencia de estas áreas de entierro colectivo señala una intención de señalar con los ancestros el perímetro del Pucará.

Esta estructuración espacial, embebida por lo simbólico y ritual, resalta la composición múltiple del carácter funcional de este poblado como centro administrativo, político y religioso, aspectos que retomaremos más adelante. En cierto modo, este carácter religioso coincide con la noción que varios autores, como Martínez (1989) y Tarragó (2011), han manejado acerca de los *pukaras*, en lo que refiere a dimensiones simbólicas vinculadas a la *Pachamama* y los Ancestros.

Aunque el Pucará de Tilcara no es un pucará en sentido estricto, a la manera de fortaleza (*sensu* Albeck y Ruiz 1995/1996), presenta algunos rasgos de tipo defensivo, como la ubicación en una geoforma elevada desde la cual se logró una amplia visión del paisaje circundante (Tarragó 2011). Dentro de la red de *pukaras* que se sucedieron a lo largo de la Quebrada durante la época preincaica, debió guardar una fuerte relación con el Pucará de Huichairas, ubicado a menos de 1 km en línea recta. A partir de sus ubicaciones es posible asumir que ambas instalaciones no debieron configurarse como instalaciones independientes socialmente entre sí.

Por otro lado, otro rasgo que resulta notorio en relación a su carácter defensivo es que el Pucará de Tilcara presenta distintas vías de acceso. Arkush y Stanish (2005) plantean que la presencia de múltiples ingresos en este tipo de poblados podía implicar una ventaja defensiva más que un riesgo durante los enfrentamientos a corta distancia. Igualmente se debe considerar que muchos de estos accesos pudieron crearse durante la época incaica con el propósito de agilizar el ingreso y la salida del sitio. Como se expondrá en el Capítulo 5, durante este momento se dio la máxima ocupación del Pucará. De allí que la forma de emplazamiento y su configuración, en parte debieron responder al tamaño de la población que albergó. Zaburlín (2010: 197) en base a la cantidad de recintos simples registrados y estimando que fueron ocupados entre uno y cinco habitantes, establece un rango de población entre 538 y 2690 personas, con una media de 1614. Considerando el nuevo grupo de edificaciones relevadas, el número de pobladores podría acercarse más al máximo estipulado por esta investigadora.

Con respecto a su configuración interna es posible diferenciar conjuntos de estructuras delimitados por senderos. En el 2009, cuando se iniciaron los trabajos de excavación en el Faldeo Suroeste, se denominaron de forma sucesiva dos de los sectores abordados: Sectores A y B. De forma correlativa, Zaburlín, quien también consideraba

realizar la sectorización del poblado en base al circuito de senderos, continuó con esta denominación para los restantes grupos de edificaciones (Figura 3.7). Esta sectorización se completó al finalizar el plano. A los nuevos sectores se los identificó con nombres propios como “Sector Corrales”, “Sector Superior del Faldeo Suroeste”, “Faldeo Norte”, para evitar la repetición alfabética.

Vale aclarar que los Sectores V, W, X y Z debieron ser más extensos y continuar sobre el Faldeo Norte. La construcción del camino vehicular para acceder a la Cima, dirigida por Casanova, provocó la destrucción de parte de las estructuras que componían estos sectores. Asimismo, esta obra seccionó la pendiente natural de la ladera generando el consecuente escurrimiento y el derrumbe de los perfiles que enmarcan al camino. Si bien estas acciones crearon un corte artificial en algunos tramos de hasta 5 metros de ancho por 6 m de alto, es posible distinguir una continuidad entre las estructuras ubicadas a un lado y el otro del camino (Figura 3.8). A pesar que esto se pueda reconocer tanto en el campo como en la planimetría, igualmente se optó por sectorizar y denominar de forma distinta a cada conjunto de estructuras dada la discontinuidad estratigráfica producida por la construcción de esta vía de acceso.

Con respecto a los senderos restantes que atraviesan el Pucará, si bien se podría argumentar que esta red de caminos, que sirve para articular los distintos sectores y agrupar las estructuras, fue reconstruida, tanto Debenedetti (1930) como Casanova (1970) sostienen que se mantuvieron los circuitos preexistentes. Incluso, miembros del personal del Instituto Interdisciplinario Tilcara, que participó durante las tareas de reconstrucción dirigidas por Casanova indican lo mismo.

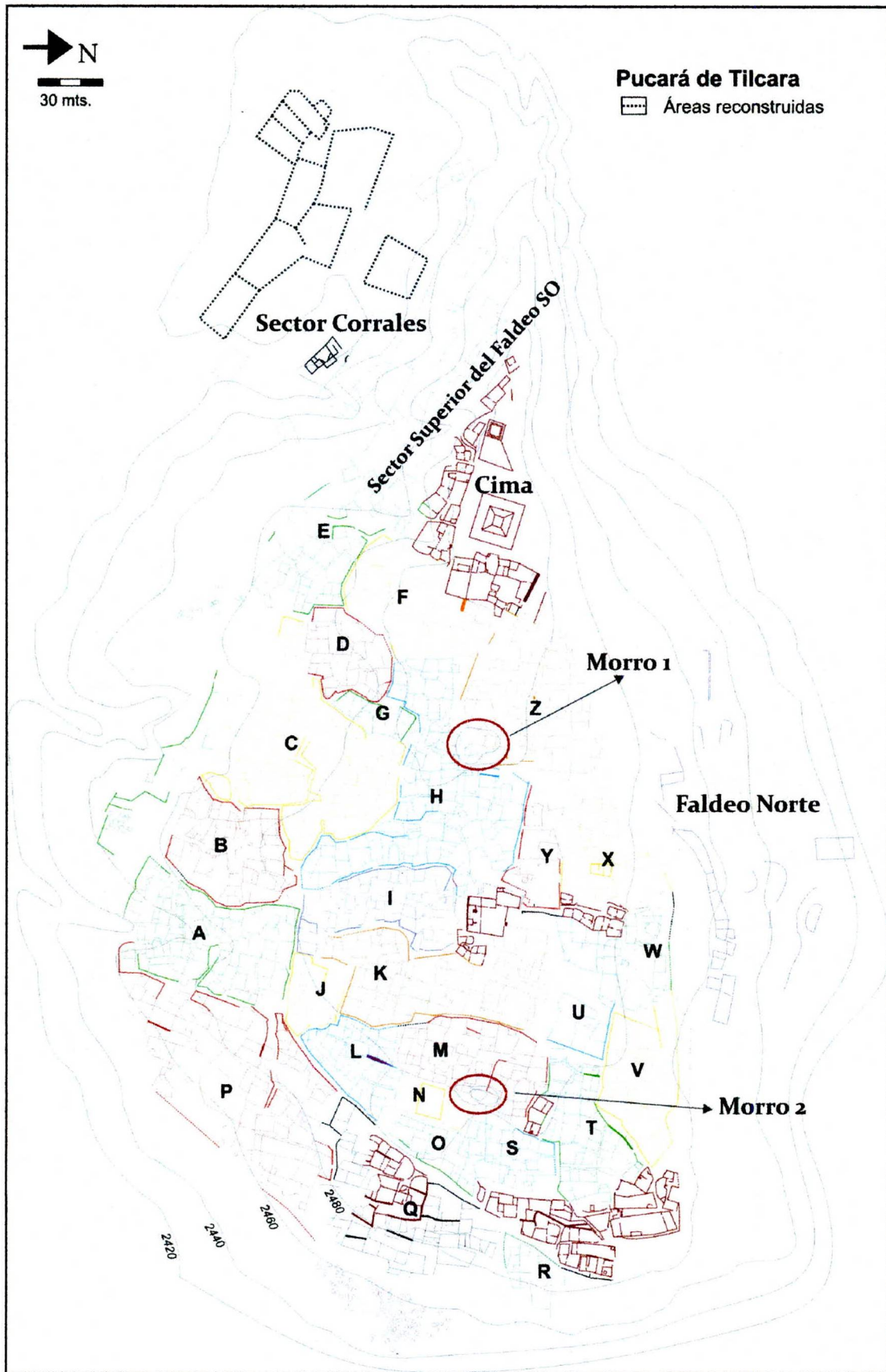


Figura 3.7. Sectorización del sitio.





*Figura 3.8. Izquierda: Detalle del ex-camino vehicular, visto desde la cima del sitio. Derecha: Perfil correspondiente al tramo inicial de este camino, donde se registra una gran perturbación y exposición del registro arqueológico.*

A partir de la planimetría y sobre todo mediante el recorrido del sitio, sin considerar a los Faldeos Suroeste y Norte, es posible distinguir cómo en su mayoría los diferentes sectores se componen por estructuras que se encuentran emplazadas en un mismo nivel o, a la sumo, de forma escalonada por unos pocos metros de diferencia entre sí. Quizás, la excepción sean los morros, donde las edificaciones respetaron su topografía, y el Sector A, que se constituye como el único caso donde se han identificado tres desniveles de 20 m cada uno (Figura 3.7). Tal como se demostrará a través de las excavaciones realizadas en el Sector B, existió una intención de nivelar el terreno para igualar las alturas de las estructuras que componen cada conjunto. Con el mismo propósito, posiblemente donde no se pudieron emparejar los declives se trazaron senderos para demarcar y, a su vez, aprovechar estas diferencias de elevación.

Anteriormente se mencionó que en parte la estructuración espacial del Pucará se vinculó a numerosos aspectos de carácter religioso. Este rasgo, además de materializarse a través de la presencia de los difuntos junto a las vías de ingreso, también se manifiesta en la identificación de 15 *huanacas* ubicadas en la Cima, en las proximidades de La Iglesia y en los Faldeo Sur y Norte. Se trata de 15 grandes rocas, en algunos casos de dos metros de diámetro, que afloran o se encuentran colocadas a nivel de superficie. Debenedetti (1930) describe la presencia de estas rocas, ya que las utilizó a manera de mojones para referenciar la ubicación espacial de unos pocos Yacimientos. De igual modo lo hizo Zaburlín (2009), quien a su vez aprovechó la numeración dispuesta por este autor.

Sin lugar a dudas, tal como plantea esta autora siguiendo a Hyslop (1990), estas rocas tuvieron una importante significación simbólica vinculada al trazado urbano

incaico, particularmente a la red de circulación. No obstante, también es posible considerarlas como *huancas urbanas o markayoc* (Ruiz 2010). Desde tiempos preincaicos, las *huancas* se vincularon con la noción de *Pacha*. Además de resaltar esta relación, en el Pucará también pudieron servir para destacar el culto y la presencia de los ancestros, ya que en todos los Andes representaban los dobles de los antepasados más destacados (Duviols 1979), cobrando forma en los espacios de memoria (Urbano 1993) (Figura 3.9).

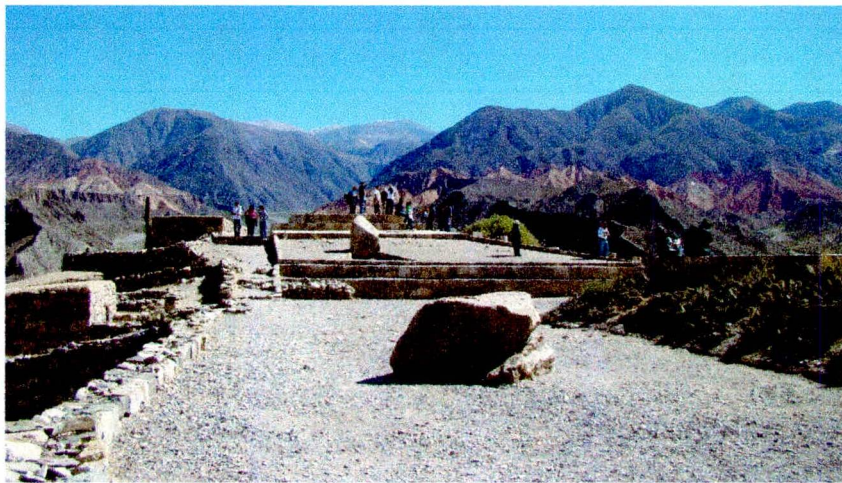


Figura 3.9. *Huancas* ubicadas en el Sector de la Cima, donde se emplazara el Yacimiento 176, descrito por Debenedetti (1930: 110-112) como una plaza.

Las plazas que se distribuyen por este sitio pudieron funcionar como espacios destinados a la conmemoración colectiva. Tal es el caso de las áreas abiertas de alrededor de La Iglesia, la plaza ubicada en la Cima (Yacimiento n° 176) y el conjunto de estructuras semi-subterráneas ubicadas en el sector noreste de la Terraza Superior. Algunas de las prácticas que se pudieron llevar a cabo en cada uno de estos contextos es discutido en el Capítulo 9. Por otro lado, existe un número de plazas a las que Zaburlín (2009) caracteriza como secundarias por ubicarse dentro de las áreas de vivienda. A diferencia de las anteriormente mencionadas son de menor tamaño y se accede a ellas por senderos secundarios.

Por último, y también en relación a la organización espacial del Pucará se registra, al igual que en el Pucará de Hornillos, Los Amarillos y Campo Morado, entre otros, una segregación de lo que pudieron ser corrales (Figura 3.10). Se trata de una decena de grandes estructuras que fueron reconstruidas por Casanova (1970: 21, 52), alcanzando a cubrir una superficie de 1000 m<sup>2</sup>. Estas estructuras fueron definidas como



corrales desde el inicio de las excavaciones en el Pucará. Figuran así en el plano que presenta Debenedetti en su publicación de 1930. No obstante no menciona el hallazgo de guano o alguna otra evidencia que permitiera establecer con certeza que fueron destinadas para ese fin. Lo mismo sucede con lo publicado por Casanova. Sólo indica que las paredes de estas estructuras tenían un metro de alto, un rasgo a tener en cuenta en relación a lo señalado por Hyslop (1992: 167), quien sostiene que en algunos *tampus* se registran corrales con muros de un metro de altura.

Para comprobar esta funcionalidad se prevé en un futuro realizar excavaciones con el propósito de obtener muestras de sedimentos para analizarlas químicamente. En el caso que se compruebe que se trata de corrales, su segregación debió responder a la necesidad de construirlos junto a la vía principal del camino, por donde accederían las caravanas de llamas. Durante el momento de ocupación incaica, tal como se desarrollará, estos corrales debieron utilizarse de forma continua para el transporte de los objetos producidos en el Pucará y la descarga de un sinnúmero de productos procedentes de otras regiones. Su número y tamaño, nueve de grandes dimensiones y solo uno más pequeño, los cuales como se mencionó en conjunto abarcan más de 1000 m<sup>2</sup>, dan cuenta que pudieron albergar a un importante grupo de animales. Esto permite estimar la alta frecuencia del tráfico caravanero, que a su vez demuestra la capacidad económica y administrativa del sitio, en lo que refiere a las tareas productivas y sustento de la población.



*Figura 3.10. Vista de los corrales desde el Faldeo Superior Suroeste.*



Más allá de estas características que hacen que la configuración interna del Pucará resulte tan particular en la región, en los sucesivos capítulos se demostrará que las evidencias artefactuales también remarcan su carácter productivo y administrativo. Es posible que la sectorización tal como la observamos actualmente haya respondido a la organización de la fuerza de trabajo en el momento de su máxima ocupación, la época incaica. Lamentablemente, las tareas de reconstrucción y las excavaciones sistemáticas de la primera mitad del Siglo XX afectaron el registro arquitectónico de tal forma que en ciertos casos se hace imposible percibir las remodelaciones llevadas a cabo por sus antiguos pobladores. No obstante, los resultados de las excavaciones modernas, más la revisión bibliográfica de los trabajos de décadas atrás, el análisis de los materiales conservados en las colecciones y el resultado de nuevos fechados radiocarbónicos han permitido arrojar nuevas evidencias sobre su historia de ocupación y el modo cómo se configuró en el marco local, siendo el centro de articulación social de mayor envergadura de la región.

### **3.2. Resultados del trabajo de excavación reciente**

Uno de los principales intereses planteados durante el desarrollo de esta investigación fue el de contextualizar temporal y funcionalmente diversos espacios del Pucará para que nuevos resultados, obtenidos mediante el trabajo de excavación, permitieran interpretar las formas de su organización interna a través del tiempo y la dinámica social de sus pobladores. A su vez, tal como se mencionó en la sección metodológica, se buscó la manera de que estos resultados brindaran información para situar dentro del esquema cronológico a muchos de los conjuntos de hallazgos y contextos reconstruidos a partir del análisis de los objetos que forman parte de las colecciones. En distintas direcciones se produjo un *feedback* en la construcción del conocimiento ya que el material revisado en los depósitos permitió a su vez asociar funciones, caracterizar piezas incompletas, recrear representaciones y significados de los hallazgos de excavaciones modernas y reinterpretar estos contextos en el marco de un panorama global.

Por el momento, el trabajo de excavación contempló el abordaje de tres de los 30 sectores identificados en el Pucará. Principalmente se aportaron nuevas evidencias cronológicas para el sector que fuera atribuido por Debenedetti (1930) y Madrazo (1969

a) a las ocupaciones más tempranas del Pucará, el Sector A. De allí que se inicie este apartado con los resultados alcanzados en esta área para luego continuar con los casos más concluyentes, en lo que refiere al trabajo artesanal de los objetos y la vida social de sus hacederos.

### 3.2.1. Estructura 1 del Sector A

El Sector A se sitúa en el Faldeo Inferior Sureste del Pucará (Figura 3.11). Se trata de una concentración de estructuras irregulares delimitadas por senderos. En el ángulo noroeste de esta agrupación de recintos, el sendero que la delimita espacialmente de la Terraza Superior se encuentra sobreelevado, remarcando un desnivel de 20 metros de altura. Si bien en su trazado hacia el este, este sendero desciende de altura, las estructuras que integran al Sector A igualmente se encuentran en un nivel inferior que este camino. En realidad, y tal como se puede registrar en la planimetría del sitio, dentro de este sector existen tres desniveles de 20 metros de altura cada uno, que lo atraviesan transversalmente, siguiendo la topografía del terreno.

El sendero este, construido de forma sobreelevada en relación al Sector P (Figura 3.7), es el único que comparte el mismo nivel que presentan los recintos de este sector, es decir el Sector A. Por otro lado, el sendero que lo delimita por el oeste, se encuentra emplazado a un nivel más alto que sus estructuras. Este sobrenivel permite que se acceda a los recintos del Sector B desde una misma altura, y se transite sin dificultades hasta las once tumbas que constituyen el cementerio sureste (Figura 3.11).

Este escalonamiento de los Sectores debió provocar que las entradas a cada agrupación de estructuras fuera limitada. Aunque no se puede precisar, esto quizás remarca el interés que existió en concentrar a los habitantes en barrios, restringiendo y limitando la interacción de unos con otros, como método de control de la población.

En el caso del Sector A, el ingreso debió ubicarse en el ángulo noreste. Aún hoy es el único acceso por donde es posible entrar sin mayores dificultades. Además se presenta como un área de tránsito libre de construcciones (Figura 3.12).

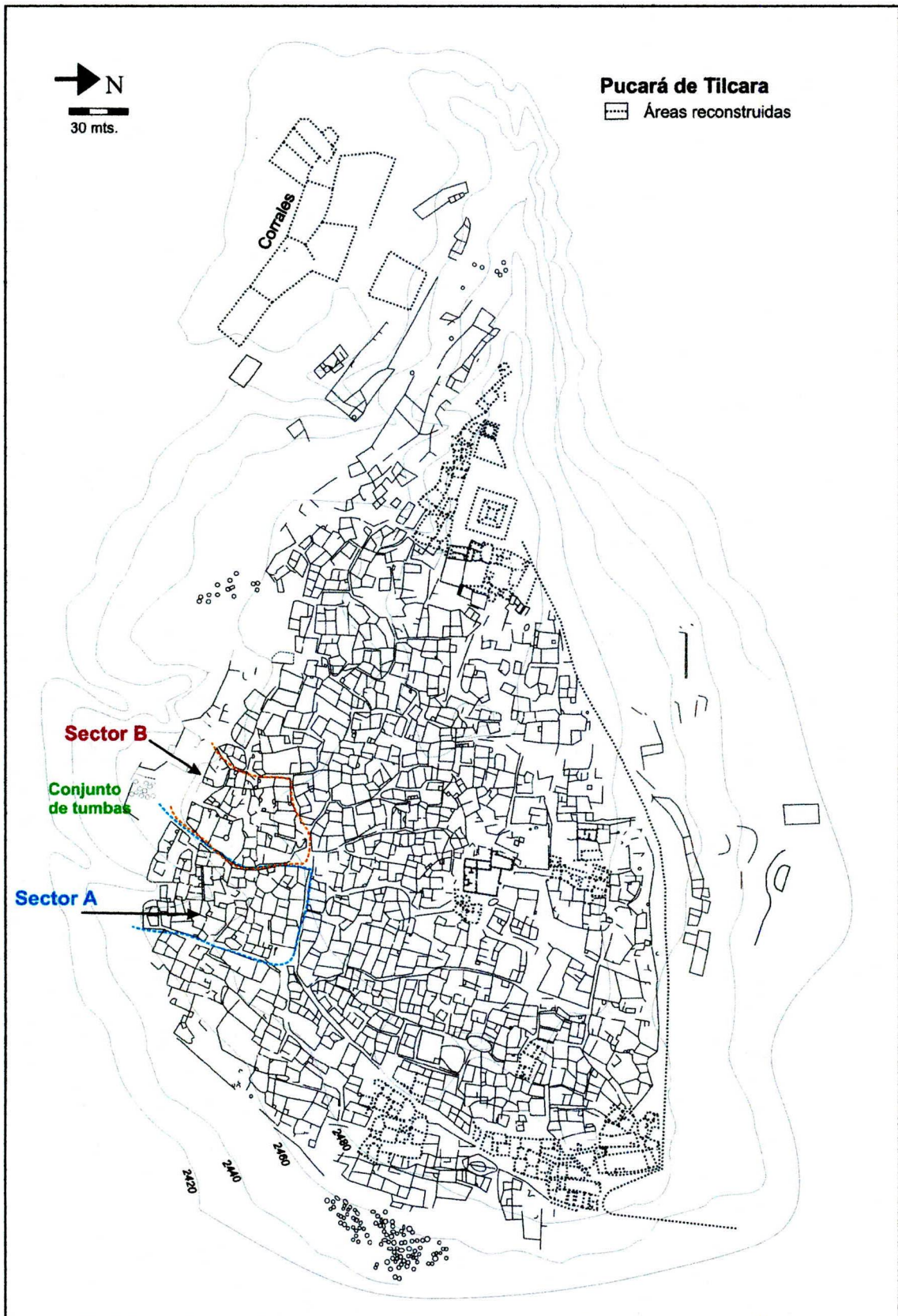
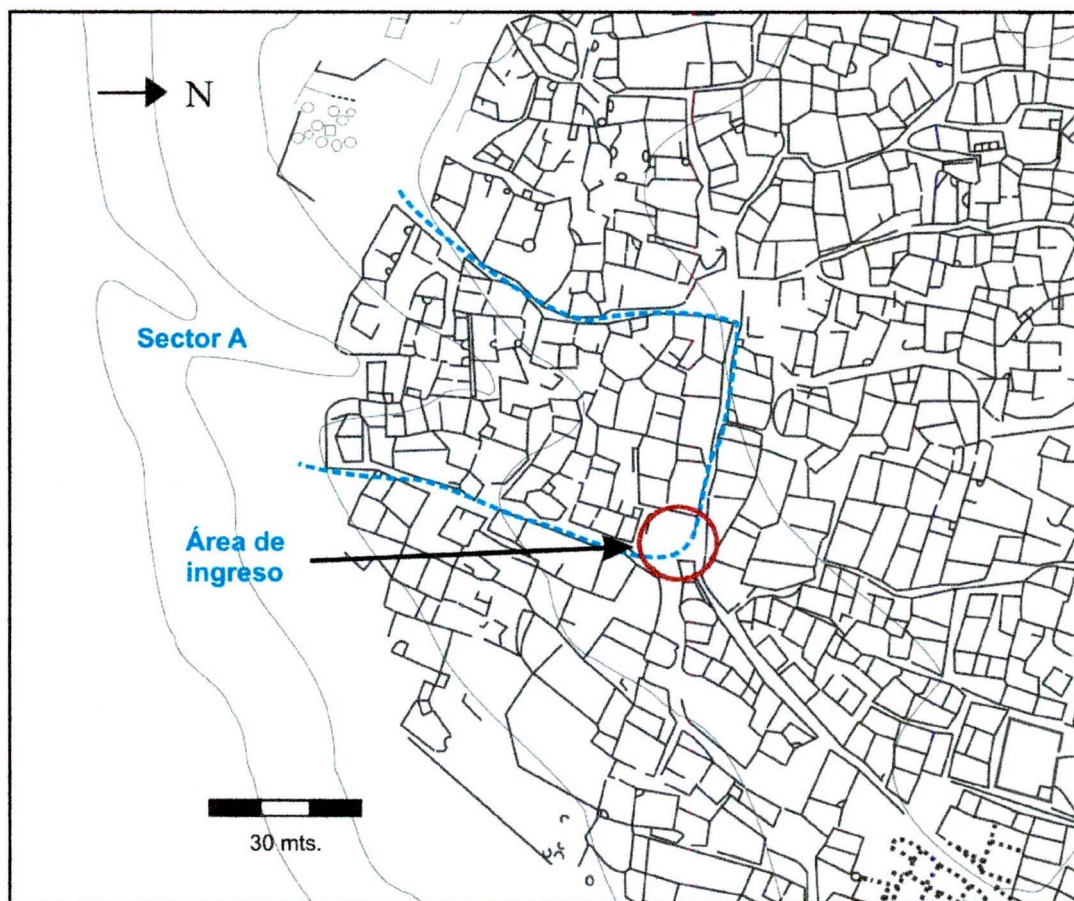


Figura 3.11. Ubicación de los Sectores A y B.



*Figura 3.12. Ubicación del área de ingreso al Sector A.*

Al igual que otros sectores del Pucará, el Sector A se encuentra sumamente intervenido. La gran mayoría de sus estructuras presenta remociones en sus ángulos, reflejo de la búsqueda de contextos mortuorios. En otros casos, los montículos del interior de algunos recintos, producto de la acumulación del relleno excavado, sumados al despeje de los muros indican que fueron rebajados solo en su perímetro. Del total del conjunto de estructuras se podría señalar que solo una fue intervenida en su totalidad dada la ausencia de rellenos y la exposición de sus cimientos.

A pesar de estas intervenciones se seleccionó para excavar una gran estructura de aproximadamente 75 m<sup>2</sup>, que solo presenta indicios de remoción en algunos de sus ángulos (esquinas NE y NO). Se la identificó como Estructura 1 del Sector A (Figura 3.13). Sus características constructivas permitieron considerar que se trataba de un espacio irregular al que se accedía de forma directa por el sendero este. Posiblemente este espacio fue utilizado como área de circulación para ingresar a la Estructura 3 (Figura 3.13). Pevio a los trabajos de excavación, en superficie se identificó una gran jamba, confeccionada con una roca gris más oscura que el resto de las piedras del muro.

Esta jamba marcaba uno de los laterales del vano que conectaba a ambas estructuras. A partir de la misma, y siguiendo la hilada de piedras del muro divisorio de 9 m de largo, para determinar la posible funcionalidad de este espacio y lograr contextualizarlo cronológicamente, se plantó una cuadrícula de excavación de 1.80 x 1.80 m (Figura 3.14).

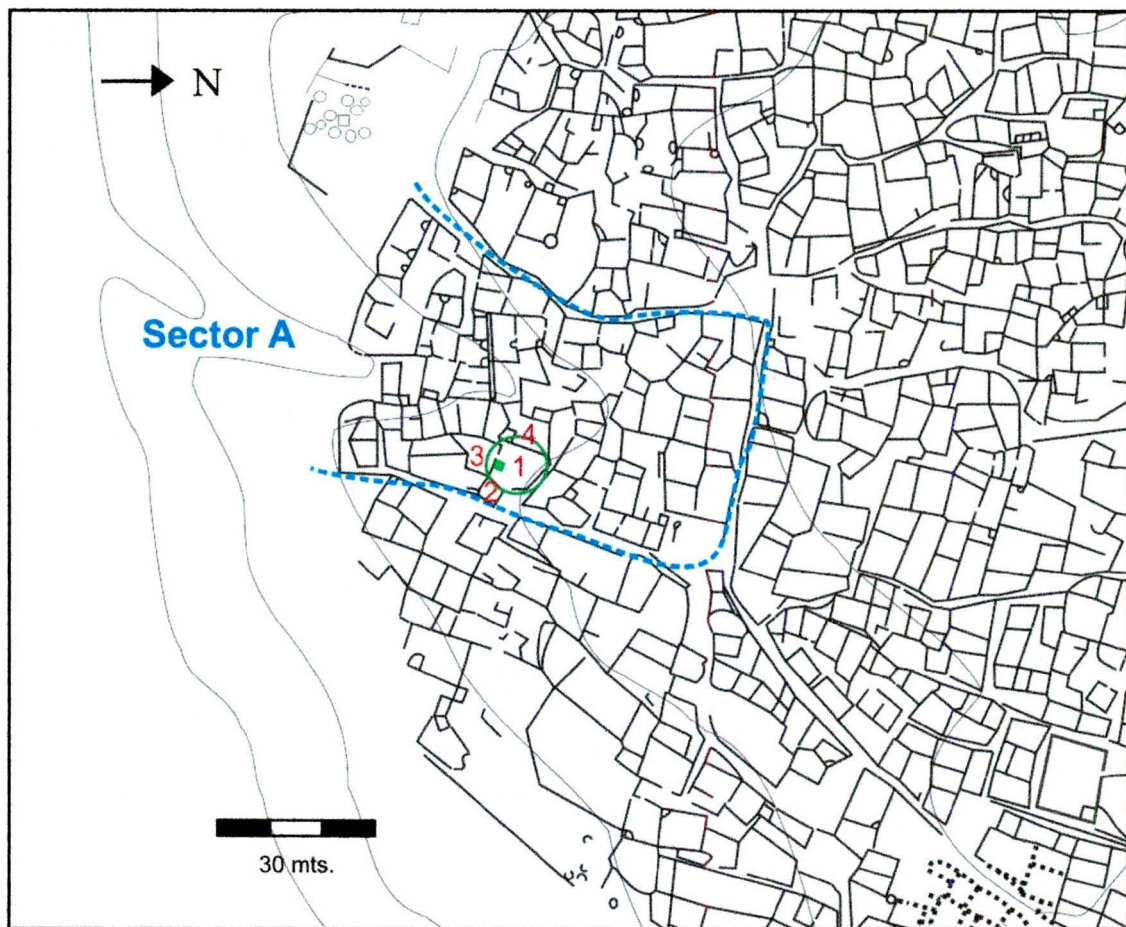


Figura 3.13. Detalle de la Estructura 1. En verde se indica la ubicación de la cuadrícula 1.

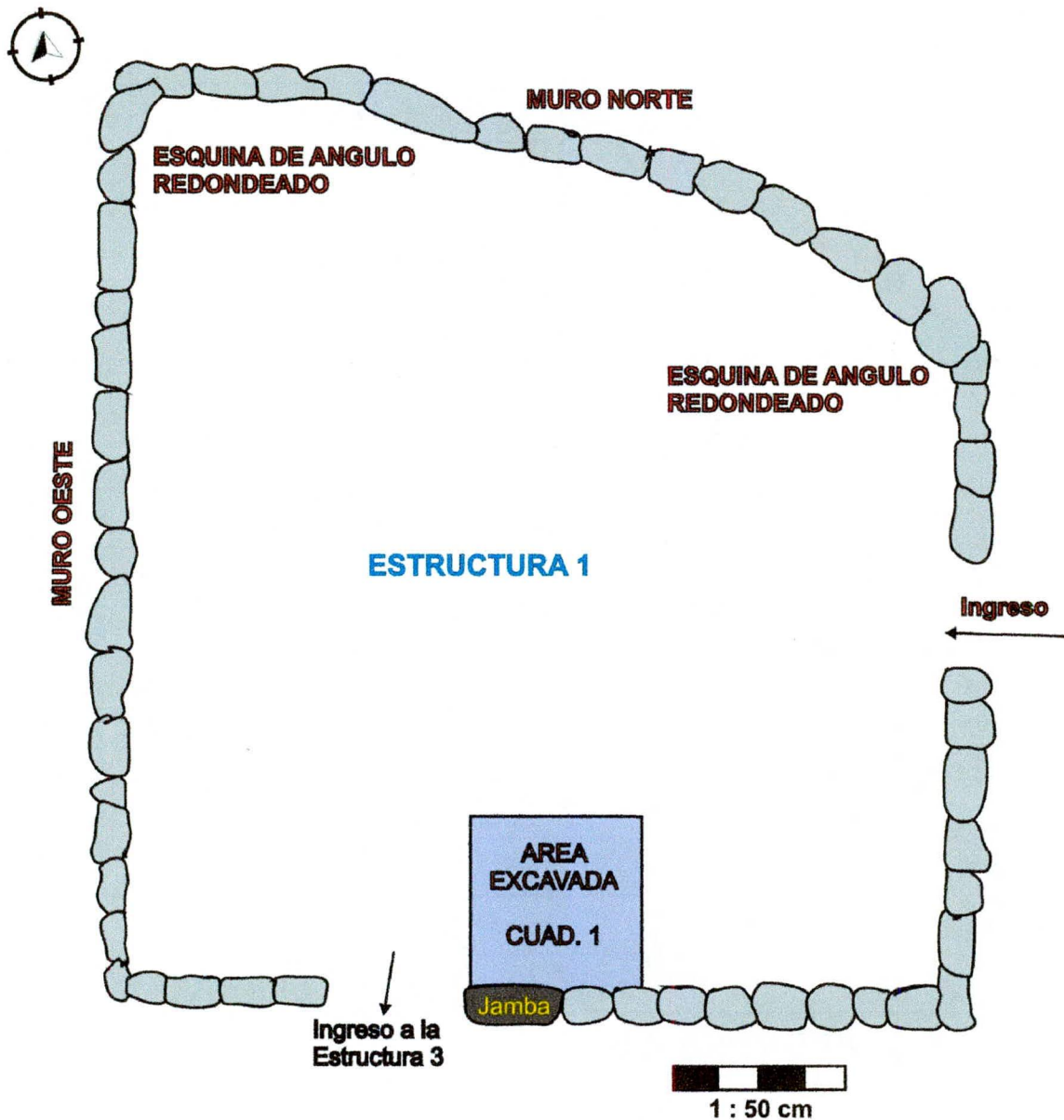


Figura 3.14. Dibujo de la Estructura 1 donde se destacan las características del muro perimetral.

Se seleccionó para excavar el cuadrante centro-sur de este recinto ya que a nivel superficial se lo identificó como un área libre de remociones previas. El material de relleno de las intervenciones realizadas décadas atrás, quizás por Debenedetti, fue depositado de manera concentrada junto a los pozos de excavación de las esquinas que anteriormente se mencionaron (NE y NO). Esto contribuyó a que gran parte de la superficie de esta estructura, principalmente donde se trazó la cuadrícula, permaneciera sin sedimentos o materiales arqueológicos descartados durante estos trabajos.

El primer nivel de excavación, de 20 cm de espesor, correspondiente al relleno natural del recinto, compuesto por un sedimento limo arenoso con pedregullo bastante

consolidado, no aportó materiales culturales. El siguiente nivel fue identificado como el piso de ocupación, al cual le fue otorgado la procedencia #415 (Figura 3.15). Este piso, compuesto por limo arenoso compacto, con presencia de pequeños clastos, carbones sueltos y espículas de carbón, proporcionó restos óseos, de cerámica y material lítico.

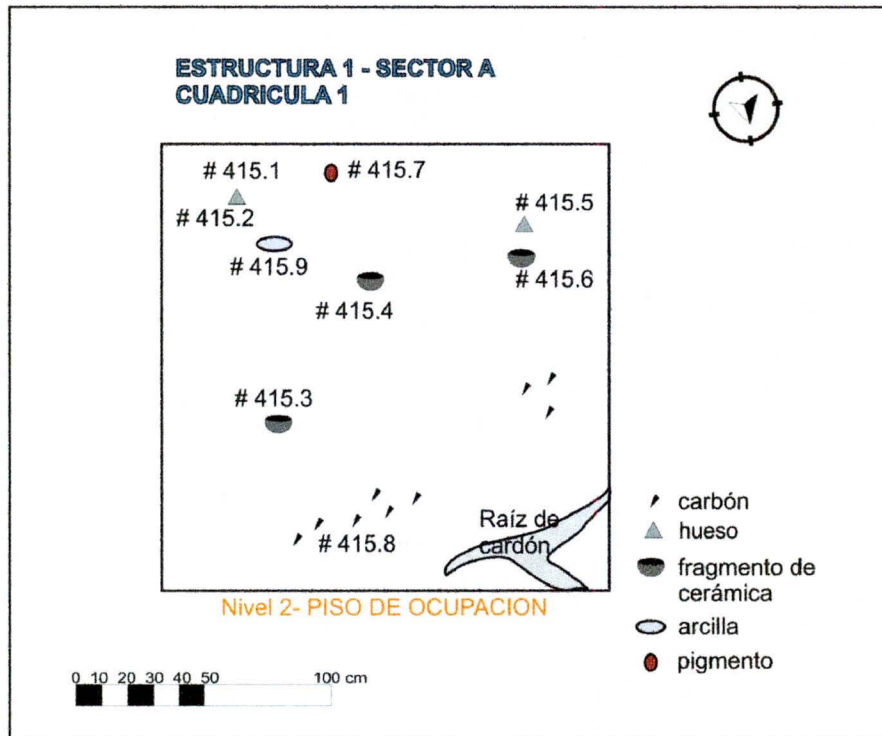


Figura 3.15. Planta correspondiente al piso de ocupación detectado en la cuadrícula 1 de la Estructura 1 (Sector A).

Con respecto al conjunto cerámico, la muestra está compuesta por 43 fragmentos. En el nivel del piso se recuperaron 15 tuestos correspondientes al borde y cuello de un gran cántaro Angosto Chico Inciso, de incisiones alargadas en posición horizontal (Figura 3.16). Esta pieza fue hallada en el sector centro-este de la cuadrícula (#415.4), junto a dos fragmentos de un puco Poma N/R, de borde invertido, labio plano y pasta muy fina (Figura 3.15). Sus superficies internas se encuentran pulidas sobre un baño castaño. Asimismo, bajo esta misma procedencia se identificó un fragmento de una pieza restringida de gran tamaño, la que posiblemente corresponda a un cántaro Humahuaca N/R. A manera de decoración presenta reticulado de línea gruesa, malla semiabierta y ángulo en diagonal. Por último, se reconocieron tres fragmentos de piezas restringidas, dos del tipo Ordinario, y el tercero del tipo Rojo Pulido.



Figura 3.16. Fragmentos del cuello y borde de cántaro Angosto Chico Inciso.

En el sector indicado con la procedencia #415.6 aparecieron dos fragmentos más de las piezas anteriormente descritas, uno correspondiente a la FF del puco Poma N/R, y el otro a la del cántaro Angosto Chico Inciso. Asimismo se recuperaron cinco fragmentos pequeños de piezas restringidas del tipo Ordinario, algunos de ellos con abundante hollín en sus paredes, un fragmento de un puco exterior rojo pulido e interior rojo a castaño pulido, dos tiestos de piezas restringidas N/R, uno de ellos de pasta muy fina y decorado por una línea negra muy definida, dos fragmentos de una pieza restringida sin decorar con abundante hollín en superficie, cuya pasta presenta mica, dos fragmentos de piezas restringidas de paredes muy delgadas y tratadas externamente con un baño oscuro cubierto de abundante hollín, uno de ellos presenta inclusiones grandes de mica, y dos fragmentos de un puco con baño interior rojo alisado. El tipo de baño de este último puco no es como los registrados en las piezas de la Quebrada. Su color es más intenso. Este fragmento sumado a aquellos que presentan como inclusión mica, podrían indicar que parte de esta muestra es de origen no local.

En el sector indicado con la procedencia #415.3 se halló un fragmento de un cántaro rojo a morado pulido y cuatro fragmentos de piezas del tipo Ordinario (Figura 3.15). Por último, en el cuadrante suroeste se detectó una pequeña concreción arcillosa (#415.9) y restos de lo que podría ser pigmento rojo (#415.7). Asimismo se recolectaron espículas y carbones sueltos (#415.8) (Figura 3.15).

Alcanzando el final del piso disminuyó el hallazgo de materiales. A este nivel se le otorgó la procedencia #416 (Figura 3.17). Solo se recuperaron cuatro fragmentos de cerámica correspondientes a un fragmento de un puco Interior Negro Pulido con el exterior Castaño Pulido, dos fragmentos de piezas restringidas rojo pulido con restos de hollín, y un último fragmento de una pieza cerrada, la cual a pesar de la erosión, aparentemente tuvo el exterior pintado en rojo. Macroscópicamente se puede observar

que su pasta es color rojo claro y muy fina. Además de la cerámica (#416.1) y algunos restos de material óseo (#416.2), se halló una lasca de obsidiana de 2,5 cm de ancho que presenta marcas, producto de los golpes de percusión, un martillo-pulidor fracturado de 3,5 cm de diámetro, una pequeña concreción calcárea y un trozo de yeso solidificado (#416.3)<sup>2</sup> (Figura 3.17). A 7 cm debajo de este nivel se detectó el estéril.

Por último, desde la jamba y siguiendo el corredor de paso entre una estructura y otra, se realizó una pequeña caja de 50 x 50 cm. Solo se recuperó argamasa, posiblemente depositada durante el derrumbe del muro.

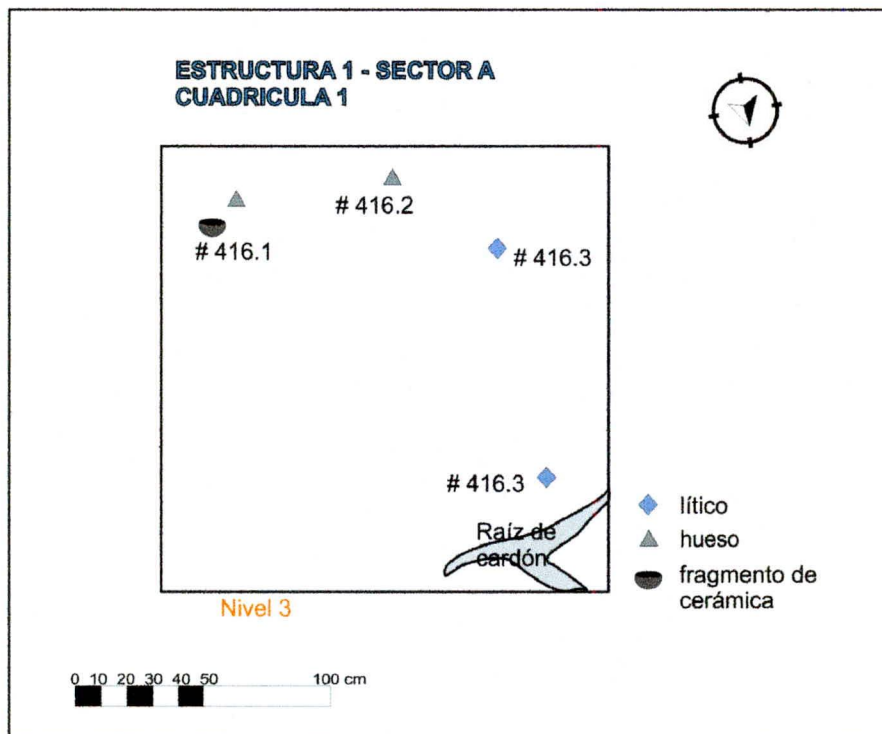


Figura 3.17. Planta correspondiente al nivel posterior al piso de ocupación detectado en la cuadrícula 1 de la Estructura 1 del Sector A.

El Lic. Carlos Belotti, quien realizó el análisis arqueofaunístico, determinó que el total de especímenes analizados es de 56 (NSP 56) y, a su vez, el total de especímenes identificados al menos al nivel de orden o inferior es de 17 (NISP). El 70,59 % de esta muestra está compuesta principalmente por *Camelidae*, con un NISP de 12. El 29,41% está representado por *Artiodactyla*, indeterminada, y un NISP de 5. Algunos de los huesos de camélido se encontraron carbonizados. Teniendo en cuenta el hallazgo de estos huesos, los carbones sueltos, las espículas de carbón y las dimensiones

<sup>2</sup> La identificación de este mineral fue realizada por la Lic. Guadalupe Maro (Instituto de Geología y Minería, Universidad Nacional de Jujuy).

de esta estructura, es posible considerar que en algún sector próximo al excavado se encontraba un fogón usado tanto para procesar alimentos como para desarrollar tareas artesanales, dadas las evidencias productivas recuperadas por todo el sitio.

La disposición de los materiales y en particular la naturaleza de la muestra podrían indicar que no es primaria, sino que se trató de fragmentos que quedaron dispersos en el piso. Esto se presenta como una gran diferencia en relación al registro material de las excavaciones realizadas en la Estructura 2 y la Unidad Habitacional 1, las cuales se abordan a continuación.

Más allá de las características de la muestra, la que se prevé ampliar a partir de la excavación total de este recinto, hasta el momento, al no determinar divisiones internas y dadas sus dimensiones es posible caracterizar a esta estructura como un espacio abierto de circulación secundaria. Este espacio posiblemente funcionó como un patio, donde se desarrollaron tareas artesanales, dado el hallazgo del martillo-pulidor, la lasca de obsidiana y el yeso. Asimismo, a partir de la recolección superficial de material de uno de los montículos de descarte próximo al ingreso de esta estructura, que quizás corresponda a parte del relleno de la excavación de la esquina NE realizada décadas atrás, se recuperó un trozo de mineral de cobre.

Desde este recinto, además de acceder a la Estructura 3, posiblemente también se ingresó a las Estructuras 4 y 5 (Figura 3.18). Superficialmente, el perímetro de estas últimas se observa completo. Es decir no se visualizan interrupciones en las hiladas de piedras de los muros que permitan indicar que existió algún tipo de entrada. Sin embargo, hasta que no se realicen excavaciones que comprometan el despeje completo de estas paredes no se podrá establecer de qué manera se accedió a ellas.

A partir de la planimetría del sitio, por el tipo de emplazamiento y disposición de los recintos es posible determinar que esta forma de organización del espacio, en torno a un patio, se repitió en otras estructuras del Pucará. Justamente, junto a la Estructura 1, Zaburlín (2006) establece que el pasillo conformado por su muro norte y la pared inmediata, correspondiente a la Estructura 6, conducen a una plaza ubicada en el interior del Sector (Figura 3.18). Esta plaza posiblemente sirvió para conectar e ingresar a otro conjunto de habitaciones. Sus dimensiones hacen pensar que quizás se trató de un patio, más que de una plaza. No obstante, su ubicación y acceso mediante un sendero bien constituido podrían demostrar su relevancia entre el conjunto de estructuras.

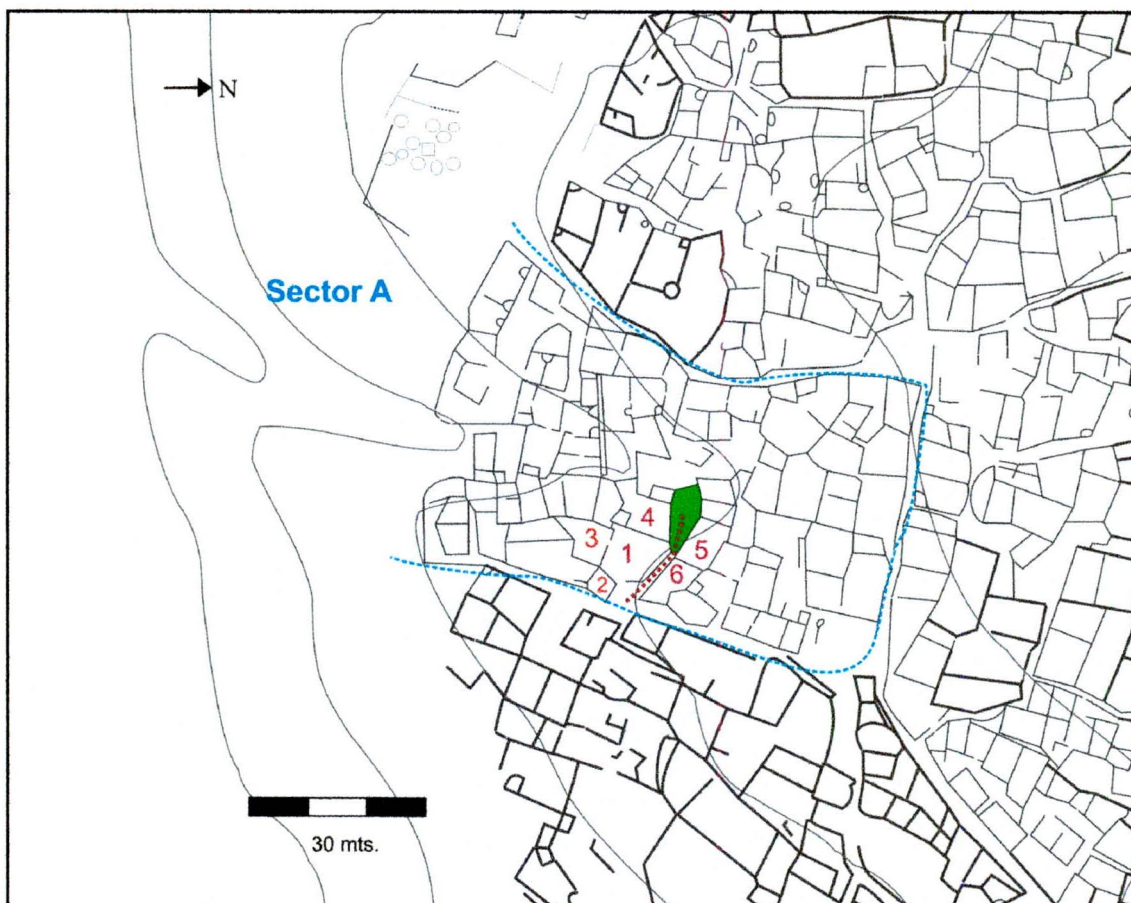


Figura 3.18. Numeración de las estructuras circundantes a la Estructura 1 y detalle en rojo del sendero que conduce a una plazoleta, emplazado entre las Estructuras 1 y 6.

Otro aspecto a destacar, a partir de las características arquitectónicas superficiales, es la irregularidad no solo de la Estructura 1, sino también de los recintos contiguos. Esta irregularidad es sumamente notoria en comparación a los contornos de otras estructuras del Pucará. Es posible que esto responda a sucesivas remodelaciones, tales como ampliaciones, subdivisiones o conexiones entre los espacios y agregados de cámaras funerarias, aunque sólo con una excavación más amplia se pueden determinar las características certeras de estas estructuras.

Con respecto a la determinación cronológica de la ocupación de la Estructura 1 se realizó un fechado a partir de una muestra de hueso recolectada del piso. El análisis estuvo a cargo del NSF Arizona AMS Facility. En la Tabla 1 del Capítulo 5 se presenta este resultado, el cual corresponde al fechado n° 12. Calibrado al 68 % abarca un rango temporal que va desde fines del Siglo XIV a mediados del XV d.C. Este rango determina una ocupación del espacio correspondiente a algún momento ubicado entre el final de la época preincaica o a inicios de la incaica.

Asimismo, la cerámica recuperada corresponde a variedades de producción quebradeña y de otras regiones, asignadas a momentos tanto pre como incaicos. Si bien la muestra podría tratarse de material disperso en el piso, su proximidad al fragmento de hueso con el cual se realizó el fechado permite correlacionarlos.

Ahora bien, más allá del interés en determinar la funcionalidad y el momento de ocupación de la Estructura 1, una de las causas por las que se la seleccionó para excavar fue para aportar un dato cronológico preciso para la contextualización temporal del Sector A, dada la información previa generada a partir de los trabajos de Debenedetti (1930) y Madrazo (1969 a). Estos investigadores propusieron para este sector una ocupación más temprana que la del resto del poblado. Por un lado, Debenedetti mencionó que se trataba de una de las áreas más antiguas del Pucará, por presentar construcciones sepultadas y por allí recuperar platos decorados de forma similar a los que hallara en La Isla y El Alfarcito (Debenedetti 1918). Sobre esta mención, Madrazo (1969 a: 23) sostiene que debieron corresponder al estilo Hornillos N/R.

Mucho se ha discutido sobre la determinación cronológica de este estilo, al que se lo ubicó en el esquema temporal como previo al Tilcara N/R (Pérez 1973). No obstante, actualmente se puede establecer que la diferencia entre ambos estilos es sutil y no aplicable a la mayoría de los casos. Principalmente, estas diferencias se establecieron a partir del trazo de las líneas de los reticulados y el cuidado en la aplicación de la decoración. Estos aspectos debieron responder más a la dedicación y destreza de los alfareros que a una sucesión temporal. Incluso, tal como se ha registrado en distintos contextos, ambos tipos de piezas aparecen asociadas, incluso en una misma vasija se pueden distinguir estas diferencias.

Por otro lado, Madrazo a partir de la recolección superficial de cerámica para este Sector distingue siete variedades de cerámica: Alisada, Pulida, Cepillada, Incisa (representado por el Angosto Chico Inciso), Monocroma (Rojo liso), Bicroma (entre los que incluye al Hornillos N/R, al "probable Tilcara N/R", N/R no identificado, Poma N/R e Interior Negro Pulido), y Polícroma (distinguiendo al Isla Tricolor, Alfarcito Tricolor y Tricolor no determinado). Indica que en todo el sector identificó once fragmentos del tipo Isla, dos Alfarcito Tricolor y dos Tricolor indeterminado. Si tomamos en cuenta que el conjunto cerámico recuperado por este autor está compuesto por 2604 fragmentos, la representación total de los estilos tricolor es muy baja (0,57 %). Asimismo, se debe tener en cuenta que parte de estos materiales pudieron corresponder a la variedad Humahuaca N y B/R o Juella Polícromo, que al presentarse fragmentados

pudo derivar en confusiones. No obstante, no se debe desmerecer la capacidad de Madrazo para clasificar la cerámica, dado que antes de este trabajo había desarrollado investigaciones en El Alfarcito (Madrazo 1969 b).

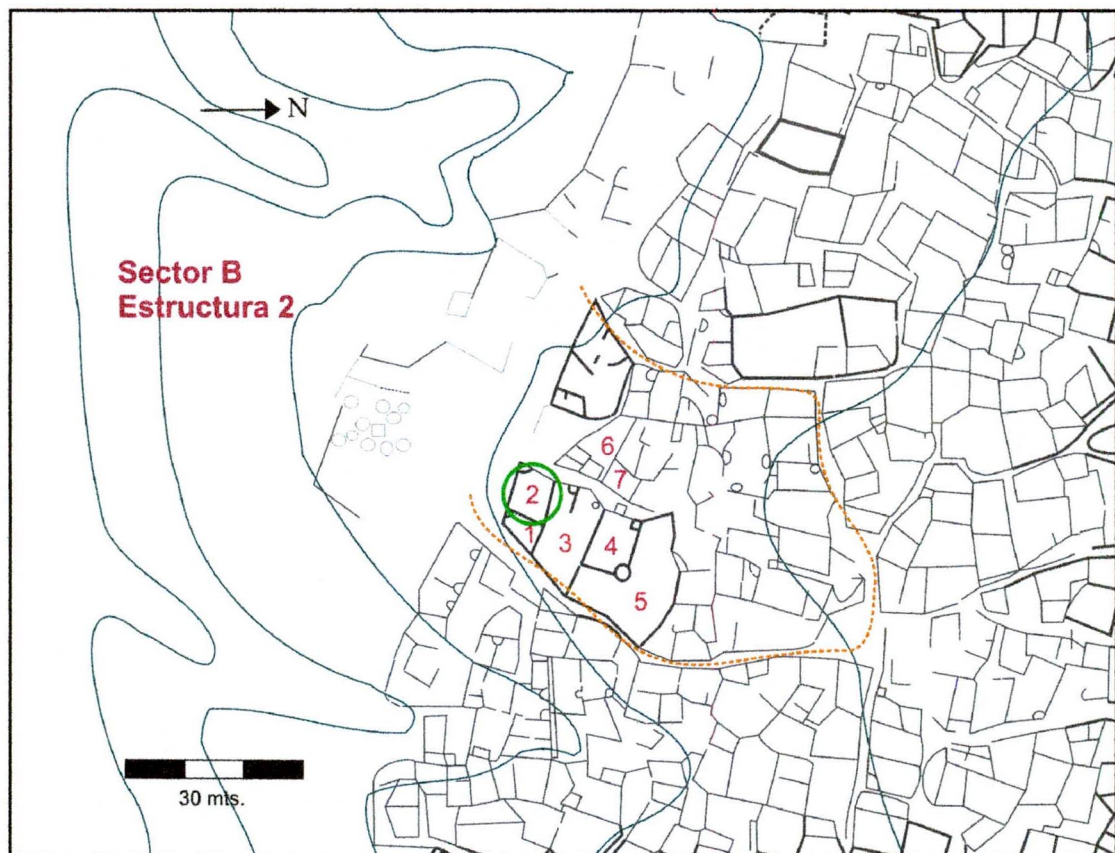
Con el propósito de resolver esta cuestión, además de la excavación de la Estructura 1, en distintas ocasiones durante el 2008, 2009 y 2010 también se recolectó material de superficie. Entre las muestras de cerámica así recuperadas, en ningún caso se encontraron fragmentos con decoración tricolor o alguna variedad morfo-decorativa que permitiera establecer que formaron parte de piezas atribuibles a los estilos Isla o Alfarcito Polícromo (Otero 2011). Por otro lado, se debe tener en cuenta que hasta el momento solo se ha intervenido una estructura de este gran sector que debió padecer muchas remodelaciones. Por ello estos para profundizar la interpretación del inicio de las ocupaciones en este sector sería necesario ampliar las excavaciones e intervenir otros recintos.

### 3.2.2. Estructura 2 del Sector B

Para contribuir con la problemática temporal sobre las ocupaciones en el Faldeo Sureste del Pucará, se excavó un recinto del Sector B, ubicado de forma contigua al A. Su delimitación también se estructuró a partir de un circuito de vías de circulación peatonal que lo bordean. Este sector presenta un menor número de estructuras que el A, aunque muchas de ellas poseen mayor tamaño y la concentración de viviendas solo presenta un desnivel. En parte se debe, tal como se demostrará a partir del resultado de la excavación de este recinto, a que el nivel topográfico del terreno se mantuvo artificialmente.

En este sector es notoria la cantidad de construcciones circulares adosadas a las estructuras. En su mayoría debieron tratarse de cámaras funerarias excavadas décadas atrás. Razón por la cual hoy se encuentran expuestas. Otro aspecto que no resulta menor es la proximidad de este sector con el conjunto de tumbas del cementerio sureste, del que se hizo referencia. Este cementerio se encuentra en un nivel más bajo del faldeo. No obstante, se accede a él fácilmente por el sendero que separa este sector del Sector A. Este sendero, de la misma manera que la red de circuitos que abarca todo el sitio, se encuentra consolidado producto de los trabajos de reconstrucción dirigidos por Casanova.

El recinto seleccionado para excavar justamente se encuentra a la vera de este sendero (Figura 3.19). Se lo denominó Estructura 2 del Sector B. Se trata de una construcción cuadrangular de 62 m<sup>2</sup>, de 8,5 m por 7,5 m en sus lados más extensos. A excepción de una trinchera realizada en el muro oeste, y que abarcaba la esquina suroeste, el resto de la superficie no presentaba indicios de intervenciones previas. A nivel superficial solo se registró escaso material cerámico fragmentado, posiblemente descartado durante la antigua excavación del muro oeste, y bloques de piedra de diversos tamaños, algunos de los cuales posiblemente formaron parte de los muros perimetrales.



*Figura 3.19. Ubicación de la Estructura 2 del Sector B.*

Debido a la baja visibilidad de evidencias culturales, en primera instancia se decidió realizar un sondeo de 0,80 x 0,70 m sobre el muro norte del recinto (Sondeo 1, S1) (Figura 3.20). Se eligió trabajar sobre este muro, ya que superficialmente, dispuesta de manera transversal en sentido norte-sur, se distinguía de forma interrumpida una hilera de piedras (Figura 3.20). De allí que se buscara despejar esta línea de rocas para lograr reconocer si se trataba de una subdivisión interna de la estructura. A partir de este

sondeo se comprobó la existencia de un piso de ocupación y que el muro transversal, visto en superficie, se trataba de un murete doble de 40 cm de ancho adicionado al perímetro de la estructura. Los interesantes resultados de esta pequeña intervención hicieron que fuera necesario ampliar el sondeo, primero trazando una cuadrícula de 1 x 2 m, en sentido norte-sur (Cuadrícula 1, C1); luego, excavando una segunda cuadrícula, adyacente a la primera y de dimensiones similares (Cuadrícula 2, C2) (Figura 3.20).

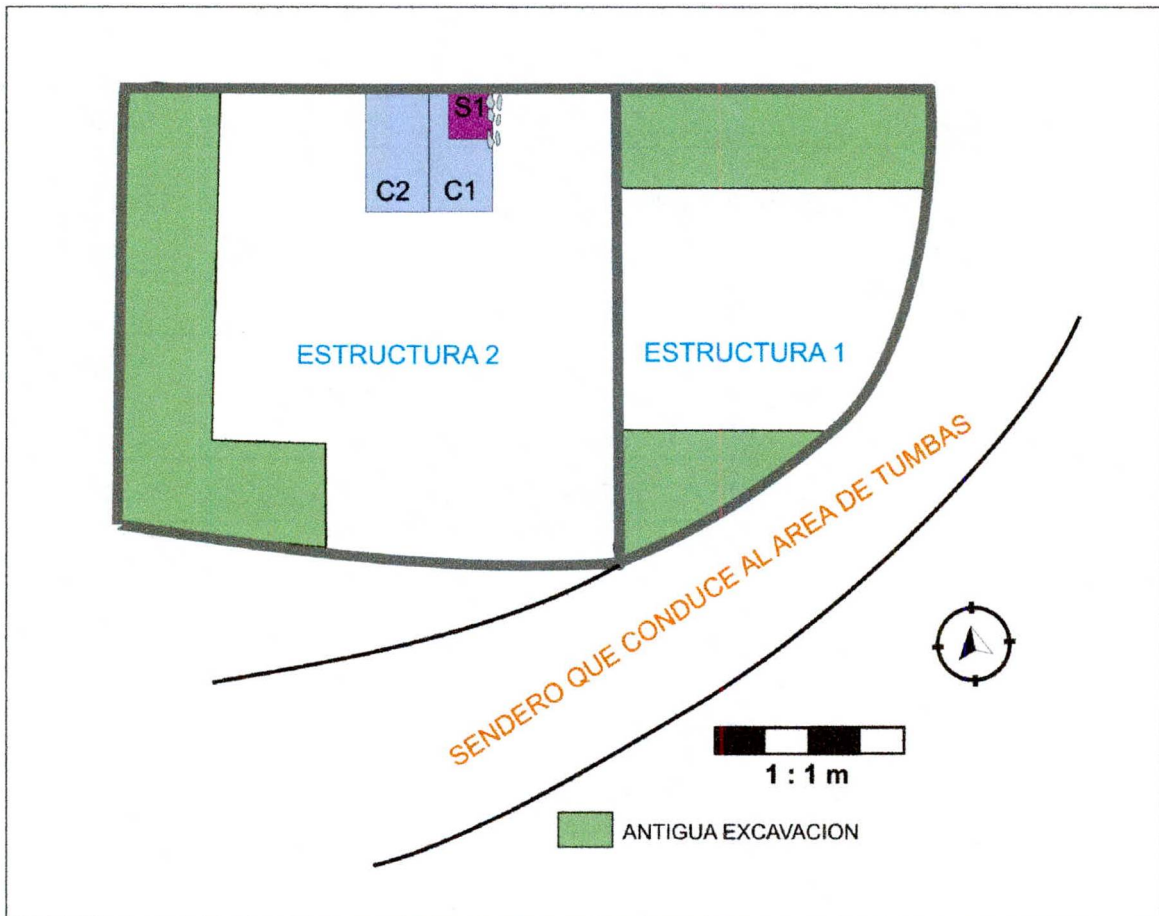


Figura 3.20. Ubicación del Sondeo 1 y las cuadrículas 1 y 2 en la Estructura 2.

Para no realizar una descripción extensa y repetitiva de lo detectado en cada una de estas intervenciones, es decir del sondeo y de la ampliación de ambas cuadrículas, se presentan los resultados de manera conjunta por nivel de excavación. Esta forma de exposición además permite trabajar las evidencias como si hubieran sido recuperadas durante una única intervención del área.

El rebajado se realizó siguiendo la naturaleza de los depósitos. Así se pudo comprobar que a diferencia del Sector A y la Unidad Habitacional 1, el nivel superficial estaba compuesto por una capa de sedimento eólico de muy fino espesor. Seguidamente

a esta capa apareció un relleno compuesto por limo-arenoso consolidado con pedregullo, al que se identificó como primer nivel. En el extremo noreste de la Cuadrícula 1, durante el Sondeo 1 se detectó a 10 cm de la superficie un colgante confeccionado en piedra laja, de aspecto antropomorfo y de 4 cm de alto (#417.1), y un fragmento de travertino verdoso, que por sus características formales, similares a las figurillas conservadas en las colecciones, se podrían atribuir a la cabeza de una talla incompleta de camélido (#417.2) (Figura 3.21).



*Figura 3.21. Colgante de laja y talla fragmentada de travertino, nótese que en el extremo inferior izquierdo presenta la marca de fractura, por donde continuaría la porción del cuerpo del camélido.*

Asimismo en este nivel, tanto en el área del Sondeo como de ambas cuadrículas se recuperaron numerosos fragmentos de cerámica (#417.3 y #423.2), los que posteriormente se agruparon con piezas identificadas en los siguientes niveles, restos óseos (entre ellos el maxilar fragmentado de un camélido) (#417.4 y #423.1), una concreción posiblemente correspondiente a ocre (#417.5) y escasos carbones sueltos (#417.6) (Figura 3.22).



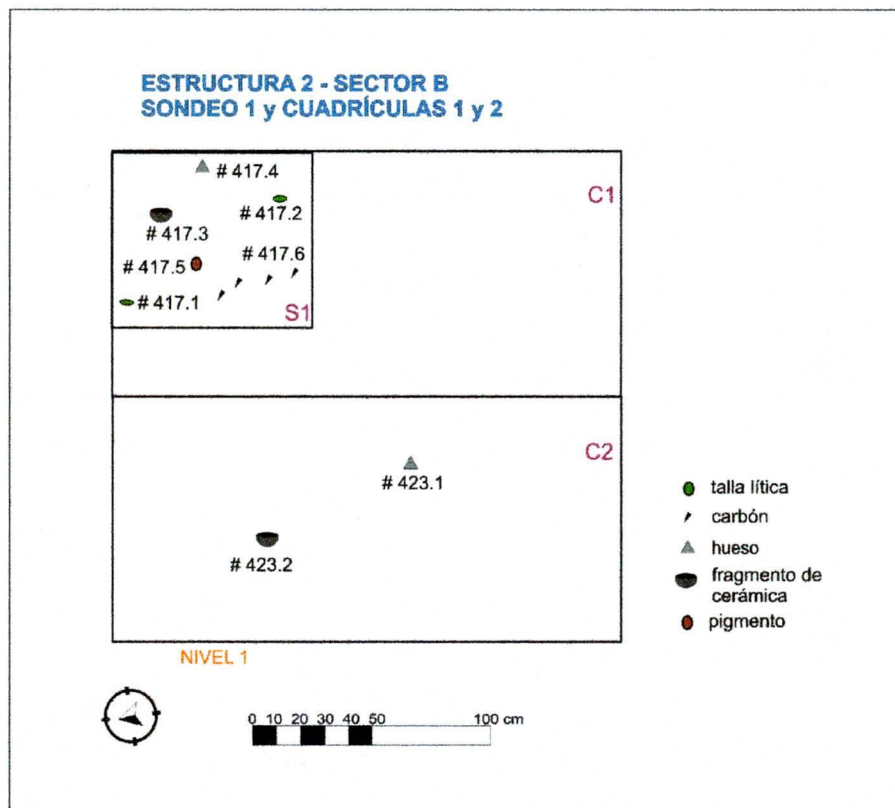


Figura 3.22. Planta correspondiente al Nivel 1. Estructura 2 del Sector B.

Debajo de este primer nivel se identificó un piso consolidado compuesto por sedimento limo-arenoso con pequeños clastos, el cual fue designado como nivel 2 de excavación. En el sector donde se plantó la Cuadrícula 1 se halló una mano de moler de 8 cm de diámetro máximo, junto a un fragmento de obsidiana (#420.1), un mortero de 20 x 17 cm de diámetro y 6 cm de alto (#420.2), y una roca alargada de 25 cm de largo, de caras canteadas, quizás utilizada como una barreta o yunque (Figura 3.23 b). En esta cuadrícula también se detectaron dos lentes de ceniza y contra el muro transversal subdivisorio un hoyo relleno de sedimento muy friable termoalterado, del que se tomaron muestras (#418.4). El mismo apareció delimitado por un conjunto de rocas, de las cuales una de ellas se encontraba tiznada. Este rasgo fue identificado como Rasgo 1, R1 (Figura 3.23 a). Sobre la abertura del hoyo se identificó una segunda mano de moler de 9 cm de diámetro, que fue retirada durante el rebajado del nivel 3 (#419.2), y de sus proximidades se sustrajo arcilita (#418.5). Conforme se limpió la abertura del hoyo, éste se fue ampliando, extendiéndose hacia el centro de la cuadrícula, hasta alcanzar una gran roca triangular que afloraba contra el muro norte (Figura 3.24).

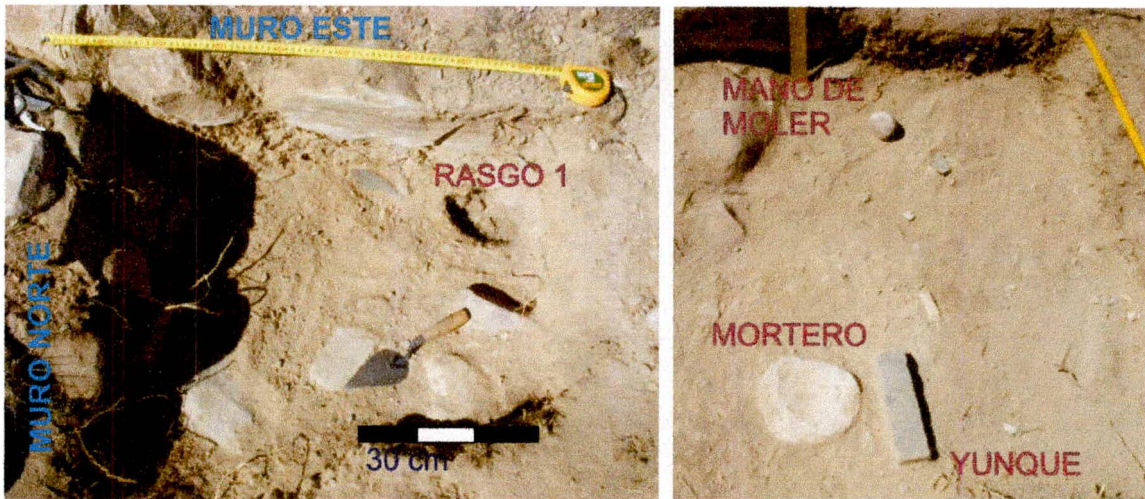


Figura 3.23. a) Izquierda: imagen correspondiente a la detección del Rasgo 1, en el momento previo al despeje del piso de ocupación del cuadrante norte de la cuadrícula 1. b) Derecha: detalle del piso de ocupación. Cuadrante sur de la cuadrícula 1.

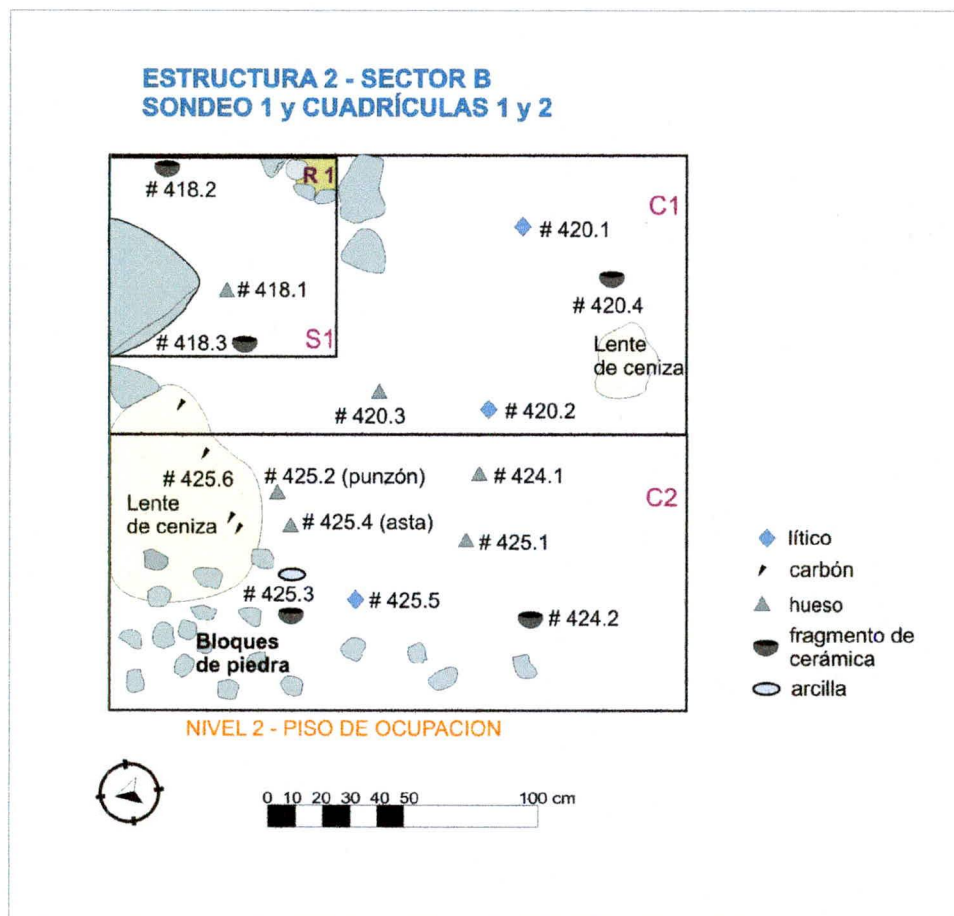


Figura 3.24. Planta correspondiente al piso de ocupación, nivel 2. Estructura 2 del Sector B.

En la Cuadrícula 2, como continuación del lente de ceniza ubicado en el extremo norte de la Cuadrícula 1, se detectó sedimento termoalterado y carbones sueltos

(#425.6). Junto a estos lentes se hallaron un asta de taruca fragmentada de 15 cm de largo y otro pequeño fragmento de asta, que quizás sea parte de la misma cornamenta (#425.4) (Figura 3.25 a), un instrumento de hueso de 11 cm de largo y 2,5 cm de ancho con restos de pigmento rojo, siguiendo la caracterización de Lafón (1958/1959) del tipo romo (#425.2) (Figura 3.25 b), y un conjunto de fragmentos líticos, entre ellos de obsidiana, cuarzo lechoso, cuarzo cristalino, limonita, una concreción de posible yeso y un trozo de roca gris de gran dureza, posiblemente utilizada a manera de pulidor (#425.5) (Figura 3.25 c). En todo el piso se registraron restos óseos (#418.1, #420.3, #424.1), principalmente de camélido, y como material excepcional un conjunto de placas de mulita (#425.1), y un gran número de fragmentos de cerámica (#418.2, #418.3, #420.4, #424.2, #425.3). Por hallarse de manera conjunta, con el mismo número de procedencia de este último conjunto de fragmentos se identificaron restos de arcilla (#425.3).



Figura 3.25. a) Asta de taruca b) Punzón de hueso c) Fragmentos de cuarzo lechoso y cristalino.

Un aspecto a destacar es que entremezclados entre el sedimento compacto del piso de la cuadrícula 2 comenzaron a detectarse numerosos bloques de piedra cuadrangulares de 7 cm x 8 cm (Figura 3.24). Algunos se encontraron canteados y otros, a pesar de no estar formatizados, pareciera que fueron seleccionados.

Durante el nivel 3 se rebajó todo el piso. En el área correspondiente al Sondeo 1, en primera instancia se procedió a despejar el relleno del hoyo, con la intención de determinar sus características y dejar su estructura al descubierto. Así se pudo comprobar que se trataba de un pozo de descarte cuya anchura y profundidad traspasaba los límites de la cuadrícula en sentido este; es decir, este rasgo continuaba por debajo del muro transversal al perímetro de la Estructura 2. Esta superposición arquitectónica,



podría indicar que este muro fue construido posteriormente, al igual que el muro norte de esta cuadrícula, construido con hiladas de bloques de rocas pequeñas, descrito en la Figura 3.30.

En el interior del pozo de descarte se recuperaron cenizas (#419.3), carbones (#419.4), restos óseos (#419.5), un incisivo humano (#419.7), un grano de maíz, un tallo de mazorca, numerosos marlos y guano (#419.6) (Figura 3.26). Todos estos elementos se encontraron carbonizados, al igual que varias concreciones que podrían corresponder a marlos quemados adheridos a restos de comida o depósitos carbonizados del fondo de las ollas<sup>3</sup>.



Figura 3.26. Izquierda: restos de concreciones. Centro: marlos carbonizados. Derecha: guano carbonizado.

La variedad de los restos recuperados en este pozo demuestra que fue utilizado para descartar basura cotidiana, producto del procesamiento y consumo de alimentos. El guano pudo llegar hasta allí junto a los carbones y cenizas, al ser utilizado como combustible. Una vez delimitado este pozo, alcanzando su base el estéril, se pudo estimar que las grandes rocas calzadas a su alrededor debieron servir de contención (Figura 3.27). Siguiendo el borde oeste de este pozo se detectó el fondo del fogón y su cubeta correspondiente a los lentes de ceniza registrados en el piso, tanto para el extremo norte de la cuadrícula 1 como la 2. Esta estructura de combustión, cuya profundidad alcanzaba los 30 cm desde la superficie, fue identificada como Rasgo 2, R2 (Figura 3.27). Durante su despeje se identificó cerámica (#419.1) y un fragmento de obsidiana (#419.8). A su vez se levantaron muestras de sedimento (#421.1 y #426.5,

<sup>3</sup> La identificación del grano de maíz, el tallo y las concreciones carbonizadas fue realizada por la Dra. Verónica Lema utilizando una lupa binocular de 20 X a 60 X. Esta investigadora mencionó que el grano de maíz presenta dimensiones mayores a las que podrían presentar los granos de los marlos recuperados también en este pozo. No obstante, hay que considerar que durante el proceso de carbonización las semillas podrían reducirse de una manera diferencial a los marlos. Por otro lado, al encontrarse tanto el grano como los marlos carbonizados no se pueden especificar las variedades de *Zea mays*.

esta última correspondiente al fondo de la cubeta) y varios fragmentos de roca termoalterada (#426.4). Vale mencionar que, considerando el tamaño de la cubeta, no se registró una gran cantidad de sedimento rubefaccionado, cenizas y carbones. Es posible que haya sido limpiada en sucesivas ocasiones durante su utilización, depositando los restos de combustible y desperdicios carbonizados en el pozo de descarte (Rasgo 1).

Por otro lado, durante el rebajado de todo el nivel de la cuadrícula 1, compuesto por sedimento limo arenoso con pedregullo, se recuperó cerámica y restos óseos (#421.2), trozos de arcilla, arcilita, limonita, pigmento rojo y cuarzo (#421.2 y #421.3). A su vez, en la cuadrícula 2 también se halló cerámica (#426.2), dos fragmentos de obsidiana de distintas dimensiones, dos trozos de limonita y uno de cuarzo (#426.3), restos óseos y carbones sueltos (#426.1) (Figura 3.27).

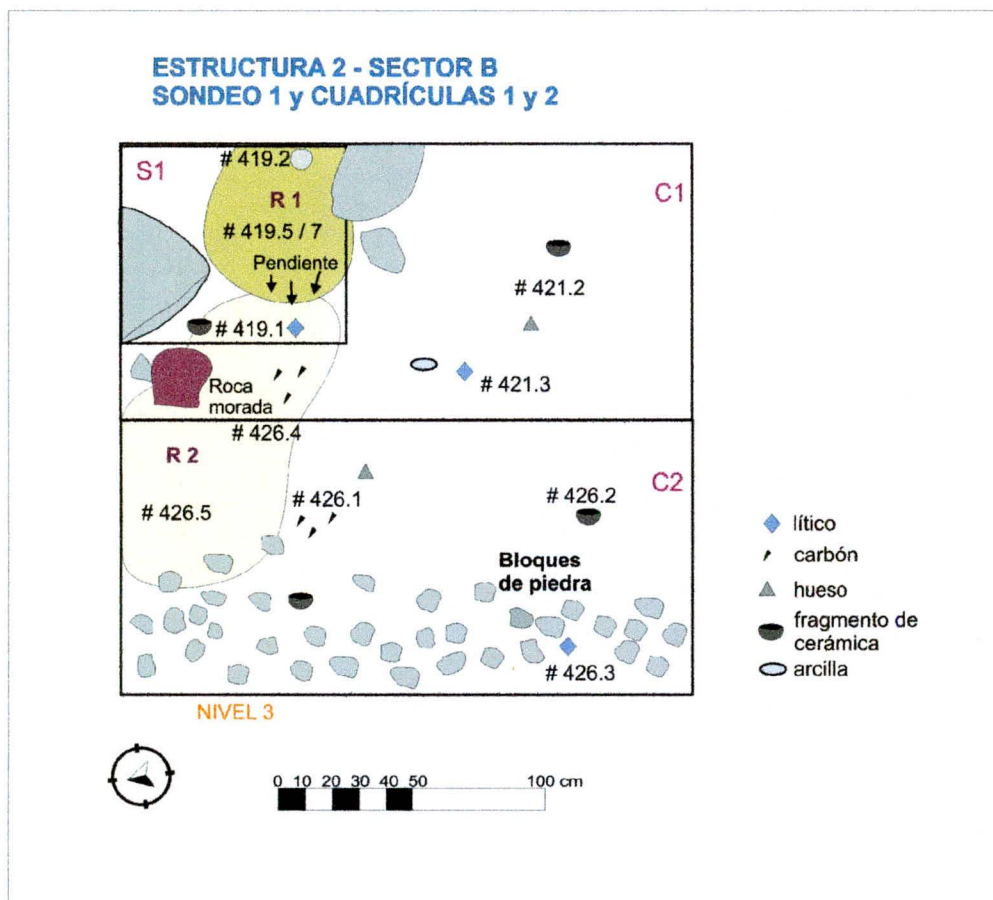


Figura 3.27. Planta correspondiente al nivel 3. Estructura 2 del Sector B.

El cuarto nivel corresponde al rebajado de toda la superficie una vez excavado el piso. Para ello se continuó con la limpieza del área del Sondeo 1, con el propósito de exponer los cimientos tanto del muro norte como del transversal este, y a su vez despejar las dos grandes rocas, ambas de 45 cm de diámetro, que delimitaban el pozo de

descarte (R 1) (Figuras 3.27, 3.28 y 3.29). Una vez que se limpió este pozo se pudo determinar que su diámetro máximo era de 58 cm y alcanzaba los 50 cm de profundidad (Figuras 3.28 y 3.29). Asimismo, en este nivel se rebajó el Rasgo 2. Así se estableció que la base del fogón superaba el metro de diámetro.



Figura 3.28. Fotografía correspondiente al Nivel 4. Nótese la presencia de las grandes rocas que delimitan el pozo de descarte (Rasgo 1), y en el caso de la ubicada por debajo del perfil norte, también la base del fogón (Rasgo 2).

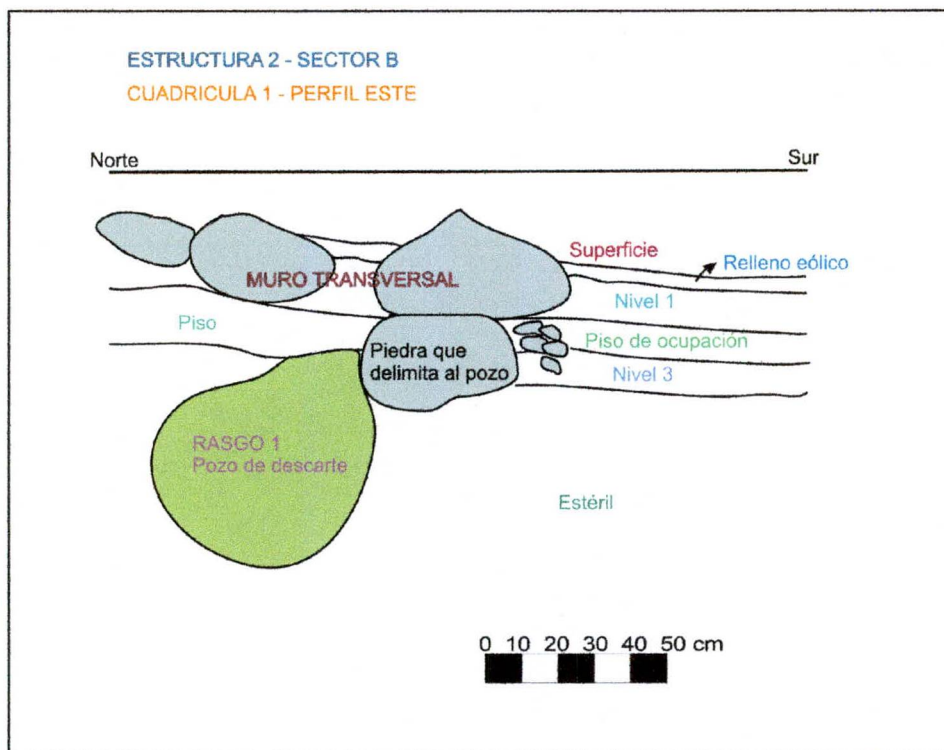


Figura 3.29. Perfil Este de la cuadrícula 1. Estructura 2 del Sector B.

Con respecto al despeje de los cimientos de los muros, en la pared norte se detectó un evento de remodelación del perímetro de la Estructura. Se identificó una discontinuidad en la técnica constructiva de la línea de muro. En el sector correspondiente a la cuadrícula 1, el muro estaba conformado por hiladas de pequeñas rocas rectangulares, mientras que continuaba hacia el oeste construido por grandes bloques (Figura 3.30).

Este último tipo de rocas son las mismas que componen todo el perímetro de la Estructura. De allí que posiblemente los pequeños bloques hayan sido agregados para cerrar el contorno del recinto, en caso que haya estado abierto, para comunicarlo con el contiguo. Asimismo, durante este evento de remodelación primero se debieron ubicar las rocas registradas junto al pozo de descarte y, luego, el muro transversal (Figuras 3.27 y 3.30). Debido a que este murete está compuesto por una hilada doble de solo tres rocas, quizás se haya agregado para dividir parcialmente la Estructura o para ser utilizado como deflector, dada la proximidad del fogón (Rasgo 2) (Figura 3.27).

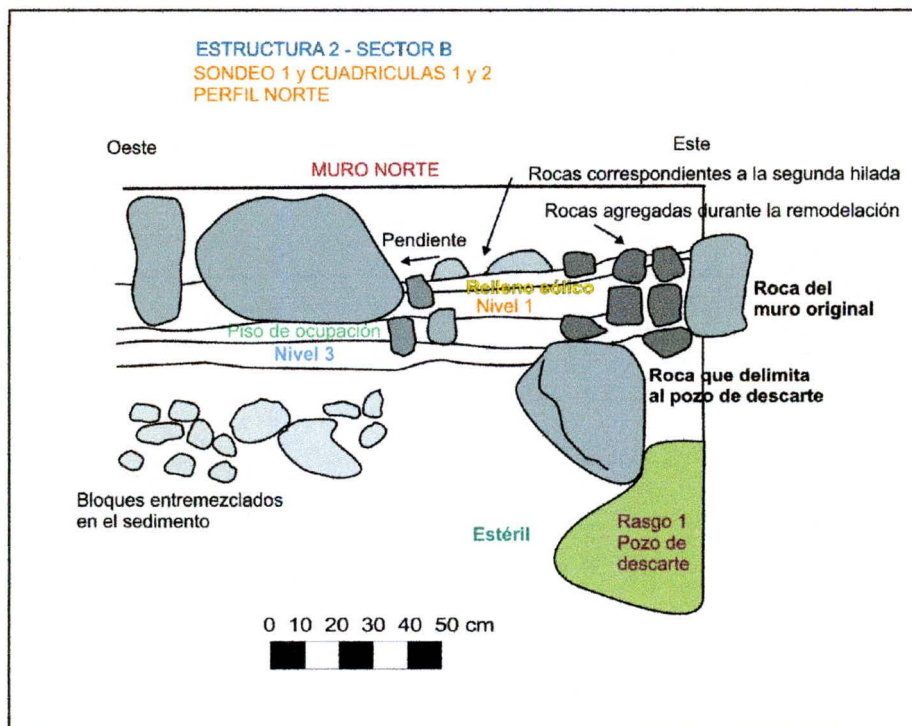


Figura 3.30. Perfil Norte de las cuadrículas 1 y 2. Estructura 2 del Sector B.

Estas técnicas arquitectónicas no son los únicos rasgos que se distinguieron durante el proceso de excavación. Tal como se mencionó, a partir del nivel 2 de la cuadrícula 2 se detectaron un conjunto de rocas canteadas que se entremezclaban en el

sedimento del piso y por debajo del mismo, más precisamente en el cuadrante norte de esta cuadrícula. En un primer momento se consideró que pudieron formar parte del desplome del muro norte<sup>4</sup>. No obstante, en este nivel, es decir el cuarto, se pudo comprobar que estos bloques se encontraron dispersos de forma cada vez más abundante por toda la cuadrícula. Tal como se comprobó fueron colocados como relleno en un momento previo a la consolidación del piso.

Vale recordar que esta Estructura se sitúa, donde se inicia la ladera, junto a uno de los caminos de ingreso del Pucará que descienden por el Faldeo Sureste. El relleno debió servir para nivelar el área donde se edificó esta Estructura y de esa manera aprovechar al máximo la superficie del faldeo. Esta tarea no debió ser fácil ya que a medida que se profundizaba la excavación se detectó una enorme cantidad de bloques, muchos de ellos canteados y con la apariencia de un adoquín (Figura 3.31). Incluso, en el extremo suroeste de la cuadrícula a unos 60 cm de la superficie, los bloques aparecieron sueltos, colocados entre sí, sin el agregado de tierra (Figura 3.32). A medida que se buscó extraer todo el relleno para dar con el estéril se pudo detectar que estos bloques solo fueron colocados a partir de la mitad sur-suroeste de la Estructura 2, lo que demuestra aún más la intención de emparejar el terreno. Posiblemente, además de comprender mejor la secuencia constructiva del espacio, a medida que se amplíe la excavación de este recinto se pueda determinar con mayor precisión la magnitud de esta obra de nivelación. El espesor máximo del relleno hasta el momento detectado alcanza los 35 cm (Figura 3.33).



*Figura 3.31. Izquierda: detalle de una de las rocas canteadas que conformaron el relleno del terreno. Derecha: conjunto de rocas del relleno una vez finalizada la excavación de la cuadrícula.*

<sup>4</sup> En muchos sectores del Pucará, la altura de los muros corresponde a dos o tres hiladas de roca. Generalmente, se detectan escasos bloques producto del desplome de las paredes. En parte se debe a que muchas de las piedras seleccionadas o canteadas del Pucará fueron sustraídas y acarreadas al actual ejido de Tilcara para la construcción de viviendas durante el siglo XIX y XX. Debenedetti (1930: 23-24) realiza una mención sobre este traslado, afirmando que la Iglesia Parroquial de la actual localidad de Tilcara, fue edificada con rocas del Pucará.

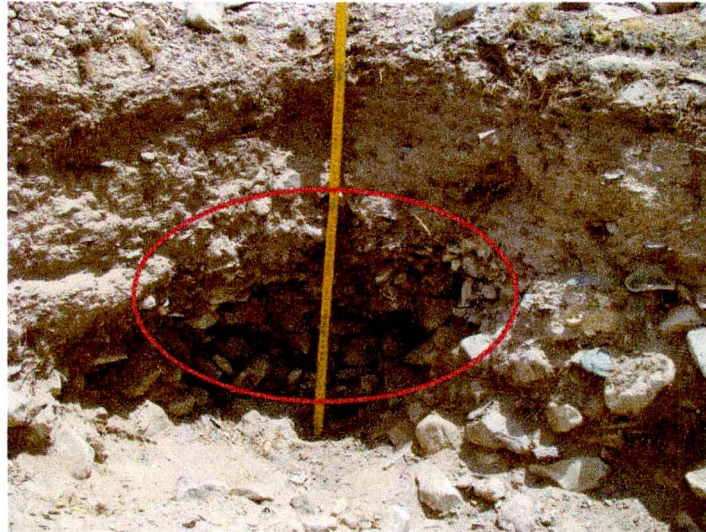


Figura 3.32. Detalle del ángulo suroeste de la cuadrícula 2, donde se exhibe el relleno de piedras sueltas para emparejar la superficie del terreno.

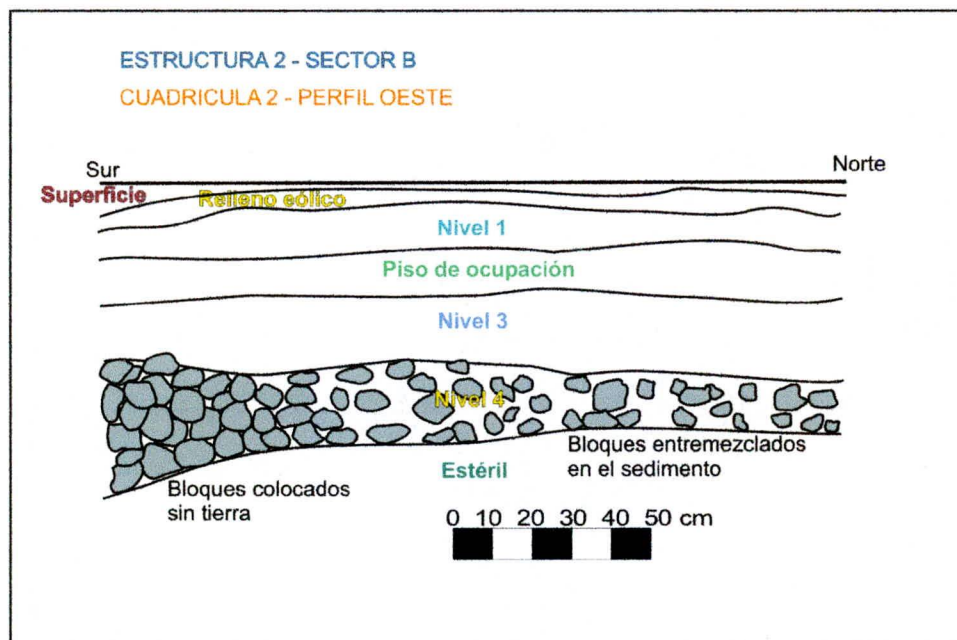
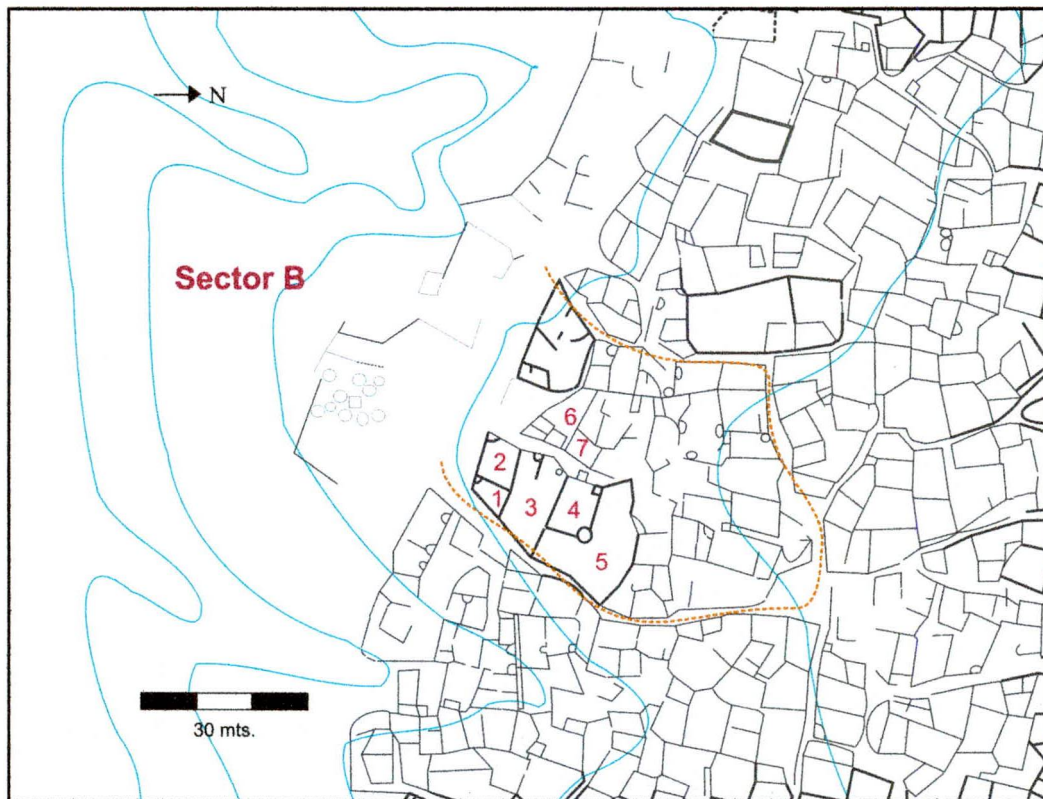


Figura 3.33. Perfil Oeste de la cuadrícula 2. Estructura del Sector B.

Otro aspecto a destacar es que la Estructura 2 se encuentra más elevada que el recinto adyacente, en dirección al oeste (Figura 3.34). La pared que los delimita sirvió para instalar de forma sobreelevada una vía de circulación de más de un metro de ancho que conduce hasta las estructuras ubicadas al norte y noroeste del recinto que hemos intervenido. Anteriormente se mencionó que el Sector A es uno de las áreas del Pucará que más desniveles presenta, en lo que refiere al escalonado de su topografía. En el caso del Sector B, solo se produce una diferencia de 20 m de altura, marcada por la curva de nivel que atraviesa el extremo norte del Sector (Figura 3.34).

No obstante, en el campo se pudo distinguir como la nivelación del terreno se hizo para minimizar el escarpado del área, disminuyendo las pendientes. Esto se observó a partir de que la Estructura 2 y la Estructura 3 se encuentran niveladas a una misma altura. Las dos estructuras siguientes (Estructuras 4 y 5), ubicadas al norte, están dos o tres metros más elevadas; y las subsiguientes también (Figura 3.34). Los recintos ubicados al oeste de la Estructura 2 presentan otra línea de altura. El primero, que pareciera ser un espacio abierto, se encuentra por debajo; mientras que los siguientes (Estructuras 6 y 7) presentan una mayor elevación (Figura 3.34).



*Figura 3.34. Estructuras del Sector B, en turquesa se destacan las curvas de nivel.*

La nivelación del terreno y la ampliación de las áreas destinadas a la construcción demuestran la inversión, organización y control de una gran fuerza de trabajo, que no solo debió estar abocada al preparado de la superficie de la Estructura 2, de los recintos contiguos y del camino adyacente que conduce a las tumbas. En la ladera también se detectó una gran cantidad de rocas que debieron depositarse en reserva para realizar este tipo de tareas también en otros sectores del sitio (Figura 3.35).



*Figura 3.35. Conjunto de rocas de características similares a las que conformaron el relleno de la Estructura 2 depositadas intencionalmente sobre el Faldeo Sureste.*

Por el otro, la inversión en la ampliación del terreno expresa la necesidad de contar con la mayor cantidad posible de espacios para habitar y en este caso, como se puede estimar a partir de las evidencias registradas, de instalar talleres relacionados con el trabajo artesanal. Tal como se abordará en los Capítulos 7 y 8, los hallazgos de esta Estructura guardan relación con los materiales procedentes de los talleres artesanales trabajados por Ambrosetti y Debenedetti. En particular se pueden asociar el asta de taruca, los fragmentos de cuarzo, obsidiana, la talla de la cabeza de camélido de travertino, el yunque, el punzón de hueso, los pigmentos, los restos de arcilla, entre otros.

Dadas las dimensiones de esta Estructura y la sola identificación de una subdivisión parcial de la misma, se podría considerar que se trató de un patio de trabajo. Al igual que en otros espacios del Pucará, en este patio se combinaron tareas productivas especializadas con las de tipo cotidiano, tales como procesamiento y consumo de alimentos. A pesar del hallazgo de elementos que se podrían relacionar con la producción de alfarería (arcilla, pigmentos), por el momento no se puede estimar con precisión si también se desarrollaron algunas de las etapas de su manufactura. Para sostener este punto se deberán ampliar las excavaciones con el propósito de detectar una mayor cantidad de evidencias que demuestren el desempeño de estas tareas. No



obstante, vale mencionar que en la Estructura 1, contigua a la excavada, se recogió de superficie un pulidor silíceo, similar a los que actualmente se utilizan para el bruñido de las piezas cerámicas (Otero 2006 b), y que también se han detectado en la Unidad Habitacional 1 (ver Figura 4.31 del Capítulo 4).

Con respecto al momento de ocupación de esta Estructura, se llegó al estéril en ambas cuadrículas con el propósito de descartar una ocupación previa. El estéril, compuesto por sedimento limo arenoso muy compacto con pedregullo libre de restos culturales, se detectó en primer lugar en la cuadrícula 1. Tal como se mencionó, este espacio por encontrarse más elevado no presentaba el agregado de bloques por debajo del piso de habitación.

Por otro lado, para estimar si las actividades detectadas fueron contemporáneas o prolongadas en el tiempo se analizaron radiocarbónicamente dos muestras de procedencias diferentes. Por un lado, se seleccionaron pequeños carbones recolectados del pozo de descarte con la intención de ver si correspondía a una ocupación previa a la constitución del piso, teniendo en cuenta que este pozo se solapaba por debajo del muro transversal este. Estos carbones fueron fechados en el Laboratorio de Tritio y Radiocarbono (LATYR) del Centro de Investigaciones Geológicas de la Facultad de Ciencias Naturales y Museo (UNLP). Por el otro, se procesó material óseo del piso de ocupación, específicamente se trató de una falange de camélido, cuyo análisis estuvo a cargo del NSF Arizona AMS Facility.

En la Tabla 5.1 del Capítulo 5 se presentan estos resultados. El primero corresponde al fechado n° 1, que calibrado al 68% abarca un amplio rango temporal que va desde fines del Siglo XIV hasta principios del XVII d.C. El segundo fechado, correspondiente al piso y que en la Tabla 5.1 se indica con el n° 10, arrojó un resultado más ajustado debido a que fue analizado mediante AMS. Calibrado al 68% establece un lapso de ocupación que abarca la primera mitad del Siglo XV d.C. Ambos rangos determinan una ocupación del espacio en algún momento entre inicios de la época incaica y la Hispano-Indígena. Por su parte, los resultados del análisis del material cerámico responden más a una ocupación previa a la conquista europea.

La muestra cerámica recuperada durante las tareas de excavación está compuesta por 81 fragmentos, de los cuales 57 (70%) fueron agrupados en 11 familias de fragmentos (FF). Las mismas están representadas tanto por formas abiertas como por cerradas. Ocho corresponden a los estilos tardíos locales y al Humahuaca Inca, mientras



que dos son de origen no local (Tabla 3.1). Estas últimas corresponden a una pieza restringida estilo Corrugado y una fuente con ambas paredes en rojo.

FORMA/ESTILO	HUM N/R	HUM N/M	HI N/R	N/R INDET.	HUM INP	ROJO Pul.	PEI-NADO	ORDI-NARIO	CORRU-GADO	NO LOCAL INDET.	TOTAL
Cántaro	1	1				1					3
Ollita									1		1
Puco				1	2						3
Fuente			1							1	2
Pieza restringida indeterminada								1			1
Indeterminada							1				1
TOTAL	1	1	1	1	2	1	1	1	1	1	11

Tabla 3.1. Clasificación estilística de las FF de la Estructura 2, Sector B. Referencias: HUM N/R: Humahuaca Negro sobre Rojo, HUM N/M: Humahuaca Negro sobre Morado, HI N/R: Humahuaca Inca Negro sobre Rojo, N/R INDET.: Negro Sobre Rojo Indeterminado, H INP: Humahuaca Interior Negro Pulido, RP: Rojo Pulido.

Algunas de las FF presentan fragmentos que se recuperaron en ambas cuadrículas. Esto demuestra cómo la distribución de materiales se ve afectada por los procesos de formación. No obstante, es posible determinar la función de algunas vasijas según el lugar donde principalmente fueron detectadas y sus atributos morfo-decorativos. Este es el caso de la FF n° 1 compuesta por once tiestos, algunos de gran tamaño. Se trata de un cántaro Humahuaca N/R, que por el espesor (6 mm) y curvatura de los fragmentos debió alcanzar los 50 cm. A manera de decoración presenta dos bandas reticuladas de línea gruesa y ángulo casi recto que se entrecruzan en cada cara del cuerpo (Figura 3.36). La superficie interna del borde evertido también se encuentra pintada en negro por una semicircunferencia llena rodeada de tres líneas paralelas finas. Asimismo, presenta una línea negra fina en el labio plano.

La gran cantidad de hollín detectada en las superficies externas de esta pieza demuestra que estuvo expuesta al fuego de forma prolongada. Si se tiene en cuenta el sector de hallazgo de los fragmentos que la conforman, ubicados en las proximidades del Rasgo 1 y el extremo este del Rasgo 2, tanto en el piso de la cuadrícula 1 (Figura 3.24, ver #418.2/3) como por debajo del mismo (Figura 3.27, ver #419.1), es posible que haya sido utilizada para el calentamiento de los alimentos.



*Figura 3.36. Fragmento de cuerpo de cántaro Humahuaca N/R, FF n° 1.*

Otra pieza que pudo estar involucrada con el procesamiento de alimentos, dada la presencia de hollín en sus superficies, es la que se identificó como FF n° 6. Se compone por dos grandes fragmentos de cuerpo de una pieza restringida del tipo Ordinario, de gran espesor (9 mm). La manufactura es claramente local. La pared interna es de color grisáceo, producto del tipo de cocción de la vasija y de la prolongada exposición al fuego durante su uso. Estos fragmentos también fueron hallados próximos al Rasgo 1 y 2.

El tercer conjunto, el cual también presenta hollín en su superficie externa, es la FF n° 7. Se trata de 11 fragmentos de una vasija de caras marleadas o peinadas (Figura 3.37). Este tipo de tratamiento de superficie no fue detectado entre las piezas que componen las colecciones, posiblemente porque al igual que se hizo con las vasijas o fragmentos del tipo Ordinario se lo descartó en el campo por no resultar interesantes para la caracterización de las muestras de las distintas tradiciones culturales a exhibirse en los museos. El marleado o peinado, tal como se tratará para la Unidad Habitacional 1, fue una técnica frecuente para lograr el acabado de las superficies (Otero 2006 a; Otero y Cremonte 2010). Vale mencionar que este tipo de tratamiento ha sido distinguido tanto en piezas abiertas como cerradas.

En el caso del ejemplar recuperado en esta Estructura, a partir de los atributos identificados en los fragmentos no se pudo establecer la forma precisa de la vasija. No obstante, a partir de lo registrado en dos fragmentos, correspondientes al borde, del tipo recto y labio plano, posiblemente se trató de una ollita de boca muy ancha o una fuente.





*Figura 3.37. Fragmentos marleados, FF N° 7.*

La última FF que presenta evidencias de exposición al fuego es un conjunto de cinco fragmentos del cuerpo de una pieza restringida que por sus características se podría atribuir al estilo Corrugado, ampliamente distribuido durante la época incaica (FF N° 3). A pesar de poseer hollín se pueden observar las líneas de pulido en sentido horizontal del baño negro que cubre las paredes externas. En la pasta se distingue el agregado de mica como antiplástico.

Las FF restantes que conforman el grupo de las piezas cerradas son dos cántaros. Uno de ellos está representado por once fragmentos del cuerpo de una pieza restringida de gran tamaño (FF N° 4), que fueron hallados en el piso de ambas cuadrículas. Sus superficies externas presentan un baño rojo a castaño pulido. Por el tipo de pasta y acabado de las paredes, similar al registrado en algunas piezas halladas en la Unidad Habitacional 1, es posible atribuirla a las piezas Rojo Pulido detectadas durante el momento incaico. El segundo cántaro fue identificado a partir de dos fragmentos de cuello (FF N° 10), externamente pulidos en rojo e internamente bañados en morado. Esta superficie presenta decoración en negro muy desleída, compuesta por una semicircunferencia rodeada de una línea fina.

Además de ser utilizadas para la cocción, las piezas restringidas debieron aprovecharse para la conservación de los alimentos y bebidas. Particularmente este debió ser el caso de aquellos cántaros que no presentan evidencias de exposición al fuego.

En relación al servicio y consumo de comidas, entre las FF se identificaron tres pucos y dos fuentes, dispersos en el nivel anterior y el correspondiente al piso. Entre los pucos, dos corresponden a la variedad Humahuaca Interior Negro Pulido, uno de superficie externa rojo pulida y el otro alisada (FF N° 8 y 9). El tercero, un puquito con

asa acintada horizontal, fue clasificado como N/R (FF N° 2). Dado el pequeño tamaño de los fragmentos que conforman este conjunto y ante la ausencia de elementos del diseño significativos no se pudo determinar si este puquito corresponde al estilo Humahuaca N/R o al Humahuaca Inca N/R.

Dentro de este último estilo se puede incluir a una de las dos fuentes identificadas (FF N° 11) (Tabla 1). La misma está representada por dos fragmentos del cuerpo que tienen pintados en negro espirales de línea fina (Figura 3.38). La segunda fuente también está representada por dos fragmentos (FF N° 5). Su superficie interna se encuentra alisada sobre un baño rojo anaranjado, mientras que la externa posee un baño rojo a castaño semipulido. En la pasta presentan mica, razón por la cual podrían atribuirse a una variedad de cerámica no local, o realizada localmente pero con técnicas atribuibles a otra región. Las características de estos fragmentos se asemejan a las de una pieza abierta de paredes altas hallada en la Unidad Habitacional 1, que presenta a modo de decoración dos conjuntos de líneas paralelas que se entrecruzan en la base interna (FF N° 45). No obstante, a partir del análisis petrográfico de la pasta de esta última pieza se ha podido determinar que es de manufactura local (Otero y Cremonte 2010).



*Figura 3.38. Fuente Humahuaca Inca N/R, FF N° 11.*

Las características de los fragmentos que no fueron agrupados entre las FF también proporcionaron evidencias para la determinación cronológica del conjunto. Entre ellos se distinguió un fragmento de puco Interior Rojo Pulido con el exterior alisado, que por este último tratamiento de superficie, acabada de forma desprolija, se puede estimar que correspondió a un puco de asa lateral Humahuaca Inca, un fragmento de una pequeña pieza restringida N/R, que al estar decorada por un reticulado de línea fina y ángulo recto también se puede atribuir a la cerámica incaica local (Figura 3.39) y

tres fragmentos de distintas piezas del tipo Marrón Pulido. Estos últimos corresponden a un fragmento de borde de un cántaro, del cuerpo de una pequeña pieza restringida y de un puco.



Figura 3.39. Fragmento N/R, decorado con reticulado.

Por último, dentro del conjunto cerámico se identificó un pan de arcilla quizás dejado en reserva para elaborar diferentes piezas, aunque dada su curvatura pudo tratarse de un fragmento de un objeto de barro cocido, utilizado como molde (Figura 3.40). La superficie interna se encuentra alisada mientras que la externa no presenta terminación. Otro aspecto que lo diferencia de las piezas empleadas como vajilla es el espesor de las paredes y el tipo de pasta, la que no presenta inclusiones líticas.



Figura 3.40. Frente y reverso de posible molde de arcilla.

La diversidad de estilos registrada dentro del conjunto cerámico de la Estructura 2, a excepción del Peinado o Marleado, coincide con la identificada a partir de la revisión de los materiales depositados en las colecciones (ver Capítulo 6). La heterogeneidad en la vajilla detectada en todos estos contextos, aspecto que se profundizará aún más con el caso de la Unidad Habitacional 1, demuestra que no existió una estandarización de la producción (*sensu* Costin y Hagstrum 1995), por lo que es de presumir que su manufactura no estuvo condicionada y regulada en todos sus niveles, en este caso por el Estado.



La multiplicidad de formas, tratamientos de superficie y diseños decorativos debió responder a los requerimientos funcionales pero a la vez simbólicos de las prácticas alimenticias. Durante estas actividades se debieron desplegar numerosos aspectos vinculados a la significación que pudo cobrar cada hábito relacionado con el procesamiento y servicio de la comida. Quizás, cada tipo de alimento y bebida, más allá de la destinada a celebraciones, requiriera de una clase especial de vajilla para su elaboración y consumo. También se podría considerar que esta amplia variedad de clases respondió a una prolongada ocupación de los espacios, dentro de un mismo momento histórico, donde se integraron cerámicas producidas por distintos alfareros.

### 3.3. Síntesis del capítulo

En primer lugar en este capítulo se abordó la estructuración interna y forma de emplazamiento del Pucará de Tilcara, el cual se constituye como uno de los sitios de mayor extensión de la Quebrada de Humahuaca. Para ello se enumeraron y caracterizaron los diferentes sectores que lo componen, destacando la descripción de los rasgos arquitectónicos de diversas construcciones. A su vez se expuso la manera en como se articularon estos sectores, mediante una compleja red de senderos que recorre todo el sitio. La construcción de las vías de circulación fue planificada, para que funcionaran como demarcadoras de nivel y al mismo tiempo, circunscribieran diferentes sectores poblacionales. Por otro lado, se resaltó la significación de ciertos elementos que se encuentran asociados a estos senderos, tales como *huanacas* y los cementerios, siendo que estos últimos, al igual que los corrales, se encuentran segregados de las áreas de habitación.

En segundo lugar se presentó la descripción y el resultado de las excavaciones desarrolladas en dos de estos sectores con el propósito de avanzar sobre su funcionalidad y cronología. Se trata de los Sectores A y B, ubicados en el Faldeo Sureste del Pucará, sistemáticamente excavado por Debenedetti (1930). A pesar de estas intervenciones se seleccionaron para trabajar dos estructuras que presentaban áreas sin signos de perturbación.

Una de ellas corresponde a la Estructura 1 del Sector A. Más allá que la muestra recuperada durante la excavación de una cuadrícula plantada contra uno de sus muros, no debió ser un depósito primario, sino que se trató de fragmentos dispersos en el piso

de ocupación, refiere al desarrollo de actividades cotidianas. Las características de estos materiales, sumadas a las constructivas y al lugar de emplazamiento, permitieron estimar que se trató de un patio de trabajo doméstico, utilizado también para conectar los recintos contiguos.

La segunda intervención, además de contribuir con la discusión sobre el momento de ocupación de este Faldeo, tuvo por propósito caracterizar funcionalmente a las estructuras arquitectónicas de grandes dimensiones que componen el Sector B. Para ello se seleccionó un recinto ubicado en las proximidades de uno de los cementerios y a la vera de uno de los caminos principales de acceso al sitio. Este recinto fue identificado como Estructura 2. A partir del estudio detallado del contexto y sus materiales se pudieron determinar diferentes áreas de actividad y sucesivos pisos de ocupación que al igual que para la Estructura 1 fueron fechados. Además de reconocer las características constructivas de esta estructura, remodelada en diferentes instancias, se pudo establecer la existencia de un relleno antrópico del piso con el objetivo de emparejar y ampliar la superficie a habitar. Los resultados de esta excavación sirvieron para comprobar que este recinto fue destinado al desarrollo de tareas artesanales especializadas en el trabajo de la piedra, similares a las detectadas en otros espacios del Pucará.

Las dataciones obtenidas para estas estructuras permitieron estimar que fueron ocupadas durante la época incaica. No obstante, en el caso de la Estructura 1, el rango temporal arrojado por un único fechado también incluye al último siglo previo a esta dominación. Por otro lado, los estilos cerámicos reconocidos a partir del análisis de las muestras recuperadas en cada una de estas excavaciones son atribuibles a la época tardía pre inca y a la incaica. Es decir que ambas líneas de evidencia cronológica no permitieron fundamentar la hipótesis planteada por Debenedetti (1930) y Madrazo (1969 a) sobre una posible ocupación más temprana de este Faldeo. Solo la ampliación de estas excavaciones, particularmente de la Estructura 1, así como la intervención de otros recintos de ambos sectores, permitirán profundizar estos aspectos vinculados al inicio de las ocupaciones, las remodelaciones de sus construcciones y el momento de su abandono.

# Capítulo 4

## HABITAR EN EL TIEMPO



En este Capítulo se aborda el caso de la Unidad Habitacional 1, un contexto que por haber sido trabajado intensamente en área permite desarrollar numerosos aspectos vinculados a la vida social de los objetos presentes en contextos de producción artesanal especializada. Se trata de una de las tantas casa-taller que ocuparon el Pucará, en la cual se produjo una de las transformaciones más complejas de la materia: el fundido y moldeado de los metales.

Debido a que esta estructura es una más de entre un centenar de unidades habitacionales distribuidas por todo el sitio, la reconstrucción de su historia, a partir de su excavación en área, la recomposición y datación radiocarbónica de los contextos y el análisis de los materiales, ha permitido avanzar sobre la caracterización de la unidad espacial mínima de la sociedad humana: la casa. Durante la época incaica, en esta casa se montó una unidad productiva sobre una unidad doméstica preexistente. Esto refiere a la incorporación de artesanos locales en la política de producción implementada para un centro de gran envergadura como fue el Pucará de Tilcara. De allí que su estudio sirva para evaluar los cambios introducidos con la anexión imperial en la forma más básica de organización de la población local.

#### **4.1. Unidad Habitacional 1 del Faldeo Suroeste**

Por la riqueza de información que ha brindado a través de sus sucesivas intervenciones, la Unidad Habitacional 1 (SJujTil 1-UH 1), ubicada a tan solo 30 metros de las estructuras que podrían considerarse corrales, se constituye como uno de los contextos excavados más importantes del Pucará (Figura 4.1).



Las tareas de excavación en esta unidad edilicia comienzan en 1988. La buena delimitación de las estructuras expuestas superficialmente y la falta de evidencias de una intervención previa fueron unas de las razones principales por las que la Dra. Tarragó, junto a su equipo de arqueología conformado por un grupo de profesionales y estudiantes de la Universidad Nacional de Jujuy, la Universidad Nacional de Río Cuarto y la Universidad de Buenos Aires<sup>1</sup>, la seleccionara para trabajar.

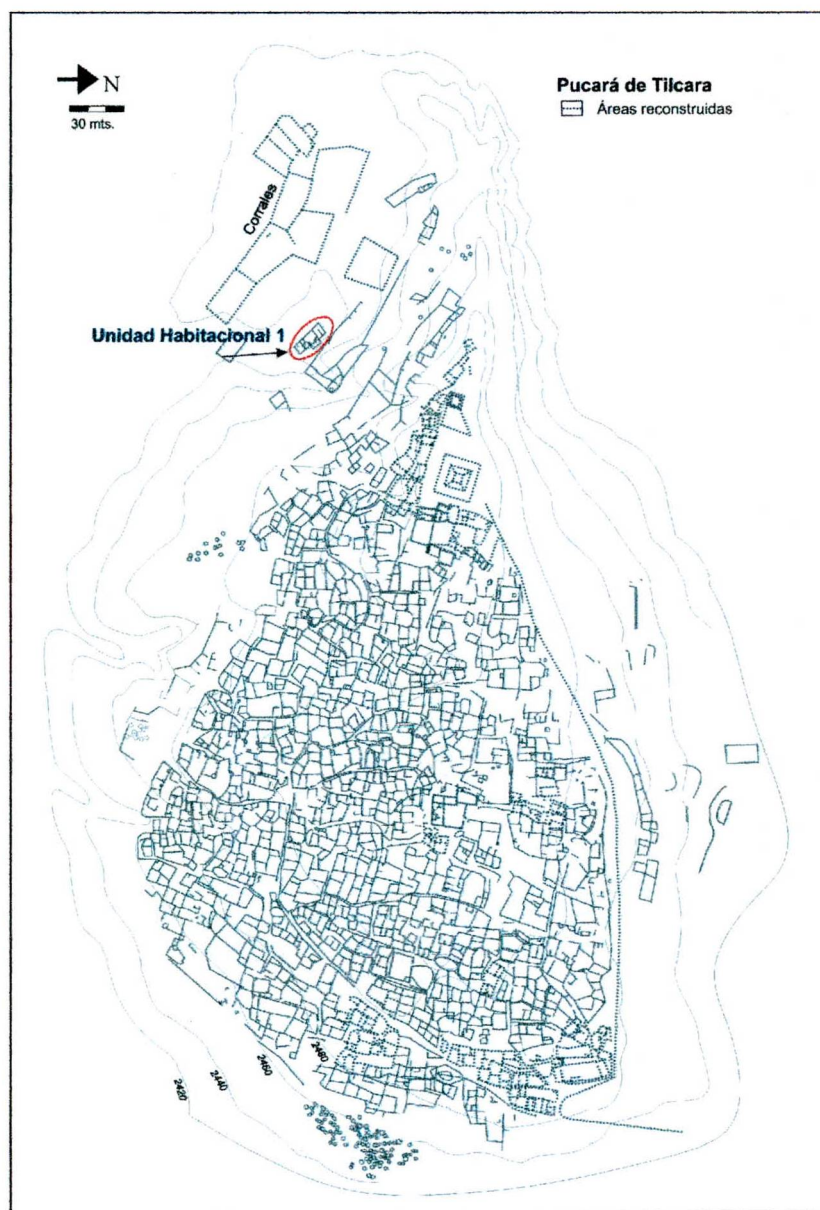


Figura 4.1. Ubicación de la Unidad Habitacional 1 del Sector Corrales.

<sup>1</sup> Entre ellos se puede mencionar a María Ester Albeck, Mercedes Garay de Fumagalli, María Beatriz Cremonte, María Clara Rivolta, Susana Basílico, María Asunción Bordach, Osvaldo Mendonça, Milena Calderari, Marta Ruiz, Luis Laguna, Humberto Mamaní, Karina Menacho, Rafael Curtoni, Javier Natri, entre otros.



Durante cuatro años consecutivos, este equipo desarrolló excavaciones hasta completar el trabajo en área en varios de sus recintos. Para ello, plantaron una serie de cuadrículas contiguas, trazando ángulos de 90° en sentido norte-sur según el eje longitudinal que atravesaba a la Unidad en sentido oeste-este. De esta manera se logró que las mismas guardaran la mayor correspondencia entre orientación y tamaño siguiendo la disposición de las estructuras registradas en superficie (Tarragó 1992). Esto valió para denominarlas según su posición en relación a las cuatro orientaciones cardinales (Figura 4.2).

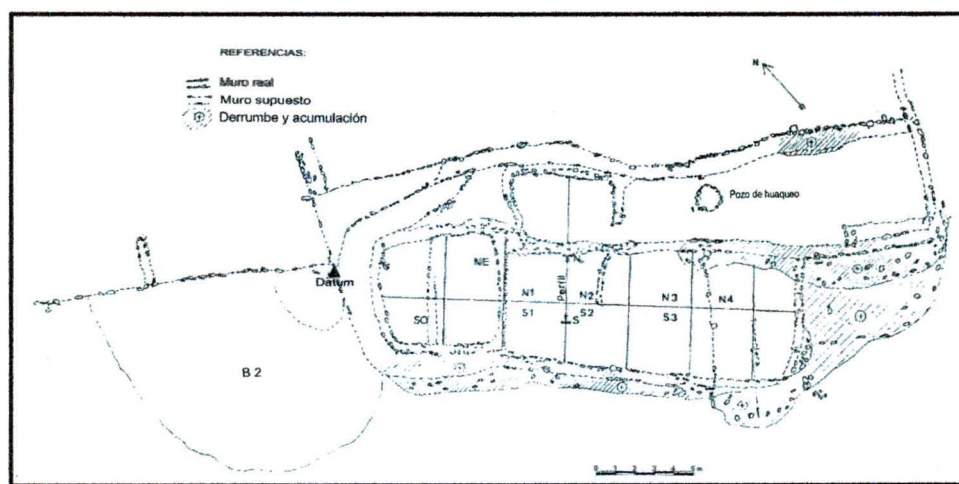


Figura 4.2. Conjunto edilicio previo a los trabajos de excavación según rasgos superficiales (Tomado de Tarragó 1992).

En el conjunto arquitectónico que conforma la Unidad en dos terrazas, por los rasgos en superficie y la topografía del lugar, se identificaron tres grandes recintos. No obstante, a partir de los trabajos de excavación se detectó que estos recintos se encontraban subdivididos.

Por un lado, en la terraza superior se descubrió un solo recinto de cinco metros de largo, el cual fue identificado como Recinto 1. Este espacio, una vez despejados los desplomes de los muros, demostró estar comunicado mediante un vano a un espacio trapezoidal de 15 metros de largo, ubicado hacia el este, el cual se prevé excavar a futuro. Por otro lado, en la terraza inferior se identificaron dos grandes recintos, uno rectangular y otro trapezoidal, de seis y cinco metros de largo respectivamente, que fueron denominados como Recinto 2 y 3. Cada uno de ellos se encontraba sectorizado. Los espacios correspondientes a cada una de estas subdivisiones fueron enumerados de manera correlativa.



En el caso del Recinto 2 se pudo determinar que presentaba un muro divisorio en su interior, el cual separaba un patio (R2.1) de un espacio cerrado (R2.2) (Figura 4.3). La configuración espacial del Recinto 3 fue más compleja. En este recinto se hallaron una cámara sepulcral (Sepultura 1), construida dentro un espacio irregular abierto (R3.1), y dos recintos cuadrangulares más pequeños (R3.2 y R3.3) (Figura 4.3). Al este del Recinto 3 se excavó otra cuadrícula (N4) buscando determinar la existencia de un cuarto recinto. Por los materiales allí recuperados se infirió la presencia de un área de depositación de desechos, particularmente de objetos de cerámica (Tarragó 1992; Piñeiro y Di Lorenzo 1997).

Por último, al oeste de la Unidad se halló un montículo también utilizado para el descarte de desperdicios, que fuera denominado Basural 2 (B2). Para excavar este montículo, intervenido de forma paralela al Basural 1 (B1) durante las campañas de 1992 y 1993, se lo cuadriculó en 96 celdas de 1 x 1 m, de las cuales fueron intervenidas cinco (Cuadrículas 1/0, 2/2, 2/3, 2/5 y 3/5) (Figura 4.3).

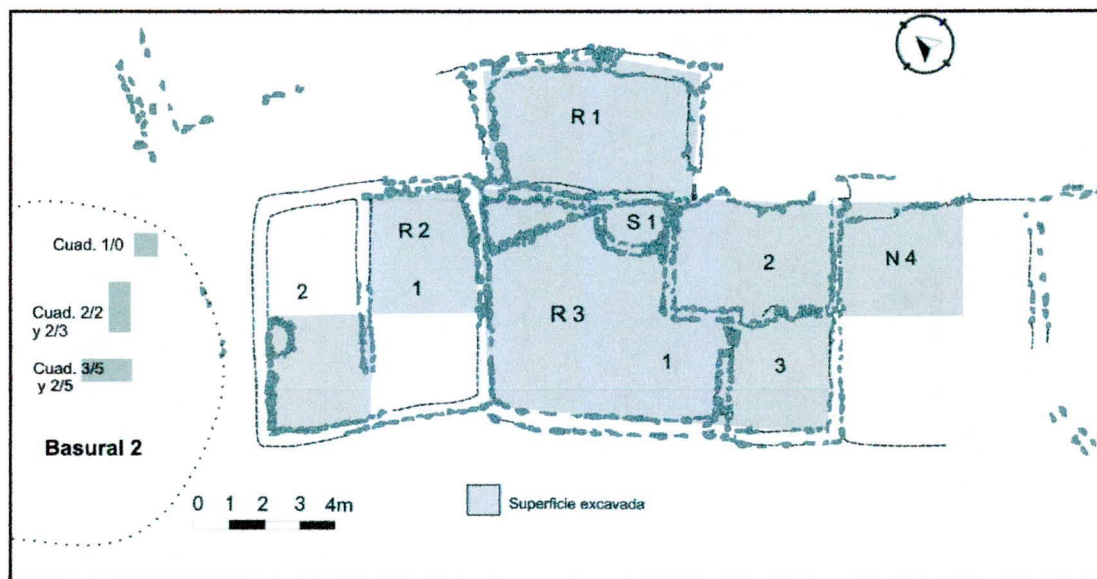


Figura 4.3. Unidad 1. Conjunto edilicio después del proceso de excavación desarrollado entre 1988 y 1992 (modificado de Tarragó 1992).

A diferencia de lo propuesto por Casanova, quien distinguiera al lugar como un área principalmente destinada a la cría de camélidos en corrales y de terrazas agrícolas, tras la realización de estas excavaciones y con un análisis del tipo micro-estructural se pudo concretar la presencia de lugares de habitación que habían permanecido *in situ*. Una vez que a lo registrado en el campo se le sumó el análisis de algunos de los



materiales, se definió al Sector Corrales como un área residencial y de trabajo artesanal (Tarragó 1992).

En el caso de la Unidad Habitacional 1 se estableció que se trataba de una unidad habitacional compleja en donde se desarrollaron actividades de naturaleza mixta (Tarragó 2007). Además de las de tipo cotidiano, en este conjunto arquitectónico se realizaron prácticas productivas destinadas a abastecer una demanda extra-doméstica de objetos de metal (Tarragó y González 1998).

Entre los estudios de los materiales recuperados en esta Unidad, se pueden mencionar los aportes de Cremonte (1988), quien realizó una primera caracterización de las pastas de algunos fragmentos de cerámica junto al análisis de la composición mineralógica de las arcillas y los pigmentos hallados en los pisos de ocupación. También en relación a la alfarería, Piñeiro y Di Lorenzo (1997) trabajaron sobre los procesos de formación del sitio a través del estudio distribucional de todo el conjunto cerámico. Parte del mismo, específicamente el hallado en las cuadrículas de excavación de los R 2.1 y R 2.2, fue analizado estilística, tecnológica y funcionalmente, cuyos resultados se presentaron en mi tesis de Licenciatura (Otero 2006a). El estudio de este conjunto permitió establecer una metodología de trabajo, basado en la clasificación utilizando *familias de fragmentos* (FF). De este modo, se pudieron establecer aspectos vinculados a la distribución de los objetos para su contextualización espacial, combinada con la temporal, y a la estructuración de posibles áreas de actividad dentro de estos recintos.

Mendonça y Bordach (1988) analizaron los restos humanos registrados en el R3.1. Cicala (1998) orientó su estudio a la identificación de patrones de consumo en áreas domésticas a partir del material faunístico hallado en el B 2. Por último, Tarragó y Albeck (1997) contextualizaron los resultados de los fechados realizados con muestras obtenidas en el B 2, el Recinto 2.1 y 3.3. Además de estimar una ocupación de la vivienda entre los Siglos XI y XIII d.C., plantearon un uso contemporáneo de las habitaciones a raíz de la proximidad temporal que demostraron estas dataciones.



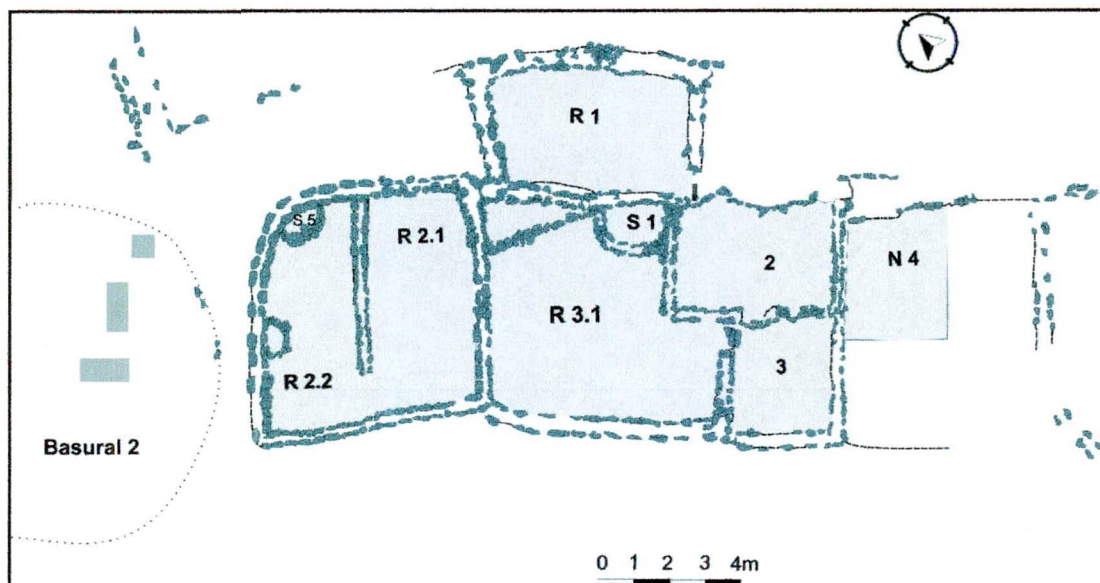


Figura 4.4. *Unidad Habitacional 1* después del proceso completo de excavación. En gris se destacan las áreas intervenidas, incluidas las abordadas en el 2009 (modificado de Tarragó 1992).

Siguiendo la línea de trabajo propuesta por Tarragó, del tipo micro-estructural, durante el 2009 ampliamos las excavaciones en el Recinto 2 con el propósito de completar el análisis de este contexto. La cuadrícula SE se excavó en febrero de ese año, finalizando así las excavaciones en el Recinto 2.1. La cuadrícula NO del R2.2 se intervino en marzo (Figura 4.4). En este último recinto se halló una quinta sepultura construida en positivo, la cual fue identificada como Sepultura 5 (S5). Con la ampliación de estos espacios, la superficie total excavada alcanzó los 127 m<sup>2</sup>.

Durante el desarrollo de esta investigación, de manera complementaria al trabajo de excavación, se analizó todo el conjunto cerámico recuperado en esta Unidad. Así se completó el estudio de lo que resultó ser un primer abordaje de las muestras del Recinto 2 (Otero 2006a). El análisis se realizó atendiendo a la caracterización estilística de las piezas. A su vez, con el propósito de comprender las formas de estructuración de los distintos espacios que conforman esta unidad habitacional se evaluó su distribución, vinculándola a los aspectos morfo-tecnológicos y funcionales de cada ejemplar.

Para ello fue necesaria la revisión de las plantas y los registros de las distintas excavaciones así como el estudio de otras materialidades, entre las que se destacan aquellos objetos que sufrieron múltiples activaciones de significado por ser incluidos en diversas actividades o simplemente por tratarse de elementos ajenos al área.

Asimismo se tuvieron en cuenta los resultados del análisis arqueofaunístico de la muestra completa de este complejo residencial, brindados por el Dr. Carlos Belotti, y



los alcanzados por la Lic. Verónica Adaro (2002), quien bajo la dirección de Mendonça y Bordach, realizó el estudio anátomo-funcional de los restos humanos depositados en la Sepultura 1. Este estudio principalmente se basó en el análisis de la composición y descripción de los materiales para la construcción de una primera aproximación paleodemográfica. En la actualidad, la Lic. Bordach continúa con este análisis, cuyo resultado será vertido en su tesis de Doctorado, dirigida por la Dra. Tarragó.

El análisis en conjunto de todos los materiales y de los diversos contextos de ocupación, vinculados tanto a las actividades artesanales y de subsistencia como a los eventos rituales y de reutilización del lugar, permitieron a la luz de nuevas dataciones radiocarbónicas reconstruir la biografía cultural de esta Unidad. Debido a que esta estructura funcionó como parte de un conjunto de unidades habitacionales distribuidas por todo el sitio, la reconstrucción de su historia, a partir de la recomposición de los contextos, abre una ventana a la unidad espacial mínima de la sociedad humana: la *casa* (Tringham 1995; Tarragó 2007), la cual en este caso también funcionó como taller (Tosi 1989). Desde esta noción fue posible reflexionar sobre la forma más básica de organización de la población que residió en el Pucará, atendiendo a sus continuas transformaciones durante los distintos períodos temporales.

#### 4.1.1. La historia de una casa-taller

En esta tesis interpretamos a la Unidad Habitacional 1 como un espacio social que podría ser definido como *casa*. Se trata del principal espacio de reproducción en que a través de su ordenamiento las personas incorporan los principios y esquemas generadores de la sociedad (Bourdieu 2007). De allí que pueda ser considerada la unidad básica social y económica de muchas sociedades, más aún en el caso de las sociedades prehispánicas andinas (Stanish 1992). Su definición tiene por ventaja la inclusión de diversas categorías que en otros contextos resultan contradictorias (Levi-Strauss 1979). Independientemente de cada sociedad, puede ser definida sin contemplar las líneas de descendencia, la filiación, la residencia o la herencia, entre otras. En ella se trascienden estos aspectos para reunir, como unidad espacial discreta, diversas dimensiones sociales, económicas y simbólicas propias tanto del espacio doméstico como extradoméstico.



La inclusión de lo extradoméstico responde a que numerosos contextos arqueológicos no pueden ser descriptos únicamente como el resultado de las actividades básicas de una unidad doméstica (Taboada y Angiorama 2003; Tarragó 2007). Los trabajos de excavación en área, el registro detallado de los hallazgos para la recomposición de los contextos y el análisis de los materiales han permitido que se reconstruya el modo en cómo se desarrollaron de forma conjunta las actividades de la vida cotidiana, las prácticas del tipo artesanal especializado –vinculadas a la producción de bienes destinados al consumo extradoméstico– y las acciones desempeñadas en el marco de eventos de conmemoración y celebración. De allí que se aborde la biografía de esta casa (Gosden y Marshall 1999), que como entidad dinámica a través de su historia de vida recobra mayor trascendencia al considerar aspectos temporales como las sucesivas generaciones que la ocuparon, sus ancestros y su impronta en la memoria de sus descendientes, entre otros (Tringham 1995: 98).

Un aspecto que merece atención ante la individualización de las actividades que tradicionalmente se han atribuido a los espacios domésticos o a los extradomésticos es la ubicación de las áreas de entierros. En esta Unidad, tal como se mencionara anticipadamente, se detectaron varias inhumaciones y diversas prácticas rituales vinculadas a las mismas (repetición de ofrendas, manipulación de restos esqueléticos, entre otras). En el campo de la Antropología, algunos autores no consideran a las prácticas funerarias como parte de las actividades domésticas (Aldenderfer y Stanish 1993). No obstante, en los Andes se cuenta con muchísima información sobre el tratamiento de los difuntos y su presencia en los espacios de uso cotidiano (Millones y Kapsoli 2001; Arnold y Hastorf 2008). Es por ello que no se debe generalizar el uso de ciertas categorías analíticas ya que, tal como aquí se demuestra, los espacios domésticos en algunos casos no representaron ser un simple escenario de las actividades cotidianas correspondientes a la unidad mínima de la sociedad, sino que fueron espacios complejos donde convergieron prácticas de diversa índole. Incluso, como en el caso de la Unidad 1 y de otras tantas estructuras habitacionales del Pucará, porque pudieron llegar a funcionar como talleres.

A diferencia de otros contextos, la Unidad 1 fue uno de los tantos talleres que se distinguieron de otras unidades productivas por montarse, en tiempos del Inca, sobre una unidad doméstica preexistente. De allí que para explicar estos casos, la noción de **casa-taller** se constituya como una nueva unidad analítica de base espacial y socioeconómica. Si bien como en la mayoría de los casos arqueológicos no se puede



establecer con precisión la composición y características del conjunto de actores sociales que habitaron estas casas-taller, lo importante es ver la forma en cómo las modelaron a través del tiempo.

La estructuración espacial responde, entre otros rasgos, a las modificaciones de los espacios debido a la dinámica de las conductas humanas en el tiempo. A partir del resultado de once fechados obtenidos de los pisos de ocupación y de las sepulturas de niños y adultos (S1, 2, 3, 4 y 5), ubicadas en el interior de esta vivienda, y de una muestra del Basural 2, se determinó que fue ocupada entre el Siglo XIII y XVI d.C. (Tabla 4.1 y Figura 4.5). Más allá de la agrupación diferencial entre los fechados realizados en los últimos años y los procesados en la década del 1990, la cual se tratará en el siguiente capítulo, estas dataciones demuestran una contemporaneidad en el uso de todos los recintos, particularmente durante el momento incaico (Figura 4.6).

Esta casa, como cualquier otro contexto espacial, no fue un mero contenedor de las actividades del grupo social, sino que sufrió múltiples transformaciones por la interacción entre sus ocupantes y de éstos con la comunidad. Los cambios más drásticos fueron los ocurridos durante la conquista incaica y española. Sus habitantes no estuvieron ajenos a las consecuencias de ambas dominaciones, parte de las cuales quedaron reflejadas en el registro material.

Nº	Procedencia y código de laboratorio (LP: LATYR; AA: NSF Arizona AMS Facility).	Años C14 AP	Rango de años calibrados DC 68,2% de probabilidad	Rango de años calibrados DC 95,4% de probabilidad
1	UH1. Recinto 2.2 Cuadrícula NO. Estrato superior del piso de ocupación. LP 2240	450±40	1441 (61.1%) 1499 1599 ( 7.1%) 1610	1425 (72.5%) 1513 1547 (22.9%) 1623
2	UH1. Recinto 2.2 Cuadrícula NO. Estrato inferior del piso de ocupación. LP 2231	450±50	1436 (54.7%) 1504 1591 (13.5%) 1615	1419 (65.3%) 1520 1537 (30.1%) 1626
3	UH1. Recinto 2.1. Cuadrícula SE. LP 2191	450±60	1431 (51.3%) 1508 1585 (16.9%) 1619	1418 (95.4%) 1627
4	UH1. Cuadrícula N4 LP 2467	470±50	1425 (65.9%) 1498 1602 ( 2.3%) 1607	1405 (76.2%) 1513 1545 (19.2%) 1624
5	UH 1. Sepultura 5 AA88342	510±46	1414 (68.2%) 1455	1395 (94.3%) 1499 1599 ( 1.1%) 1609
6	UH 1. Sepultura 1 5 ° Extracción. AA88340	512±41	1418 (68.2%) 1452	1397 (95.4%) 1484
7	UH1. Sepultura 1 7 ° Extracción. AA88341	561±42	1400 (68.2%) 1438	1323 ( 7.6%) 1346 1388 (87.8%) 1452
8	UH1. Recinto 3.1 Cuadrícula N1. A89445	635±52	1311 (43.2%) 1359 1380 (25.0%) 1409	1293 (95.4%) 1425
9	UH1. Recinto 2.1 Cuadrícula NE. LP 247*	800±50	1225 (68.2%) 1286	1182 (90.6%) 1313 1358 ( 4.8%) 1381



10	UH1. Recinto 3.3 LP 536*	910±70	1048 (15.1%) 1083 1139 (49.0%) 1230 1250 ( 4.0%) 1261	1033 (95.4%) 1273
11	UH1. Basural 2 LP 532*	930±70	1046 (18.8%) 1086 1108 ( 4.4%) 1120 1129 (44.9%) 1220	1026 (95.4%) 1268

Tabla 4.1. Lista de fechados de la Unidad Habitacional 1 (ver más detalle en Capítulo 5).

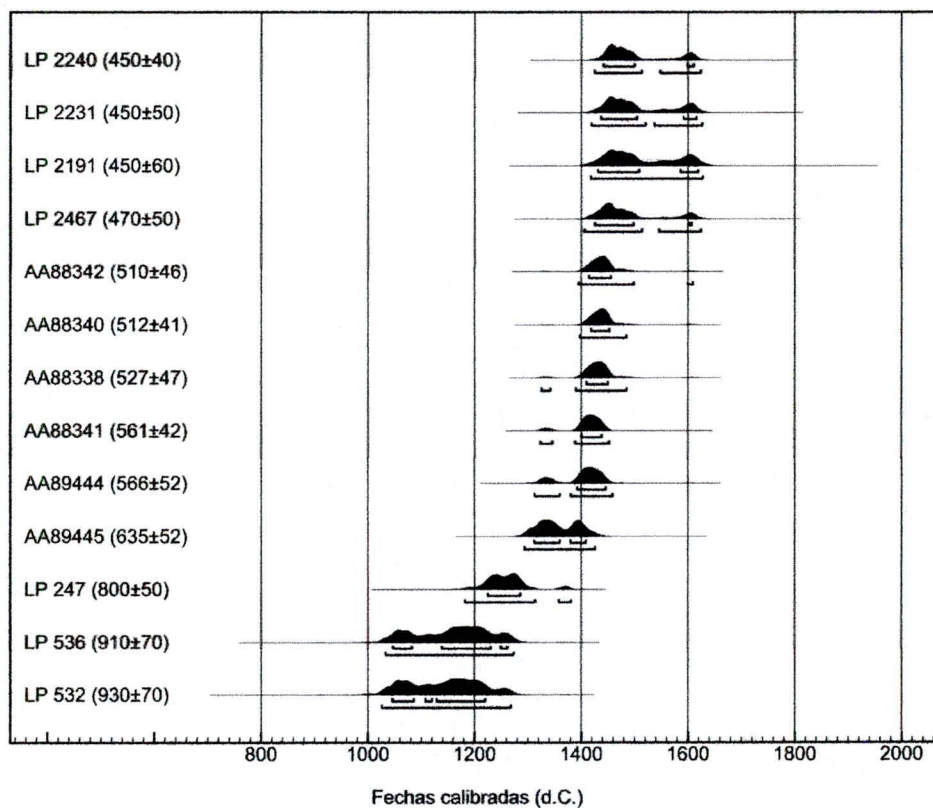


Figura 4.5. Fechados de la Unidad Habitacional 1. Curva de calibración ShCal04 (McCormac et al. 2004); Software utilizado OxCal v4.1.6 (Bronk Ramsey 2009).



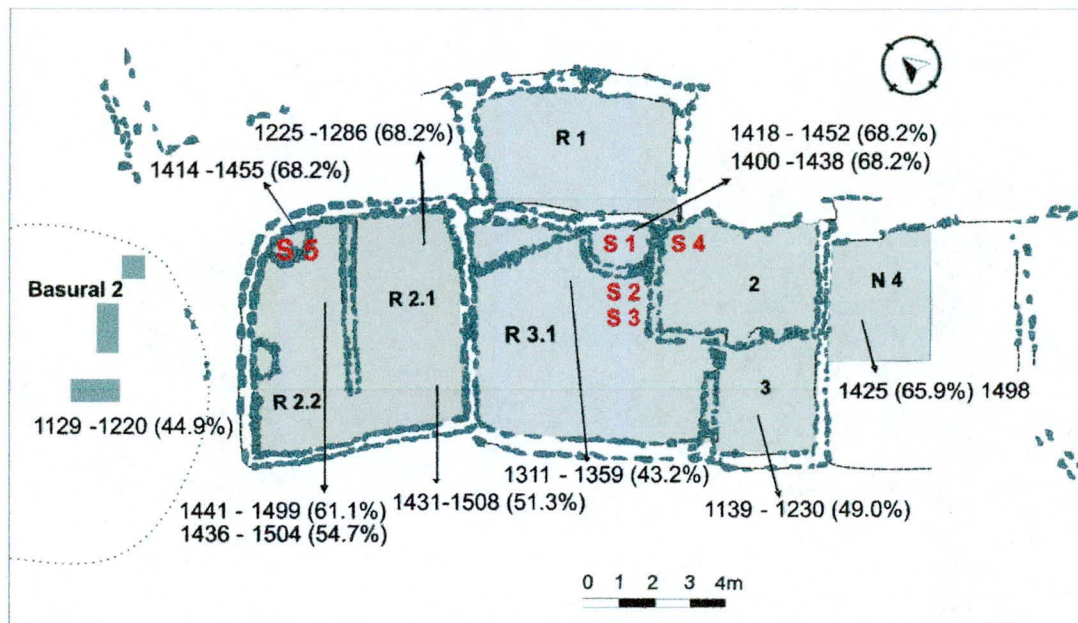


Figura 4.6. Ubicación y resultado de los fechados en rango de años calibrados de los pisos de ocupación, las sepulturas y el Basural 2. Graficamos los rangos de años con probabilidades más altas dentro del área de 68,2% de probabilidad o  $\pm 1$  sigma.

#### 4.1.2. Recinto 3

En relación al uso del espacio, independientemente del momento de ocupación, la vida de sus habitantes giró entorno al patio central (R3.1). Además de considerar sus dimensiones para definir a este recinto irregular de 40 m<sup>2</sup> como un patio, se tuvo en cuenta la ausencia de hoyos de poste utilizados para sostener una techumbre. Algo de esperar debido a que gran parte de las actividades allí desarrolladas no requirieron de la protección de techos ya que se vincularon a actividades pirometalúrgicas de alta oxigenación.

En el sector centro-sur de este recinto se detectó una gran estructura de combustión circular de 2.20 m de largo por 1.8 m de ancho, identificada como Locus 1 (Figura 4.8). Desde los primeros decapados rebajados tanto en la cuadrícula S1 como en la S2 (Figura 4.2), áreas donde se detectó este rasgo, aparecieron asociados distintos artefactos que dieron cuenta de su uso para el desempeño de estas actividades. Para los decapados 2 y 4 de la cuadrícula S1 se detectaron en ambos estratos una pareja de percutor y yunque, rotulados bajo las procedencias #16 y #37.3 respectivamente. En esta cuadrícula también se recuperaron un martillo-yunque (#41.1378) y elementos de



molienda, tales como una mano de moler fragmentada (#41.2), otra completa (#41.6), y un mortero (#41.1381) (Figura 4.7).

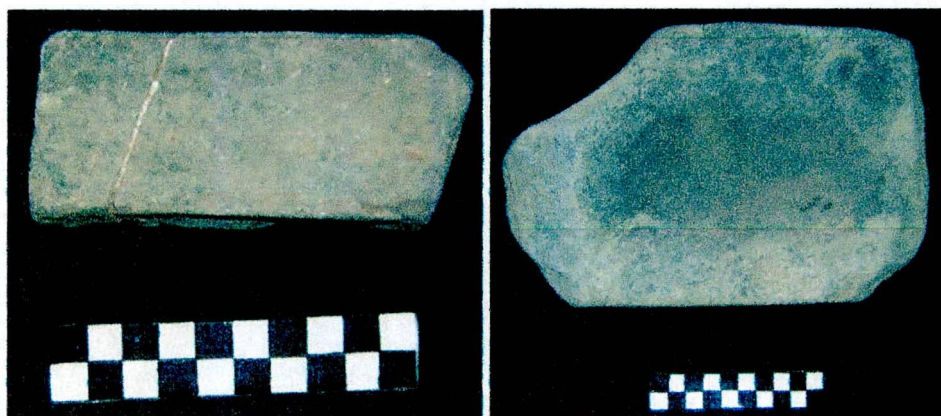


Figura 4.7. Izquierda: martillo-yunque (#41.1378). Derecha: mortero (#41.1381).

Si bien a estos últimos instrumentos tradicionalmente se los vinculó al procesamiento de alimentos, en el caso de los hallados en la Unidad 1, muchos de ellos presentan impregnaciones de cobre u ocre. Tal como se discutió en el capítulo anterior, este tipo de artefactos cumplieron múltiples funciones, incluido el molido de metales, pigmentos, arcillas y material antiplástico.

Tres panes de arcilla sin cocer (#37.5, #41.8 y #182), encontrados en los decapados 4, 5 y 8 de esta cuadrícula, dan cuenta del desarrollo de tareas vinculadas a las primeras etapas de elaboración de objetos de cerámica. No obstante, los hallazgos más significativos sobre estas prácticas se detectaron en la cuadrícula contigua. En el piso de ocupación de la S2, colocados de forma paralela al muro, se registró un conjunto de panes de arcilla de diferentes colores (rojizos, amarillentos y blanquecinos) (#170), posiblemente almacenados para su posterior uso.



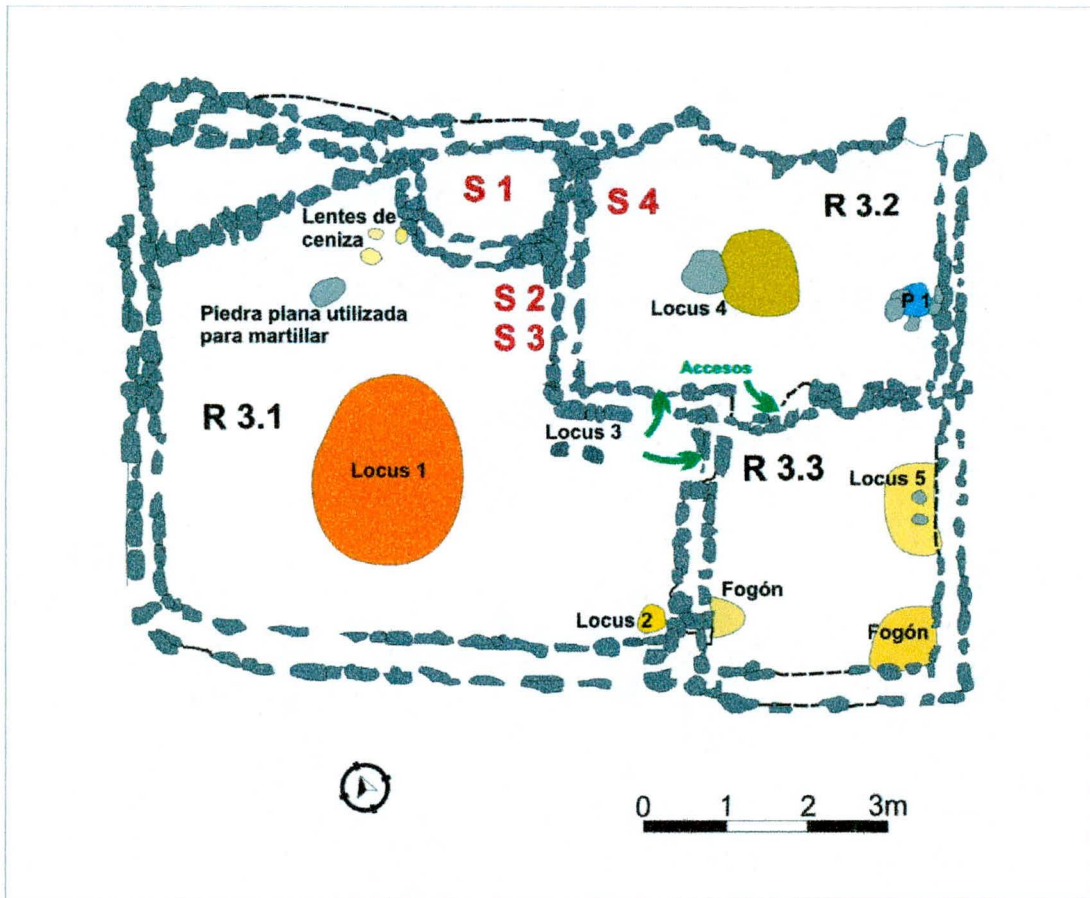


Figura 4.8. Unificación de las plantas correspondientes al piso de ocupación de los Recintos 3.1, 3.2 y 3.3.

En comparación a las desarrolladas en la S1, las excavaciones en la cuadrícula S2 fueron más complejas dado el número de hallazgos y el tipo de rasgos identificados. A tal punto que se llevaron a cabo en diferentes etapas durante el transcurso de tres campañas consecutivas. La primera para ampliar un sondeo plantado en el ángulo noroeste, donde previamente se había detectado el Locus 1. La segunda para poder trabajar en área todo el cuadrante sureste del patio.

Junto al Locus 1 aparecieron otros elementos relacionados con la producción metalúrgica. Durante los primeros decapados se detectó un fragmento de cobre nativo (#18.4) y una gota de cobre, residuo de la fundación *in situ* de este metal (#18.6). En los niveles inferiores, además de un cincel de cobre de 87 mm de largo (#125.1), se detectó una concreción de sedimento ferruginoso (#125.3), varios trozos de arcilla modelada pertenecientes a un molde de cera perdida (#112.21), un percutor (#125.56) y una barreta fracturada con marcas de uso (#112.1) (Figura 4.9). Este tipo de barretas ha sido registrado por la Dra. Tarragó en Campo Colorado y en varios sitios de los Valles



Calchaquíes, los cuales también presentan una serie de rayas transversales, golpes en los cantos y posiblemente se han fracturado por golpes fuertes.



*Figura 4.9. Barreta fracturada en ambos extremos (#112.1).*

Además del Locus 1, dos rasgos ilustrativos del desarrollo de actividades metalúrgicas fueron los Locus 2 y 3 (Figura 4.8). El Locus 2 corresponde a un lente carbonoso de importante espesor, de 57 cm x 50 cm, ubicado en la esquina sureste del patio central (Figura 4.10 a). Asociados a este Locus aparecieron un mortero (#114.1) (Figura 4.10 b) y un molde de barro de 10.5 cm de largo (#124.9), al que se le detectó parte del orificio de colada, de 3 cm de ancho, y un canal de ventilación lateral de 1 cm de diámetro. Este molde habría sido utilizado para la técnica de colado por cera perdida (Tarragó y González 1998).



*Figura 4.10. a) Izquierda: Piso de ocupación detectado en la cuadrícula S2. En el extremo superior izquierdo de la imagen se distingue el Locus 2. Fotografía tomada por la Dra. Tarragó (1990). b) Derecha: Mortero de 16 cm de diámetro (#114.1).*

El Locus 3 resultó ser aún más notorio ya que constaba de una estructura elevada compuesta por dos rocas de 20 cm de alto clavadas verticalmente y pegadas fuertemente al piso mediante argamasa. Estas rocas, separadas entre sí por unos 20 cm, se

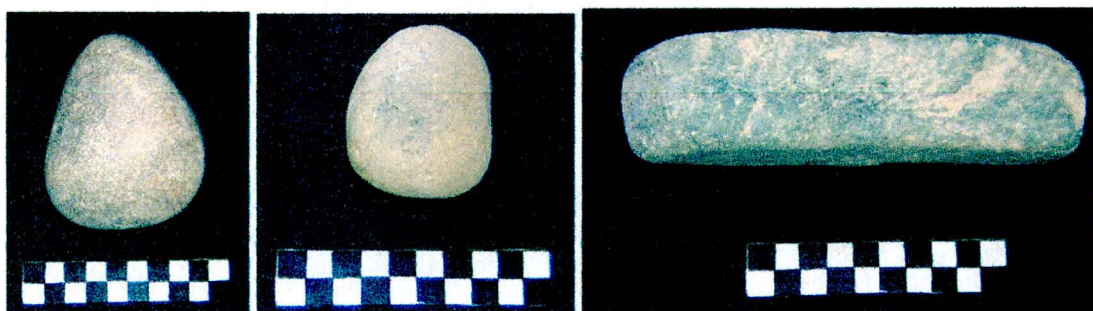


encontraron colocadas sobre un fogón en cubeta de 75 cm de diámetro que alcanzaba la pared medianera del R 3.2. No obstante, estas rocas, sumamente termoalteradas, se separaban de la pared por unos 40 cm. La forma en cómo se encontraron dispuestas y sus dimensiones indican que posiblemente fueron utilizadas para colocar sobre ellas un crisol para fundir metales (Figura 4.11). Así lo confirman los restos de escoria que aparecieron en sus proximidades. Este Locus presenta características similares al Locus 5, el cual se describe más adelante.



*Figura 4.11. Derecha: Locus 3, estructura elevada utilizada durante la fundición de metales. Fotografía tomada por la Dra. Tarragó (1990).*

También se detectaron otros objetos propios de estas actividades, que fueron hallados en el piso de ocupación de este sector sin estar asociados a estos Locus. Se trata de dos manos de moler, de distintas dimensiones (#120.5 y 125.6), una barreta (#114.29) y un pequeño cuerno de taruca, próximo al muro divisorio con el R3.3 (Figura 4.12).



*Figura 4.12. Manos de moler (#120.5 y #125.6) y barreta (#114.29).*

En el cuadrante norte, las evidencias que se vinculan a la metalurgia y la producción alfarera fueron proporcionalmente menores que en el resto del patio. En el



sector este de la cuadrícula N1, donde se distinguió la sucesión de tres pisos de ocupación, uno de ellos recientemente fechado por AMS a partir de una muestra de hueso de camélido (Tabla 4.1, ver fechado n° 8), se detectaron otra gota de cobre fundido (#89), un alisador lítico con restos de hematita (#47), una piedra plana con rastros de piqueteado (#91.135), una mano-yunque junto a un trozo de una conana rectangular de esquisto (#91.156), una mano de moler con impregnaciones de ocre (#91.161), una lámina de cobre trabajada (#93) y una punta de proyectil de obsidiana fracturada (Figura 4.13). En el sector oeste apareció una pastilla de mineral ferroso con un extremo romo, que presentaba numerosas estrías de frotación (#117) y una espátula de hueso (#106.1).

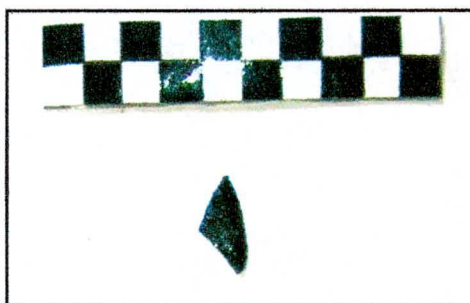


Figura 4.13. Punta de proyectil fracturada, hallada en la cuadrícula N1.

Otro aspecto que comparte la Unidad 1 con los talleres que se han detectado en otros sectores del Pucará, es la presencia de abundantes lascas y microlascas de obsidiana negra y translúcida. Estos desechos de talla posiblemente estén indicando los últimos estadios de formatización de las puntas (Álvarez 2004). Así como se detectó ésta y otras puntas confeccionadas en obsidiana, también se identificaron ejemplares confeccionadas en calcita y sílice, siempre de base escotada.

Los cuartos adosados a este patio, en dirección este, también fueron utilizados durante la producción artesanal. El cuadrante este de la cuadrícula N2 y la cuadrícula N3 fueron las correspondientes a la excavación del R3.2 (Figura 4.2). En este cuarto de 16 m<sup>2</sup>, el cual posiblemente estuvo techado, en el área de la cuadrícula N2 se encontraron asociados, a manera de *tool kit*, un martillo ovalado de 6.5 cm de diámetro (#70.2599) y un trozo de yunque de riolita de 8 cm de largo (#70.2600). En el centro del recinto, en el piso de ocupación detectado en la cuadrícula N3, se identificaron una piedra de forma pentagonal colocada como mesa de trabajo de 0,48 x 0,43 m y un fogón



de un metro de largo por 80 cm de diámetro y 10 cm de espesor (Locus 4) (Figura 4.8 y 4.14)<sup>2</sup>.



*Figura 4.14. Mesa de piedra junto al fogón central hallados en el piso de ocupación del R3.2. Fotografía tomada por la Dra. Tarragó.*

Sobre la mesa de trabajo se halló una laja plana de 13.5 cm de largo utilizada como molino. En superficie presentaba adheridos restos de hematita y una chorreadura negra de naturaleza carbonosa. El fogón posiblemente se utilizó para templar los objetos metálicos, dado que en sus proximidades se detectó un molde circular fracturado del tipo bivalvo, elaborado con toba (#175.2) (G. Gluzman, com. pers., 2013). El diámetro del mismo es de 20.5 cm y su espesor de 3.5 cm, por lo que se puede precisar que fue utilizado en la manufactura de discos metálicos (Figura 4.15). Otra evidencia que podría indicar que en este cuarto, además de templar los metales, se cumplían otras de las etapas finales del proceso de elaboración de objetos, fue el hallazgo de un cincel de cobre muy corroído (#167.2). A pesar de su estado de conservación se pudo detectar que el bisel se encontraba sin trabajar.

<sup>2</sup> El plástico negro que se visualiza en la fotografía corresponde a la cobertura de los laterales, los cuales habían sido excavados. Asimismo el desplome del muro norte que también se distingue en la foto resultó del derrumbe de la pared. De allí la aparente desprolijidad de la imagen.





Figura 4.15. Anverso y reverso de molde bivalvo circular (#175.2). Nótese en la imagen izquierda, resaltada con un círculo rojo, la boca de vaciado. Fotografía gentileza de G. Gluzman y M. Lamamí (2011).

En el piso de esta habitación también se hallaron otros artefactos vinculados a las tareas productivas, entre ellos un bloque prismático rectangular de 11.5 cm de largo, que pudo usarse como barreta o percutor (#175), un bloque de roca de extremo aguzado en esquisto micáceo, quizás aprovechado como hacha (#175.3), un bloque prismático triangular de 13 cm de largo, empleado como alisador-percutor dado que presenta una de sus superficies alisadas y la otra con marcas de golpe (#175.20) y un bloque de 9.6 cm de largo, que por las marcas de uso funcionó como un percutor (#181.5) (Figura 4.16). Junto a estos instrumentos se hallaron dos puntas de proyectil de base escotada, una de ellas de obsidiana (#175.6) y una cuenta discoidal de valva de 4 mm de diámetro.



Figura 4.16. Arriba, izquierda: *percutor* (#175). Derecha: *hacha* (#175.3). Abajo, izquierda: *alisador-percutor* (#175.20). Derecha: *percutor* (#181.5).

Asimismo, se identificó otro rasgo que también se vincula a estas actividades. Contra el muro este se detectó un pozo circular de 40 cm de diámetro relleno por diversos restos, entre ellos carbonato de cobre (#181.25/28). Por fuera de este pozo (P1), sobre el nivel del piso, se detectó una línea compacta de sedimento arcilloso (Figura 4.8). Este sedimento quizás corresponda a parte de las arcillas que también se conservaron en su interior. Además de recolectarse muestras de este sedimento y de una concreción circular de limonita, se obtuvieron trozos de pigmento rojo (#181.7). Este pigmento fue analizado junto a otras dos muestras recuperadas en el decapado 5 y 7. A partir de su composición química, la Dra. Cremonte (1993) pudo establecer que estas muestras diferían de los pigmentos utilizados para la decoración de la cerámica, ya que dependiendo del caso presentaban calcita y/o dolomita, elementos ausentes en los engobes, los cuales poseen altas concentraciones de hematita. En los niveles previos también se encontraron trozos de sedimento compacto amarillento, arcilla blanca (#154) y arcilla muy clara sin consolidar.

En el R3.3 de 11 m<sup>2</sup>, se halló una segunda estructura de combustión de características similares al Locus 3 del patio central, que aquí se ha indicado como Locus 5 (Figura 4.8). Esta estructura de forma oval alcanzaba 1.10 m de largo por 0.65 m de ancho. La altura de las rocas y la distancia entre sí, así como la separación de las mismas de la pared, eran similares a las del Locus 3. En un decapado previo al despeje del piso se encontraron fragmentos de arcilla modelada que pudieron ser parte de un molde, confeccionado para ser utilizado en la técnica de cera perdida (#168.20).

La presencia de esta estructura en el interior de este pequeño recinto y los restos del molde indican que para el fundido y moldeado de metales no se requirieron de espacios amplios. Por otro lado, en el Pucará no se ha detectado el uso de *huayras*. Razón por la cual es de estimar que los minerales llegaron procesados luego de una primera etapa de fundición, quizás realizada en lugares sumamente ventilados y despejados de los alrededores del sitio.

Este cuarto, al igual que el patio central, quizás estuvo sin techar con el propósito de aprovechar los fuertes vientos del sur que azotan el Pucará. Los fogones se debieron encender por las tardes ya que es cuando el viento sopla más fuertemente. De esa manera se habrá logrado elevar las temperaturas de los fogones rápidamente.



Además de esta gran estructura, a partir de la cual se obtuvo un fechado radiocarbónico que calibrado establece un intervalo temporal entre los Siglos XI y XIII d.C. (68,2% de probabilidades, Tabla 4.1, ver fechado n° 10), se registraron otros dos fogones de menor tamaño, asociados a restos faunísticos, pigmentos rojos e instrumental utilizado para el modelado de la cerámica. Entre ellos se pueden mencionar un pulidor con restos de pintura (#176.1), dos espátulas de costilla de camélido probablemente utilizada para regularizar los bordes y alisar las paredes de las piezas (#177.5 y #176.4), dado que una de ellas presenta restos de arcilla adherida (Figura 4.17). Asimismo se recuperó arcilla (#177.5). Los análisis por difracción de rayos X realizados por la Dra. Cremonte (1993) determinaron que sus características eran bastante similares a las pastas de algunas piezas N/R y Poma N/R.

Con respecto a los pigmentos hallados en este cuarto, al igual que en el anterior, este tipo de análisis también determinó un alto contenido de dolomita y calcita (Cremonte 1993), por lo que se puede estimar que debieron ser utilizados en otras aplicaciones distintas del engobado y la decoración de la cerámica. Una posibilidad recae en que se utilizaran para recubrir algunas piezas metálicas (González L.R., 2004), tal es el caso del uso del cinabrio (M.N. Tarragó com. pers., 2010). Por otro lado, quizás se utilizaron como pinturas corporales, teniendo en cuenta las representaciones registradas en algunas piezas de la Puna de Jujuy (ver por ejemplo MT 1991).

Retomando los hallazgos de este cuarto, junto al Locus 5 se halló un mortero plano confeccionado con una roca metamórfica de 21 cm de diámetro (#177) (Figura 4.17) y, de la misma forma que en otros sectores de esta Unidad, se hallaron lascas de obsidiana (#174), trozos de cuarzo (#164) y de una variedad de ópalo (#168.10).



Figura 4.17. Izquierda: espátula confeccionada con una costilla de camélido (#176.4). Derecha: mortero plano (#177).

#### 4.1.3. Recinto 2



Con respecto al Recinto 2, las excavaciones dirigidas por la Dra. Tarragó, con las cuales se abordaron parcialmente los dos espacios que lo componen (R2.1 y R2.2), también arrojaron numerosas evidencias vinculadas a la producción artesanal, particularmente a la alfarería.

Si bien el análisis de la estructuración espacial de estos recintos fue presentado en mi tesis de licenciatura (Otero 2006a), vale reiterar que El R2.1 fue definido como un espacio techado mientras que el R2.2, como ya se dijo, habría sido un patio abierto. Durante las excavaciones se registraron dos hoyos de poste en el R2.1 (Figura 4.39). Uno de ellos con un diámetro de 25 cm se hundía en el piso hasta llegar al estéril. El otro de menor tamaño no habría servido de sostén del techo cumpliendo alguna otra función no identificada. Es probable que el techo fuera a un agua, sostenido por más de un poste, ubicados en la línea central de este cuarto.

Taboada y Angiorama (2003 a) registran en el interior de una estructura habitacional de Los Amarillos rasgos constructivos cuadrangulares, de 50 x 50 cm, confeccionados en piedra y tierra moldeada o adobe que podrían haber funcionado como bases de estructuras de sostén del techo. Vale aclarar que este tipo de columnatas se pueden haber utilizado en ese caso debido a la gran superficie a techar del recinto que abarca unos 11 x 6.5 m (71.5 m<sup>2</sup>). La superficie del R2.1 es menor, aproximadamente unos 20 m<sup>2</sup>, pero no por ello se descarta el empleo de distintas técnicas arquitectónicas para el techado de los espacios cubiertos.

Las evidencias halladas en el piso del R2.1 son abundantes y consistentes con las actividades productivas desarrolladas *in situ*. Los hallazgos que se recuperan en este recinto, demuestran que entre otras prácticas se modelaron y decoraron piezas cerámicas. Entre ellos se pueden mencionar restos de arcilla, ocre y hematita, y artefactos líticos relacionados a la manufacturas de piezas como un yunque-pulidor (#45.1930) utilizado también como percutor con restos de pigmento rojo, un martillo-muela también utilizado como alisador con impregnaciones de ocre, dos litos ovoides (#45.1932/1933) utilizados como alisadores o pulidores (uno de ellos posee adherencias en superficie), un núcleo de cuarcita (#45.1935) utilizado como pulidor de un lado mientras que posee rastros de molienda de la hematita en su borde opuesto, un lito tipo multifuncional (#45.1936) con rastros de óxido de hierro e impregnaciones oscuras, entre otros. En una mano también se detectaron adherencias de cobre.

En el piso de este recinto se detectó un gran fogón, del cual se tomaron dos



muestras de carbón que fueron procesadas en la década de 1990, con resultados de máximas probabilidades en el Siglo XIII d.C. (Tabla 4.1, ver fechado n° 9).

En relación a las actividades vinculadas a la producción metalúrgica, asociados a otro fogón detectado en el patio R2.2, se hallaron un fragmento metálico arriñonado, compuesto principalmente por cobre e identificado como residuo de fundición (#161.1), un trozo de cobre nativo y una pinza de plata fracturada (#173). Para esta última, Tarragó y González (1998) plantean que debió conservarse para ser reutilizada como materia prima mediante su posterior fundición.

Asimismo, este patio funcionó como un área destinada al preparado de arcillas destinadas a la elaboración de objetos cerámicos. Sobre el ángulo suroeste se recuperaron trozos de arcilla, martillos y morteros, uno de ellos con restos de polvo blanco. Los resultados del análisis por difracción de parte de estas muestras de arcilla se correlacionaron con la pasta de algunos de los fragmentos cerámicos recuperados en la transecta trazada en la cima del Pucará (Cremonte 1992, 1993). No obstante, estas arcillas difieren de las presentes en las fuentes de Huichairas y Huasamayo, lo que indica que existió un aprovisionamiento de materias primas aún más lejano (Cremonte *et al.* 1999).

Estas fuentes, cercanas al Pucará, fueron utilizadas para la construcción de los recintos. Así lo demuestran los estudios comparativos de las muestras de argamasa de las paredes del R3.3 y de torta del techo recolectada en el piso de ocupación del R2.1. Es lógico pensar que dada la gran cantidad de argamasa necesaria para construir centenares de estructuras se aprovecharan fuentes cercanas, fueran o no de máxima calidad.

#### 4.1.4. Ampliación del Recinto 2.1

A partir de la reciente ampliación de las excavaciones de este Recinto se sumaron nuevas evidencias que complementan la información previa. Por un lado, tal como se mencionó, se abordó la cuadrícula SE del Recinto 2.1, de 3,15 m de ancho x 2,50 m. En superficie no se registró material cultural de allí que no se le adjudicara un número de procedencia.

El primer nivel se definió por una gruesa capa de sedimento eólico, de 35 cm de espesor. Entre este depósito solo se recuperó dos fragmentos de cerámica, astillas óseas



y lascas líticas, identificadas con el #400. El siguiente decapado (N° 2) estaba compuesto por sedimento limo arenoso que en el sector próximo al vano que comunicaba este cuarto con el R2.2 se encontraba más consolidado. Posiblemente se deba a que, desde el nivel previo al piso de ocupación, este sector se encontraba más apisonado por ser un área de circulación.

Contra el muro meridional de este recinto, incluso abarcando parte del área de paso, se registró, al igual que en las esquinas sureste y noreste, un pequeño lente de ceniza y tierra rubefaccionada (Figura 4.18). En su borde se halló un trozo de arcilla y pigmento rojo. Un rasgo que llamó la atención fue la disposición de tres piedras lajas colocadas paralelamente (Figura 4.18). Su alineación quizás se deba al desplome del muro, dado que no se pudo atribuir otra función al no encontrárselas vinculadas directamente al piso de ocupación.

Además de registrar un gran número de materiales cerámicos y óseos, que fueron recolectados y registrados por sectores (Figura 4.18), se detectaron herramientas líticas utilizadas, como en los demás recintos, para la elaboración de cerámica y objetos de metal. Entre ellas se pueden mencionar tres manos (#401.2), una de ellas de gran tamaño (20 cm de diámetro) (#401.4), y un martillo lítico con impregnaciones de pigmento rojo de 9 cm de alto (#401.5) (Figura 4.19 y 4.20).

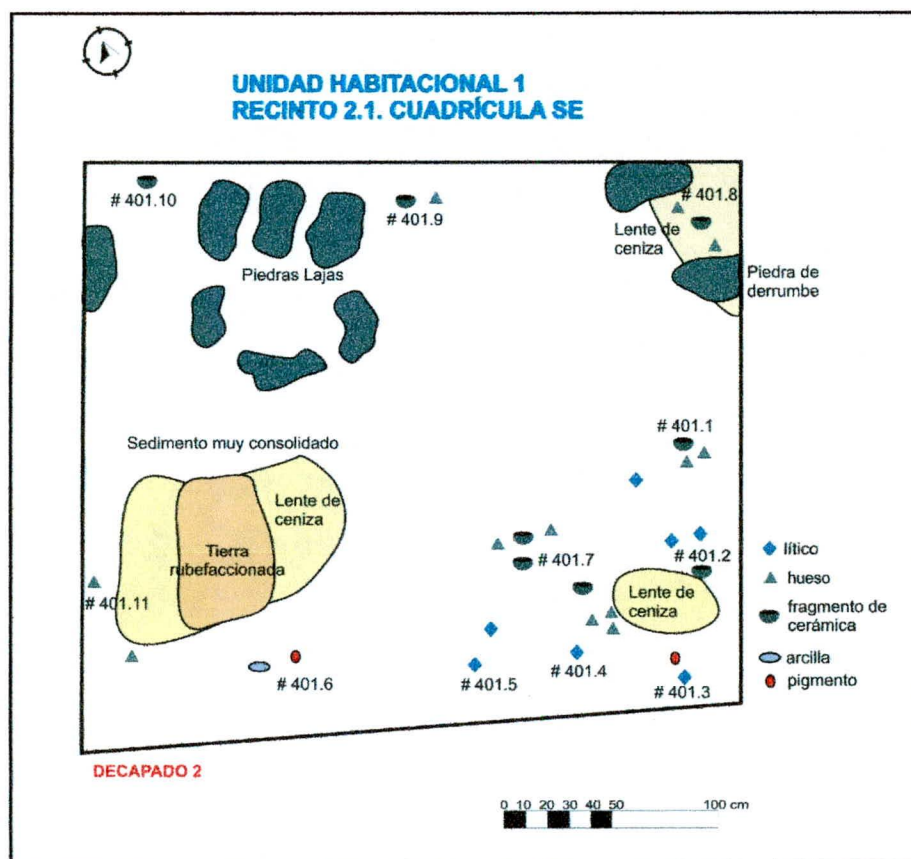


Figura 4.18. Planta correspondiente al decapado 2, Cuadrícula SE. Recinto 2.1, Unidad Habitacional 1.



Figura 4.19. Arriba: mano percutor (#401.2). Abajo: martillo (#401.5).



Figura 4.20. Falanges de camélido, mano y martillo lítico in situ.

El piso de habitación fue definido en el decapado 3, a escasos centímetros del nivel anterior. Se trata de sedimento limo arenoso compacto con pedregullo. A medida que se rebajaron los lentes de ceniza registrados en el decapado 2, se distinguió que un gran fogón ocupaba casi por completo el piso. El mismo fue denominado como Locus 6 (Figura 4.21). La forma en “L” de esta estructura de combustión, que alcanzaba los 2 m en cada uno de sus lados, posiblemente correspondió a que en el centro de esta cuadrícula, ubicado en el ángulo de este fogón se identificó un hoyo de poste de 30 cm de diámetro (Locus 7) (Figura 4.21). En su borde aparecieron numerosos panes de arcilla que rodeaban parcialmente su abertura (#402.15/18). Parte de estos panes se encontraban apoyados contra las piedras que debieron servir para calzar el poste.



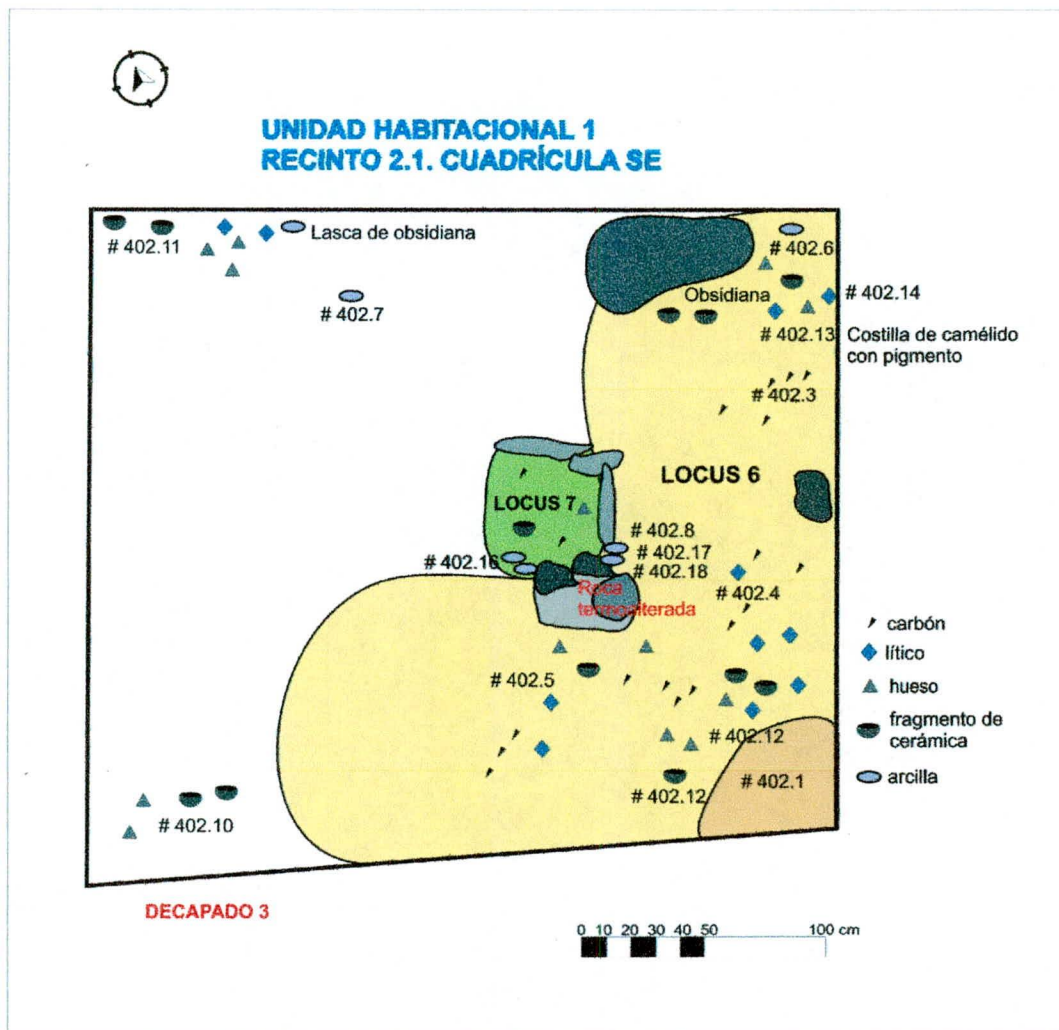


Figura 4.21. Planta correspondiente al piso de ocupación, decapado 3, Cuadrícula SE. Recinto 2.1, Unidad Habitacional 1.

En el interior de este hoyo, Locus 7, se recuperaron algunos carbones, astillas óseas y fragmentos de cerámica de muy pequeñas dimensiones. Estos materiales debieron depositarse durante su relleno, una vez que la madera del poste desapareció. Este poste se ubicaba en la misma línea que el hoyo identificado en la cuadrícula NE a fines de 1980, lo que reafirma la idea que el techo del R2.1 estuvo sostenido por dos postes centrales, probablemente con caída a un agua.

Con la intención de contar con otro fechado radiocarbónico para este recinto del Locus 6 se extrajo una muestra de pequeños carbones, los cuales se encontraban agrupados. El resultado de este fechado se ubica dentro de los Siglos XV a XVI d.C. (Tabla 4.1, ver fechado n° 3).

Asociados a este Locus se recuperaron una gran cantidad de restos líticos, como lascas de obsidiana (#402.11) y una mano-percutor con impregnaciones de metal (#402.14) (Figura 4.22), abundante material óseo, entre ellos una espátula



confeccionada sobre una costilla de camélido con polvo rojo adherido (#402.13), y fragmentos cerámicos. Muchos de ellos se agruparon con las FF identificadas en las cuadrículas que fueron excavadas décadas atrás.



*Figura 4.22. Mano-percutor (#402.14).*

En relación a las herramientas líticas, anteriormente se mencionó que en diferentes contextos artesanales se detectaron martillos cuadrangulares de no más de 10 cm de largo. En esta cuadrícula, en este nivel y el siguiente se recuperaron tres ejemplares. Dos de ellos se encontraron asociados a lascas de obsidiana (#402.13 y #403.1) (Figura 4.23). Esta asociación también se identificó en la Estructura 2 del Sector B. No obstante, consideramos que no debieron utilizarse para la talla de proyectiles. De modo similar, Angiorama (2005: 184) registra este tipo de martillos en la Unidad 400 de Los Amarillos, donde principalmente se realizaron actividades de metalurgia vinculadas al martillado de metales, tales como laminado, retoque, endurecimiento, conformación y reactivación de filos.



*Figura 4.23. Martillos líticos (#402.12, #403.1 y #403.3).*



El cuarto decapado, correspondiente al nivel después del piso, presentó menor número de hallazgos. Además de estos martillos se recuperaron otros restos líticos, como lascas de obsidiana y de basalto, y una roca con restos de pigmento rojo adherido (#403.6). Esta roca, al igual que un pan de arcilla (#403.9), apareció sobre el lateral de un pozo de 40 cm de diámetro, que fue definido como Locus 8 (Figura 4.24). Este pozo, considerando que se encuentra ubicado junto al muro divisorio de los recintos, posiblemente fue cavado para afirmar en el piso algún recipiente de base angosta. En su interior se hallaron espículas de carbón (#403.10), astillas de huesos (#403.8) y tres tiestos de cerámica (#403.7).

A su vez, en este decapado se definió la base en cubeta del gran fogón (Locus 6), pudiendo establecer que alcanzó los 15 cm de espesor. Durante su limpieza se recuperaron fragmentos de cerámica, hueso y lítico (#403.1, #403.2 #404.3 y #404.4). Con respecto al Locus 7 también se definió el asiento del poste, el cual se encontraba rodeado de piedras. Desde que fue detectado en el decapado 3 hasta su base, este hoyo midió más de 50 cm de profundidad (Figura 4.24).

Una vez que se excavó por completo el decapado 4 se detectó el estéril en toda la superficie a unos 90 cm desde la superficie. Incluso se excavó por debajo del nivel al que se lo había encontrado en la cuadrícula NO, con el propósito de despejar de forma completa la base del hoyo de poste. En referencia a esto, algo a destacar es que enterrado entre el estéril, en el borde de la base de este hoyo se halló un lito que parecería corresponder a la representación de un camélido (#404) (Figura 4.25). Quizás se trató de una *illa*, colocada a modo propiciatorio durante el techado de la vivienda. A su vez cabe vincularla con la cercanía que tuvo esta vivienda a los corrales. Su representación pudo estar relacionada al arribo de las caravanas y el transporte de las materias primas utilizadas para el desarrollo de las actividades productivas que hasta el momento se han identificado en esta Unidad.



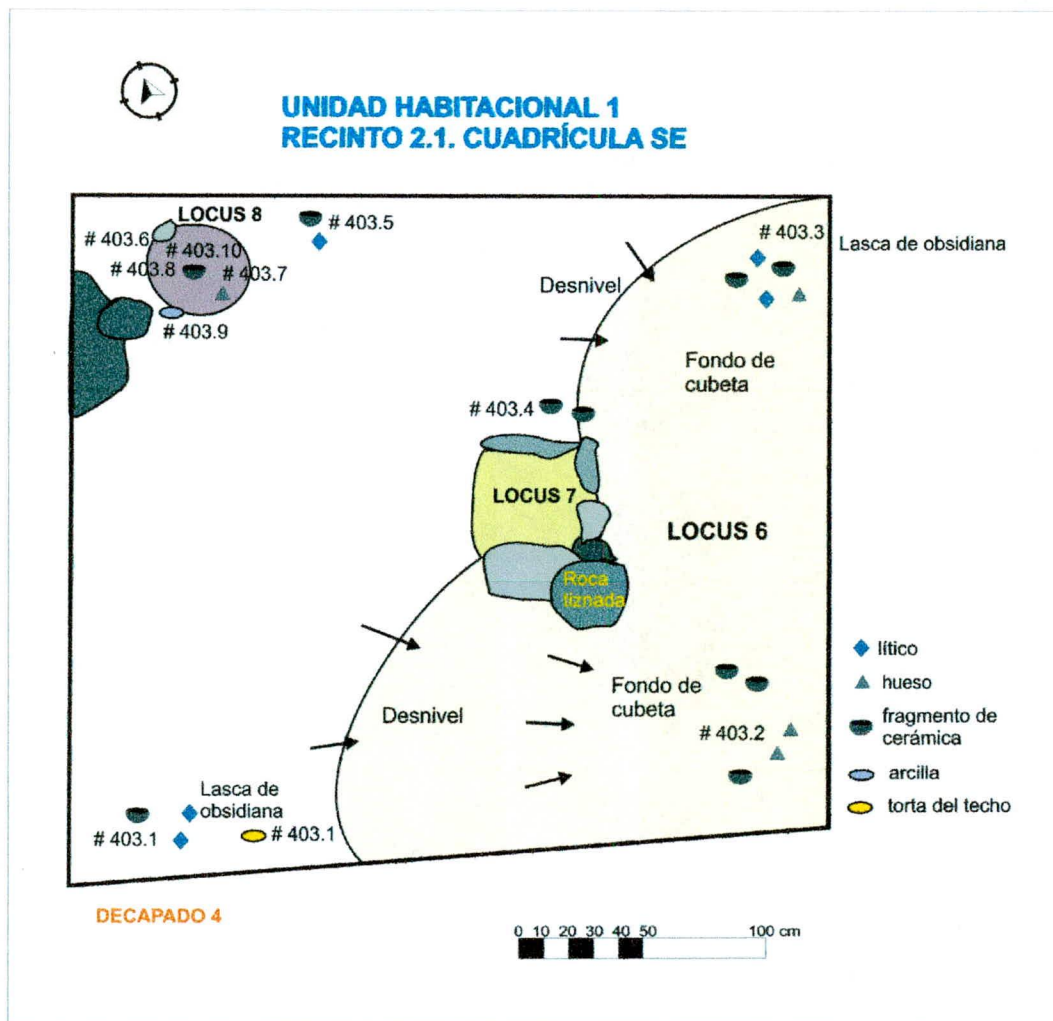


Figura 4.24. Planta correspondiente al decapado 4, Cuadrícula SE. Recinto 2.1, Unidad Habitacional 1.



Figura 4.25. Frente y reverso de illa zoomorfa (#400).

#### 4.1.5. Excavación del Recinto 2.2

La ampliación del Recinto 2.2 se realizó con la excavación de la cuadrícula NO. Una vez plantada esta cuadrícula se iniciaron las tareas de despeje de los materiales



hallados en superficie, a los que se les atribuyó la procedencia #406. La remoción del primer decapado, correspondiente al relleno eólico, se basó en la limpieza inicial del derrumbe de los muros (Figura 4.26). Entre las rocas se detectó argamasa de las paredes y escasos fragmentos de cerámica, hueso y lítico (#407.1 y #407.2) que pudieron llegar por rodamiento hasta la Unidad desde sectores más elevados del faldeo. También es posible que algunos de estos materiales, particularmente aquellos que se encontraron junto a las paredes formaran parte del relleno, considerando que fue práctica común la inclusión de desperdicios durante el levantado de los muros.

Durante este decapado, en el ángulo sureste de la cuadrícula se detectó el área excavada mediante un sondeo por el equipo de arqueología de la Dra. Tarragó. Así no solo se correlacionaron las secuencias estratigráficas entre las cuadrículas SO y NO sino que también se las vinculó con la identificada en este cateo realizado en 1988.

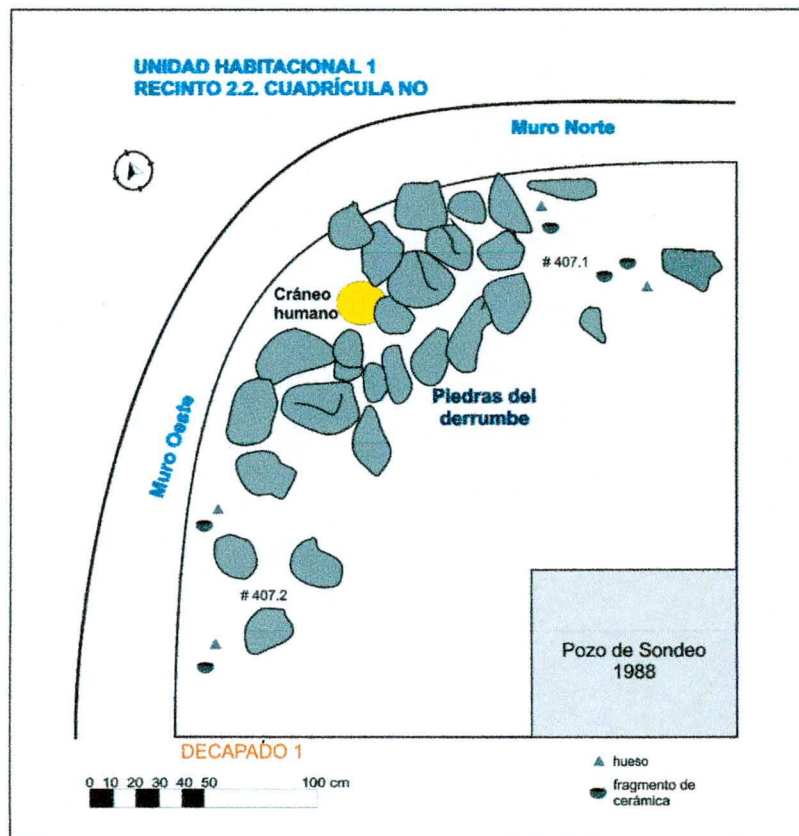


Figura 4.26. Planta correspondiente al decapado 1, Cuadrícula NO. Recinto 2.2, Unidad Habitacional 1.

En el ángulo noroeste del Recinto, a 10 cm de la superficie se identificó parte del cráneo de un individuo humano adulto. El decapado 2 y 3 se destinaron a la excavación de este entierro y al despeje de la estructura que lo contenía. Este evento funerario será presentado de manera conjunta con los detectados en los Recintos 3.1 y 3.2, a fin de



detallar el modo en cómo se produjeron las remodelaciones de los espacios de habitación y de trabajo artesanal.

A medida que se rebajaron estos decapados y una vez que fue retirada la inhumación se despejaron los muros. Así se pudo determinar que la esquina NO era de ángulo redondeado. Si bien en numerosas estructuras del Pucará se detectó este tipo de técnica constructiva, en este caso se debió realizar con el propósito de reforzar el muro norte de este recinto para minimizar la presión ejercida por la terraza superior. Por fuera del área de entierro, en el decapado 2 se recuperaron fragmentos de cerámica y restos óseos de fauna dispersos por toda la cuadrícula (#408.2, #408.3 y #408.6). En el decapado 3 se registraron los primeros hallazgos correspondientes a la detección del estrato superior del piso de ocupación, que al igual que lo identificado en la cuadrícula SO, excavada en 1991, poseía un gran espesor (Figura 4.27). Entre el sedimento limo arenoso compacto, además de abundantes fragmentos de cerámica y hueso (#409.4/10), se recuperaron dos panes de arcilla (#409.11), trozos de concha marina (#409.7) y dos manos de moler (#409.10). Asimismo, durante este decapado se inició el despeje del muro divisorio entre ambos recintos.



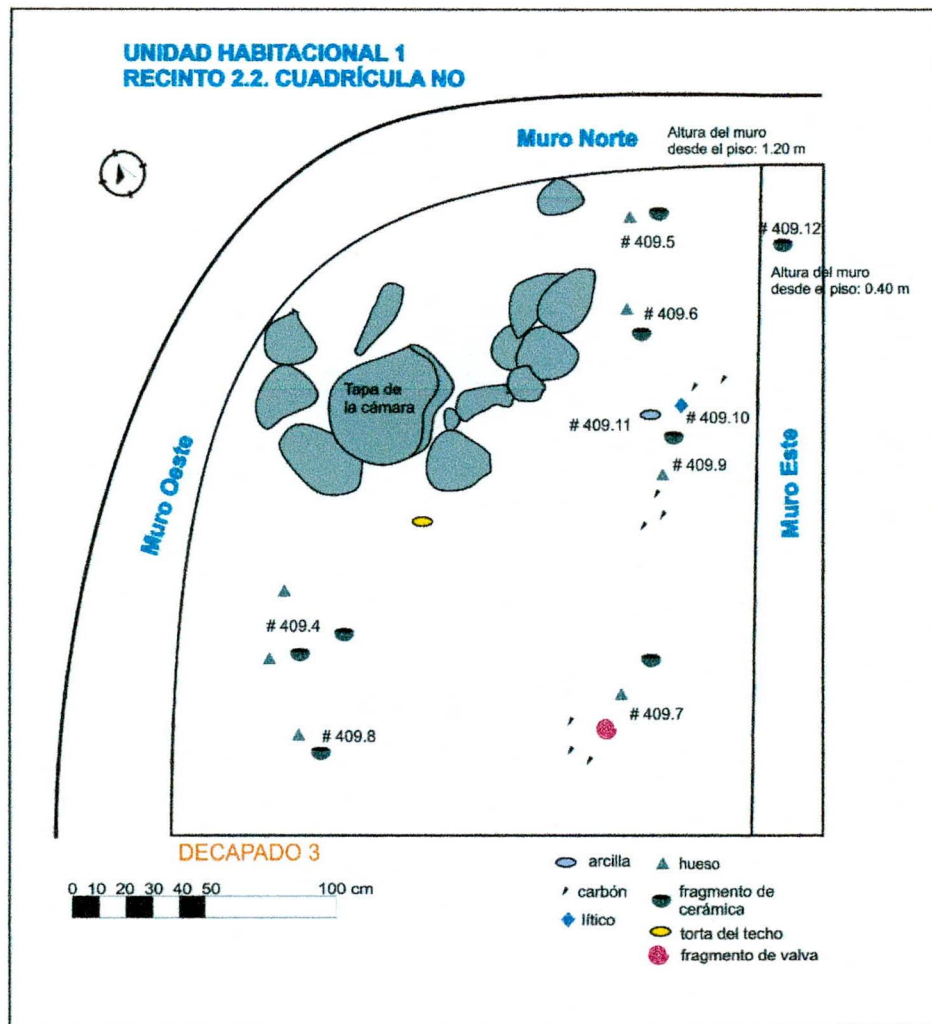


Figura 4.27. Planta correspondiente al decapado 3, Cuadrícula NO. Recinto 2.2, Unidad Habitacional 1.

Por debajo de este estrato se registró una consolidación de 10 cm de espesor, compuesta por sedimento limo arenoso con agregado de arcilla, escaso ripio y algunas espículas de carbón. En esta compactación, que fue definida como decapado 4, se encontraron incrustados algunos materiales vinculados con distintas actividades productivas (Figura 4.28). Entre ellos se pueden mencionar dos manos de moler, una de ellas con impregnaciones de cobre (#410.1), un artefacto lítico, posiblemente utilizado como martillo (#410.2) y pigmento rojo (#410.4) (Figura 4.29). Por otro lado, se recuperaron lascas de obsidiana y fragmentos de concha (#410.8), tipo nácar. Estos últimos quizás hayan sido utilizados en la confección de adornos.



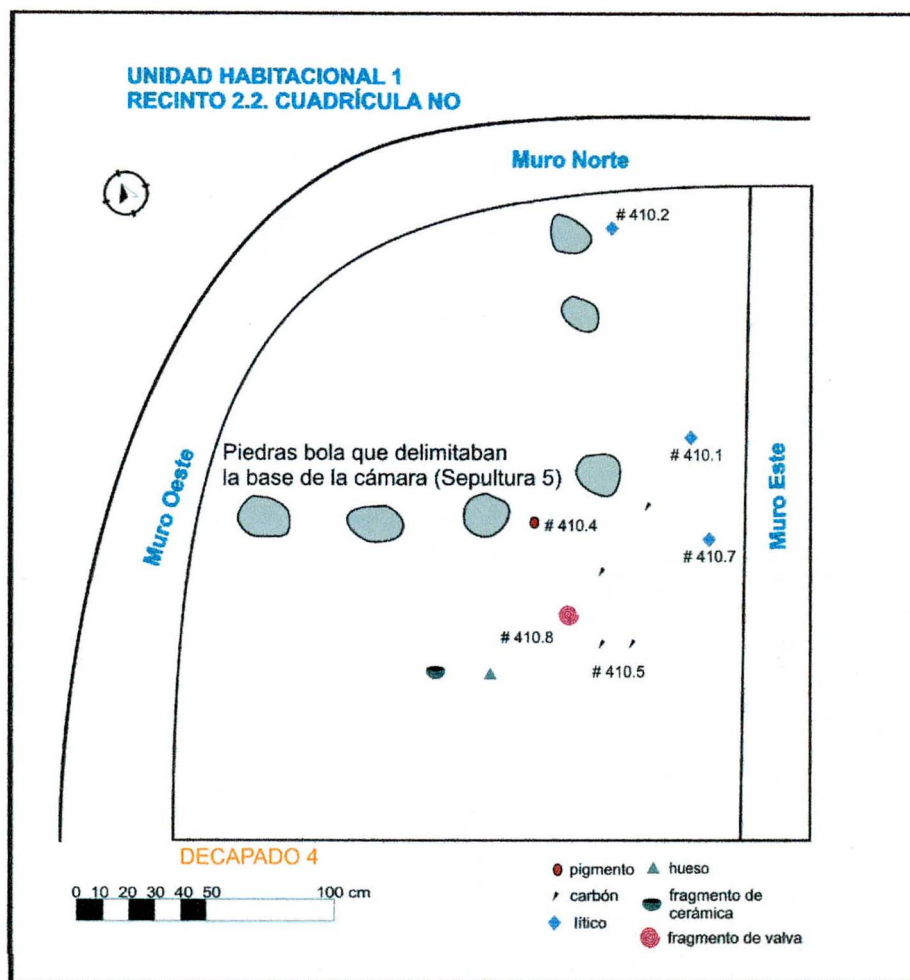


Figura 4.28. Planta correspondiente al decapado 4, Cuadrícula NO. Recinto 2.2, Unidad Habitacional 1.

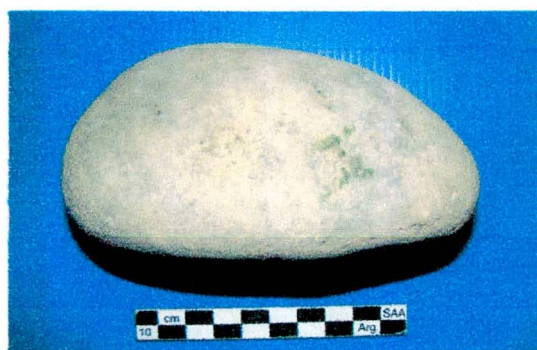


Figura 4.29. Mano de moler con impregnaciones de cobre (#410.1).

Por debajo de esta compactación, a 1.10 m de la superficie se definió la base del piso de ocupación (Figura 4.30). Se hallaron numerosos restos de diversa índole distribuidos por toda la superficie. También como evidencias del trabajo artesanal, en el cuadrante norte y centro de la cuadrícula, aparecieron una mano-percutor con restos de pigmento rojo (#411.4), dos pulidores silíceos (#411.6), utilizado tanto para terminar



piezas de cerámica como de metal, y pigmento rojo y blanquecino (#411.10 y #411.16) (Figura 4.31). A su vez sobre el ángulo SO se distinguió un lente de ceniza de muy poco espesor, al que estaban asociados pigmento rojo (#411.8) y trozos de arcilla (#411.7) (Figura 4.31). Así como se estima que las astas de taruca, además de usarse como percutores, fueron utilizadas para la extracción de minerales (Angiorama 2005: 186-187), es válido considerar que también pudieron emplearse para la obtención de arcillas de mayor dureza, como en este último caso<sup>3</sup>.

Por último, en la esquina SE se registró un conjunto de piedras lajas que por su disposición debieron servir para calzar una pieza cerámica (Figuras 4.32 y 4.33). Fue denominado como Locus 9 (Figura 4.30). Incluso por debajo de estas rocas, en el siguiente decapado (N° 6), se encontraron restos de madera, placas de mulita, carbones y un gran fragmento de un cántaro rojo pulido, cubierto de hollín, que debió ser parte de una de las vasijas que allí se colocaron (#412.2) (Figura 4.33).

---

<sup>3</sup> Más allá de la función de las astas en estas actividades productivas, se debe tener en cuenta que en la Quebrada, hasta hace pocos años eran muy valoradas por sus propiedades curativas. Se utilizaban principalmente para erradicar dolencias mediante su friccionado.



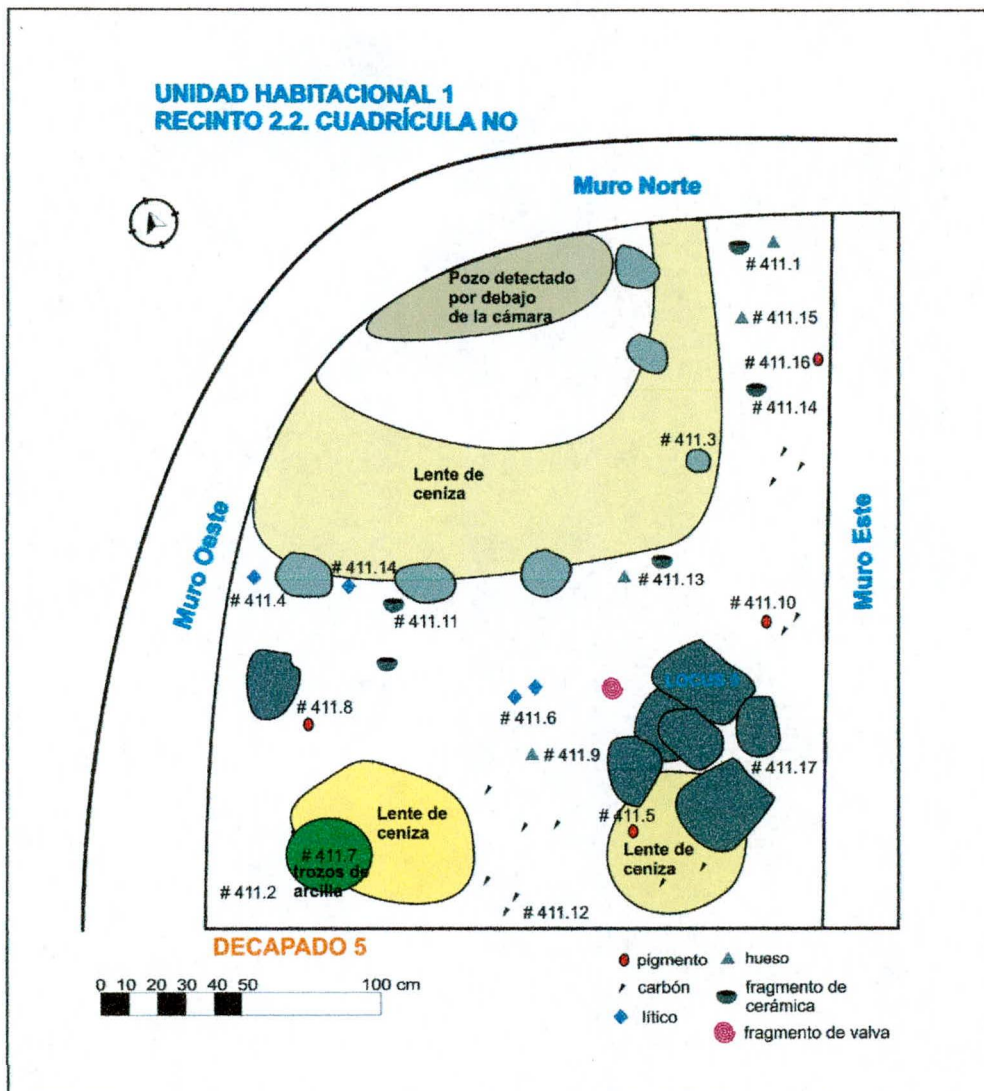


Figura 4.30. Planta correspondiente al estrato inferior del piso de ocupación, decapado 5, Cuadrícula NO. Recinto 2.2, Unidad Habitacional 1.



Figura 4.31. Arriba, izquierda: mano-percutor (#411.4). Derecha: pulidores silíceos (#411.6). Abajo: trozos de arcilla (#411.7).





Figura 4.32. Decapado 5 de la cuadrícula NO del R2.2.

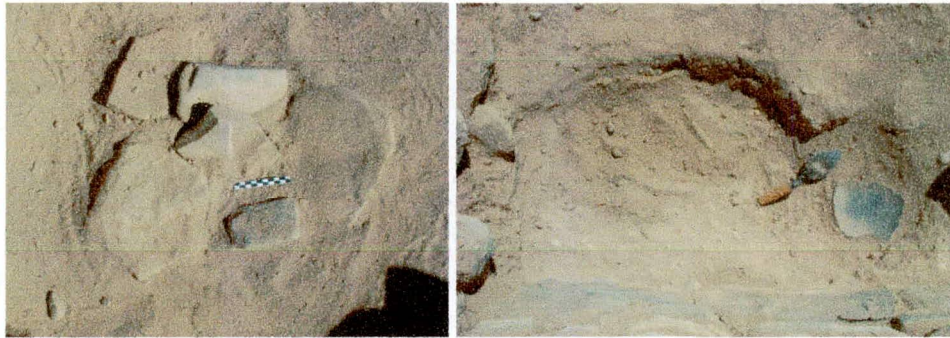


Figura 4.33. Izquierda: Locus 9. Conjunto de piedras utilizadas para calzar una vasija. Derecha: detalle del Locus 9 después de retirar el conjunto de piedras y hallazgo del cántaro rojo pulido.

Durante el decapado 6, en el ángulo SO se detectó otro rasgo (Locus 10) (Figura 4.34). Se trata de un pozo, el cual posiblemente se usó para descartar restos de alimentos, dado que en su interior se hallaron numerosos huesos, principalmente de camélido. Además se recuperaron tres fragmentos de mineral de cobre (#412.1) (Figura 4.35). Estos restos hallados entre el material óseo es una clara evidencia de la amalgama de las actividades llevadas a cabo *in situ*.



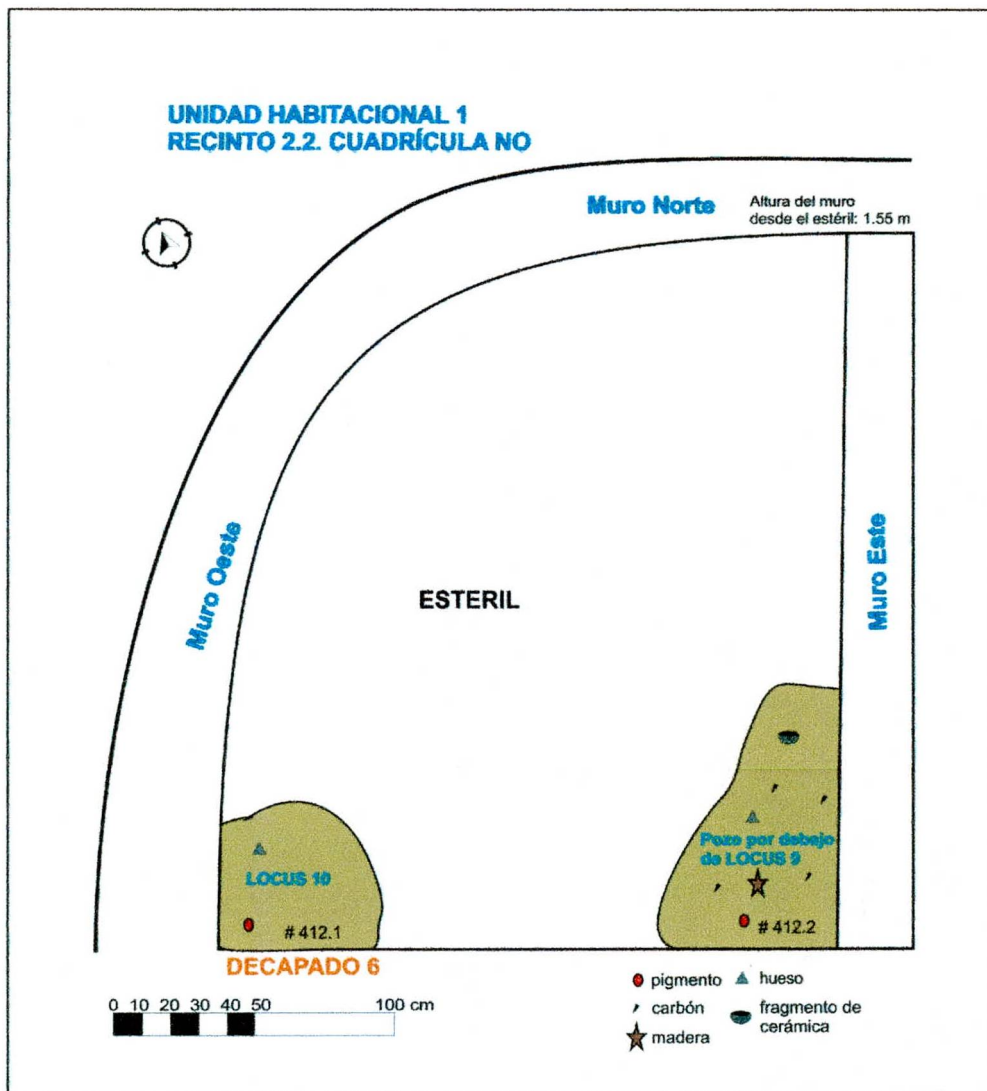


Figura 4.34. Planta correspondiente al decapado 6, Cuadrícula NO. Recinto 2.2, Unidad Habitacional 1.



Figura 4.35. Fragmento de mineral de cobre (#412.1).

Una vez rebajados ambos rasgos se continuó excavando toda la superficie de la cuadrícula hasta alcanzar el estéril, compuesto por un limo arenoso compacto con pedregullo. La base del cimiento del muro norte se encontró a 1.55 m de la superficie (Figura 4.36). Al finalizar la excavación se pudo apreciar la técnica constructiva de los muros. Además de ser dobles y rellenos con argamasa, como todas las paredes que



conforman las estructuras del sitio, sus bases, principalmente las de la pared norte, están reforzadas con grandes bloques de roca intercaladas por hiladas de piedras más pequeñas y medianas de distintos colores. Si bien las rocas no fueron canteadas se puede distinguir que se seleccionaron, aprovechando sus caras más planas para lograr la superficie de los muros de forma más pareja.



*Figura 4.36. Detalle del ángulo NO, una vez finalizada la excavación.*

Para la determinación temporal de este recinto se analizaron dos muestras de huesos de fauna, una del estrato superior y otra del inferior del piso (Tabla 4.1, ver fechados n° 1 y 2). Se optó por obtener dos muestras debido a que el espesor de este piso indicaba una prolongada ocupación en el tiempo, previa a la construcción de la Sepultura 5.

#### 4.1.6. Recintos 1 y 4

Las habitaciones restantes, Recintos 1 y 4, no presentaron rasgos que pudieran indicar que en ellos se llevaron a cabo la fundición o el moldeo de metales. En el Recinto 1 se registraron dos estructuras de combustión de baja potencia, una de ellas ubicada a un costado del pasillo de ingreso. Este recinto de 18 m<sup>2</sup> posiblemente funcionó como albergue. Posiblemente estuvo techado a un agua dada la detección de un hoyo de poste de 30 cm de diámetro rodeado de piedras. Entre los objetos



recuperados en esta habitación se cuenta con uno de los fragmentos del molde de disco hallado en la estructura R3.2, dos manos de moler, una del tipo bochón de 5 cm de diámetro (#35.998), un mortero (#35), un cincel de cobre de 7 cm de largo (#21), restos de ocre (#68 y 69) y un tortero de arenisca plano de 4.5 cm de diámetro (#19.427) (Figura 4.37). Este tortero se podría sumar al variado conjunto de ejemplares que se hallaron en otros contextos del sitio, incluso en algunos talleres, los cuales fueron utilizados para cubrir una demanda doméstica.



Figura 4.37. Manos de moler (#35.997 y 35.998) y tortero de arenisca (#19.427).

En el piso de la cuadrícula N4, correspondiente a la excavación parcial del Recinto 4, se detectó una mano de moler de 12 cm de alto, que pudo ser utilizada como percutor (#174.1), un canto rodado de cuarzo fracturado, una lasca plana con denticulados, lascas y un trozo mediano de obsidiana (#174) (Figura 4.38). Este piso fue recientemente fechado a partir de restos de fauna, principalmente de camélido (Tabla 4.1, ver fechado n° 4). En el decapado previo a su detección también se encontraron microlascas de obsidiana, una mano-percutor de 7.5 cm de diámetro (#165.25), una lasca de obsidiana de 12.3 cm de largo con filo terminal y lateral, restos de hematita (#165.21) y de arcilla (#165.16) (Figura 4.38).



Figura 4.38. Herramientas líticas utilizadas como mano-percutor (#174.1 y #165.25) y mortero (#146.1).



Este recinto, posteriormente a su ocupación, fue aprovechado para descartar desperdicios (Figura 4.39). Además de abundantes restos óseos y cerámica se detectaron dos pequeños martillos líticos (#157), una punta de proyectil de obsidiana de base escotada (#157) y un mortero cóncavo de arenisca fracturado (#146.1) (Figura 4.38).

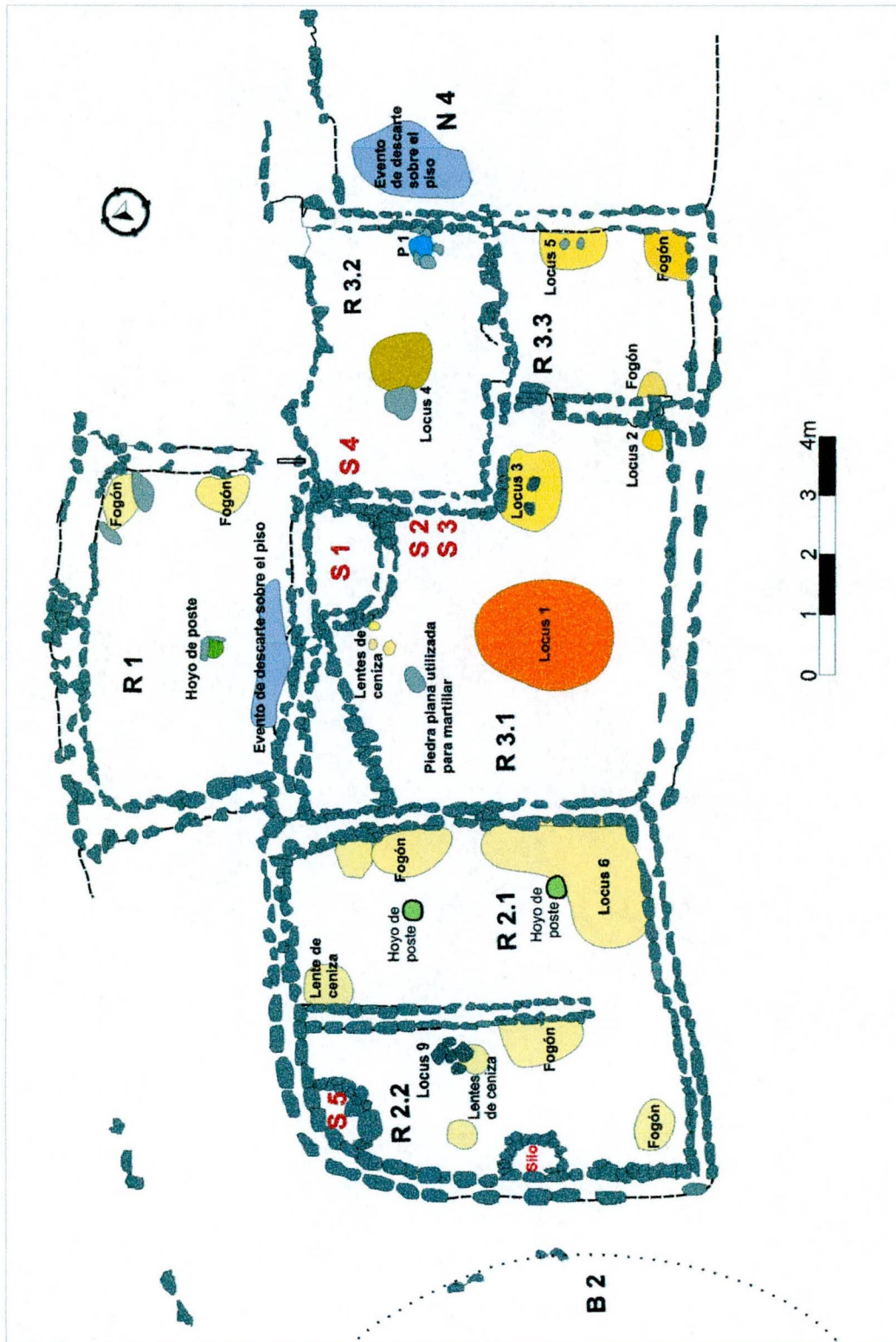


Figura 4.39. Unificación de las plantas correspondientes al piso de ocupación de todos los recintos que componen la Unidad Habitacional 1.



En las proximidades del murete oblicuo de la esquina NO del gran patio central, Recinto 3.1, y sobre la pared meridional del Recinto 1, también se detectaron eventos de descarte de basura (Figura 4.39). Por su ubicación estratigráfica, el primero posiblemente correspondió al descarte de desperdicios desde la terraza superior, ya que se encontró por encima del piso de ocupación del patio.

Estos eventos demuestran que, quizás durante distintos lapsos temporales, algunos sectores de los diferentes recintos dejaron de ocuparse como áreas de habitación o trabajo para ser utilizados como depósitos de residuos. Por otro lado, la distinción de la sucesión de pisos de ocupación, registrada en la cuadrícula N1 del Recinto 3.1, también refleja la reutilización de diferentes lugares de manera continua.

En relación a la conexión entre recintos, a partir de la excavación en área solo se ha detectado el vano del R 1, el que comunica a los R 2.1 y 2.2, y los que articulan a los R 3.1, 3.2 y 3.3 entre sí. No obstante, a pesar que se despejaron los muros perimetrales tanto del patio central (R3.1) como del R2, no se pudo detectar una conexión entre ellos, ni la puerta de ingreso a la Unidad. Taboada y Angiorama (2003) plantean que varias unidades de Los Amarillos, además de tener sus recintos interconectados, generalmente presentan las salidas a áreas de circulación o de descarte. En el caso de la Unidad Habitacional 1, antes de completar la excavación del Recinto 2.2, se pensó que la salida podía llegar a detectarse en este patio, dada su proximidad al Basural 2 (Figura 4.39). El resultado de esta intervención demostró que se trató de un espacio completamente cerrado al exterior, levantado con muros altos. De allí que se deba pensar en otro sector como puerta de comunicación u otra forma de ingreso y egreso.

Asimismo no se han podido identificar remodelaciones edilicias que permitan dar cuenta de la ampliación o modificación estructural de los muros de los diferentes recintos. Incluso, la inhumación de individuos en cámaras mortuorias construidas con piedra y argamasa no implicó grandes cambios arquitectónicos, ya que las tumbas se adosaron a los muros, rompiendo los pisos de ocupación para preparar sus basamentos.

#### **4.2. Estructuras mortuorias**

La sepultura 1 (S1), levantada de forma positiva sobre el piso de ocupación del patio central, se constituyó como un osario (Figura 4.40). Para su construcción se trazó un muro curvo adosado por uno de sus extremos a la pirca de contención de la terraza



superior y, por el otro, a la pared medianera del cuarto 2. Las dimensiones de esta cámara, 1,6 m de ancho x 1 m de largo, indican que fue construida con el propósito de inhumar varios individuos<sup>4</sup>, entre los cuales se identificaron 11 adultos y 10 inmaduros (Adaro 2002).

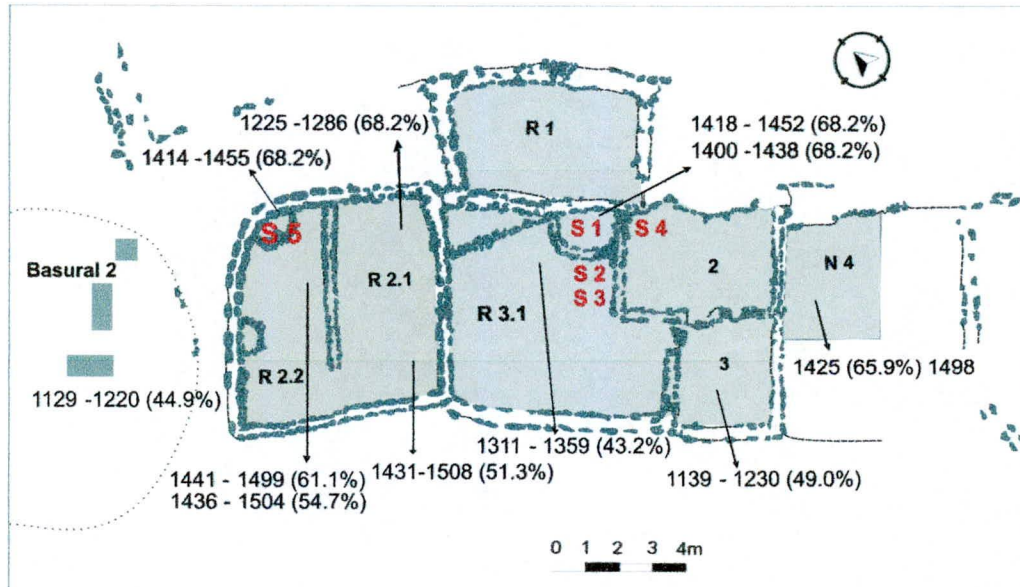


Figura 4.40. Ubicación de las sepulturas y fechados radiocarbónicos.

El primero de sus entierros corresponde a un párvulo, cuyo esqueleto se encontró articulado. Su acompañamiento mortuario estaba compuesto por un cubilete de madera que conservaba pigmentos, similar a los registrados en San Pedro de Atacama (M.N. Tarragó com. pers., 2013), una cuenta de mineral de cobre (#43.885) y otra de aragonita (#43.886), fragmentos de calabaza (#43.1039) y madera con impregnaciones de pintura roja (#43.1055 y 1058) (Figura 4.41). Los restos de este infante se encontraron cubiertos por una delgada capa de cenizas. Durante esta extracción, pero no de forma asociada a este párvulo, también se recuperaron un pulidor silíceo con ranuras para ser utilizado como colgante (#79), un puco decorado en su interior con un diseño del tipo pomeño (FF n° 98), un puco Rojo Pulido (FF n° 40), algunos pancitos de pigmentos, como limonita, yeso y un polvo gris verdoso, con contenido de cobre (Figura 4.41).

Posterior a este episodio de entierro se dio una segunda fase de inhumación de carácter secundario. Esta fase incluyó muchos eventos de entierro que fueron difíciles de deslindar por la forma del depósito. De allí que durante los trabajos de campo se optara por realizar sucesivas extracciones para recuperar los numerosos huesos humanos

<sup>4</sup> La excavación de este osario, desarrollada en 1988, estuvo a cargo de la Lic. M. Asunción Bordach (Mendonça y Bordach 1988).



de manera ordenada, los cuales habían sido colocados de forma masiva y entremezclados. Ente estos restos se hallaron huesos de camélidos, pedazos de madera, algunos con forma de astiles y con restos de pintura roja, un fragmento de espátula o varilla de madera de telar (#65.2567), restos de molde de cera perdida, más de 40 fragmentos de calabaza, los cuales debieron usarse como *mates* para contener líquidos, panes de pigmentos y una tarabita de hueso (#43.1053), posiblemente utilizada para atar un paquete funerario (Figura 4.42). De cerámica se recuperaron los fragmentos de un cántaro Humahuaca Inca N/R, un puco Interior Negro Pulido con el exterior rojo pulido (FF n° 58), un puco Poma N/R (FF n° 63), un puco Interior Negro Pulido exterior alisado y un cántaro Rojo Pulido.



Figura 4.41. Arriba: Cubilete de madera con restos de pigmento rojo en su interior y pulidor silíceo (# 79); restos de madera (# 43.1055 y 1058). Abajo, izquierda: calabaza (# 43.1039); centro: Puco Poma N/R, decorado por bandas curvilíneas en su superficie interna (FF n° 98); derecha: Puco Rojo Pulido (FF n° 40).

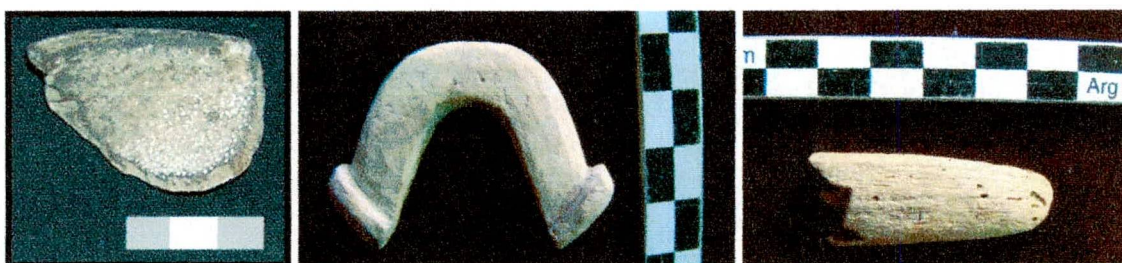


Figura 4.42. Izquierda: fragmento de calabaza seccionada. Centro: tarabita de hueso. Derecha: fragmento de espátula o varilla de telar.



Estos restos se encontraron cubiertos de forma sucesiva por numerosos lentes de ceniza y carbón, los cuales sirvieron, como marcas rituales, para diferenciar cada evento de depositación, enumerado por extracción. Con el propósito de datar algunos de ellos, se analizaron dos muestras de carbón por AMS, correspondientes a las extracciones 5 y 7 respectivamente (Tabla 4.1, ver fechados n° 6 y 7 y Figura 4.40).

Los resultados que arrojaron presentan valores similares entre sí. A su vez resultan relativamente contemporáneos a los obtenidos en los pisos de ocupación de los distintos recintos que componen la Unidad (Figura 4.40). No obstante son más tardíos que los del fechado del piso de la cuadrícula N1 (Tabla 4.1, ver fechado n° 8), sector donde se levantó la cámara. Esta correlación cronológica coincide con lo registrado por Tarragó (1992) décadas atrás, quien describió de forma detallada la secuencia de áreas de actividad del Recinto 3.1, siguiendo una matriz estratigráfica, identificando que para la construcción de esta cámara se colocaron los cimientos sobre un piso de ocupación previo.

En este sentido se debe remarcar que al aporte radiocarbónico prima lo registrado durante las excavaciones. Es decir, si bien los resultados de los fechados realizados con muestras de las distintas extracciones se agrupan en el mismo rango temporal al igual que las dataciones de los pisos, la superposición entre ellos es clara. Tal como también se verá para el caso de la Sepultura 5, el corte de los pisos de ocupación para la construcción de las cámaras mortuorias da cuenta de la posterioridad de los eventos de inhumación y la sucesión de las prácticas rituales vinculadas a ellos.

El último evento de colocación de restos humanos coincide con el desplome hacia el sur de la tapa y muro superior de la cámara. La dispersión de estos restos y los materiales que los acompañaban fue de más de tres metros, llegando a cubrir parte de las superficies de las cuadrículas sur del Recinto 3.1. Entre los materiales que corresponden a este evento y que se encontraron como parte del relleno del patio se pueden mencionar siete cuentas de mineral de cobre, un fragmento de valva de *Pecten Purpuratus Lam.*, numerosos fragmentos de *mate* de calabaza, algunos pintados en rojo y negro, trozos de madera, un vaso estilo Poma N/R (FF n° 36), una ollita Morado Alisado (FF n° 38), y los fragmentos de dos pucos, uno Humahuaca Interior Negro Pulido, con el exterior rojo pulido (FF n° 53) y el otro Poma N/R (FF n° 39) (Figura 4.43).



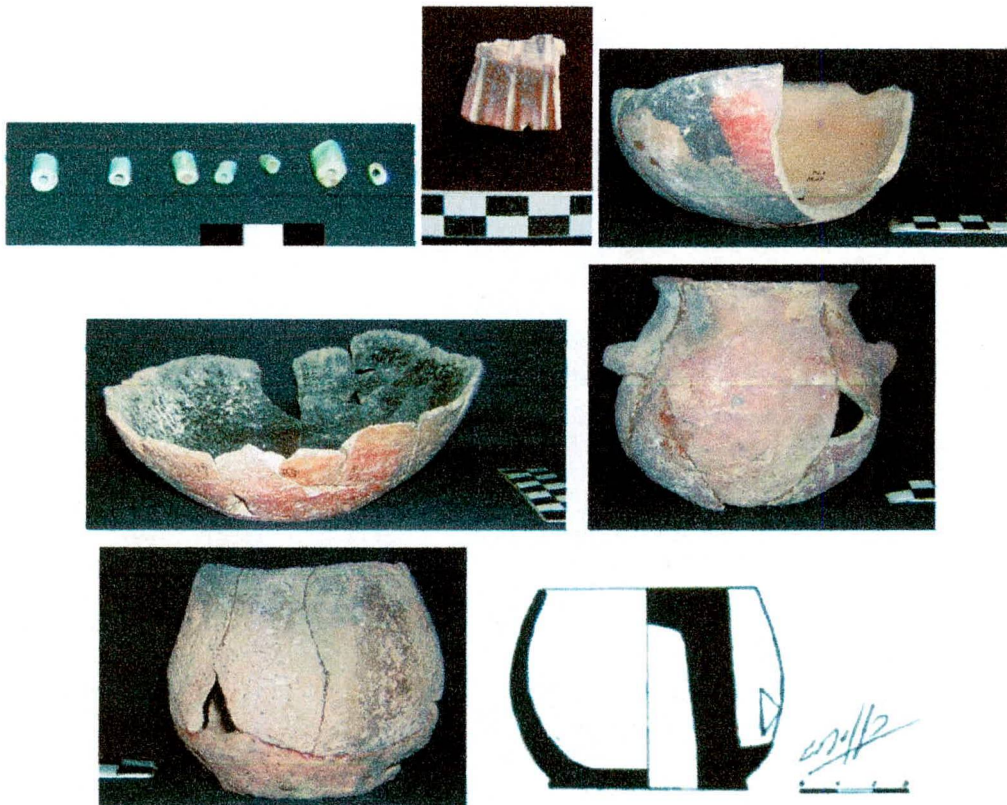


Figura 4.43. Arriba, izquierda: cuentas de mineral de cobre. Centro: fragmento de valva de *Pecten Purpuratus* Lam. Derecha: fragmento de puco Poma N/R (FF n° 39). Abajo: puco Humahuaca Interior Negro Pulido (FF n° 53), ollita Morado Alisado (FF n° 38) y vaso Poma N/R (FF n° 36). Dibujo de Elena Daffos.

El puco Poma N/R, el cual presenta la decoración sobre su superficie interna, y el vaso abren la variabilidad dentro de este estilo a nuevas formas y características del diseño. Hasta el momento, no se había reconocido otra forma distinta a la de los pucos. Con respecto a la disposición de la decoración, esta escudilla se constituye como la segunda pieza detectada en la Quebrada que presenta estas características, siendo la primera un ejemplar hallado en Volcán por Gatto (1946).

Además del reconocimiento de estas variantes, el conjunto de objetos incluidos como acompañamiento mortuario sirve para dar cuenta del importante rol que debieron jugar otros recipientes confeccionados en materiales perecederos, como madera y calabaza, que en el ambiente de la Quebrada no suelen conservarse. Por otro lado, tal como se mencionó, las piezas incorporadas en los eventos mortuarios fueron utilizadas previamente. Además de las incluidas en la Sepultura 1, esto claramente se registra en los entierros de dos párvulos colocados en urnas junto al muro este del Recinto 3.1, en línea con el osario, para lo que se cortó el piso y se las colocó de manera tal que sus tapas quedaban expuestas a 20 cm del mismo.



Se trata de las Sepulturas 2 y 3 (S2 y 3) (Figura 4.40). Al estar ubicadas junto al muro este del R3.1, de forma lineal a la Sepultura 1, estratigráficamente se determinó que el entierro de estos infantes fue contemporáneo al inicio del uso de la cámara. La Sepultura 2 corresponde al depósito de un niño de cuatro años en el interior de una olla Angosto Chico Inciso partida longitudinalmente (FF n° 41) (Figura 4.44). Esta olla presenta abundante hollín en superficie y la porción basal del cuerpo del tipo rugoso. El cráneo de este niño posee deformación del tipo tabular (Mendonça y Bordach 1988). Por otro lado, en el entierro que fuera identificado como Sepultura 3, también en una olla con marcadas evidencias de exposición al fuego, pero del tipo Ordinario (FF n° 42), se colocó a un párvulo de aproximadamente tres meses de vida (Figura 4.44).

Esta última olla se encontró sin base y dispuesta de forma vertical. Posiblemente se seccionó su base para introducir al párvulo, ya que la abertura de su boca no supera los 15 cm de diámetro. Esta abertura estaba sellada con una capa de barro y por encima poseía una base de cántaro como tapa, calzada de forma tal que su superficie interna quedaba expuesta (FF n° 67). En el interior de esta base se registró gran cantidad de hollín, lo que permite postular que se usó para quemar ofrendas.

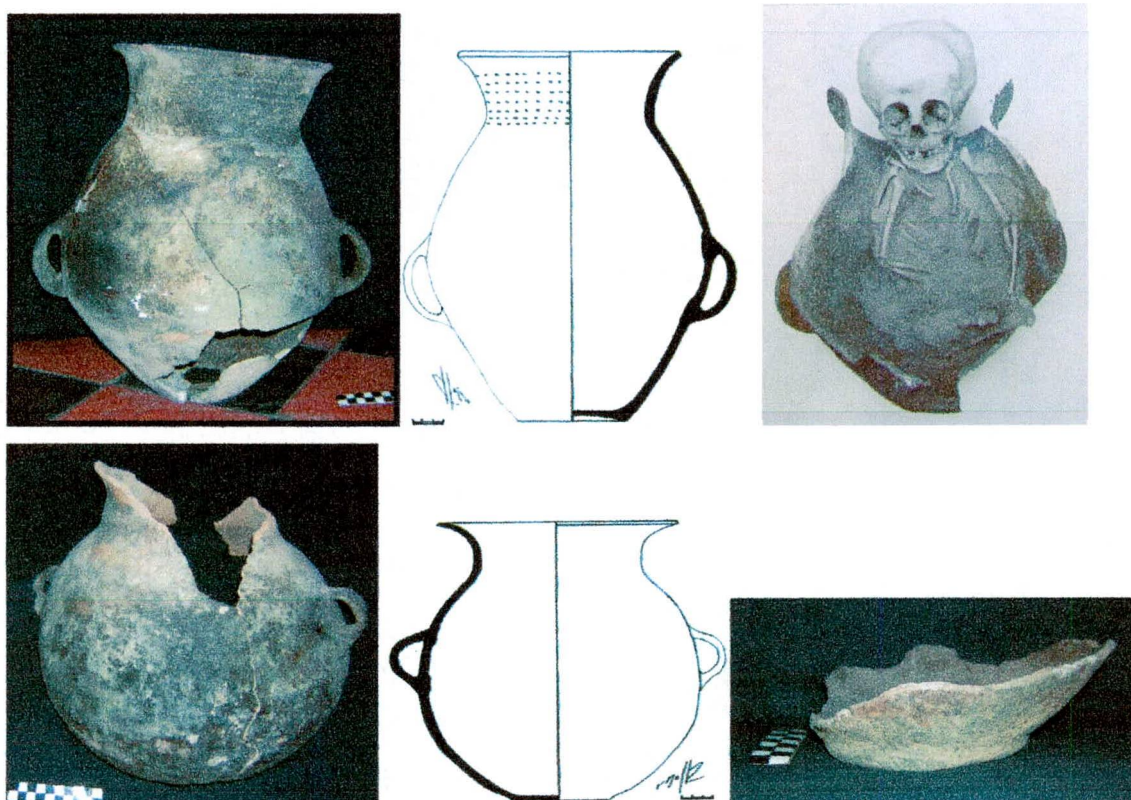
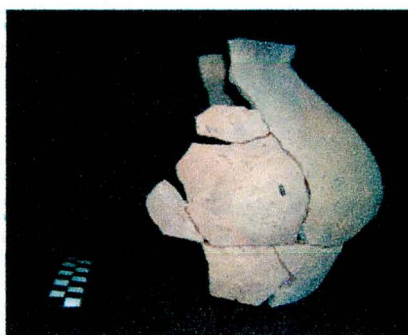


Figura 4.44. Arriba: Olla Angosto Chico Inciso (FF n° 40), y fotografía del niño aún colocado en su interior, previa al remontaje de la pieza. Abajo: olla Ordinario (FF n° 42) y base de cántaro rojo pulido, utilizada como tapa (FF n° 67). Dib. de E. Daffos.



En los diarios de campo se menciona que las piezas se encontraron colocadas entre piedras verticales y otras planas, que hacían de tapa. Sin llegar a formar estrictamente una cámara, estas rocas funcionaron como tal.

La Sepultura 4, identificada en la esquina NO del cuarto 2 del Recinto 3, también corresponde a la inhumación de un párvulo colocado sobre el piso (Figura 4.40). En este caso, numerosos huesos de su esqueleto estaban ausentes, posiblemente como consecuencia de una remoción luego de su depositación o de la perturbación del contexto a partir del desplome del muro de contención del escalón superior. Parte de estos restos se encontraron tapados por una capa de barro consolidado y rodeados de cenizas. Entre las FF asociadas a este evento se recuperaron una jarra asimétrica (FF n° 68), la base de un cántaro de superficie externa pulida en morado (FF n° 82) y un puco Humahuaca Interior Negro Pulido con el exterior rojo pulido (FF n° 56) (Figura 4.45).



*Figura 4.45. Fragmento de jarra asimétrica, inclusión mortuoria (FF n° 68).*

La quinta y última sepultura (S5) fue detectada en el 2009 en la cuadrícula NO del Recinto 2.2 (Figura 4.40). En el ángulo NO de este recinto, como ya se mencionó, a unos 10 cm de la superficie se detectó el cráneo de un individuo adulto. Luego del limpiar este contexto se pudo comprobar que su esqueleto se encontraba completo. Por ello se sostiene que se trató de un entierro primario, en el que el cuerpo fue depositado en posición genuflexa dentro de una cámara de piedra de 1 x 1 m, la cual al momento de la excavación se halló parcialmente desplomada. El derrumbe de esta estructura debió producirse cuando los restos de este individuo aún conservaban sus tejidos blandos. Como se observa en la imagen, el esqueleto se encuentra articulado, por lo que debió caer sobre su costado izquierdo quedando sus miembros inferiores por debajo de las rocas que pertenecieron al muro lateral este de la cámara (Figura 4.46).



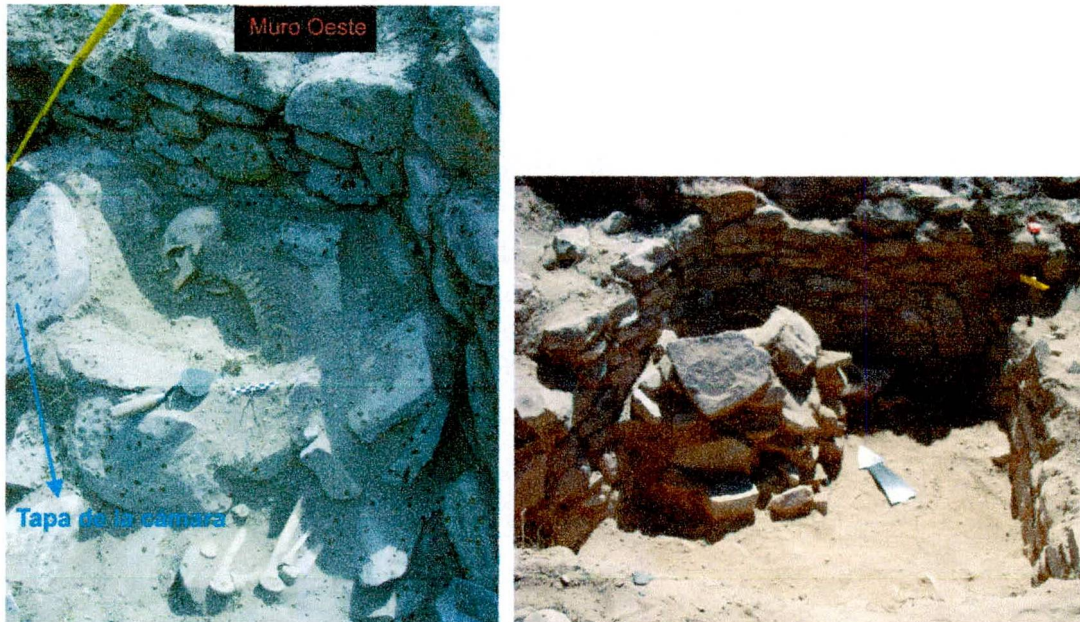


Figura 4.46. Sepultura 5. Izquierda. Imagen tomada desde el Este. El punteado más oscuro en la fotografía corresponde a gotas de lluvia. Derecha: aspecto de la cámara una vez despejado el contexto. Imagen tomada desde el Sur.

Al igual que en el caso de la Sepultura 1, para levantar esta estructura mortuoria se despejó el piso de ocupación. Esto se comprobó al encontrar sus bases en el nivel correspondiente al sustrato superior del piso detectado en esta cuadrícula. Asimismo, a partir de la correlación de los resultados del fechado obtenido para este piso (Tabla 4.1, ver fechados n° 1 y 2) con el resultante del análisis por AMS de uno de los huesos de este individuo (Tabla 4.1, ver fechado n° 5) (Figura 4.40), se pudo comprobar nuevamente, como sucede con las dataciones obtenidas en la Sepultura 1, una aparente contemporaneidad en los eventos de uso de este espacio. No obstante, la superposición estratigráfica da cuenta de la sucesión de estos eventos. La dificultad para la interpretación radica en que se trata de una serie de eventos complejos de mayor proximidad temporal de la que puede ser distinguida con el método radiocarbónico.

Un aspecto que llamó la atención es que durante la extracción del individuo se pudo verificar que el cuerpo no alcanzó el nivel de la base de la cámara. Se lo encontró a 65 cm por encima de este nivel. Posiblemente se debe al desplome anteriormente mencionado, ya que por debajo del cráneo y la columna se detectaron grandes rocas. El colapso de la estructura también debió afectar la disposición de los materiales que aparecieron asociados a este individuo, algunos de los cuales debieron ser incluidos como acompañamiento mortuorio. Por un lado, junto al cráneo se halló un pan de pigmento rojo y por debajo de la pelvis una punta de proyectil de base escotada



(#409.1). Por el otro, dispersos dentro de la cámara se encontraron carbones, huesos de camélido y pequeños fragmentos de cerámica (#409.2). Estos últimos debieron llegar con el derrumbe del muro, ya que en ningún caso remontaron o alcanzaban a representar una porción significativa de las piezas.

La Lic. Asunción Bordach (com. pers. 2009) mediante un análisis preliminar de los restos humanos pudo determinar a partir del soldado completo del sacro y la suturas craneanas que se trató de una mujer adulta. Además de un importante desgaste dentario y un absceso en uno de los premolares del maxilar inferior, detectó signos de artrosis en las vértebras lumbares, en uno de los fémures y en las falanges de las manos. Al igual que otros individuos del Pucará, el cráneo de esta mujer presenta deformación tabular oblicua o planolándica.

Una vez retirado el conjunto de piedras que conformaron el sepulcro de esta mujer, en el siguiente nivel, compuesto por sedimento limo-arenoso, se detectó un pequeño lente de cenizas, carbones sueltos, huesos de camélido quemados y un pozo de escasa profundidad. Estas evidencias podrían indicar la colocación de ofrendas y la preparación del suelo para la inhumación mediante la quema y el sahumado del contexto. De este pozo se extrajeron restos de maderas, entre ellos se identificaron fragmentos del mango de una cuchara y un tubo de hueso de ave (#410.3) (Figura 4.47). El hallazgo de este tubo de hueso como inclusión mortuoria resulta notorio ya que tradicionalmente el consumo de alucinógenos se ha vinculado a los hombres (Bordach 2006).



*Figura 4.47. Abajo: fragmentos del mango de una cuchara. Arriba: fragmento de tubo de hueso (#410.3).*

Además de los restos de esta mujer y los tres individuos subadultos, identificados en las Sepulturas 2, 3 y 4, en la Sepultura 1, como se mencionó anteriormente, la Lic. Verónica Adaro (2002), bajo la dirección de Osvaldo Mendonça y Asunción Bordach, identificó otros 10 individuos inmaduros y 11 adultos. En relación a la determinación sexual de los 11 adultos, esta investigadora reconoce que cinco



corresponden a individuos femeninos y seis a masculinos. Entre ambos sexos distingue un alto grado de dimorfismo sexual. La edad estimada para las mujeres va desde los 25 hasta los 50 años. En el caso de los hombres desde los 25 a los 40 años, lo que indica una supervivencia femenina (Adaro 2002).

Los inmaduros abarcan el rango correspondiente entre el nacimiento y los tres años de vida. No obstante, la muestra se encuentra mayormente representada por recién nacidos. Esta alta mortalidad infantil concuerda con los índices establecidos para poblaciones prehispánicas. Las expectativas de vida aumentaban en aquellos individuos que lograban sobrevivir la primera infancia. Tal como indica Adaro, esto se expresa en esta muestra al no identificarse inmaduros de mayor edad, como adolescentes.

Los datos sobre la determinación etaria y sexual que presenta esta autora sirven para reflexionar sobre la composición y el tamaño del grupo que habitó la Unidad 1. La identificación de los 26 individuos que se incluyeron en las distintas sepulturas no significa que solo fue habitada por este número de personas. Hay que considerar que a excepción de la mujer de la Sepultura 5 y los párvulos de las Sepulturas 2, 3, 4 y el ubicado en la base de la Sepultura 1, los individuos restantes fueron relocalizados en el osario, luego de haber sido enterrados primariamente en otro lugar. Esto podría implicar que quizás no habitaron en vida la Unidad, y que solo llegaron a ocuparla póstumamente al ser transportados por sus allegados. De forma contraria, esta idea lleva a considerar que sus ocupantes también pudieron ser enterrados en otro lugar, no quedando registro de su paso por esta casa-taller. No obstante, el entierro o, en el caso del osario, el reentierro del importante número de infantes, el cual corresponde al 50% de la muestra, lleva a estimar que debió estar habitada por individuos de ambos sexos en edad reproductiva, ya que en estas prácticas principalmente debieron participar sus progenitores. Asimismo, la identificación tanto de estos niños como de los adultos de ambos sexos, completando bajo una misma práctica mortuoria a distintas generaciones, podría indicar que esta casa fue ocupada por una unidad doméstica, posiblemente constituida a partir de los lazos de parentesco.

Esta unidad debió conformarse por un importante número de integrantes, dada la intensidad de las tareas productivas realizadas en los distintos espacios ocupados durante una misma época. El desarrollo de estas tareas no solo dejó evidencias materiales visibles a través de los hallazgos que se han descrito para cada uno de los recintos, sino que también se reconoce a partir de las alteraciones óseas de los cuerpos de los individuos adultos enterrados. Tal como se mencionó, la mujer de edad avanzada



hallada en el Recinto 2.2, sufrió de artrosis. Por otro lado, Adaro identificó que los individuos adultos del osario, indistintamente del sexo, presentaron patologías no solo vinculadas al avance de la edad, sino también degenerativas, como consecuencia de la variedad de trabajos que involucraron de forma intensiva el uso del cuerpo. Entre estas últimas distingue, entesopatías e hiperdorsiflexión, que prueban el desarrollo de actividades con hábitos posturales específicos, como pueden ser la molienda y diversas etapas del proceso de manufactura de cerámica o de la producción de objetos de metal o líticos que requieren colocarse en cuclillas o agachado.

Por otro lado, la artrosis, los hundimientos de los cuerpos vertebrales, entre otras alteraciones, son la prueba del transporte o sostén de cargas excesivas (Adaro 2002: 184). Los miembros de esta Unidad pudieron estar a cargo de la búsqueda y transporte de las materias primas para el desarrollo de estas tareas, como arcilla, rocas, combustible (maderas y guano), así como estar afectados a otros trabajos pesados como la construcción. Si bien por sus habilidades artesanales los miembros de esta unidad debieron ser bien reconocidos, la identificación de estas patologías indican que no quedaron exentos del trabajo intensivo y permanente impuesto por el Estado.

Adaro reconoce otras alteraciones que llevan a la reflexión sobre la disponibilidad de alimentos en distintos momentos. Se trata de las marcas de estrés periódico. Menciona que gran parte de los adultos analizados presentan rastros de haber transcurrido etapas de estrés durante la infancia, que a su vez pudo ser, junto al hacinamiento y la poca salubridad, la causa de la alta mortalidad infantil. Un punto interesante que señala es que “un patrón de alimentación balanceado no fue suficiente para evitar que durante distintos momentos de la infancia, los individuos se vieran impactados por condiciones más o menos severas, que determinaron una concentración de recursos defensivos del organismo, a expensas de la normal fisiología de sus tejidos tanto óseo como dental” (Adaro 2002: 184).

Esta apreciación podría indicar que se dieron momentos de interrupción o de baja distribución y acceso a los alimentos quizás determinados por períodos de sequías, escasez o conflicto. No obstante, también puede reflejar pautas alimenticias diferenciales entre el consumo de adultos y niños. No en todas las poblaciones se priorizan a los menores, y en ocasiones, por desconocimiento o por pautas culturales no se cubren todos sus requerimientos nutricionales.

La detección de estas patologías de origen postural y de estrés periódico en individuos sepultados en otros talleres del Pucará podría utilizarse como una de las vías



para la identificación de jerarquías entre los artesanos, ya que a través de otras evidencias se reconoce una diferencia de status<sup>5</sup>. Como se señala en el Capítulo 8, en algunos de los entierros ubicados en los contextos abordados por Ambrosetti y Debenedetti, que funcionaron como talleres, se halló alfarería de excelente calidad de origen no local, vasos y discos de metal, entre otros objetos. En el caso de la Unidad 1, las inclusiones se componen por materiales y objetos de uso cotidiano. Esta diferenciación entre los acompañamientos mortuorios pudo responder al trato preferencial para con algunos miembros de las distintas unidades productivas, quizás ligado al rendimiento en las tareas, o una jerarquía entre los mismos antepasados. La contrastación de estas evidencias con los resultados del análisis osteológico de los difuntos podría abrir una puerta a la discusión de esta problemática y, a su vez, avanzar sobre si la distribución de los talleres artesanales respondió al tipo y grado de especialización productiva.

Otro aspecto que demuestra la vinculación de los difuntos con el desarrollo de las actividades artesanales en la Unidad 1, y que a su vez resalta la filiación con los individuos que la ocuparon, es el tipo de ofrendas incluidas como acompañamiento mortuario y las prácticas rituales en las que se los honró, incluso en momentos muy posteriores a su entierro.

Con respecto al tipo de inclusiones mortuorias vale reiterar la mención del hallazgo del cubilete con restos de pigmentos en su interior, los panes de pigmentos de diversos colores y tipos, los restos de madera con impregnaciones de pintura roja y el pulidor silíceo hallado en la base de la Sepultura 1, que hacen claras referencias a la producción de cerámica (Otero 2006b). A estos hallazgos se le suma la identificación de un cantarito Humahuaca N/R (FF n° 35), que apareció por fuera de esta cámara, enterrado junto a los cimientos. En el interior de este cantarito de cuello seccionado se encontraron otros tres pulidores silíceos (#91.87), que debieron ser depositados a manera de ofrenda (Figura 4.48).

---

<sup>5</sup> Mendonça *et al.* (1992) han detectado este tipo de patologías, de origen postural y estrés periódico, en 30 individuos sepultados en otros sectores del Pucará, los cuales fueron recuperados durante las campañas de 1908 y 1909 dirigidas por Ambrosetti. Por el momento, al no contar con la procedencia o caracterización de los espacios donde fueron hallados estos resultados no pueden contrastarse con los de la Unidad Habitacional 1, ya que pudieron proceder de estructuras distintas a talleres o bien no haber estado vinculados a actividades de especialización artesanal.



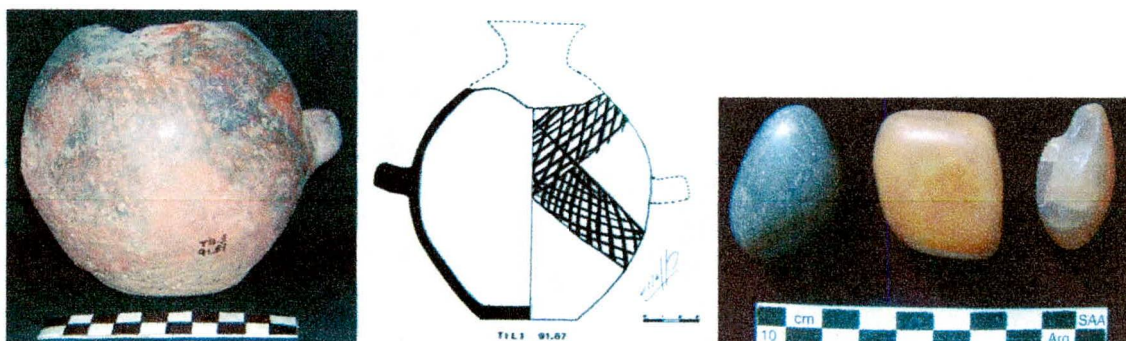


Figura 4.48. Derecha: cantarito Humahuaca N/R de 12 cm de altura (FF n° 35). Dibujo de Elena Daffos. Izquierda: pulidores silíceos (#91.87).

También recuperados en este sepulcro, como indicadores de la actividad metalúrgica solo se hallaron los restos de moldes de cera perdida. La diferencia en la incorporación de estos materiales, correspondientes a una y otra actividad, podría indicar que la actividad primigenia de esta unidad doméstica fue la alfarería. De allí que las inclusiones mortuorias funcionaran como signos sensibles o componentes materiales de información sobre la personalidad de cada difunto. Desde el momento en que los pulidores y pigmentos, entre otros materiales, se incluyeron en los contextos funerarios perdieron su “neutralidad” para convertirse en atributos de individuos particulares (Gell 1986).

Por otro lado, los diferentes tipos de objetos, desde aquellos que en un contexto anterior fueron utilizados para realizar actividades artesanales hasta las piezas cerámicas usadas cotidianamente durante el procesamiento y servicio de alimentos, se resignificaron al introducirse en un contexto ritualizado y sacralizado. Aunque en algunos casos continuaron cumpliendo su función, como compartir, servir y contener alimentos, debieron cobrar un nuevo valor simbólico al ser utilizados por otro tipo de consumidores: los difuntos. Esta nueva forma de consumo no debió ser un acto destructivo dado que la muerte no se imaginaba como un fin definitivo (Kaulicke 2001).

El vínculo entre los vivos y los muertos, estrechado por la convivencia durante la ocupación de la Unidad 1, también debió perdurar en el tiempo de forma simbólica, al renovárselo mediante el desarrollo de actos conmemorativos después del abandono de la casa. Así lo demuestra el hallazgo de un cantarito (FF n° 37), que por la dispersión de sus fragmentos debió estar colocado sobre la tapa del osario y rodó cuando ésta colapsó. Las características de su decoración recuerdan a las del puco MT 2554-MEJBA 4153, atribuido al momento Hispano-Indígena, presentado en el Capítulo 5 (Figura 4.49).



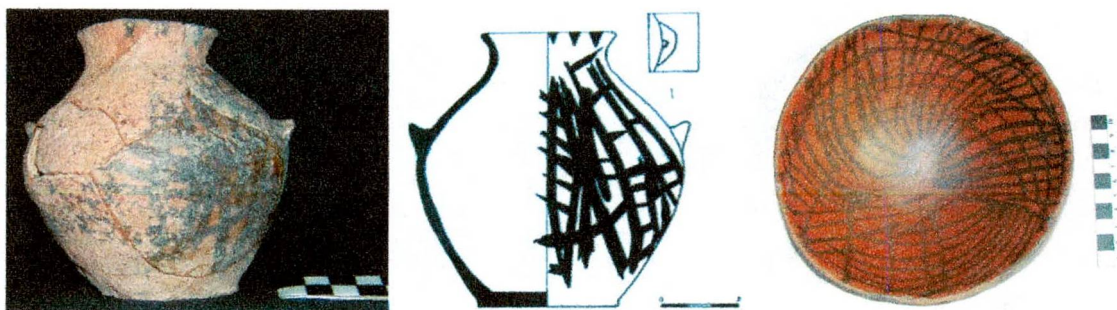


Figura 4.49. Dey centro: cantarito N/R que fuera colocado sobre la tapa de la Sepultura 1 (FF n° 37). Dibujo de Elena Daffos. Izquierda: puco atribuido al momento Hispano-Indígena (MEJBA 4153-MT 2554).

Otra pieza de la Unidad 1 que podría corresponder a este momento dado el tipo de decoración, es el puco FF n° 104, con uno de sus fragmentos hallados en la N4 y el otro en el Basural 2 (Figura 4.50). Su dispersión, por el momento no permite determinar si este puco llegó a la Unidad para ser incluido como ofrenda.

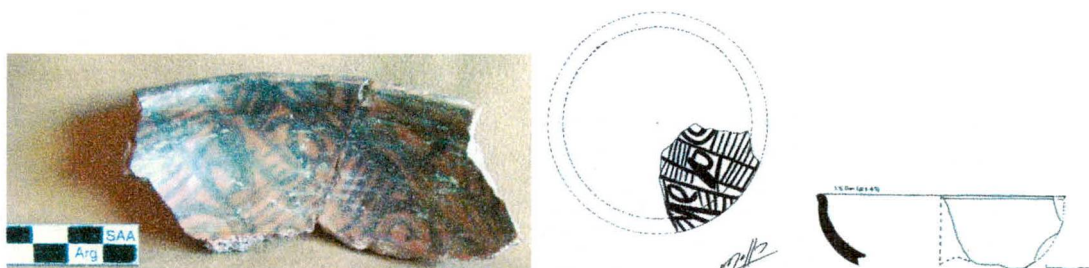


Figura 4.50. Fragmentos correspondientes al puco FF n° 104. Dibujo de Elena Daffos correspondiente a uno de los fragmentos de esta pieza.

### 4.3. Estudio de los materiales extraídos de excavación

Además de las evidencias productivas y las vinculadas al desarrollo de prácticas rituales mortuorias, en toda la Unidad Habitacional 1 se identificaron materiales que formaron parte de las actividades cotidianas. Principalmente se trata de restos de fauna y piezas cerámicas que dan cuenta del procesamiento y consumo de alimentos.

Los resultados del análisis del conjunto faunístico, realizado por el Dr. Belotti (2013), revelan que en los distintos recintos predominó el consumo de camélidos (*Camelidae ind.*), con porcentajes que superaron en todos los casos el 75% de la muestra. Resulta notoria la cantidad de individuos reconocidos para algunos recintos, lo que demuestra su intenso consumo y quizás el alto número de consumidores a lo largo del tiempo. Tal es el caso del Recinto 2.1 con un NISP: 144 o el Recinto 2.2 con un



NISP: 123 (Tabla 4.4). Distanciadamente se identificó la presencia de *Artiodactyla ind.*, y en menor medida de *Chaetophractus sp.*, *Ctenomys sp.* y *Lagidium sp.* (Tabla 4.4).

Las puntas de proyectil y los desechos de talla de obsidiana podrían reflejar que en esta Unidad se confeccionaron las herramientas necesarias para la caza de animales salvajes de gran porte, que tal como se observa en esta muestra estuvieron representados por cérvidos y guanacos. Posiblemente para atrapar mulitas (*Chaetophractus sp.*), roedores, como el Choschori (*Ctenomys sp.*), y vizcachas (*Lagidium sp.*) se debieron usar trampas. La caza se debió practicar durante todo el lapso temporal en que estuvo ocupada esta casa-taller con el propósito de complementar la dieta. Incluso, durante la época incaica, momento en el cual la carne de camélido quizás fue suministrada por el estado, pero no la de presas de caza.

	Recinto 1	Recinto 2.1	Recinto 2.2	Recinto 3.1	Recinto 3.2	Recinto 3.3	N 4
Total de especímenes analizados. NISP	137	502	391	250	139	149	348
Total de especímenes identificados al menos al nivel de orden o inferior: NISP	57	177	165	81	48	40	138
Artiodactyla ind. NISP	8 (14,04%)	30 (16,95%)	28 (16,97%)	10 (12,35%)	4 (8,33%)	3 (7,5%)	26 (18,84%)
Camelidae ind. NISP	49 (85,96%)	144 (81,36%)	123 (74,55%)	69 (85,19%)	44 (91,67%)	37 (92,5%)	112 (81,16%)
Cervidae ind. NISP		1 (0,56%)					
Lagidium sp. NISP		2 (1,13%)					
Rodentia ind. NISP			1 (0,61%)	2 (2,47%)			
Ctenomys sp. NISP			2 (1,21%)				
Chaetophractus sp. NISP			11 (6,67%)				

Tabla 4.4. Resultados del análisis faunístico del conjunto hallado en la Unidad Habitacional I. Realizado por el Dr. Belotti.

Entre el material faunístico prevalecen restos que debieron descartarse luego de su consumo como alimento. Tal como plantea Belotti (2013) el tamaño de los huesos, menor a los diez centímetros, podría indicar su descarte casual, ya que los huesos más grandes para que no estorben se descartarían en basurales por fuera del área de habitación. La circulación de los habitantes de esta Unidad debió provocar el



enterramiento de un gran porcentaje de estos restos en los pisos de ocupación. De allí su detección en mayor porcentaje en los pisos que en el relleno. Por otro lado, Belotti plantea que su pequeño tamaño podría indicar la fragmentación de los huesos durante su procesamiento, para que al cocinar la carne, además de caber en las ollas, se incorpore la médula a la preparación (Yacobaccio *et al.* 1998).

Por último, el tamaño de estos huesos también podría indicar que no se los conservaba para elaborar herramientas en esta vivienda. Hasta el momento solo se han identificado unas pocas espátulas trabajadas sobre costillas de camélido. Por otro lado, por el momento no se ha podido determinar si una gran cantidad de restos óseos pudieron dejarse en reserva para obtener la apatita a ser aplicada como recubrimiento de los refractarios.

#### 4.3.1. Cerámica. Análisis estilístico, tecnológico y funcional.

El conjunto cerámico de esta casa-taller, sin contabilizar la muestra del Basural 2, se compone por 5170 fragmentos. Del total de este conjunto, el 54 % (N= 2802) fue ordenado en 224 familias de fragmentos (FF), que se distribuyeron mayormente entre los estilos locales reconocidos para momentos preincaicos e incaicos (Tabla 4.5). En algunos casos se clasificó a las FF como N/R Indeterminado debido a que el carácter fragmentario o el pequeño tamaño de los fragmentos de algunas de las agrupaciones no permitieron reconocer si se trataba de tiestos que pertenecieron a piezas Humahuaca N/R o Humahuaca Inca N/R. Incluso, dentro de esta última variedad, en el caso de aquellas FF que solo se componen por fragmentos del cuerpo, resultó dificultoso reconocer si se trataba de ollas, cántaros, *pelikes* o aribaloides. De allí que se incluyera la categoría formal más genérica “pieza restringida” para evitar errores de clasificación.

Por otro lado, también se distinguieron aquellos conjuntos que solo están representados por fragmentos con engobe pulido o alisado de color rojo, morado o castaño. A estas variedades se les agregó el término “indeterminado”, ya que pudieron ser parte de los tipos decorados en negro sin llegar a reconocérselos por estar representados solo por fragmentos de la base, el cuerpo, el cuello o el borde que no presentan pintura.

Otro aspecto que se debe aclarar es que durante la clasificación de la muestra se reconocieron nuevas formas y tipos de tratamiento de superficie que hasta el momento



no habían sido definidos para los conjuntos de la Quebrada. Es el caso de una olla peinada o marleada que a manera de jarra presenta los bordes laterales aplanados, y también el de los pucos externamente marleados o peinados que en su interior se encuentran cubiertos por un engobe gris a negro pulido.

Otra variante reconocida es la de los pucos, subhemisféricos o troncocónicos, cuyas paredes internas presentan un baño de dos colores: negro y morado, o negro y castaño. Los troncocónicos se caracterizan por tener paredes rectas y evertidas, alisadas externamente. Para este último tipo, en dos FF se ha detectado que una franja de pintura negra o morada, dispuesta sobre el borde externo, completa la decoración de la pieza. Debido a que estos pucos han sido clasificados a partir de fragmentos, no encontrándose sectores del cuerpo, base o borde que presenten marcas de inserción de las asas, en este análisis se han clasificado como pucos simples. No obstante, pudo tratarse de pucos de asa lateral dada la similitud en el tipo de tratamiento de las paredes externas, las características del labio y la forma de los fragmentos de la base y el cuerpo. Lo mismo sucede para aquellas FF compuestas por este tipo de fragmentos pero engobados internamente con un solo color. Por último, vale mencionar que se mantuvo la categoría “Indeterminado” para clasificar a aquellas FF que por encontrarse una de sus caras erosionadas no se pudo determinar la variedad estilística a la que correspondieron.

La muestra del Basural 2 se compone por 1368 fragmentos. A diferencia del abordaje utilizado para analizar el conjunto hallado en el interior de la Unidad, dada la heterogeneidad de la muestra y que ninguno de los fragmentos, a excepción de dos casos, remontaron o pudieron ser agrupados como parte de una misma FF, se optó por clasificar y contabilizar los tuestos individualmente. Por un lado, se calculó el porcentaje de fragmentos hallados por cuadrícula (Figura 4.51). Por el otro se ordenaron según el tipo estilístico, según las dos categorías mayores de forma: piezas abiertas y cerradas (Figura 4.52 a y b).

En relación a los tipos reconocidos presentan similitudes con el conjunto hallado en el interior de esta casa. En solo dos casos se pudieron agrupar fragmentos de este Basural con los de la Unidad 1. Uno de ellos corresponde a una pieza hispano-indígena, que será presentada posteriormente (FF n° 104) y el otro a una pieza Angosto Chico Inciso (FF n° 180). Ambas FF fueron halladas en la cuadrícula N4, donde se detectó el evento de descarte de basura. No obstante, los numerosos fragmentos de la pieza Angosto Chico Inciso, al igual que el único fragmento del puco hispano-indígena, se encontraron en el piso de la habitación.





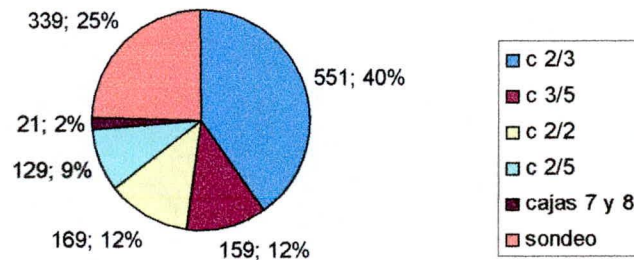


Figura 4.51. Porcentaje de fragmentos por cuadrícula de excavación.

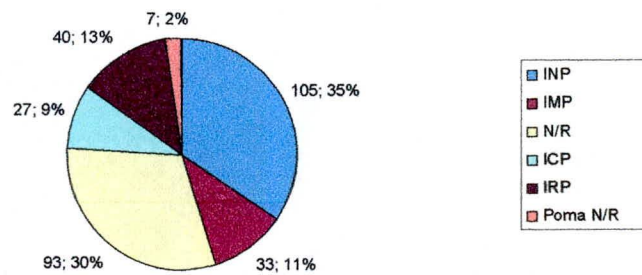


Figura 4.52 a. Porcentaje de fragmentos correspondientes a las formas abiertas por cada estilo cerámico. INP: Interior Negro Pulido, IMP: Interior Morado Pulido, N/R: Negro sobre Rojo, ICP: Interior Castaño Pulido, IRP: Interior Rojo Pulido.

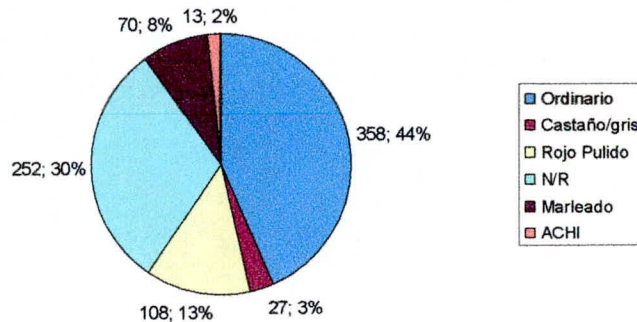


Figura 4.52 b. Porcentaje de fragmentos correspondientes a las formas cerradas por cada estilo cerámico. ACHI: Angosto Chico Inciso.

A excepción de estos dos casos, el amplio número de fragmentos hallados en el Basural no guarda vinculación con la muestra recuperada en la Unidad 1, lo que implica que se descartaron parte o piezas completas que no se tenía intención de volver a utilizar en la casa. No obstante, considerando que el Basural 2 es un área monticular grande, emplazada en la ladera, de la que se excavó solo un pequeño sector, la correlación con las muestras de esta vivienda pueden estar en algún espacio aún no intervenido. Por otro lado, este Basural, el cual arrojó el fechado más antiguo de todo el conjunto (Tabla 4.1,



ver fechado n° 11), debió recibir los desechos de otras unidades circundantes, que podrían considerarse parte de este Sector o Barrio del Faldeo Suroeste.

En el interior de la Unidad se encontraron vasijas seccionadas que continuaron en uso. Por ejemplo se hallaron bases y gran parte del cuerpo de piezas restringidas colocadas sobre fogones. De estas porciones remontaban todos los fragmentos, incluso en algunos casos se pudo reconocer que este seccionamiento fue intencional. Hasta hace algunas décadas atrás, en la Quebrada se utilizaban las partes cóncavas de los recipientes cerámicos fracturados para tostar maíz (A. Mendoza com. pers., 2009).

Con respecto a lo mencionado sobre la manufactura de chicha en esta Unidad, entre la amplia variedad de formas, se detectaron dos FF que fueron definidas como *virques* (FF n° 50 y 51) y un fragmento, recuperado en el Basural 2, que podría corresponder a un tercer ejemplar. Estos *virques* presentan características similares a los etnográficos y a algunos de los que continúan en uso en la Puna de Jujuy y Quebrada de Humahuaca (Menacho 2000; Cremonte *et al.* 2009).

Las piezas correspondientes a las FF n° 50 y 51 presentan el cuerpo subglobular, cuello corto, borde evertido y boca ancha, con un diámetro máximo de 40 cm. Por la curvatura de los fragmentos es posible estimar que su altura no debió superar los 40 cm. Esto podría indicar que al igual que en el presente una de las primeras etapas de elaboración de la chicha era el apuñado, tarea que consiste en amasar la mezcla de maíz y agua con los puños cerrados hasta que toma la consistencia de un gran bollo para hacer pan. Actualmente, el apuñado se realiza arrodillado sobre el suelo. De allí que los *virques* necesariamente no deban superar la altura de la cintura (Figura 4.53).



Figura 4.53. Chicheras de Villa El Perchel (Quebrada de Humahuaca) apuñando la masa de maíz en virques. Fotografía tomada en los días previos al Carnaval 2008.



Al igual que los *virques* actuales, además de compartir el diámetro de boca, los hallados en la Unidad 1 presentan el interior recubierto por un engobe pulido. Según las chicheras de Villa El Perchel este tipo de tratamiento de superficie facilita el despegue de las paredes y amasado de la mezcla durante el apuñado. Uno de los *virques* arqueológicos presenta el interior gris a negro pulido (FF n° 50), mientras que el del otro se encuentra engobado en rojo (FF n° 51) (Figura 4.54). La capacidad volumétrica de cada uno de estos *virques* debió superar los 30 litros. Esto podría implicar que en el lugar se produjo una gran cantidad de chicha para consumo interno, que pudo ser bebida en diferentes ocasiones, tanto durante el desarrollo de las tareas artesanales como de los eventos rituales intradomésticos.



Figura 4.54. Derecha y centro: fragmentos del borde y cuerpo superior del virque exterior marleado e interior gris a negro pulido (FF 50). Izquierda: fragmentos del cuerpo del virque de superficie externa marleada e interior rojo pulido (FF 51).

Los fragmentos de la base de la pieza n° 50 fueron hallados en el piso de la cuadrícula N4. Los del cuerpo y el borde así como los de la FF n° 51, además de recuperárselos en el N4, algunos de ellos también aparecieron en el Recinto 3.2. Tal como se mencionó se obtuvo un fechado para el piso de la N4, arrojando un resultado que se integra al conjunto de dataciones correspondientes al momento de dominación incaica. De allí que sea posible estimar que el modo de elaborar chicha, mediante el apuñado para luego pasar al decantado de las distintas capas de donde se va a obtener la *chuya* y el *arrope*, fracciones imprescindibles para la manufactura de esta bebida, se mantiene desde tiempos prehispánicos.

El cocido del *arrope*, al igual que en el presente, debió implicar que las ollas estuvieran expuestas al fuego por casi dos días. Las espesas capas de hollín y el ennegrecimiento de las paredes de algunas de las ollas Angosto Chico Inciso y del tipo Ordinario, que aparecieron también en estas habitaciones así como en el Recinto 2.1 y el gran patio central, podrían indicar que cumplieron con esta función. A su vez, muchos



de los cántaros de amplias dimensiones pudieron emplearse para el fermento de la *chuya*.

Para el servicio y consumo de la chicha se debieron involucrar tanto formas abiertas (pucos y vasos) como cerradas (aribaloides, cantaritos, cuencos y ollitas). En este contexto vale citar la mención del Padre Bernabé Cobo (1970), quien en sus escritos destaca el rol que tuvo esta bebida en la economía doméstica andina. Afirma que en cada unidad doméstica, en vez de conservar agua u otras bebidas, solo se tenía chicha. Razón por la cual se la elaboraba frecuentemente y que para ello se requería de un equipo de cocina mayor al que se utilizaba para preparar otras comidas. Entre este equipo se contaba con contenedores de más de 60 litros de capacidad volumétrica.

Tal como se discutirá más adelante, en el caso de la Unidad 1, en más de una ocasión toda esta vajilla debió utilizarse para producir la chicha que debió consumirse durante los rituales mortuorios. De allí que no solo haya sido bebida diariamente como refuerzo energético para el desarrollo de las tareas artesanales, sino que también por su valor calórico, junto a la coca, debió ser imprescindible para el desempeño de trabajos pesados (Saignes 1993), como pudieron ser algunas etapas de la producción metalúrgica.

Durante el trabajo de campo en que entrevistamos a las chicheras de Villa El Perchel se mencionó que los *virques* se guardan en sectores especiales dentro de la casa para evitar roturas, ya que son piezas muy preciadas. Esta práctica también fue registrada en numerosas casas de la Puna. En el caso de la Unidad 1, la distribución de las piezas cerámicas, en ocasiones asociadas a fogones, refleja que todos los espacios, abiertos y cerrados, fueron utilizados para el procesamiento y consumo de alimentos. Por el momento no se puede estimar si los *virques* se encontraban en reserva, debido a que sus fragmentos tuvieron una amplia dispersión, o si parte del conjunto, dado su abundante número, se encontraba en desuso.

Entre el amplio número de vasijas identificadas para esta Unidad, si 19 FF se encontraron asociadas a los eventos funerarios y 68 FF a los de descarte, esto implica que 137 piezas estuvieron vinculadas a las actividades culinarias y quizás a la conservación de otros objetos, tal como se reconoció a partir de algunos pucos hallados en esta Unidad, que aún presentan restos de pigmentos en su interior, y de las descripciones de Debenedetti (1930), que refieren al hallazgo en distintas estructuras de vasijas conteniendo herramientas u otras cerámicas.



Incluso, vale mencionar que tanto las vasijas incluidas en los contextos mortuorios como las halladas entre los desperdicios presentaron huellas de un uso previo relacionado a la alimentación. Entre ellas se pueden mencionar impregnaciones de hollín en las paredes externas, marcas de desgaste en las bases de las piezas restringidas o en los fondos internos y bordes de las piezas abiertas.

El número de FF involucradas en el procesamiento y servicio de comidas o en los trabajos diarios podría reflejar que la unidad doméstica y productiva que ocupó esta casa-taller estuvo compuesta por un amplio número de integrantes. Pero también indica la larga trayectoria de ocupación de la vivienda. La mayoría de las FF aparecieron en los pisos de ocupación, dado su número se puede afirmar que se halló una FF por m<sup>2</sup>. No obstante no todas debieron tener un uso contemporáneo.

En relación a la composición del grupo que habitó esta Unidad, no solo la cantidad de piezas podría resultar considerable sino también el tamaño de las mismas. El servicio de los alimentos en grandes fuentes, con diámetros de boca que van entre los 25 y 40 cm, y una altura entre 9 y 16 cm, expresa prácticas de consumo compartidas entre varios miembros. La capacidad volumétrica de algunos cántaros y ollas con restos de hollín, de más de 60 litros, también indica la cocción o calentamiento de comida para un amplio grupo de comensales.

La distribución de las FF, en la que refiere a la cantidad y detección tanto de piezas abiertas como cerradas, es homogénea en cada uno de los recintos. Esto indica, al igual que la amplia dispersión de restos de fauna y fogones, que no existieron espacios específicos o segregados de otras actividades para el consumo de alimentos. No obstante estas referencias, se debe tener en cuenta que en el tamaño y composición del conjunto cerámico influyeron tanto los procesos de formación del registro como la longevidad de las vasijas (DeBoer 1974; DeBoer y Lathrap 1979).

Las piezas de gran tamaño, como cántaros y ollas, dado el espesor de sus paredes y porque generalmente por su peso se las ubica en lugares fijos, presentan una mayor durabilidad. Este tipo de vasijas, en relación a las formas pequeñas, suelen ser menos manipuladas. A su vez, por requerir de un mayor esfuerzo durante su manufactura son más cuidadas. Por ello, es posible que al igual que los *virques*, y principalmente en el caso de las vasijas de almacenaje, se las haya utilizado por generaciones.

En esta muestra se han contabilizado 81 piezas restringidas grandes. Estas piezas que por su número, tal como se dijo no se usaron de forma contemporánea, por sus



características pudieron emplearse para la conservación de alimentos, como *charqui*, *chuñu*, granos, nueces, ajíes secos y calabazas, entre otros. En distintos sectores de la Unidad 1 se encontraron granos de maíz, marlos, restos de calabazas, y específicamente en el Recinto 2.1 se hallaron dos cáscaras de nueces (Figura 4.55), y en un pequeño silo del Recinto 2.2, además de semillas, se recuperaron larvas de necrófago, las cuales posiblemente se desarrollaron a partir de la conservación de carne en su interior (Figura 4.39). Igualmente se debe considerar que un importante número de piezas restringidas pudo ser utilizada para conservar el agua necesaria para desarrollar la alfarería y la metalurgia.



Figura 4.55. Cáscaras de *Juglans Australis* halladas en el Recinto 2.1.

El conjunto cerámico de la Unidad 1 comparte numerosos tipos estilísticos con los registrados durante la revisión de las colecciones, las recolecciones superficiales y las otras excavaciones. Sin embargo, la particularidad de esta muestra recae en la gran variabilidad que se observa dentro de un mismo espacio habitacional y, como se señaló previamente, en que se detectaron nuevas formas y diseños decorativos que en el caso de las muestras en reserva de los museos no se han detectado por ser del tipo Ordinario, Marleado o simplemente porque en su momento no se hallaron ejemplares completos de estos tipos.

Para avanzar sobre el conocimiento de estas variantes y de aquellas piezas que presentan atributos locales transformados durante la anexión incaica se complementó el análisis estilístico de 28 FF con el estudio petrográfico de sus pastas. Este estudio fue realizado por la Dra. Cremonte. Por un lado, entre los ejemplares seleccionados para su análisis se incluyeron dos ollas marleadas (FF n° 48 y 66) y los *virques*, ya que compartían este tipo de tratamiento de superficie y aportaban con nuevas variantes morfológicas.

La primera de estas ollas, la FF n° 48 (corte n° 20 de la Tabla 4.6), se trata de la pieza anteriormente mencionada por presentar el borde frontal evertido, volcado a



manera de jarra, y los laterales, en la sección donde se ubicaron las asas, aplanados. El diámetro de cuello es de 25 cm y el del cuerpo, aproximadamente, de 35 cm. Posiblemente alcanzó los 50 cm de altura (Figura 4.56). Presenta impregnaciones de hollín y según se describe en los diarios de campo de la excavación del gran patio central, apareció colocada en el piso de la cuadrícula N1 “a manera de fogón”. A pesar del marleado de las paredes y su forma, hasta el momento nunca registrada en los conjuntos de la Quebrada, los resultados del análisis petrográfico revelan que se trató de una pieza manufacturada siguiendo los parámetros técnicos locales.

La segunda olla, FF n° 66 (corte n° 23 de la Tabla 4.6), comparte estas características (Figura 4.56). De forma contraria las pastas de los *virques* se alejan del patrón de manufactura local, lo que podría reflejar una producción no local o una elaboración en el área media de la Quebrada pero implementando técnicas y el agregado de inclusiones de otro origen. El *virque*, FF n° 50 (corte n° 14 de la Tabla 4.6), presenta un alto porcentaje de areniscas, mayor al de las filitas/pizarras, siendo éstas últimas el antiplástico característico de la alfarería de la Quebrada. El *virque* FF n° 51 (corte n° 21 de la Tabla 4.6) presenta abundante contenido de cuarzo, plagioclasas, granito y, en menor medida, arenisca.

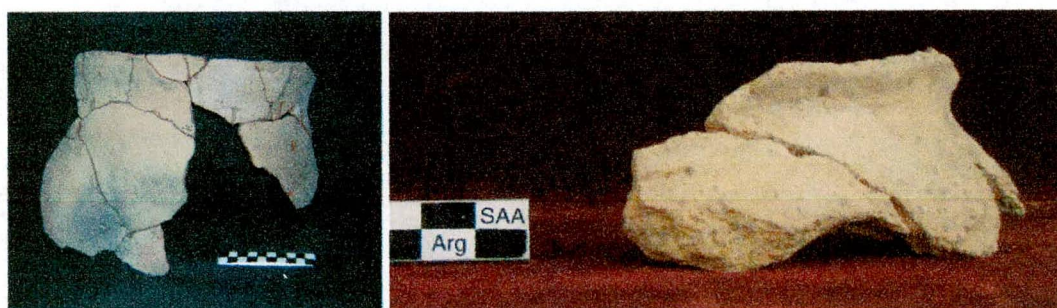


Figura 4.56. Ollas marleadas FF n° 48 y 66.

Las variaciones tecnológicas y estilísticas de los *virques* podrían ser el resultado de los movimientos poblacionales característicos de la dominación incaica, e incluso, de la introducción de nuevas prácticas que alcanzaron no solo los “modos de hacer” en la alfarería sino también en el ámbito culinario. Esto refiere a que la detección de los *virques* a partir de la ocupación incaica del Pucará podría estar indicando que la elaboración de chicha mediante el uso de estas piezas fue una adopción producida con la anexión imperial (Cremonte *et al.* 2009).



Tabla 1. Pastas del Pucará de Tilcara. Datos cuantitativos de inclusiones no plásticas > a 15 Mm (en %) por Point Counting															
Corte N°	Tipo	SF	Mtz	Cav	Qz	Pg	Bi	Mu	Volc	Fil/Piz	Aren	Cc	Lut/Ar cl	Gr	T
2	cántaro N/R	16	49,79	6,34	7,51	0,42				31,20		4,74			
3	pucó Poma	30	64,76	5,40	2,15	0,72				26,97					
4	pucó Poma	31	61,73	5,77	1,64					30,86					
5	cántaro N/R	17	66,22	5,44	3,55	0,38				14,41			1		
6	olla ACHI	7	42,63	5,61	10,70	0,39				6,17	3,10	3,10	8,00		20,30
7	fuelle N/R	13	36,43	8,92	8,10	0,81				42,51		3,23			
8	olla ACHI	8	50,89	5,92	3,83	1,61				33,75	4,00				
9	pucó Int. Negro Pul.	24	64,08	3,68	1,63					28,61			2,00		
10	vaso chato Int. Negro	5	57,5	6,82	2,72					24,80					8,16
11	pucó Int. Negro Pul.	11	70,32	4,48	1,63					21,54		2,03			
12	pucó Int. Negro Pul.	20	59,35	9,36	1,62					29,26		0,41			
13	cántaro Castaño Pul.	6	46,80	4,80	12,8	3,20				28,40	2,40	1,60			
14	virque marleado	50	61,88	10,40	6,44	1,48				4,95	14,85				
15	cántaro ACHI	94	43,87	9,90	11,79	2,83					5,67		7,07		18,87
16	fuelle N/M	46	49,37	15,38	6,41	0,64	0,96			24,68	2,50				
17	fuelle N/castaño	45	49,8	11,52	4,11					32,92	1,65				
18	cántaro N/R	43	58,82	10,30	4,41					22,06	4,41				
19	cántaro Rojo Pulido	47	56,41	8,80	5,86	2,93			2,93	12,82	8,79			1,46	
20	olla marleada	48	55,19	11,81	5,51	1,57				23,62	2,30				
21	virque marleado	51	43,33	10,62	12,39	3,96				22,62	5,31			1,77	
22	pucó Int. Negro Pul.	55	65,78	5,98	3,26	0,54		0,54		16,30	3,8		3,8		
23	olla marleada	66	69,04	5,81	1,93					23,22					
24	pucó Int. Morado Pul.	73	54,84	15,74	2,53	1,01				24,36	1,52				
25	cántaro N y B/R	76	52,90	4,07	3,49	0,58				28,49	7,56			2,91	
26	cántaro N/M	77	64,55	3,80	3,80	0,63				19,62	7,60				
27	cántaro N/R	79	61,84	10,63	2,41	0,97				21,74	2,41				
28	cántaro N/R	80	66,18	8,27	6,01	0,75				14,28	4,51				

Tabla 4.6. Análisis de las pastas de 28 ff de la Unidad Habitacional 1. Realizado por la Dra. Beatriz Cremonte. Datos cuantitativos de inclusiones no plásticas  $\square$  a 15 Mm (en %) por Point Counting. Referencias: Mtz: matriz arcillosa, Bi: biotita, Cc: cuarcita, T: tiesto, Cav: cavidades, Mu: moscovita, Volc: volcanita (dacita), ACHI: Angosto Chico Inciso, Qz: cuarzo, Fil/Piz: filita/pizarra, Gr: granito, Pg: plagioclasas, Aren: arenisca, Lut/Arc: lutita o arcilita (gris clara).

Por último, para abarcar la totalidad de formas marleadas o peinadas se analizó un pucó cuyo interior va del negro al castaño pulido. Esta pieza fue hallada en el Recinto 2.1, FF N° 24 (ver corte n° 9 de la Tabla 4.6). Al igual que las ollas marleadas, su pasta coincide con las del tipo local. No obstante, saliendo de este patrón presenta lutitas o arcilitas en muy bajo porcentaje.

Otro estilo que presentó una gran variedad de formas es el Interior Negro Pulido. Para atender a esta diversidad se analizaron las pastas de otros tres pucos. Por un lado,



los resultados del estudio de dos puquitos Interior Negro Pulido con el exterior rojo pulido (FF n° 11 y 20, cortes n° 11 y 12 de la Tabla 4.6) demostraron que sus pastas compartían las características de los conjuntos locales. A su vez, por su composición, las pastas de las FF n° 20 y ° 24, este último puco recién mencionado por su exterior marleado, se agrupan con las de algunos pucos Poma N/R (FF n° 30 y 31, cortes n° 3 y 4 de la Tabla 4.6).

Las pastas de los pucos Poma N/R suelen ser más estandarizadas. De allí que frecuentemente se ordenen bajo un mismo grupo, al que en este caso se le puede sumar las pastas de los pucos Interior Negro Pulido.

El tercer ejemplar Interior Negro Pulido corresponde a un puco de paredes rectas a evertidas, con el exterior alisado. No obstante, se podría tratar de un puco de asa lateral, al que no se le identificó el apéndice. La pasta de esta pieza se aísla del patrón quebradeño por la presencia de abundante arenisca (FF n° 55, corte n° 22 de la Tabla 4.6). Comparte estas características con un puco Humahuaca N/R, decorado de forma reflejada por círculos concéntricos y triángulos negros (FF n° 2, corte n° 1 de la Tabla 4.6) y dos cántaros, uno Humahuaca N/R (FF n° 80, corte n° 28 de la Tabla 4.6) y otro Humahuaca Inca N/M, que apareció junto a la olla marleada FF n° 48, cuyo cuerpo presenta óvalos reticulados de línea fina y en el borde interno triángulos negros cuyos vértices se orientan hacia la base (FF n° 77, corte n° 26 de la Tabla 4.6) (Figura 4.57). Las pastas de estas cuatro piezas se caracterizan por ser pastas medias con un porcentaje de filitas y pizarras menor al 20%, lutitas/arcilitas entre un 6-8% de, y escasos cuarzo y plagioclasas. Estas pastas, por sus asociaciones mineralógicas, presentan atributos parecidos a los de las pastas de las piezas del sector sur o suroriental de la Quebrada (M.B. Cremonte com. pers., 2010).

Dentro del conjunto se identificó otro puco Humahuaca Inca con las mismas características morfológicas que el Interior Negro Pulido anteriormente descrito. Se trata de una pieza que resulta novedosa por el color morado de su superficie interna. No obstante, a partir del estudio de su pasta se pudo determinar que fue elaborado localmente (FF n° 73, corte n° 24 de la Tabla 4.6). Por su composición mineralógica, su pasta se asemeja a las pastas del puco Interior Negro Pulido FF n° 11, las ollas marleadas FF n° 48 y 66, anteriormente descritos, y las pastas de un cántaro Humahuaca N/R (FF n° 79, corte n° 27 de la Tabla 4.6), un cántaro Humahuaca Inca N/R (FF n° 43, corte n° 18 de la Tabla 4.6) y una fuente Humahuaca Inca N/M (FF n° 46, corte n° 16 de la Tabla 4.6).



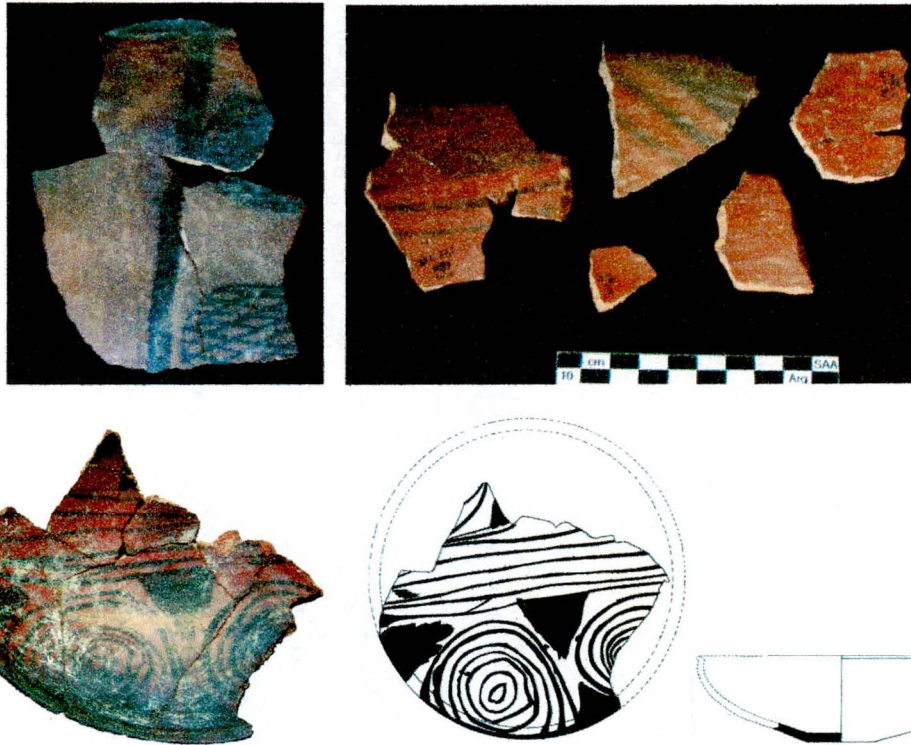


Figura 4.57. Arriba, a) izquierda: cántaro Humahuaca Inca N/M (FF n° 77). b) Derecha: cántaro Humahuaca N/R (FF n° 80). c) Abajo: puco Humahuaca N/R (FF n° 2).

Esta última fuente, al igual que el puco de la FF n° 73, por el color de su superficie interna aporta otra variante a la alfarería de la Quebrada. Si bien se incluye dentro del grupo de piezas N/M, el morado vira al violeta (Figura 4.58). Asimismo, la estructuración de los motivos decorativos se presenta como una nueva forma de organización del diseño debido a la estilización de los triángulos y la ubicación dentro del campo decorativo de los espirales de línea fina.



Figura 4.58. Uno de los fragmentos de la fuente Humahuaca Inca N/M (FF n° 46). En superficie interna presenta impregnaciones de ocre, lo que podría indicar que además de ser utilizada para el servicio de alimentos pudo usarse para conservar pigmentos.



En relación a las vasijas que se alejan del patrón local se identificaron cinco cántaros que al igual que las piezas anteriores fueron seleccionados para el estudio de sus pastas por presentar variaciones morfológicas o del registro decorativo. Incluso, las pastas de algunos de ellos se aíslan individualmente dentro de la muestra. Es el caso de un cántaro de 30 cm de altura Humahuaca N/R (FF n° 16, corte n° 2 de la Tabla 4.6) (Figura 4.59). Dentro del conjunto es la única vasija que presenta cuarcita en su pasta. La pasta de un cántaro de más de 50 cm Humahuaca N y B/R (Negro y Blanco sobre Rojo) también se aísla por presentar casi un 3% de rocas granitoides (FF n° 76, corte n° 25 de la Tabla 4.6) (Figura 4.59). Más allá del agregado de pintura blanca y las diferencias en sus formas, ambos cántaros comparten uno de los diseños decorativos más característicos de la Quebrada, compuesto por dos óvalos reticulados de línea fina y malla cerrada alternados por líneas rectas que parten desde los laterales y rematan en círculo.



Figura 4.59. Izquierda: fragmentos de la FF n° 16, que debió presentar las mismas características estilísticas que la pieza MT 2247-MEJBA 27363, exhibida en el Museo Arqueológico de Tilcara (centro). Derecha: cántaro Humahuaca NyB/R (FF n° 76).

Otra de las piezas cuya pasta se aísla dentro del conjunto por la presencia de granito en muy baja proporción es un cántaro Rojo Pulido (FF n° 47, corte n° 19 de la Tabla 4.6) (Figura 4.60). A su vez, la pasta de esta pieza resulta única ya que se detectaron inclusiones de volcánita (dacitas). Por este tipo de inclusión se asemeja a las pastas de los pucos Rojo Bruñido, que circularon por la Quebrada durante el momento incaico (Cremonte y Botto 2009).

Este cántaro Rojo Pulido presenta características morfológicas similares a un cántaro Castaño Pulido, compuesto por 65 fragmentos, el cual también se separa del grupo por presentar un alto contenido de cuarzo y en menor medida de arenisca y cuarcita (FF n° 6, corte n° 13 de la Tabla 4.6) (Figura 4.60). La composición de su pasta



se relaciona a la del *virque* FF n° 51. De allí que se pueda estimar que procedieron de un mismo lugar de origen.

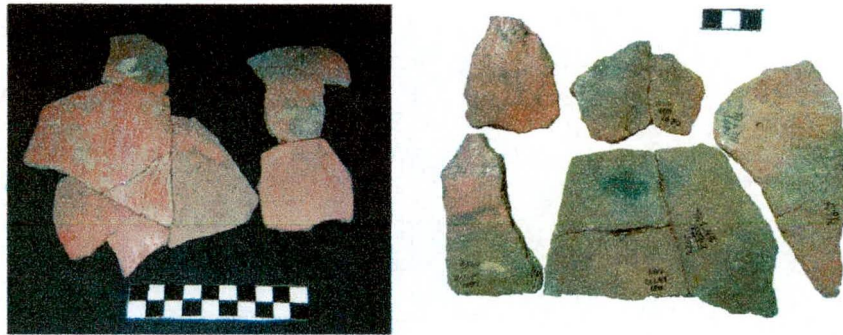


Figura 4.60. a) Izquierda: Fragmentos de cántaro Rojo Pulido (FF n° 47). b) Derecha: fragmentos de cántaro Castaño Pulido (FF n° 6).

Por último, otro conjunto que se aleja de las pastas de tradición local es el de las pastas que incluyen tiesto molido. En esta muestra se los ha detectado en tres FF. Una de ellas corresponde a un vaso chato Interior Negro Pulido (FF n° 5, corte n° 10 de la Tabla 4.6). Las dos restantes pertenecen a una olla (FF n° 7, corte n° 6 de la Tabla 4.6) y un cántaro, ambos estilo Angosto Chico Inciso (FF n° 94, corte n° 15 de la Tabla 4.6).

Además del tiesto molido, las pastas de estas dos últimas piezas presentan entre un 3 y 6 % de arenisca o cuarcita, cerca de un 11% de cuarzo y muy escasas plagioclasas. Por este tipo de asociación mineralógica guardan relación con las piezas correspondientes a este estilo del sector meridional y borde oriental de la Quebrada (Cremonte 2006).

El número de fragmentos recuperados para estas dos FF permitió estimar que rondaron entre los 50 cm de altura. La olla N° 7 está compuesta por 237 fragmentos que en su gran mayoría remontan reconstituyendo la casi totalidad de la pieza. El cántaro n° 94 está compuesto por 80 fragmentos. El tipo de decoración incisa varía de un caso al otro. En el caso de la olla, las incisiones del cuello son punteadas y se encuentran enmarcadas por una línea incisa en zigzag (Figura 4.61 a). En el cántaro se disponen horizontalmente y de forma alargada (Figura 4.61 b). No obstante, ambos ejemplares poseen la porción inferior del cuerpo rugosa, mientras que la media y superior se encuentran semipulidas en un engobe castaño que vira al gris.

Por sus características estilísticas, el cántaro se asemeja a la pieza MT 2288 del Museo Arqueológico de Tilcara (Figura 4.61 c). Posiblemente, al igual que esta pieza su altura alcanzó los 52 cm, ya que comparten el diámetro de boca, de 27 cm.





Figura 4.61. Arriba. a) Izquierda: olla Angosto Chico Inciso (FF n° 7). b) Derecha: detalle del cuello. Abajo, izquierda: porción del cuerpo superior, asa y cuello de cántaro Angosto Chico Inciso (FF n° 94). c) Derecha: cántaro Angosto Chico Inciso, en reserva del Depósito Arqueológico de Tilcara (MT 2288).

A partir de los atributos decorativos tan característicos de estas piezas, particularmente la rugosidad de las paredes, entre las 224 FF se identificaron otros tres ejemplares. Por el momento, estas piezas no fueron analizadas petrográficamente. De allí que no se pueda determinar si también provinieron de otras áreas. Sin embargo, con el propósito de abarcar las distintas modalidades dentro de este estilo se estudió la pasta de una pieza restringida de cuerpo alisado e incisiones alargadas en su cuello (FF n° 8, corte n° 8 de la Tabla 4.6). El resultado de este análisis demostró que fue elaborada siguiendo los patrones tradicionales de manufactura de la región.

De allí que a medida que se amplíe esta muestra y se crucen los resultados petrográficos con las características estilísticas de las vasijas será posible determinar si en las piezas locales se emularon otros rasgos, además de la disposición de las incisiones alargadas y la rugosidad de la porción inferior del cuerpo, de las elaboradas por fuera del sector medio de la Quebrada. Más allá de estas diferencias estilísticas un aspecto que compartieron las distintas modalidades Angosto Chico Inciso fue su



función. Generalmente, en todas las piezas se detecta la presencia de abundante hollín en sus paredes externas, producto de la reiterada exposición al fuego.

Un aspecto a destacar es que, a excepción de los *virques* y las piezas Angosto Chico Inciso, las vasijas que presentan características aisladas al patrón local, como los cántaros Rojo Pulido (FF n° 47, ver corte n° 19 de la Tabla 4.6) y NyB/R (FF n° 76, ver corte n° 25 de la Tabla 4.6), y el puco Interior Negro Pulido (FF n° 55, ver corte n° 22 de la Tabla 4.6), se encontraron asociadas a los eventos de entierro identificados en el patio central. Esto podría indicar la selección de ciertas piezas de características poco comunes para ser incluidas como ofrendas mortuorias. No obstante, por las marcas de uso se reconoce que al igual que las piezas de manufactura local las vasijas incluidas en todas las sepulturas fueron utilizadas previamente. Entre estas marcas se pueden mencionar impregnaciones de hollín en las paredes externas, marcas de desgaste en las bases de las vasijas restringidas o en los fondos internos y bordes de las piezas abiertas.

A manera de conclusión se puede decir que a partir del estudio petrográfico de 28 FF de la Unidad Habitacional 1 se pudo determinar que la mayoría de las piezas analizadas no se alejan del patrón de manufactura local. Veinte de las veintiocho pastas estudiadas presentan un patrón de elaboración tradicional, lo que permite estimar que a pesar de la anexión incaica en los espacios domésticos no existieron grandes transformaciones tecnológicas en los “modos de hacer” (Hodder 1990), incluida la selección y uso de materias primas. El sostenimiento en el tiempo de ciertas prácticas, que permitieron conservar parte de las formas de reproducción social a nivel doméstico, debió responder a que las imposiciones del estado recayeron sobre otras actividades productivas, tal como se mencionó, la producción lapidaria y la metalúrgica.

La diversidad de formas y diseños decorativos indica que la producción cerámica no era regulada con el propósito de lograr una estandarización de los conjuntos para ser transportados y distribuidos en otras regiones. La cerámica de esta Unidad pareciera que respondió más a los patrones estilísticos utilizados por la comunidad local. No obstante, ciertas transformaciones a nivel de la estructuración del diseño, el tratamiento de las superficies y las formas, sumadas a la inclusión de nuevas representaciones debieron resultar como consecuencia del proceso de dominación. Por ejemplo, desde los productores locales, tal vez como manifestaciones implícitas de resistencia; desde el Estado como mensajes articulados para lograr la legitimación del poder a través de un lenguaje compartido.



En lo que refiere a la escala de producción de la cerámica, los hallazgos de esta casa-taller vinculados a su manufactura por el momento no permiten establecer si se desarrolló para cubrir, además de la propia, la demanda de otras unidades productivas. A diferencia de lo hallado en otros contextos andinos que reflejan una organización de la producción alfarera a gran escala en talleres, en el noroeste de Argentina carecemos de este tipo de evidencias. Todo parece indicar que las producciones artesanales ocurrieron en gran medida a escala doméstica pero con evidencias de producción multi-artesanal (Shimada 2007) como se desprende de esta vivienda-taller.

La composición del conjunto, sumamente numerosa y heterogénea, podría reflejar la existencia de diferentes pautas de consumo ligadas al uso diario de la cerámica en distintas actividades culinarias, y más esporádico de tipo ritual. Tal como se ha señalado, se identificó la inclusión de piezas de características distintivas como acompañamiento mortuario con el posible propósito de connotar simbólicamente a los difuntos. Sin embargo, a pesar del importante número de individuos identificados en las distintas sepulturas (N= 25), la cantidad de vasijas que se incorporaron a manera de ofrendas es baja. Solo 19 FF se encontraron asociadas a las inhumaciones y al igual que las piezas detectadas en los pisos de habitación, presentan huellas de un uso previo relacionado al procesamiento de alimentos. A partir de esta selección de piezas utilizadas como inclusión mortuoria, las cuales no fueron elaboradas específicamente para darle ese uso, se reconoce una marcada diferencia con otras áreas del Noroeste argentino, donde para épocas contemporáneas es común que las vasijas de ajuar no muestren señales de un consumo anterior.

#### **4.4. Interpretaciones en torno a las prácticas funerarias**

Al igual que se ha registrado para otros contextos del Pucará (como el caso de “La Iglesia” retomado en el Capítulo 9), luego del abandono del sitio, la Unidad 1 pasó a ser utilizada como un espacio de memoria, donde se desarrollaron prácticas rituales relacionadas con el culto a los antepasados. En este punto vale hacer una aclaración, tal como menciona Kaulicke, no todos los antepasados fueron considerados ancestros ya que esta diferencia recaía en la relevancia social de cada individuo después de su muerte (Kaulicke 2001). Otro aspecto que destaca este autor es el valor de ciertos objetos vinculados a los ancestros utilizados para su representación y veneración.



Particularmente hace énfasis en los relacionados a las cabezas de los mismos, siendo una práctica longeva en los Andes desde el Período Arcaico hasta el Incaico, donde cobran protagonismo los “bultos”. En parte esta práctica se debió a la transformación del ancestro, es decir, a la preparación del cuerpo y sus adornos para destacar su posición.

En el caso de la Unidad 1, entre el amplio conjunto del material óseo correspondiente a los 11 individuos adultos identificados para la Sepultura 1 se recuperaron 7 cráneos y 7 mandíbulas. A partir del ensamblaje anatómico entre estas partes se pudo estimar un total de 10 individuos (Adaro 2002). La ausencia de restos pudo deberse a la manera en que estuvieron colocados los cráneos dentro de la sepultura. Mediante el trabajo de excavación se determinó que se habían ubicado por separado, coronando este sepulcro. Por lo cual durante el colapso de la cámara debieron rodar pendiente abajo. Su exposición pudo llevar a que se vieran afectados tafonómicamente (Adaro 2002). Más allá de estos factores, que pudieron condicionar la composición de la muestra, el hecho de que se hayan detectado los cráneos separadamente del resto de las partes esqueléticas podría reflejar esta concepción andina en la cual la cabeza prevalece sobre otras partes del cuerpo para la representación del difunto<sup>6</sup>. Además de estas evidencias que reflejan la preparación de los restos para su depósito, se registró un tipo de manipulación aún más notoria. Dentro de la cámara se halló un peroné de un individuo adulto formatizado como espátula, utilizada posiblemente para inhalar alucinógenos (Mendonça y Bordach 1998; Adaro 2002).

Entonces, siguiendo Kaulicke (2001), el tratamiento y la modificación de estos restos esqueléticos no significan que hayan sido considerados ancestros, sino que simplemente podría estar manifestando la forma en cómo se concebía a los muertos en la comunión diaria con los vivos, al compartir y fortalecer la apropiación simbólica de los espacios, y durante las prácticas rituales. Las ceremonias desarrolladas en la Unidad 1, por tratarse de una casa-taller, debieron estar ligadas a la reproducción social propias de la unidad doméstica (Bawden 1982). Por lo que el consumo de alucinógenos, detectado a partir de la espátula confeccionada con el peroné humano, del tubo de hueso ubicado por debajo de la mujer inhumada en la Sepultura 5 y de un fragmento de trompeta pirograbada, recuperada en el R2.2 y que también pudo ser utilizada para ese

---

<sup>6</sup> En la Quebrada de Humahuaca, al igual que en diversas regiones de Bolivia y Perú, se practica el culto a la “ñatita”. Consta en la conservación del cráneo de un antepasado para que brinde protección. En algunos casos, si se ha sufrido un robo se le pide mediante rogativas que provoque un daño al ladrón para que devuelva lo tomado.



fin, debió ser una práctica más extendida de los que se cree entre los pobladores del Pucará, la cual se desarrolló hasta en los contextos más privados (Figura 4.63). De allí que la contextualización de estos hallazgos sirve para discutir la idea acerca de que la inhalación de alucinógenos solo fue parte de las acciones y de la parafernalia desplegada por oficiantes especializados en su forma de consumo en el marco escénico de ritos distintivos.



Figura 4.63. Fragmento de "trompeta" pirograbada (#156.13).

El hallazgo de un fragmento de flauta pánica (*sensu* Debenedetti 1930) confeccionada con una roca sedimentaria en el Basural 2 (Figura 4.64) también podría dar cuenta del desarrollo de prácticas rituales, así como de esparcimiento. Este instrumento presenta los mismos atributos morfológicos que se detectaron en la única flauta pánica completa del Pucará (MT 2305-MEJBA 6005), recuperada en la Casa 82, excavada en 1909 y correspondiente al Yacimiento 84 de la publicación de Debenedetti (1930) (Figura 4.64).



Figura 4.62. a) Izquierda: Fragmento de instrumento musical, hallado en el Sondeo C2 del Basural 2 (#166). b) Derecha: flauta pánica cerrada confeccionada en caliza gris (MT 2305-MEJBA 6005). Si bien su forma externa simula la de un siku, su estructura interna guarda otra configuración según la disposición de los tubos (Gudemos 1997).



Los materiales incluidos como ofrenda mortuoria no permiten sostener que los difuntos hallados en la Unidad 1 se destacaron del común de la población. Si bien la inclusión del fragmento de valva de *Pecten* en la Sepultura 5 podría indicar un rasgo distintivo, quizás formó parte del conjunto de materiales asociados a las actividades productivas considerando que tanto en el patio central como en el Recinto 2.2 se hallaron fragmentos de nácar. Tal como se desarrolla en los Capítulos 7 y 8 en numerosos talleres del Pucará se hallaron restos de conchas, algunos de los cuales fueron utilizados para la elaboración de artesanías.

La manipulación de los restos también pudo involucrar otra creencia de profunda raigambre andina, que con algunas variantes se ha sostenido en el tiempo<sup>7</sup>. Salomon (1995) distingue que la muerte de un individuo contempla un período de un año, siendo el tiempo en que el cuerpo deja de respirar, los fluidos desaparecen y los tejidos se deshidratan. Una vez completado este plazo, el espíritu, es decir su ánima, emerge de entre sus restos corporales para reposar. Esta noción sobre la muerte y la presencia del espíritu de los difuntos, que después de un lapso de tiempo trasciende la corporalidad, puede en parte explicar el traslado de los restos de un lugar a otro. Los individuos recuperados en la Sepultura 5 pudieron ser desenterrados de sus sepulcros primarios para refuncionalizar dichos espacios y, a su vez, con su presencia en un nuevo lugar, en caso que sus allegados se trasladaran, reforzar los vínculos identitarios. Este puede ser el caso de algunos de los individuos depositados en el osario. Por el momento desconocemos la fecha de su fallecimiento, que debió ser previa a los resultados de los fechados obtenidos de los carbones que cubrían cada evento de depósito óseo y que dan cuenta del momento en que se llevó a cabo el entierro secundario de estos individuos. Por el grado de desarticulación y el hecho de que en ninguno de los huesos se han observado marcas de descarnes, debió transcurrir un tiempo prolongado entre la muerte y su traslado.

El re depósito de cada uno de estos restos posiblemente involucró el desarrollo de prácticas rituales a nivel intradoméstico. No obstante, debido a que la cámara sepulcral se encontraba en el gran patio central, estas prácticas debieron ser visibles desde varios puntos del faldeo. Por lo tanto, las conmemoraciones en cierto modo

---

<sup>7</sup> En la Quebrada de Humahuaca, como en otras partes del NOA, el difunto en su primer año de fallecido se considera Alma Nueva. En el lugar donde vivió, durante el Día de las Almas, se ofrece en su memoria una mesa del tipo ritual compuesta por ofrendas que principalmente se basan en sus comidas y bebidas preferidas. Durante la noche se espera que el alma del difunto descienda para compartir este banquete con los dolientes. El alma se “despacha” al día siguiente. Para ello generalmente se visita el cementerio y se colocan parte de estas y otras ofrendas en su sepulcro.



traspasarían los límites del plano doméstico, lo privado, logrando con cada celebración remarcar una línea de parentesco y la convivencia con los difuntos. A pesar que ocupaban otra dimensión, los difuntos continuaban vivos a través de sus restos. De allí que la cremación fuera un acto de sacrilegio en los Andes, dado que el cuerpo o los restos del difunto eran los que les permitían participar en la vida diaria (Allen 1982; Steele y Allen 2004).

Esta pudo ser la causa del cuidado y mantenimiento del cuerpo o parte de los restos de los difuntos, ya que su presencia permitía sostener en el tiempo los lazos de identidad, la unidad y la continuidad del grupo. Con la caída del Imperio Incaico y la consecuente transformación de la sociedad, la constancia en las prácticas conmemorativas y el retorno a la Unidad 1 para ofrendar y honrar a los antepasados, habrán resultado como una forma de reforzar la memoria y la pertenencia a una línea de descendencia. A su vez, en cada uno de estos eventos evocativos se habrá logrado una impresión duradera de que la casa, a pesar del abandono posiblemente impuesto, dado el hallazgo de objetos aún útiles en su contexto, permanecía habitada, en este caso, por los difuntos. Asimismo, en cada encuentro se habrán revivido las sensaciones de contención y protección brindadas por los antepasados, que fueron necesarias para soportar tanto la conquista incaica como la opresión española.

#### **4.5. Síntesis del capítulo**

A lo largo de este capítulo se expusieron los resultados del análisis de los contextos y los materiales recuperados en la Unidad Habitacional 1 del Faldeo Suroeste, ubicado en las proximidades de los corrales y el tramo del camino real que ingresa al Pucará. Este conjunto arquitectónico, emplazado sobre dos niveles de este faldeo y compuesto por cuatro recintos organizados en torno a un patio, fue excavado en área. Las primeras intervenciones se llevaron a cabo a fines de los '80 y principios de los '90. Durante el 2009 se ampliaron las excavaciones en uno de sus recintos, alcanzando los 127 m<sup>2</sup> de superficie trabajada.

A partir de estas tareas se pudo definir que las actividades desarrolladas en el lugar estuvieron vinculadas principalmente a la producción metalúrgica y alfarera. La especificación de estas actividades junto a otras tareas de la vida cotidiana y ritual, relacionadas con las prácticas mortuorias y las creencias religiosas, sirvió para definir a



esta unidad habitacional, y otras del Pucará que presentan rasgos similares, como casa-taller, siendo en su mayoría unidades productivas preexistentes a la llegada del Inca. A su vez, permitió caracterizar a la producción como del tipo *multi-artesanal* (Shimada 2007), atendiendo que en esta casa-taller se produjeron distintas artesanías realizadas por diferentes individuos en un mismo espacio o en espacios adyacentes.

Por otro lado, se avanzó sobre las pautas de consumo de diferentes categorías de bienes, siendo estos resultados de gran importancia por tratarse de un ámbito doméstico, donde se mantuvieron ciertas prácticas que permitieron sostener en el tiempo parte de las formas de reproducción social propias de la región, más allá de los intereses y las imposiciones estatales.

En su continuo histórico, establecido a partir del resultado de numerosas dataciones entre los siglos XIII y el XVI, esta casa-taller involucró varias generaciones socialmente vinculadas. De allí que se constituya como un ejemplo clave para caracterizar la construcción y reconfiguración de los espacios domésticos, frente a situaciones de dominación, integración y procesos identitarios en perspectiva temporal amplia.



# **Capítulo 5**

## **CONTEXTUALIZACIÓN TEMPORAL**



Los esquemas temporales resultan ser una herramienta eficaz para interpretar los desarrollos y procesos sociales que tuvieron las poblaciones prehispánicas. No obstante, el uso de ciertos conceptos de manera taxativa puede implicar cortes abruptos que dificultan observar el desarrollo de dichos procesos, encasillándolos en paquetes de rasgos que homogenizan los fenómenos de grandes regiones. De allí que las categorías que se utilizan para definir estos intervalos, ya sean las nociones de fase y período, entre otras, deben ser revisadas según se avanza con las técnicas de datación y el conocimiento sobre el registro arqueológico correspondiente a cada segmento histórico (Greco 2013). En el caso de Tilcara, atendiendo no solo a los resultados de las investigaciones que desarrollamos en el Pucará, sino también en la planta urbana de la actual localidad, con un número creciente de fechados, se vuelve necesario rediscutir problemas de consistencia en relación a los modelos de cronología clásica, que entran en conflicto con las evidencias recuperadas en el área, a la hora de efectuar interpretaciones. Principalmente nos referimos a la propuesta de González y Pérez (1966, 1972), considerando que refiere a un esquema generalizado de uso, que aún se encuentra vigente más allá de la Quebrada de Humahuaca. A nivel regional los sucesivos trabajos de Nielsen (1997a, 2001, 2007a) han significado un gran aporte al respecto, pero nuestra revisión se centrará en una escala menor, para la cual tampoco es esperable una correlación exacta.

Tal como se desarrolla en este capítulo, en relación a este esquema la primera dificultad surge a partir de la correlación de los conjuntos cerámicos atribuibles al estilo Isla con la delimitación temporal del Período Medio. Si bien Nielsen (2007a) reconoce un desfase en la Quebrada para el inicio de este período, que incluso por sus características es denominado como Período de Desarrollos Regionales I (1000-1250 d.C.), en el caso de Tilcara, los nuevos fechados asociados a objetos propios de este momento se extienden hasta el Siglo XIV. De allí que en esta tesis se optara por considerar a los intervalos temporales de forma más flexible.

No se tiene por intención generar un nuevo esquema cronológico para la región, sino más bien organizar los datos en unidades de tiempo que reflejen los procesos históricos del área de Tilcara. De tal modo, y hasta tanto no avanzar con la cronología de las alfarerías y las clases de asentamiento, para ver si efectivamente caracterizan a un mismo segmento temporal, se contemplan cinco intervalos que se suceden y superponen dinámicamente en el tiempo, como procesos de larga duración.

El *intervalo 1* corresponde a las ocupaciones de la planta urbana de Tilcara durante el primer milenio de la era. El *intervalo 2*, caracterizado por la presencia de grupos cerámicos Isla, identificados en la planta urbana de Tilcara y escasamente en el Pucará, se iniciaría en el Siglo XI, alcanzando incluso el Siglo XIV. El *intervalo 3* es de muy difícil delimitación temporal, por la superposición de las ocupaciones y las oscilaciones en la curva de calibración radiocarbónica, pero proponemos provisionalmente un inicio entre los Siglos XIII y XIV hasta el Siglo XVI. Todo este intervalo se podría definir como la época tardía en sentido amplio, como un *continuum* que en su tramo final sufre el impacto inca. Para esta época, las ocupaciones se restringen al Pucará. En el *intervalo 4* también se podrían asignar contextos identificados en este sitio y además en la planta urbana de Tilcara. Se trata del momento hispano-indígena, que si bien se inicia con la caída del Imperio Incaico a partir de la conquista española, la Quebrada aún no había sido dominada. Por último, el *intervalo 5* se iniciaría con la ocupación efectiva del área por parte de los españoles, con la organización de las poblaciones originarias bajo políticas económicas y sociales propias de la Colonia.

### **5.1. Dataciones**

Uno de los principales aportes de esta tesis, en lo que refiere a la secuencia de ocupación del Pucará, es el número de nuevos fechados radiocarbónicos. Producto del trabajo desarrollado en los últimos años se cuenta con 13 nuevos resultados que se sumaron a los fechados realizados por la Dra. Tarragó (Tarragó y Albeck 1997). Vale aclarar que si bien Pelissero y colaboradores (1997) publicaron el resultado de once fechados radiocarbónicos realizados sobre muestras del Basural 1, vinculadas con la excavación protagonizada por E. Casanova dada a conocer a mediados de 1970 (Casanova *et al.* 1976), en esta tesis no contemplamos este aporte para la discusión de la secuencia cronológica debido a la confusa presentación de los mismos, al tipo de abordaje metodológico que estos autores llevaron a cabo durante las tareas de excavación y a la forma de estudio de los materiales hallados en cada contexto. El primer problema radica en la exposición de los resultados. Los autores a lo largo del texto mencionan diversas fechas para el contexto estudiado. Por un lado señalan que “el basural se ha construido de manera ininterrumpida desde la primera fecha establecida de

650 d.C. hasta el final de su utilización en 1060 d.C.” (Pelissero *et al.* 1997: 245. Ver también pág .14 y 50). No obstante, en otras oportunidades afirman que esta última fecha es la del momento de inicio de uso del Basural o Componente Antiguo, el cual es sucedido por el Componente Reciente hasta el 1250 d.C., cuando se habría abandono el lugar (Pelissero *et al.* 1997: 42, 48).

A partir de las tablas que sitúan a los fechados junto a ciertos tejidos hallados *in situ*, claramente se puede reconocer que existió un error de interpretación de los resultados (Pelissero *et al.* 1997: 239). Evidentemente no contemplaron que los valores dados por los laboratorios se presentaban en años antes del presente, de allí que en reiterados tramos del texto se contradigan en su propia descripción de los datos, incluyendo la denominación de los períodos cronológicos abordados. Esto hace que estos resultados no sean confiables a la hora de ajustar la cronología del Pucará. Aún más, si se considera las técnicas de excavación utilizadas y su implicación en el análisis de las materiales asociados. Al no trabajar siguiendo la naturaleza de los depósitos se produjo una desorganización y el corte arbitrario hizo que se superpusieran fechas absolutas en un mismo nivel, sin saber si correspondían o no a un mismo estrato.

Por otro lado, en la tabla en que presentan estas fechas mencionan que parte de las muestras fueron tomadas de huesos humanos, sin embargo, en el texto no mencionan el hallazgo de tales restos en el Basural 1. De allí que se pueda llegar a dudar sobre su procedencia. Asimismo durante la discusión de las evidencias describen la presencia de fragmentos Isla Polícromo para los niveles inferiores. A partir de las fotografías se puede ver que los fragmentos que identifican como tal corresponden a variedades de cántaros N y B/R, similares a los que suelen encontrarse en contextos preincaicos e incaicos. Todas estas dificultades hicieron que estos resultados no se tuvieran en cuenta para el ordenamiento del esquema temporal del sitio que aquí se presenta.

En 1992 se reabren las excavaciones en este Basural, aprovechando los perfiles expuestos de las intervenciones desarrolladas por Casanova *et al.* (1976). Bajo la dirección de la Dra. Tarragó, Luis Laguna junto a un grupo de siete estudiantes de la UNJu, estuvo a cargo de estas tareas. El objetivo central fue obtener muestras de estratos bien definidos sustentados en un perfil estratigráfico donde se pudiera controlar la superposición de depósitos basándose en el método de perfil aplicado por K. Flannery en Mesoamérica (1976). Si bien resta realizar el análisis de muchos de los materiales hallados en este basurero el resultado de este trabajo fue sintetizado por Tarragó y Albeck (1997).

Los 22 fechados con procedencia cierta que se utilizaron para discutir este ordenamiento se enumeran en la Tabla 5.1, su calibración graficada en la Figura 5.1 y su distribución en el asentamiento en la Figura 5.2. Los más antiguos remiten a una ocupación del sitio alrededor de los Siglos X-XII d. C. si tomamos en cuenta los rangos de años calibrados de mayor probabilidad, pero en su conjunto las nuevas dataciones realizadas para distintos sectores y las diferentes materialidades reflejan en mayor medida la ocupación de momento incaico del poblado.

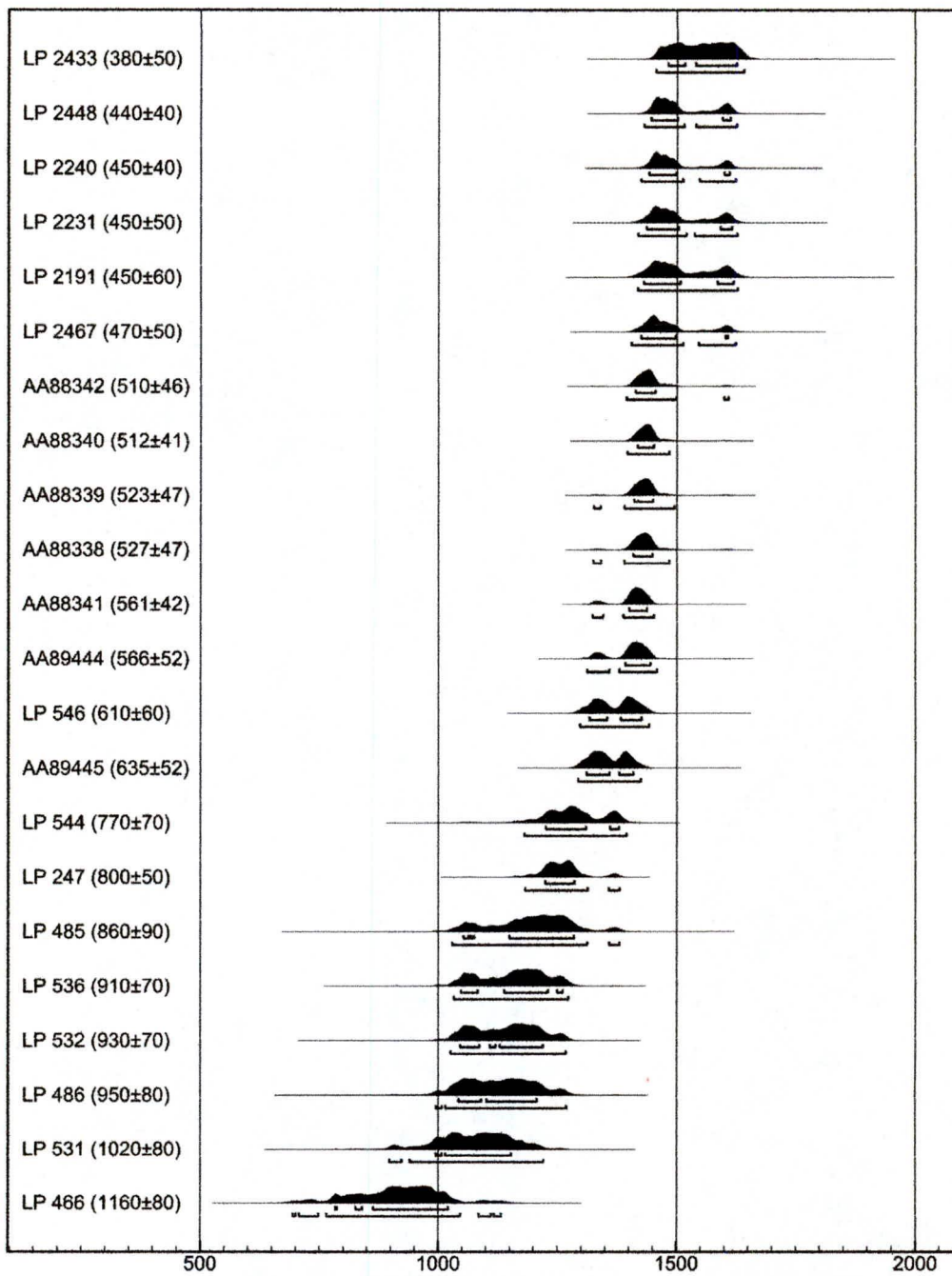
Para la Unidad Habitacional 1, tal como se mencionó en el Capítulo previo, por tratarse de espacio que se excavó en área con la intención de reconstruir la historia de ocupación de la vivienda, se procesaron 11 muestras: ocho de ellas recientemente y tres a fines e inicios de los '90. En esa época también se obtuvieron los seis fechados que se presentan para el Basural 1. Para aportar un panorama espacial más amplio en lo referido a la ocupación temporal del sitio recientemente se realizaron: una datación para la Estructura 1 del Sector A, dos dataciones para la Estructura 2 del Sector B, una para la Estructura 3 del Sector V, y una para la Estructura 4 del Sector Z. Tal como se mencionó en la sección metodológica, las muestras de los Sectores A y B fueron recuperadas durante el trabajo de excavación, la del Sector V se obtuvo del perfil expuesto a la vera del ex camino de vehículos. Para obtener el resultado del Sector Z se procesó una muestra ósea de uno de los tres individuos humanos hallados durante las tareas de rescate arqueológica llevadas a cabo por la Dras. Rivolta y Ceruti, en las proximidades de la cima en 1996. Las descripciones del informe de excavación de estas investigadoras revelan que se trató de un entierro secundario, dada la desarticulación de los restos. Junto a los individuos se recuperaron dos puntas de proyectil de base escotada de sílice y escasos fragmentos de cerámica.

Nº	Procedencia y código de laboratorio (LP: LATYR; AA: NSF Arizona AMS Facility).	Años C14 AP	Rango de años calibrados DC 68,2% de probabilidad	Rango de años calibrados DC 95,4% de probabilidad
1	Sector B - Estructura 2 Cuadrícula 1 - LP 2433	380±50	1481 (19.6%) 1517 1539 (48.6%) 1625	1456 (95.4%) 1640
2	Sector V - Estructura 3 LP 2448	440±40	1446 (56.5%) 1501 1596 (11.7%) 1612	1431 (65.8%) 1515 1540 (29.6%) 1625
3	UH1. Recinto 2.2 Cuadrícula NO. Estrato superior del piso de ocupación. LP 2240	450±40	1441 (61.1%) 1499 1599 ( 7.1%) 1610	1425 (72.5%) 1513 1547 (22.9%) 1623

4	UH1. Recinto 2.2 Cuadrícula NO. Estrato inferior del piso de ocupación. LP 2231	450±50	1436 (54.7%) 1504 1591 (13.5%) 1615	1419 (65.3%) 1520 1537 (30.1%) 1626
5	UH1. Recinto 2.1. Cuadrícula SE. LP 2191	450±60	1431 (51.3%) 1508 1585 (16.9%) 1619	1418 (95.4%) 1627
6	UH1. Cuadrícula N4 LP 2467	470±50	1425 (65.9%) 1498 1602 ( 2.3%) 1607	1405 (76.2%) 1513 1545 (19.2%) 1624
7	UH 1. Sepultura 5 AA88342	510±46	1414 (68.2%) 1455	1395 (94.3%) 1499 1599 ( 1.1%) 1609
8	UH 1. Sepultura 1 5 ° Extracción. AA88340	512±41	1418 (68.2%) 1452	1397 (95.4%) 1484
9	Sector Z - Estructura 4 AA88339	523±47	1411 (68.2%) 1451	1327 ( 1.3%) 1340 1390 (94.1%) 1495
10	Sector B - Estructura 2 Cuadrícula 2. AA88338	527±47	1409 (68.2%) 1449	1325 ( 1.9%) 1342 1390 (93.5%) 1485
11	UH1. Sepultura 1 7 ° Extracción. AA88341	561±42	1400 (68.2%) 1438	1323 ( 7.6%) 1346 1388 (87.8%) 1452
12	Sector A - Estructura 1 AA89444	566±52	1392 (68.2%) 1445	1312 (17.9%) 1359 1380 (77.5%) 1458
13	Basural 1 LP 546*	610±60	1317 (30.7%) 1354 1383 (37.5%) 1426	1297 (95.4%) 1442
14	UH1. Recinto 3.1 Cuadrícula N1. AA89445	635±52	1311 (43.2%) 1359 1380 (25.0%) 1409	1293 (95.4%) 1425
15	Basural 1 LP 544*	770±70	1225 (57.6%) 1310 1360 (10.6%) 1379	1180 (95.4%) 1395
16	UH1. Recinto 2.1 Cuadrícula NE. LP 247*	800±50	1225 (68.2%) 1286	1182 (90.6%) 1313 1358 ( 4.8%) 1381
17	Basural 1 LP 485*	860±90	1053 ( 3.1%) 1064 1069 ( 1.8%) 1075 1149 (63.3%) 1285	1029 (92.9%) 1313 1359 ( 2.5%) 1380
18	UH1. Recinto 3.3 LP 536*	910±70	1048 (15.1%) 1083 1139 (49.0%) 1230 1250 ( 4.0%) 1261	1033 (95.4%) 1273
19	UH1. Basural 2 LP 532*	930±70	1046 (18.8%) 1086 1108 ( 4.4%) 1120 1129 (44.9%) 1220	1026 (95.4%) 1268
20	Basural 1 LP 486*	950±80	1043 (21.8%) 1090 1101 (46.4%) 1207	995 ( 1.5%) 1007 1015 (93.9%) 1269
21	Basural 1 LP 531*	1020±80	995 ( 4.4%) 1007 1015 (63.8%) 1153	897 ( 2.9%) 923 940 (92.5%) 1221
22	Basural 1 LP 466*	1160±80	784 ( 0.9%) 787 826 ( 3.7%) 840 863 (63.6%) 1020	695 ( 0.3%) 700 707 ( 3.3%) 748 765 (89.0%) 1046 1085 ( 1.8%) 1111 1117 ( 0.9%) 1132

Tabla 5.1. Lista de fechados del Pucará de Tilcara. La calibración fue realizada por el Lic. Greco siguiendo la curva de calibración ShCal04 (McCormac et al. 2004); Software utilizado OxCal v4.1.6 (Bronk Ramsey 2009).

\* Los fechados que presentan asterisco fueron enviados a analizar por la Dra. Tarragó (Tarragó y Albeck 1997). Entre los aquí presentados y los publicados por Tarragó y Albeck hay diez años de diferencia en el valor de la desviación estándar al considerar la corrección de fraccionamiento isotópico según se menciona en los informes del LATyR (Greco com. pers.).



Fechas calibradas (d.C.)

Figura 5.1. Fechados del Pucará de Tilcara. Curva de calibración ShCal04 (McCormac et al. 2004); Software utilizado OxCal v4.1.6 (Bronk Ramsey 2009).

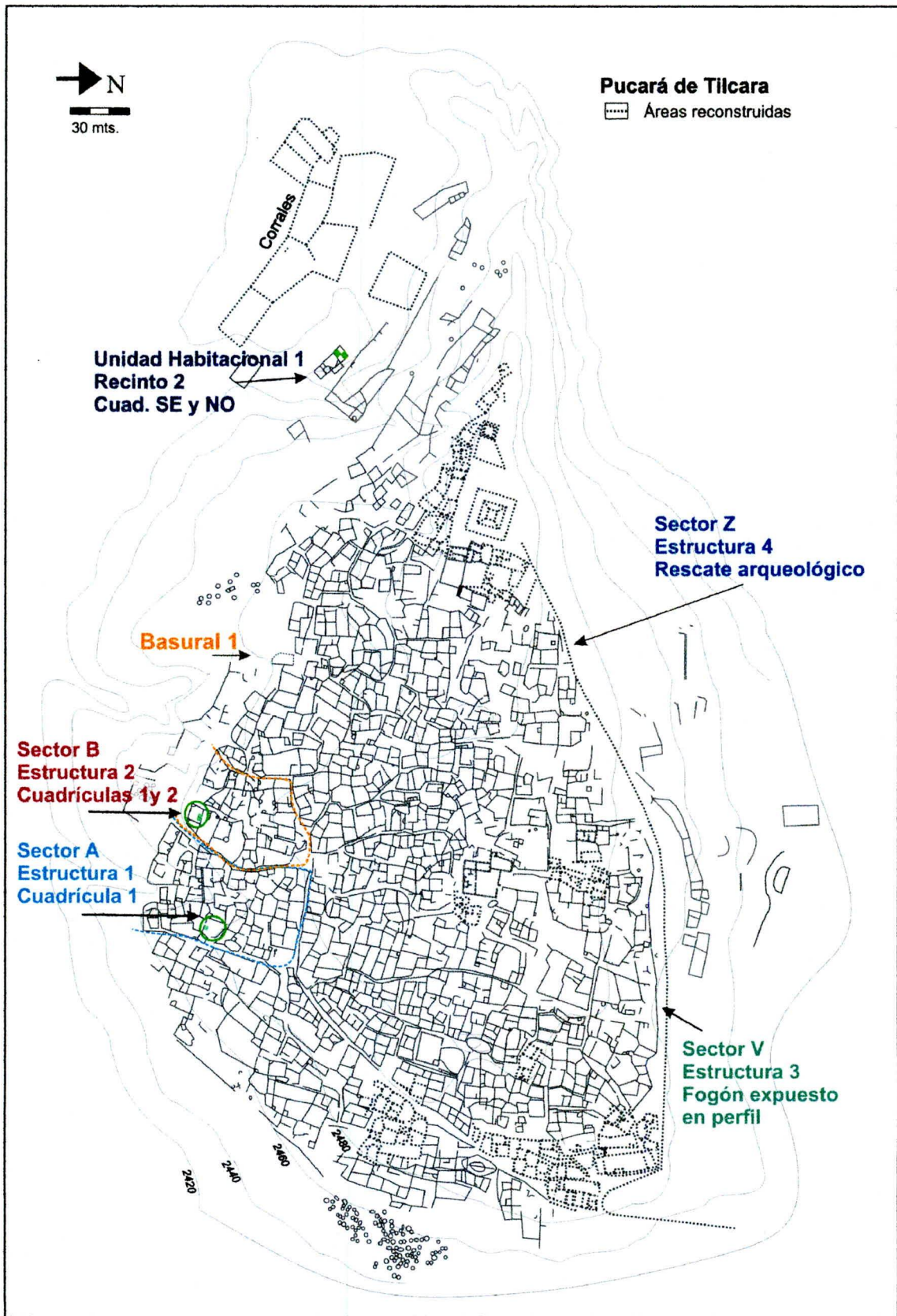


Figura 5.2. Ubicación de los contextos datados.

## 5.2. Contextualización temporal

Si bien los resultados de las numerosas intervenciones desarrolladas en el Pucará a lo largo de un siglo habían llevado a plantear un rango temporal estimativo de su ocupación, en esta investigación se priorizó discutir estos aspectos sobre la base de datos concretos. Uno de los puntos pendientes era el de abordar el momento de inicio de la ocupación de este sitio, el cual por el aporte de resultados C14 muy antiguos o por la presunta identificación de material cerámico de estilos policromos tempranos, se suponía había ocurrido a fines del primer milenio de la era o inicios del segundo. Para profundizar este tema, tal como se señaló en el apartado metodológico, se revisaron los conjuntos de objetos atribuidos a esos estilos y, a su vez, se evaluó la correlación de las dataciones con los materiales y los contextos de donde se obtuvieron las muestras a fechar.

En relación a los fechados más antiguos del Pucará, la muestra de la datación n° 22 (Tabla 5.1) se obtuvo del perfil norte del Basural 1, más precisamente del borde de un antiguo hueco correspondiente a las primeras acumulaciones del Basural 1, donde no se identificaron restos culturales asociados (Tarragó y Albeck 1997). No obstante, en un informe realizado por Luis Laguna, se menciona que asociados a los carbones que se tomaron para obtener el fechado n° 22 se registró una punta de proyectil de base escotada. Este tipo de puntas, por su morfología Nielsen (2001, 2007a) las atribuye al intervalo que denomina como Período de Desarrollos Regionales I, mientras que para el Período de Desarrollos Regionales II identifica a las formas pedunculadas. De tal modo que esta fecha tan temprana, que incluso se equipara con las dataciones obtenidas en sitios del primer milenio de la era de la planta urbana de Tilcara, como Til 22 (Rivolta y Albeck 1992; Tarragó y Albeck 1997; Rivolta 1996) o Malka (Nielsen 2001) (Figura 5.3), debería revisarse a la luz de nuevas dataciones de este contexto. Más allá de esta revisión, algo que es claro es que tanto el fechado n° 22, al que se le puede sumar el n° 17, obtenido del mismo sector y para el cual tampoco se recuperaron restos culturales asociados, tal como lo señalaron Tarragó y Albeck (1997), dada su ubicación por debajo del montículo de descarte harían referencia al momento de inicio de su formación. El hecho que no se hayan detectado materiales vinculados con las muestras de estos fechados no desestima su reconocimiento para la diagramación de una secuencia temporal prolongada en relación a la conformación del montículo.

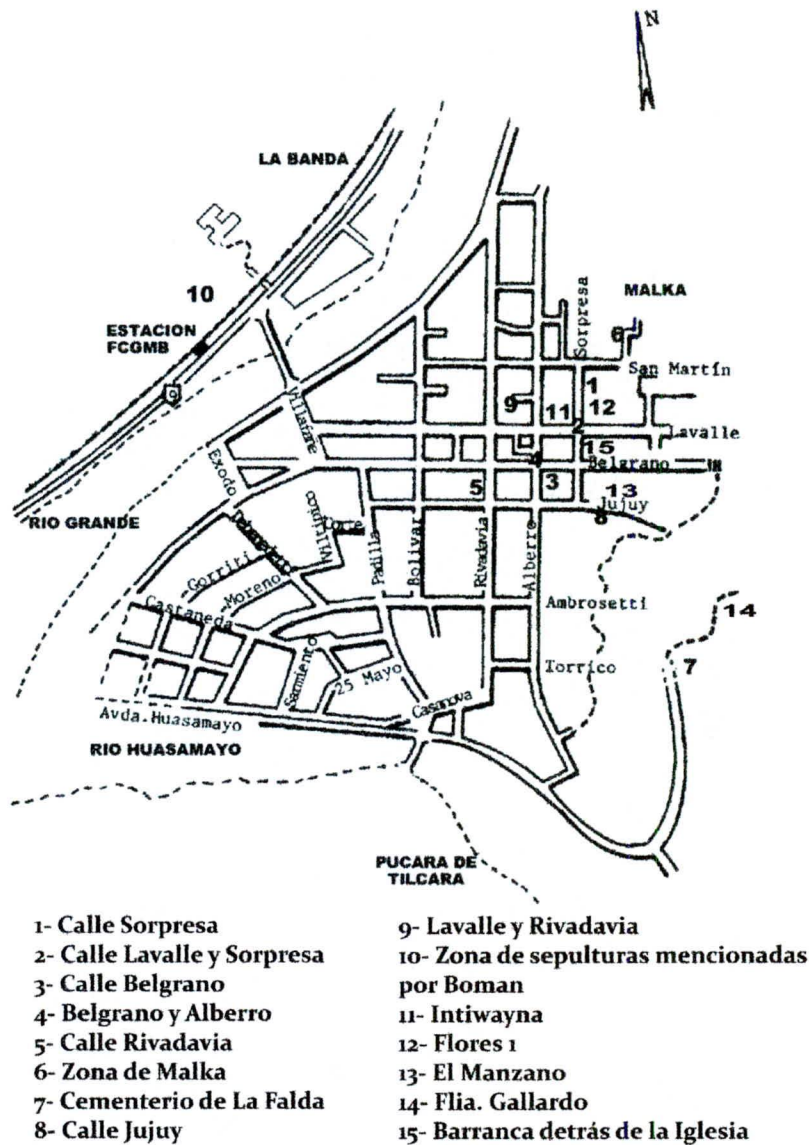


Figura 5.3. Hallazgos en la planta urbana de Tilcara (Modificado de Rivolta 2003).

Los restantes resultados del Basural fueron realizados sobre muestras de carbón también extraídas del perfil norte y de los perfiles este y oeste, contemplando su ubicación en el eje cartesiano vertical para luego poder correlacionarlos con los niveles excavados. Es así que las dataciones N° 13 y 15 proceden de las capas superiores de acumulación, mientras que las N° 17, 20, 21, y 22 de las inferiores. Tal superposición estratigráfica entonces también es contrastada por los resultados de las dataciones. El hecho de que los resultados más tempranos del Pucará provengan de basurales es muy interesante porque en estos montículos se puede penetrar en eventos previos que quedaron sepultados por los más recientes, a diferencia de lo que se distingue en las viviendas o talleres.

Si bien el conjunto cerámico recuperado en los diferentes niveles de este Basural aún no ha sido analizado cuantitativamente, como para poder establecer los porcentajes representados por tipos cerámicos, a partir del análisis preliminar se puede señalar que no se han identificado fragmentos de piezas de los estilos que serían esperables para el lapso que va desde inicios del primer milenio al XIII-XIV. Entre los más de 10 mil tiestos en ningún caso se registraron atributos morfológicos o decorativos que pudieran atribuirse al Alfarcito Polícromo, Isla Polícromo<sup>1</sup>, Peñas Coloradas o a los Pucos Interior Negro Pulido o N/R definidos para esta época. En cambio sí se han detectado materiales correspondientes al intervalo 2.

Con respecto también a la detección en el Pucará de material previo a dicho momento, algo similar se planteó al revisar los resultados del relevamiento de las colecciones conservadas en el Depósito de Arqueología del Museo Etnográfico y en el Área de Reserva del Museo Arqueológico de Tilcara. Tal como se mencionó en la sección sobre la metodología aplicada, durante esta tarea para determinar la procedencia y, por lo tanto, el contexto de aparición de cada objeto fue imprescindible la correlación de los catálogos de ambos museos. Así, basándonos en la descripción de los registros originales del Museo Etnográfico pudimos identificar que numerosas piezas cerámicas ingresadas en Tilcara como procedentes del Pucará, en realidad pertenecían a diversos sectores de la planta urbana del actual pueblo de Tilcara. A partir de este punto se aclararon ciertos aspectos vinculados a la composición del conjunto, ya que un gran número de vasijas de los estilos Yavi, Isla y Alfarcito Polícromo, quedaron por fuera de la colección.

Estas piezas que fueron halladas en sepulcros aislados que están en las barrancas a espaldas de la Iglesia Parroquial de Tilcara (Figura 5.3). Se recuperaron en 1921 y fueron enumeradas en el Museo Etnográfico desde el 27224 al 27242.<sup>2</sup> Por otro lado, además de algunas piezas sueltas<sup>3</sup>, también se incluyen un conjunto de vasijas encontradas por Casanova en la calle Belgrano, en 1937, posiblemente durante tareas

---

<sup>1</sup> Es necesario revisar esta categoría, debido a que se podría plantear una continuidad de la tradición "Isla" en el tiempo, a partir de los resultados obtenidos en el rescate arqueológico El Manzano. Para este rescate realizado en la planta urbana de Tilcara, el cual se presenta en el punto 5.3 de este Capítulo, se cuenta con fechados que indican que algunos tipos Isla, con la clara excepción de los vasos tricolor (Tarragó com. pers. 2013), se ubican en el primer tramo del segundo milenio e, incluso el siglo XIV.

<sup>2</sup> De este lote, las vasijas que se encuentran en el Museo de Tilcara presentan los números MT 2131, 2251, 2286, 2321, 2447, 2585, 2596, 3122, 3125, 3129 y 3480. MT: refiere a la numeración de las piezas según los catálogos del Museo Arqueológico "Dr. E. Casanova" de Tilcara. MEJBA: numeración de los objetos según el registro del Museo Etnográfico "J. B. Ambrosetti".

<sup>3</sup> Entre ellas: MT 2186-MEJBA 2738; MT 2544-MEJBA 2876; MT 2156-MEJBA 22925; MT 2282-MEJBA 26422; MT 2368-MEJBA 31754; MT 2547-MEJBA 42229.

del tipo de rescate arqueológico (MEJBA 37-142 y 37-144). Lamentablemente, a excepción de Rivolta (2003) quien estuvo atenta a estas circunstancias e incluyó el conjunto recuperado en 1921 en un estudio sobre la ocupación del tipo de La Isla en el casco urbano de Tilcara, hasta la actualidad y por décadas algunos investigadores analizaron estas piezas como procedentes del Pucará, sin suponer que cuando se produjo el traslado de parte de la colección desde el Museo Etnográfico al Museo Arqueológico en Tilcara el lugar de origen de muchos objetos fue tergiversado sin ninguna mala intención<sup>4</sup>. Este traslado, al igual que la desintegración de la colección por los sucesivos canjes con Museos de todo el mundo, es uno de los principales factores que producen discrepancias a la hora de recomponer los conjuntos y por lo tanto los contextos.

Las únicas piezas procedentes del Pucará que podrían atribuirse al estilo Isla o al Interior Negro Pulido, característico de los primeros siglos del segundo milenio, es decir el intervalo 2, son seis vasijas. Por un lado se trata de un puco, que presenta un apéndice antropomorfo (MT 2151-MEJBA 7074) y un cantarito N/R (MT 2200-MEJBA 7149) (Figura 5.4 a y b). Aparentemente ambos objetos fueron hallados en 1910, pero en el catálogo del Museo Etnográfico no figura la descripción del sector de hallazgo al interior del sitio. Otras dos piezas, que también podrían adscribirse a ese momento son dos pucos N/R con decoración tripartita. El primero presenta en su interior tres triángulos rellenos de reticulado de línea fina (MT 2149-MEJBA 26423) (Figura 5.4 c). La decoración del segundo está compuesta por triángulos rellenos de líneas paralelas (MT 2413-MEJBA 26421) (Figura 5.4 d). En los registros figuran como hallados en 1919, lo que plantea una duda sobre su procedencia. Si bien en esa fecha Debenedetti realizó una campaña a la Quebrada de Humahuaca, por sus diarios de campo se desprende que no excavó el Pucará. Consta en los registros que trabajó otros sitios, como Peñas Blancas, Los Amarillos, Yacoraite y Humahuaca.

La quinta pieza es un puco subesferoidal Interior Negro Pulido, sumamente restringido (MT 2479-MEJBA 22856), también debió pertenecer a un contexto más temprano (Figura 5.4 e). Esta pieza, hallada en 1917, tampoco presenta descripción alguna sobre el sector de su hallazgo. En relación a su adquisición figura como obtenida por la "Expedición Debenedetti", según se aclara correspondiente a la XIII Expedición de la Facultad. En los catálogos, muy pocos objetos aparecen descritos con estas mismas

---

<sup>4</sup> Lo mismo sucede al revisar las procedencias de algunos objetos no cerámicos. Tal es el caso de la campanilla de cobre MT 2140-MEJBA 1912 y la trompeta de hueso MT 2166-MEJBA 27526 publicadas por Gudemos (1998), las cuales proceden de La Paya y Los Amarillos respectivamente.

referencias, y considerando que el Pucará a fines de la década de 1910 solo se excavó durante la XIV Expedición, ingresando los materiales al Museo Etnográfico en 1918, es posible estimar que esta última pieza, al igual que los dos pucos anteriormente mencionados, fueran adquiridos mediante la donación o compra a terceros. Como se mencionó en el apartado metodológico y tal como se indicará en diversos casos, en ocasiones el dinero provisto por la Facultad de Filosofía y Letras para realizar campañas arqueológicas era utilizado para la compra de materiales pertenecientes a colecciones privadas.

Por último, la única pieza que presenta procedencia cierta entre estos seis ejemplares es una ollita tricolor (MEJBA 4525) hallada en 1909 en una de las numerosas tumbas que conforman la Necrópolis Este. Lamentablemente en los catálogos no figura el número de tumba en la que fue hallada, razón por la cual no se puede establecer a que otras piezas se encontró asociada como para lograr determinar el momento de su utilización.

Del resto de las piezas estudiadas, considerando tanto las colecciones conservadas en ambos museos como en el Smithsonian y en el Museo de Basilea, y los conjuntos recuperados durante las recolecciones superficiales (Otero 2011) y nuestras excavaciones, ninguna pudo adscribirse estilísticamente al segundo intervalo. Algo similar debieron percibir Ambrosetti (1912) y Debenedetti (1910) al momento de expedirse sobre los materiales hallados en sus excavaciones. Estos pioneros de la arqueología mencionaron la existencia de dos culturas distintas para el área de Tilcara. Por un lado, por la determinación de ciertas similitudes con los conjuntos de La Poma, La Paya o Tastil, principalmente Ambrosetti adscribió a los hallazgos del Pucará a la Cultura Calchaquí, mientras que a los de La Isla los atribuyeron a la Cultura Humahuaca, identificándose como una nueva tradición para la región.

También en relación a la ocupación del Pucará, Debenedetti menciona que el Sector Sureste fue uno de los más antiguos, dadas las características arquitectónicas de algunas estructuras y los atributos de algunas piezas que le recordaban a los hallados en La Isla y El Alfarcito (Debenedetti 1918). Madrazo (1969) también refuerza esta apreciación. No obstante, tal como se discute en el Capítulo 3, las evidencias alcanzadas, hasta donde se avanzó con las excavaciones realizadas en este sector, no concuerdan con estas observaciones.

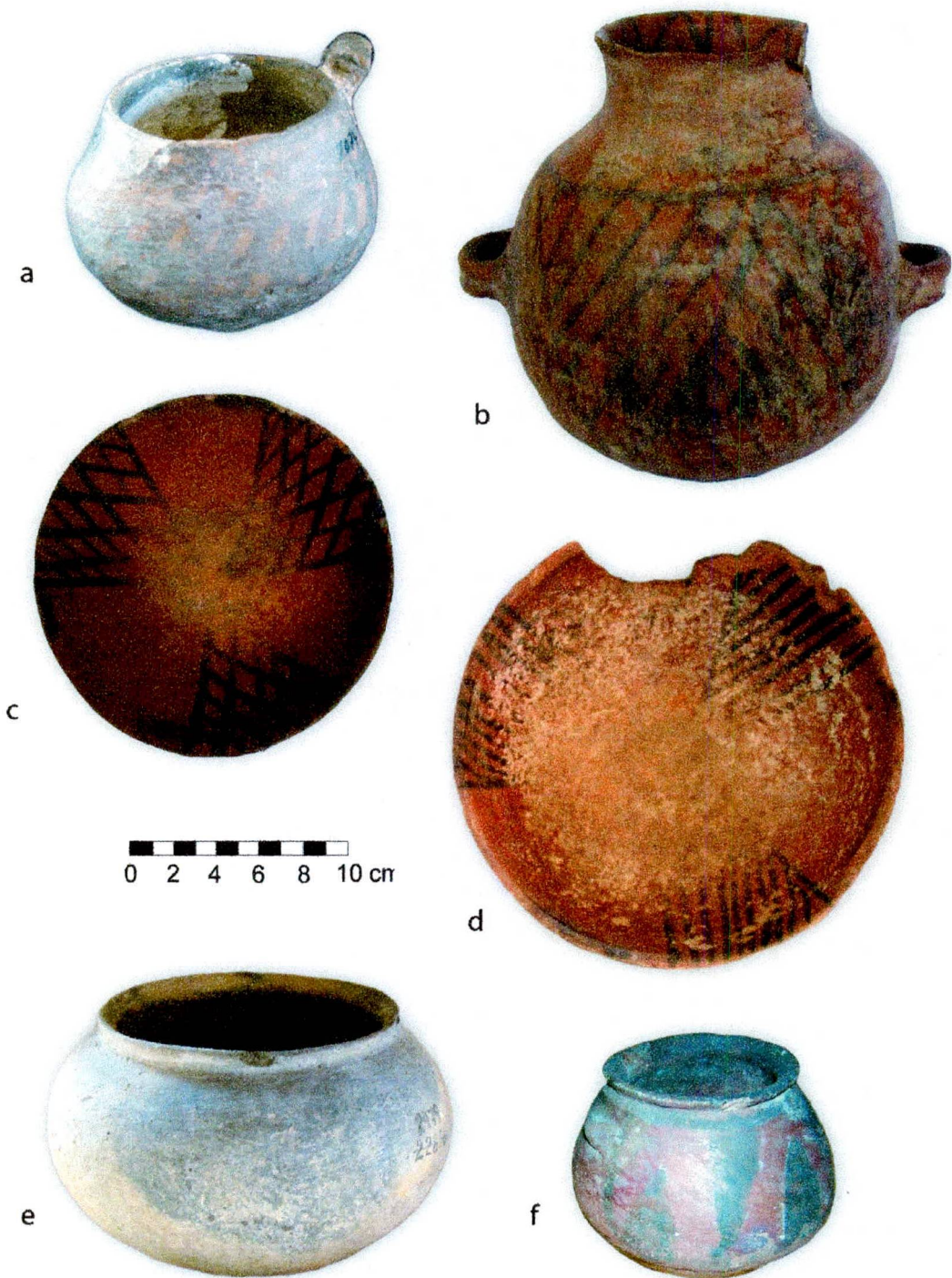


Figura 5.4. a) *Puco antropomorfo* (MT 2151-MEJBA 7074) b) *Cantarito N/R* (MT 2200-MEJBA 7149) c y d) *Pucos tripartitos* (MT 2149-MEJBA 26423 y MT 2413-MEJBA 26421) e) *Ollita subesferoidal* (MT 2479-MEJBA 22856) f) *Ollita tricolor* (MEJBA 4525).

Por otro lado, resulta notorio que a pesar del gran número de yacimientos presentados, la única mención en la publicación de Debenedetti de 1930 que podría hacer referencia a la detección de una ocupación temprana del Pucará corresponde a la

descripción del Yacimiento 196 (Debenedetti 1930: 118-122), que en las libretas de campo de 1928/1929 figura bajo el número 20. Se trata de la excavación de uno de los ángulos de un recinto ubicado en el camino de circunvalación que rodea las estructuras del suroeste. A partir de la remoción de un conjunto de lajas clavadas verticalmente detectó una sucesión de inhumaciones que según afirma debieron ser practicadas en diferentes momentos, dadas las modalidades de entierro. Para el último conjunto de individuos sepultados, cuatro adultos y un niño, identifica entre los materiales incluidos como ajuar mortuario un plato con decoración cuatripartita, a su decir como “la que es general en los platos de La Isla” (Debenedetti 1930: 122). No aporta otros datos que permitan la caracterización más detallada de esta pieza. No obstante, vale mencionar que la división cuatripartita, como estructuración del diseño, también se registra en objetos más tardíos.

Además de las apreciaciones que se desprenden de lo mencionado por estos autores, es oportuno rescatar lo distinguido por A.R. González (1992) a partir del análisis de las placas metálicas del Pucará. Si bien entre los ejemplares recuperados en este sitio predominan las placas lisas, en los casos en que se registra iconografía solo aparecen representados ofidios y cabezas humanas. Estas últimas, tal como se mencionará más adelante, correspondientes al momento hispano-indígena o al colonial temprano. Del total del conjunto hasta el momento recuperado, en ningún caso se han registrado los felinos vistos en las placas complejas que este autor denominara como de Período Medio. La mención de A.R. González contribuye a la contextualización temporal de este sitio sumando otras evidencias, por fuera de la cerámica, para su determinación cronológica.

Más allá de que en alguna oportunidad se pueda determinar con certeza la procedencia de las piezas anteriormente descritas, en definitiva lo que resulta notorio es la baja proporción, casi ínfima, de materiales pre-tardíos identificados en los distintos conjuntos. Razón por la cual por el momento no se pueda negar la existencia de una ocupación más temprana del poblado, posiblemente dispersa.

Para discutir esto punto y desarrollar la propuesta de Rivolta (2005) acerca de la constitución de algunos grandes conglomerados a partir del crecimiento de ciertos sitios emplazados en terrazas, también es necesario evaluar los fechados obtenidos en la Unidad Habitacional 1, siendo que se trata de una unidad doméstica instalada sobre una ladera. Tal como se desarrolló en el Capítulo 4, esta Unidad se compone de cinco

recintos instalados sobre dos terrazas (Recintos 1, 2, 3.2 y 3.3, 4), de los cuales cuatro rodean un gran patio central (Recinto 3.1) (ver figura 6 del Capítulo 4).

En relación a los primeros fechados realizados para esta vivienda, todos ellos a partir de muestras de carbón (Tabla 5.1, ver fechados n° 16, 18 y 19), al igual que los del Basural 1, también se agrupan separadamente dentro del conjunto de dataciones obtenidas posteriormente. Entre estos últimos, revisando sus resultados, el n° 16 apenas se solapa con el n°14 (recientemente realizado), cuyo rango temporal en años calibrados al 95 % se extiende hasta fines del Siglo XIII d.C. Vale mencionar que como muestra para esta datación, procesada por AMS en Arizona, se utilizó hueso de camélido del piso de ocupación del gran patio central, Recinto 3.1. De otros dos recintos, Recintos 2 y 4, también se procesó material óseo (Tabla 5.1, ver fechados n° 3, 4 y 6). Las muestras del Recinto 2.2 corresponden a los dos pisos que se encontraron de forma sucesiva. Sin embargo, ambas fechas arrojaron resultados contemporáneos. Para datar el Recinto 4 se analizó un fragmento de hueso de la cuadrícula N4, que se encontró en el piso ubicado por debajo del evento de descarte. Por otro lado, para el Recinto 2.1, espacio para el cual ya se contaba con un fechado (Tabla 5.1, fechado n° 16), se analizaron pequeños fragmentos de carbón correspondiente a un fogón hallado recientemente en la cuadrícula SE, el cual estaba asociado a fragmentos de cerámica que remontaron con los que se recuperaron durante las excavaciones de la cuadrícula NE en 1988. Este resultado (Tabla 5.1, fechado n° 5) es similar a los obtenidos en los pisos anteriormente mencionados y en las sepulturas, aunque tal como se dijo en el Capítulo 4, éstas fueron construidas en un momento posterior al desarrollo de las actividades detectadas en los pisos (Tabla 5.1, fechados n° 7, 8 y 11). En su conjunto remarcan las ocupaciones durante el momento incaico. No obstante, y según lo arrojado por el n° 14 claramente hubo una ocupación previa de la estructura habitacional, que no debió ser tan intensa como la incaica o bien fue obliterada por la continuidad en la ocupación.

Ahora bien, del conjunto de resultados se puede ver que todos los que se realizaron recientemente son más tardíos que aquellos con los que se contaba al comienzo de este trabajo. Para contrastar la impresión preliminar acerca de una segregación en dos grupos entre los fechados de las excavaciones 1988-1992 y las recientes, se realizó el procedimiento estadístico de Wilson y Ward (1981)<sup>5</sup>. Este proceso se basa en encontrar la razón de máxima probabilidad de agrupamiento entre

---

<sup>5</sup> Agradezco al Dr. Catriel Greco por cederme gentilmente los resultados de este procedimiento probabilístico.

series de fechados, buscando separaciones (*splits*) entre subgrupos cuando el valor del test sea inferior al nivel de 0,05 de significancia de  $\chi^2$  (Chi cuadrado). Para realizar este procedimiento se utilizó el Software Dsplit (Kintigh 2002). Hacia dentro de cada grupo, los fechados son estadísticamente indiferenciables, y podrían promediarse de acuerdo a Ward y Wilson (1978).

Es importante señalar que en este análisis no se toman en cuenta las relaciones específicas entre los contextos, ni las asociaciones artefactuales u otros datos que nos puedan aportar información acerca de una secuencia arqueológica, por lo tanto sus implicancias arqueológicas son acotadas al estar mostrando solamente divisiones estadísticas en los valores numéricos. Tomando en cuenta todos los fechados (N=22) del sitio, se encontraron cinco quiebres que definen seis grupos de fechados:

Grupo	Nº	Procedencia	Cód. Lab.	Años C14 AP	D13C	Año de medición	Material
I	1	Sector B – Est. 2. C1	LP 2433	380±50		2010	carbón
	2	Sector V – Est. 3	LP 2448	440±40		2011	sed. carbonoso
	3	UH1. R 2.2 C NO. Estrato superior del piso	LP 2240	450±40		2009	óseo camélido
	4	UH1. R 2.2 C NO. Estrato inferior del piso	LP 2231	450±50		2009	óseo camélido
	5	UH1. R 2.1. C SE	LP 2191	450±60		2009	carbón
	6	UH1. C N4	LP 2467	470±50		2011	óseo camélido
II	7	UH1. Sepultura 5	AA88342	510±46	-15,6	2010	óseo humano
	8	UH1. Sepultura 1. 5° ext.	AA88340	512±41	-22,6	2010	carbón
	9	Sector Z - Estructura 4	AA88339	523±47	-11,1	2010	óseo humano
	10	Sector B – Est. 2. C2	AA88338	527±47	-19,3	2010	óseo camélido
	11	UH1. Sepultura 1. 7° ext.	AA88341	561±42	-23,7	2010	carbón
	12	Sector A – Estructura 1	AA89444	566±52	-19,7	2010	óseo camélido
III	13	Basural 1	LP 546	610±60		1994	carbón
	14	UH1. R 3.1 C N1	AA89445	635±52	-18,4	2010	óseo camélido
IV	15	Basural 1	LP 544	770±70		1994	carbón
	16	UH1. R 2.1 C NE	LP 247	800±50		1991	carbón
V	17	Basural 1	LP 485	860±90		1994	carbón
	18	UH1. Recinto 3.3	LP 536	910±70		1994	carbón
	19	UH1. Basural 2	LP 532	930±70		1994	carbón
	20	Basural 1	LP 486	950±80		1994	carbón
VI	21	Basural 1	LP 531	1020±80		1994	carbón
	22	Basural 1	LP 466	1160±80		1993	carbón

Tabla 5.2. Grupos de fechados del Pucará de Tilcara

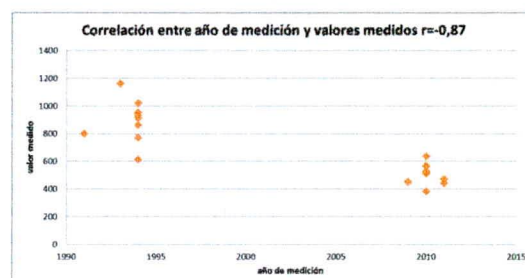
Los resultados de este procedimiento estadístico demuestran que existe una correspondencia entre la fecha de medición y el valor del fechado<sup>6</sup>. A excepción del n° 14, todos los fechados realizados recientemente son más modernos que los del periodo 1991-1994. Salvo por el grupo III, todos los otros tienen fechados de un solo laboratorio exclusivamente. Asimismo, aunque provengan de distintos rasgos, es llamativo que en los fechados recientes, los valores se segregan de acuerdo a cada laboratorio. Aunque no se pueda saber si efectivamente se relaciona con algún fenómeno de variación interlaboratorio (Figini 2004), es un tema que merece ser investigado en el futuro. En principio se puede agregar que es poco probable que esta situación esté influida por el tipo de muestra, ya que a ambos laboratorios se envió a analizar tanto carbón como hueso. Un caso que se puede citar a modo comparativo es el estudiado por Baldini *et al.* (2002), quienes comparan fechados de LATyR, Arizona y Beta Analytic, encontrando unos 300 años de diferencia, que representa alrededor de un 20% para las edades en cuestión y es juzgado como aceptable.

Por otro lado, tomando en cuenta solamente los fechados de la UH1 (N=11) del sitio, se encontraron 2 quiebres que definen 3 grupos de fechados:

Grupo	N°	Procedencia	Cód. Lab.	Años C14 AP	D13C	Año de medición	material
I	3	UH1. R 2.2 C NO. Estrato superior del piso	LP 2240	450±40		2009	óseo camélido
	4	UH1. R 2.2 C NO. Estrato inferior del piso	LP 2231	450±50		2009	óseo camélido
	5	UH1. R 2.1. C SE	LP 2191	450±60		2009	carbón
	6	UH1. C N4	LP 2467	470±50		2011	óseo camélido
	7	UH1. Sepultura 5	AA88342	510±46	-15,6	2010	óseo humano
	8	UH1. Sepultura 1. 5° ext.	AA88340	512±41	-22,6	2010	carbón
II	11	UH1. Sepultura 1. 7° ext.	AA88341	561±42	-23,7	2010	carbón
	14	UH1. R 3.1 C N1	AA89445	635±52	-18,4	2010	óseo camélido
III	16	UH1. R 2.1 C NE	LP 247	800±50		1991	carbón
	18	UH1. Recinto 3.3	LP 536	910±70		1994	carbón
	19	UH1. Basural 2	LP 532	930±70		1994	carbón

Tabla 5.3. Grupo de fechados de la Unidad Habitacional 1.

<sup>6</sup> A su vez considerando el coeficiente de correlación de Pearson ( $r = -0,87$ ) también se registra una agrupación diferencial de los fechados según el año de análisis.



En este nivel de análisis sí hay superposición entre los valores de los dos laboratorios, aunque los fechados del período 1991-1994 nuevamente se separan por casi 200 años.

A modo de conclusión, según los resultados de este procedimiento se puede decir que los fechados del período 1991-1994 son más antiguos que los de 2009-2011. Esto no se puede explicar sosteniendo que se trató de distintos sitios o espacios excavados ya que todos proceden del Pucará, estuvieron asociados a un mismo componente artefactual, e incluso para la Unidad Habitacional 1, las muestras se recuperaron de las mismas áreas de excavación. Con esto se puede señalar que, además de la diferencia temporal a la que se aludió anteriormente, se podrían considerar otros factores. La diferencia se puede deber al cambio de criterios de selección de muestras para datar entre un período y otro, o a cambios en los procesos de medición de los laboratorios, tomando en cuenta que las mayores diferencias se dan entre las dos etapas de datación del mismo laboratorio (LATyR).

Posiblemente nos enfrentemos a un avance tecnológico en lo referido a los métodos de procesamiento de los materiales a datar. Las técnicas actuales quizás provean de resultados más ajustados y precisos en relación a los que contábamos para los mismos contextos, lo que podría determinar el desplazamiento temporal hacia el presente. Por otro lado, otro factor condicionante en los resultados puede haber sido la selección de materiales para incluir en las muestras. Hasta hace unos años era corriente seleccionar carbones de mayor tamaño para asegurarse una muestra de peso suficiente. Actualmente se reconoce que esto acarrea consecuencias negativas por la posibilidad de arrojar una mayor antigüedad a la datación producto del envejecimiento propio del espécimen vegetal (Figini 2004). A este punto se le puede sumar la advertencia que realiza Marconetto (2007) sobre la utilización de carbones recuperados en fogones de alta combustión, como pueden ser los que se generaron durante las actividades metalúrgicas y alfareras, ya que como combustible posiblemente se usaron maderas duras o troncos de importante grosor (y por lo tanto árboles más longevos).

Gordillo (2007) discutió esta situación para los fechados de La Rinconada de Ambato, encontrando que los fechados realizados sobre maderas de troncos, elegidos en las primeras etapas de investigación en el sitio, daban resultados más antiguos. En el caso del Pucará esta identificación es más difícil de evaluar ya que se tomó carbón de distintos fogones, donde hay mayor probabilidad de mezcla de especies y tamaños de espícula. Gracias a estos avances en los últimos años se tomó la precaución de

seleccionar material de ciclos vitales más cortos, y en este sentido se puede afirmar que los fechados del período 2009-2011 son más confiables. Para los anteriores no se puede dudar de por sí, pero no era parte del protocolo registrar el tamaño del carbón, por lo tanto no se cuenta con datos para evaluarlo.

Efectivamente, las 12 fechas son estadísticamente indiferenciables (de acuerdo a Ward y Wilson 1978), pudiéndose promediar en  $488 \pm 14$  AP.

Calibrado:

68.2% de probabilidad

1441 (68.2%) 1453

95.4% de probabilidad

1433 (95.4%) 1457

X<sup>2</sup>-Test:  $df=11$   $T=15.2$  (5% 19.7)

Es preciso aclarar que estos análisis probabilísticos están diseñados para promediar fechados duplicados de un mismo rasgo u objeto, con lo cual no corresponde utilizarlo para la interpretación del sitio. Sin embargo, muestra claramente que la alta similitud que se intuye entre los fechados del período 2009-2011 es estadísticamente significativa. La variación interlaboratorio se puede considerar como una hipótesis a contrastar en el futuro, utilizando este procedimiento estadístico con muestras duplicadas. Por otro lado sirve para reflexionar sobre la imprecisión del método en ciertos casos donde se apunta a analizar lapsos breves de tiempo, razón por la cual se debe dar más peso a los métodos arqueológicos para establecer cronologías, como la estratigrafía o la tipología de artefactos. Un ejemplo de esto es la integración de las dataciones de los eventos de sepultura en un grupo posterior al que se incluyen los de los pisos de ocupación cuando, tal como se mencionó en el capítulo anterior, las sepulturas se construyeron una vez abandonado el complejo residencial.

A partir de este análisis es que se puede sostener que un primer examen de todos estos datos revela una tendencia bastante clara en la densidad de la ocupación del Pucará. Todos los espacios, hasta el momento datados, demuestran que fueron utilizados durante el momento incaico. Algunas señales de ocupaciones más tempranas solo se han detectado para el Faldeo Inferior Sur, dado los casos de la Unidad Habitacional 1 y el Basural 2, ubicados en la ladera suroeste, y el Basural 1, emplazado en la porción superior del faldeo sur. Asimismo, se podría considerar a la Estructura 1 del Sector A, ubicada en el Faldeo Sureste. El rango del fechado allí obtenido (Tabla

5.1, ver fechado n° 12) se inicia a fines del Siglo XIII d.C., no obstante tiene una mayor proximidad con el conjunto de dataciones que se ordenan para el siglo previo a la llegada del Inca y la época incaica en sí. Pero más allá de esto, estas dataciones podrían reafirmar que el Pucará, antes de alcanzar su fisonomía como conglomerado, fue uno de los sitios que en un primer momento presentaron terrazas domésticas (Rivolta 2005). Sin embargo queda por discutir sobre la base de una mayor cantidad de datos en qué tiempo se produjeron estas transformaciones. Sumando evidencias posiblemente se podrá abordar con mayor precisión la época en que se produjeron las ocupaciones más tempranas, considerando que los fechados pueden reflejar un determinado momento en la ocupación del espacio y no su inicio.

Para sostener esta hipótesis no solo se deberá contemplar el caso de las estructuras del faldeo sur dado que la ladera norte presenta un importante aterrazado con recintos de características similares a las registradas para la Unidad Habitacional 1 y los conjuntos arquitectónicos contiguos a ésta<sup>7</sup>. Asimismo, esto permitirá profundizar diversos aspectos vinculados al desarrollo de la sociedad local en el momento previo a la anexión al Tawantinsuyu dado que hasta el momento prevalecen en gran medida las evidencias, incluido el resultado de los fechados, correspondientes a la época incaica. Para este momento, aparentemente la ocupación fue la más intensiva, o bien esta ocupación tapa a las anteriores con lo cual se hace muy difícil reconstruir la forma de organización del espacio previo<sup>8</sup>. Un gran porcentaje de los contextos estudiados, teniendo en cuenta las excavaciones actuales y el análisis de las colecciones, son atribuibles a esta época. La etapa previa se ve desdibujada debido a que generalmente en el registro material se manifiesta con mayor grado de visibilidad la última ocupación de un determinado lugar. De allí que aparezcan de forma explícita principalmente aquellos elementos que hacen referencia a las acciones humanas desarrolladas en el Pucará en el momento previo a su abandono.

---

<sup>7</sup> Actualmente se han seleccionado dos estructuras del faldeo norte para excavarlas con la intención de comenzar las intervenciones en este sector y así poder compararlo con lo registrado en otras áreas del Pucará.

<sup>8</sup> En este punto vale mencionar que en base a un sondeo realizado en uno de los patios enlajados próximos al Monumento, Lafón (1969) recuperó un fragmento de una pieza N/R, al que estilísticamente identificó como Hornillos N/R. A partir de este hallazgo planteó una ocupación preincaica del sector. No obstante, y tal como se demostrará a través de los recientes trabajos de excavación, la sucesión de estos eventos pudo desarrollarse durante un mismo Período, en este caso el Incaico, y entre otras cosas, responder a las continuas remodelaciones que sufrieron las estructuras del Pucará. A su vez, actualmente es discutible la caracterización del estilo Hornillos N/R, y por lo tanto su determinación cronológica.

No obstante y retomando la discusión sobre el momento de ampliación del sitio, por su distribución todos los nuevos fechados demuestran que posiblemente la máxima extensión del poblado se dio durante el Siglo XV, alcanzando a ocupar 17.5 hectáreas de superficie. A la luz de estos nuevos resultados es que se pueden comenzar a rever ciertas ideas que consideran que la concentración poblacional se detuvo durante el *Tawantinsuyu* y que ningún conglomerado ocupado durante este momento superó la extensión de Los Amarillos o La Huerta (Palma 1998; Nielsen 2007a). En el caso del Pucará de Tilcara, como se desarrollará más adelante, se agrupó una vasta población para desarrollar actividades artesanales. El crecimiento del sitio fue tal que se ocuparon todos los faldeos y la cima del cerro. Hasta el momento resulta difícil establecer si esta ampliación fue gradual o implicó varias etapas de desarrollo. Para abordar este punto no se debe dejar por fuera la discusión acerca del momento de anexión de la Quebrada al *Tawantinsuyu*.

En las últimas décadas desde la arqueología del NOA se ha generado un gran esfuerzo para replantear el límite inferior cronológico de la expansión incaica (Bárcena 2007). Más allá de las discrepancias que surgen a partir del aporte de las fuentes etnohistóricas acerca de la responsabilidad de *Pachacutec* o *Tupac Inca Yupanqui* como hacedores de la conquista de esta sección del *Collaysuyu*, las evidencias arqueológicas sostienen una anexión temprana, ubicada en los inicios del Siglo XV (D'altroy *et al.* 2007). Los contextos datados en el Pucará de Tilcara contribuyen con esta idea al correlacionarse los resultados radiocarbónicos con los restos culturales. De los trece fechados que se registran en la Tabla 5.1 y que se pueden incluir en esta época muestran los años de máximas probabilidades calibradas hacia la primera mitad de este siglo. Como se desarrollará según cada caso, los materiales arqueológicos asociados a dichos contextos pudieron atribuirse al momento de ocupación incaica del Pucará; sin embargo, queda por profundizar sobre aquellas evidencias que puedan hacer referencia a las distintas etapas de dominación, según el desarrollo del mismo Estado.

Frecuentemente se habla de la dinámica en las formas de articulación entre los grupos sometidos por los incas. Los objetos y los rasgos arquitectónicos de ciertas estructuras quizás reflejen tanto las transformaciones ocurridas durante la anexión al *Tawantinsuyu* como las diversas formas que tuvieron los sucesivos Incas y, por lo tanto sus representantes, de concebir y entender el mundo en el transcurso del tiempo que duró la ocupación de la Quebrada de Humahuaca. En este sentido podemos reflexionar sobre la duración de ésta, la cual debió superar el siglo. Al manejar un plazo de tiempo

más prolongado se deben reinterpretar, por un lado, los modos de dominación considerando las sucesivas imposiciones estatales dadas las necesidades políticas de cada gobernante como pudo ser el aumento de la producción, y, por el otro, la respuesta de la sociedad local en dicho proceso de fortalecimiento del Estado, enraizamiento de una nueva identidad, homogeneización de los territorios y asimilación de los nuevos modos productivos.

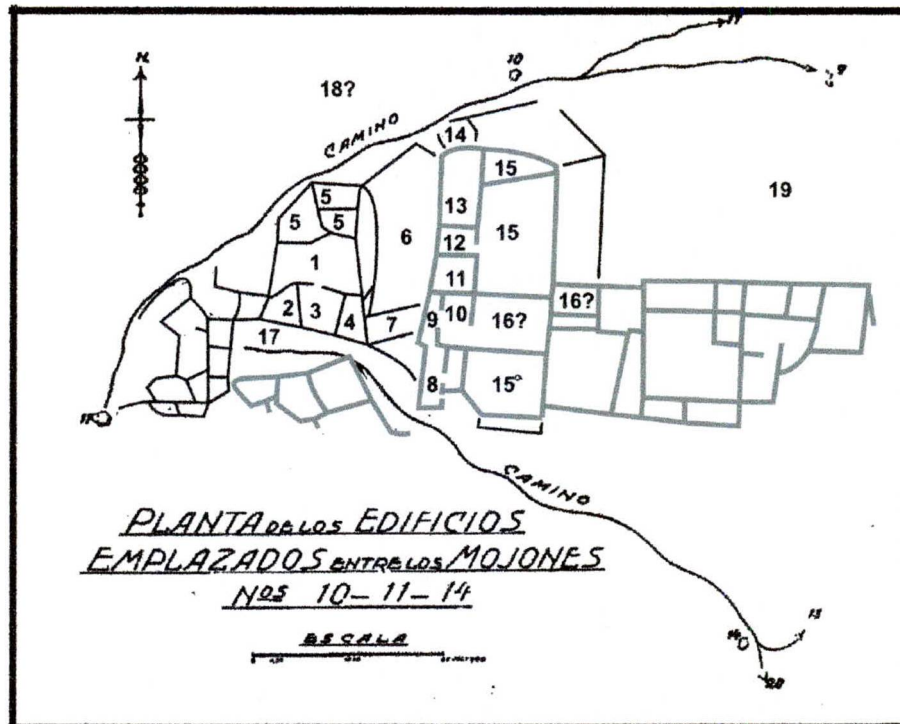
Si bien todos estos puntos serán profundizados en el Capítulo 7, 8 y 9 sobre la discusión de las evidencias, un punto que merece desarrollo en este apartado por tratarse de una cuestión cronológica es la culminación del *Tawantinsuyu*. Para 1536, Almagro realiza el primer ingreso hispano al NOA. No obstante, las poblaciones de esta región, como las de otras provincias del Imperio, debieron saber de forma prematura de la captura de Atahualpa en Cajamarca, ocurrida cuatro años antes, y la posterior entrada al Cusco. De allí que cabe preguntarse sobre la forma en cómo se reorganizaron las sociedades locales, en este caso de la Quebrada, durante estos incidentes y la ocupación efectiva del territorio en 1595, año en que los jesuitas Monroy y Añasco logran la pacificación de sus habitantes (Salas 1945).

Por seis décadas, los pobladores posiblemente quedaron a merced de las autoridades locales que representaban al Inca, como pudo ser el caso de Viltipoco (González A.R. 1982; Madrazo 1988). Así, a diferencia de lo esperado, al igual que en otras regiones del NOA se mantuvo la tradición incaica junto con una fuerte resistencia a la penetración europea (Tarragó 1984a). Esto posiblemente se deba a que las sucesivas generaciones que se desarrollaron bajo la sombra del Imperio llegaron a nutrir su identidad en una memoria que ya poco tenía que ver con el pasado local sin el influjo de lo incaico.

Para el área de Tilcara, esto quizás se exprese en el tipo de hallazgos recuperados en el cementerio hispano-indígena de La Falda (Rivolta y Nielsen 1996/1998; Mendonça *et al.* 1997, 2003; Bordach *et al.* 1998; Bordach 2006; Otero y Mercolli 2008). A partir del análisis de la cerámica recuperada en los distintos contextos mortuorios trabajados por Mendonça y Bordach, el cual venimos desarrollando con la Dra. Marchegiani, se puede registrar que si bien existieron transformaciones en la estructuración del diseño y en algunos de sus elementos, mayoritariamente se mantuvieron ciertos códigos de representación y valoraciones estéticas propias de la alfarería local del momento incaico. Tanto por ello como por la inclusión de elementos de origen europeo, para Mendonça *et al.* (2010) este cementerio estaría reflejando

situaciones de articulación incaica más que la presencia o contacto efectivo con el europeo. A pesar de las limitaciones del método radiocarbónico, cuando se realizan dataciones de épocas recientes ya que el margen de error se amplía, se podría decir que los rangos calibrados de los cuatro fechados que estos investigadores obtuvieron se incluyen principalmente en la etapa previa a la ocupación efectiva de la Quebrada producida a fines del siglo XVI, para la cual aún no se comprende en profundidad el proceso que tuvo lugar antes y después del ingreso del conquistador español a la región.

Para el Pucará, el rango temporal del fechado N° 1 (Tabla 5.1) también cae en esta etapa. No obstante, tal como se ha descrito, las características del contexto a partir del cual se obtuvo la muestra y el resultado arrojado por una segunda datación indican que se trata de un espacio ocupado principalmente durante el incaico. En cambio, otros rasgos y materiales que fueron registrados durante las primeras excavaciones del sitio, sí se pueden atribuir más claramente al momento hispano-indígena (Zaburlín y Otero 2013). Por un lado, en la Cima Ambrosetti menciona el hallazgo de un individuo joven sepultado en una estructura junto a la “Casa del Joyero”. Por los catálogos del Museo Etnográfico se pudo identificar que este espacio fue denominado como “Casa del Amurallado” (Figura 5.5, ver estructura 10).



Estructuras que se destruyeron.
  Estructuras que se conservan en la actualidad.

- |   |   |                                    |
|---|---|------------------------------------|
| 1) Casa de <i>Los Cobres</i> .                | 10) Entierro hispano- indígena              | 15) Línea de canchones.            |
| 2,3,4) Casa W5.                               | 11) <i>Pedernales</i> .                     | 16) <i>Torteros</i> .              |
| 5,6,7) Recintos al NyE de <i>Los Cobres</i> . | 12) <i>Altamirano</i> .                     | 17) Plaza.                         |
| 8) Piso enlajado.                             | 13) Recinto al norte de <i>Altamirano</i> . | 18) Faldeo Norte.                  |
| 9) Casa del <i>Joyero</i> .                   | 14) Estructura circular.                    | 19) Cercanías del <i>Morro 2</i> . |

Figura 5.5. Croquis con la ubicación de las estructuras de la cima. Tomado de Zaburlín y Otero (2013).

Algunos de los elementos que fueron incluidos en su ajuar resultaron ser similares a los hallados en los de La Falda. Entre ellos podemos mencionar una cinta de plata (MEJBA 5091), una placa también de plata (MEJBA 5092), un brazalete de metal (MEJBA 5096), cuentas venecianas (MEJBA 5097), restos de lanas rojas y de un arco de madera (MEJBA 5099) (Figura 5.6). Para otro sector de la Cima, cercano a la Barranca Norte, se distingue la aparición de una punta de hueso pedunculada (MEJBA 3791) (Figura 5.6) en una estructura que también por los catálogos sabemos que denominó “Casa de las Cenizas”. Vale mencionar que el tipo morfológico de esta punta difiere al de las conocidas como “puntas cola de golondrina” halladas en los Valles Calchaquíes (González y Tarragó 2005), e incluso a las recuperadas en La Falda de Tilcara (Mendonça *et al.* 1997, 2003).



*Figura 5.6. Fragmento de arco de madera (MEJBA 5099). Este ejemplar se encuentra conservado en el Depósito de Etnografía del Museo Etnográfico bajo el número 6876. Punta de hueso (MEJBA 3791).*

Por otro lado, como indicadores del momento hispano-indígena o del colonial temprano se cuenta con los discos de metal recuperados por Schuel (1930). Según González (1992) presentan diversos diseños de influencia europea que se pueden vincular a los dibujados en naipes de la época (Figura 5.7). También se los ha asociado a los motivos de la cerámica traída por los españoles y a ciertas imágenes impresas en biblias, santorales, libros, entre otros, que llegaban a América por distintos medios (Gluzman 2010).

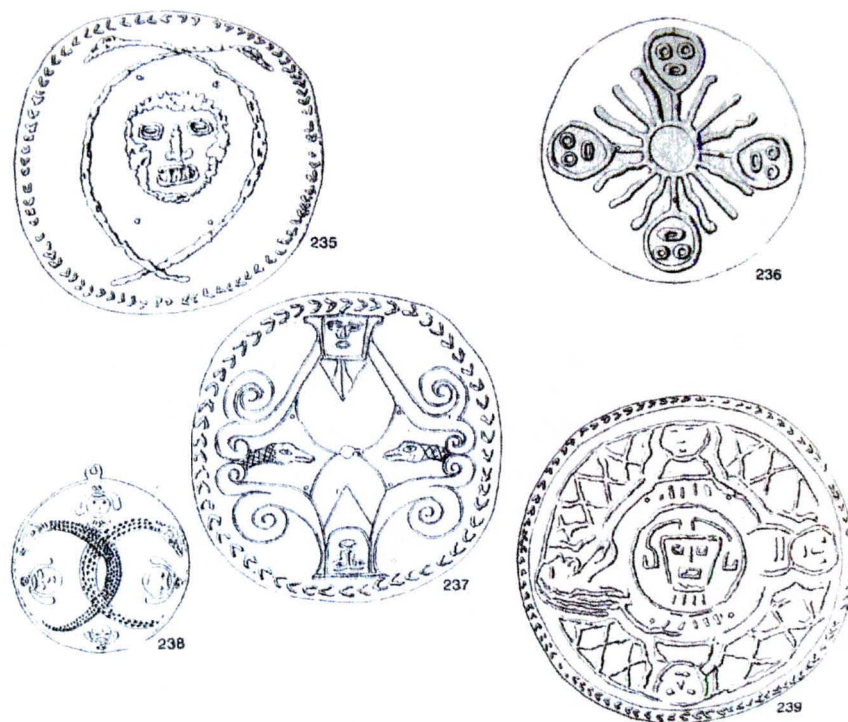


Figura 5.7. Placas metálicas correspondientes al momento hispano-indígena. Imagen tomada de A.R. González (1992, lámina 29).

Por último se cuenta con los hallazgos del cantarito y los fragmentos del puco de características hispano-indígena encontrados en los niveles superficiales de la Unidad Habitacional 1, así como de otras cinco piezas □ dos pucos, dos ollitas y un cantarito □ que fueron identificados en las colecciones y según su procedencia se hallaron en las Casas 54, 55, 86 (Figura 5.8), situadas en la Terraza Superior, y en una estructura de las “Casas ubicadas al Norte de la Barranca” (Figura 5.5, ver estructura 18).

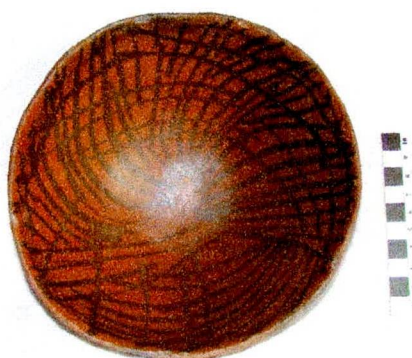


Figura 5.8. Puco atribuible al momento hispano-indígena (MEJBA 4153-MT 2554). Hallado en 1909 en la Casa 86.

Estas evidencias demuestran que diversos sectores del Pucará continuaron siendo utilizados al menos como espacios de enterratorio y como puntos de encuentro para desarrollar prácticas rituales relacionadas con el culto a los antepasados. Este fue el caso de la Unidad 1. Posiblemente, si se tiene en cuenta la mención de Debenedetti (1930: 104) sobre el hallazgo del entierro de un esqueleto completo de vaca en el Yacimiento 172, quizás estas prácticas hayan sido desarrolladas hasta mucho después de la constitución de la encomienda y del pueblo de reducción de Tilcara (Sánchez 1996).

Según Debenedetti, el animal había sido colocado en el centro de un recinto en una cámara de dos metros de diámetro construida con piedras y tapado con grandes lajas. Señala que este recinto también contenía el entierro de una persona adulta que tenía como inclusión mortuoria un *yuro* simple. Asimismo, a través de la correlación de la numeración de los yacimientos descritos en el libro de 1930 con los de las libretas de campo se pudo identificar que este hallazgo se realizó en la Casa 60, para la cual en los catálogos de ingreso se indica el hallazgo de tres piezas. Entre ellas hemos revisado un Puco Poma, que por el tipo de diseño de la banda negra podría atribuirse al momento incaico (MT 2363-MEJBA 4724). Es posible que el entierro del vacuno fuera realizado por algún descendiente de los pobladores del Pucará tiempo después de la desocupación del recinto, más aún si se consideran las transformaciones ocurridas durante la colonia.

Sánchez (1996) señala que la principal actividad de los únicos encomenderos de la comunidad y encomienda del pueblo de San Francisco de Tilcara entre 1593 y 1776, representados por el linaje de los Argañarás y Murguía, fue la actividad ganadera. Dado que los sucesivos encomenderos no se hacían cargo del sustento de sus indios, éstos adoptaron rápidamente los cultivos y ganados europeos generando un sistema de producción mixto, en el cual se combinaba la tradición local con la europea (Sánchez 1996: 153). El hallazgo del esqueleto faunístico resulta llamativo por tratarse de un bovino, pero no hay que dejar de contemplar la cantidad de entierros prehispánicos de animales, como pumas, zorros, aves, entre otros, en distintos espacios del Pucará. Evidentemente demuestra una persistencia en la significación de esas prácticas, un punto que se retomará en el Capítulo 9.

El reconocimiento de estos hallazgos, que se pueden atribuir al Colonial Temprano, permite reflexionar sobre el último tiempo de ocupación y abandono del sitio. Por un lado, ciertos contextos quizás correspondan a este primer momento, en que el Pucará continuó siendo aprovechado como lugar de residencia dado que todavía no se había producido la intromisión española en la Quebrada. Un ejemplo de ello pueden ser

el entierro en la Casa del Amurallado, la identificación de la punta de hueso en la Casa de las Cenizas y quizás los discos de metal con rasgos estilísticos europeos. Los materiales hallados en esos espacios también hacen referencia a la circulación de bienes durante esa época y a sus biografías. Es posible que ciertos objetos llegados del Viejo Mundo, al resignificarse y cargarse de distintos valores simbólicos, hayan ingresado en los circuitos regionales de intercambio. La punta de hueso, al igual que las halladas en La Falda o en otros sitios del NOA, podría reflejar la interrupción del tráfico con ciertas zonas específicas, lo cual pudo afectar el suministro de ciertas materias primas como la obsidiana. De allí que se hayan buscado nuevos materiales para su reemplazo, en lo que debió influir la presencia de gente (*mitmakuna*) procedente de tierras bajas, dado que las puntas cola de golondrina son características de Santiago del Estero y Sierras de Córdoba (M.N. Tarragó com. pers., 2013).

En relación al momento de abandono del Pucará, cuando sus pobladores fueron impulsados a residir en la actual planta urbana de Tilcara, posiblemente aquel continuó funcionando como un espacio simbólico y de referencia identitaria, al cual solo quizás pudieron retornar en contadas ocasiones en las que habrán aprovechado a desarrollar algunas prácticas rituales. El vínculo con sus antepasados, dada la necesidad y costumbre andina de continuar compartiendo la vida diaria con los difuntos, habrá provocado que el desarraigo fuera más fuerte. Más allá del impacto de la conquista, este distanciamiento de los muertos debe haber marcado profundamente la esencia de la vida cotidiana.

Por otro lado, además del abandono del sitio hay que tener en cuenta los movimientos demográficos que llevaron al declive poblacional del pueblo de Tilcara en el primer siglo de la ocupación española. Sánchez (1996) señala que para 1631 d. C. la población se había reducido entre un 30 y 40% en comparación al momento de la conquista. Si bien, el método con el cual se realizó un tercer censo presentó irregularidades, los resultados que arrojó eran alarmantes. Revelan que para fines del siglo XVII se había alcanzado una disminución del 75% en relación al recuento realizado 24 años antes. Junto al exterminio causado por las enfermedades, las bajas tasas de nacimiento, la fuga y la mortandad en general, ciertos datos novedosos proporcionados también por las fuentes etnohistóricas sirven para comprender la dinámica de la población local durante esta época.

Esta información inédita ha sido brindada por la Lic. Carolina Rivet. En el Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia para el año 1646 identificó la siguiente cita

en el documento que tiene por título “Los dueños de las nuevas minas de oro de Santiago de Rinconada y el cerro de los Apóstoles, términos de la ciudad de Salta, provincias de Tucumán, sobre que se les permita sacar indios de mingas y de mita de los pueblos de Cochinoca, Casavindo y Humahuaca. Se nombran los siguientes lugares: asiento de la mina de oro de Santiago de la Rinconada jurisdicción de la ciudad de San Fco de Salta, Calahoyo, Guadalupe, asiento de minas de plata de Cochinoca, valle Rico”.

Minas-62/438

*“Alonso Pinto en nombre de Jacinto de guzman Francisco de Lara y demas mineros del asiento nuevo de Santiago de la Rinconada jurisdicción de la ciudad de Salta gobernacion del tucumán: digo que los suso dichos han descubierto el dicho asiento en que hay minas muy ricas yn Vuestra Real persona es interesado en sus Rs quintos; los cuales no van en aumento por falta de indios que trabajen en otras minas y porque están cercanos al dicho asiento asiento los pueblos de Cochinoca, Casavindo y Omaguaca.- Pido y suplico mande despachar su Rl Provisión para que los dichos mineros puedan alquilar en dichos tres pueblos los indios que de su voluntad quisieren ir a trabajar a dichas minas pagandoles su trabajo sin que se lo impidan las justicias de jujuy, curas ni encomenderos de dichos pueblos ni otra persona alguna por ser en aumento de la Rl hacienda en que .. con justicia.”*

Por otro lado, en este mismo archivo, para 1679/1680, bajo el título “Los vecinos del asiento de San Pedro, provincia de Atacama la Alta, pidiendo se les ampare y fomite en la labor de los minerales que descubrieron a las veinte leguas el alférez Diego Martín Flores y los capitanes Mateo del Aguila Bullón y Miguel de Carrazana”, detectó la siguiente cita:

*“...el señor fiscal protector y papeles que presenta se cumplira[?] la merced de los treinta indios hecha al capitan Pablo de Espinosa en los repartimientos de los Lipas y de los pueblos de cochinoca casabildos sucocha omaguaca y tilcaras [...] por la que mando que la provision despachada en favor del capitan Pablo de Espinosa de la merced que se le hico de treinta indios de mita para la labor y veneficio de sus minas...”*

Ambas citas mencionan la petición del traslado desde el pueblo de Omaguaca y, particularmente en esta última desde el de Tilcara, de indios para ser afectados en algunas de las minas explotadas en la Puna. Este tipo de traslado, que debió ser frecuente, debió afectar sensiblemente la composición de la población de la Quebrada. En ambas citas se puede distinguir que los indios de estos pueblos eran recluidos para

trabajar bajo distintos regímenes. Como en otras fuentes, en una de ellas se alude a la mita, pero lo notorio de la primera es que se exprese que existía la posibilidad de alquilar indios, y que bajo su propia voluntad concurrieran a trabajar a cambio de una paga. Esta última mención puede dar cuenta de la condición particular en la que ciertos indios se encontraban como para sostener flexibilidad en la movilidad de la mano de obra.

Por siglos, los *Tilcaras* lograron resistir las transformaciones internas de la economía y la sociedad colonial. Si bien una de las principales estrategias que tuvieron fue la capacidad para conservar su patrimonio ancestral y sus mandos naturales (Sánchez 1996), quizás la más importante fue la interdigitación de las poblaciones (Martínez 1999). Las presiones para lograr su subsistencia habrán puesto en juego una vez más la interacción y las alianzas entre diferentes grupos con el propósito de acceder a distintos ambientes. De las fuentes se desprende que estas alianzas, que existieron desde “tiempo inmemorial”, no eran privativas de los curacas y que se extendían a toda la población (Sánchez 2004). Así nuevamente se demuestra que una pieza fundamental de este interjuego de espacios, recursos y personas fueron las unidades domésticas, encargadas de crear diferentes vínculos de parentesco a través de las alianzas matrimoniales o el compadrazgo.

### **5.3. El Pucará en el marco local**

El conjunto de dataciones con el que se cuenta hasta el momento para el Pucará de Tilcara contribuye a analizar la historia de ocupación de este sitio en el marco local. En primera instancia y si se considera la discusión desarrollada sobre los resultados arrojados por los fechados realizados décadas atrás, solo podemos establecer una simultaneidad en la ocupación de este sitio con dos de los numerosos sectores intervenidos en la planta urbana de Tilcara: El Manzano y La Falda (Figura 5.3). En el caso de La Falda, esta simultaneidad se visualiza por la presencia de materiales de características similares, a diferencia de El Manzano que solo se da por la correspondencia entre los rangos temporales proporcionados por los fechados.

Como todas las intervenciones en el casco histórico de Tilcara, El Manzano fue abordado en el marco de un rescate arqueológico, no pudiendo por lo tanto trabajar en área. Los resultados de dos fechados permiten estimar para este hallazgo un rango

temporal de 1290 - 1430 d. C. (68,2% de probabilidad). Estos fechados fueron realizados en el LATYR en el año 2008, por lo que es factible compararlos con los realizados recientemente en el Pucará. Tomando en cuenta la datación n° 14 de la UH1 (Tabla 5.1) podemos decir que al menos este sector pudo estar ocupado en cierta manera contemporáneamente a El Manzano, no obstante se presenta una discrepancia a la hora de correlacionar los restos materiales.

El Manzano es un contexto mortuorio, donde aparecieron un individuo enterrado de forma directa, más los restos esqueléticos de otros dos adultos y un niño, desarticulados y entremezclados (Seldes 2009). Asociados a estas inhumaciones se hallaron cuarenta piezas de cerámica atribuibles al estilo Isla, cuatro puntas pedunculadas de obsidiana, un lito formatizado, una pinza de cobre, una falange de camélido, un fragmento de arcillita, uno de limonita y un pan de arcilla pintado en morado. Estos últimos fueron colocados de forma próxima entre sí, posiblemente para transmitir ciertos mensajes simbólicos a través de sus colores. También se observaron restos de pigmento rojo en la superficie de una vasija y en una de las puntas de proyectil, probablemente este polvo rojo fue esparcido por el contexto del entierro.

En líneas generales, entre las piezas cerámicas se pueden mencionar pucos Interior Negro Pulido de paredes evertidas, restringidos y subhemisféricos; piezas antropomorfas, una cara blanca y una del tipo no local similar a las descritas por Debenedetti para La Isla (Debenedetti 1910: 184, fig. 135 y 186, fig. 136); una taza de asa lateral, ollas, un vaso biglobular y otro chato, cantaritos tricolor, entre otros. El resultado de los fechados obtenidos en este contexto difiere de otros que presentan materiales cerámicos con características semejantes a las de las piezas aquí halladas. Tal es el caso de los sitios San José y La Isla, los cuales han aportado resultados más antiguos, próximos al Siglo XI y XII d. C. (Rivolta 2000; Nielsen 2007a). Al igual que sucede con la sumatoria de los resultados del Pucará, las dataciones de El Manzano quizás también puedan servir para reorganizar el esquema cronológico del área, considerando la distribución de los hallazgos tanto en la planta urbana como en el mismo Pucará.

Los hallazgos más antiguos corresponden al primer milenio de la era. Estos fueron descubiertos en la planta urbana de Tilcara. Se trata de Malka (Nielsen 2001), Til 20- Calle Belgrano (Mendonça *et al.* 1991) y Til 22- Calle Lavalley y Sorpresa (Rivolta y Albeck 1992; Rivolta 1996; Tarragó y Albeck 1997), Intiwayna (Rivolta *et al.* 2006) y Flores 1 (Seldes 2006) (Figura 5.3). Estos sitios, según las dataciones de dos de ellos, se

ubicarían entre el 700 y 900 d. C. Esta tendencia lleva a un replanteo cronológico para el siguiente momento ya que, tal como menciona Rivolta (2003), se produce un desfase en los límites temporales de lo que se dio en llamar Período Medio en torno a la periodificación clásica (Otero y Rivolta 2013). Entre los sitios que se atribuyen a este momento por las características de sus materiales se cuenta con el rescate realizado en la Calle Jujuy por Albeck y Ruiz, al que se le suma El Manzano, los sepulcros dispersos detrás de las barrancas de la Iglesia Parroquial trabajados por Debenedetti en 1921, una excavación dirigida por Casanova en 1937 sobre la Calle Belgrano, los entierros encontrados en la línea de ferrocarril, descritos por Boman (Rivolta 2003), y un reciente hallazgo, también sobre la calle Sorpresa, correspondiente a un entierro de un individuo con dos piezas del tipo Isla como ajuar. Este último rescate, denominado Hotel Las Marías, aún no ha sido datado.

Estos sitios, si se consideran los fechados de El Manzano se podrían plantear como contemporáneos a la ocupación de la Unidad Habitacional 1 del Pucará (al menos en cuanto al fechado n° 14, Tabla 5.1). Sin embargo, los registros materiales difieren completamente. Hay que tener en cuenta que la fecha datada pudo corresponder a cualquier segmento temporal dentro de los límites que se establecen a partir de la calibración de los datos absolutos. Es decir un resultado que refleja una ocupación con una incertidumbre de aproximadamente 100 años al contemplar el 68% de probabilidades, sobre todo para las dataciones convencionales por C14, en realidad seguramente correspondió a un margen más breve, ubicado en cualquier segmento de ese rango. De allí que las dataciones de El Manzano bien podrían corresponder al momento más temprano del lapso, ubicado a finales del Siglo XIII pudiendo coincidir con la transición entre los siglos XIII a XIV cuando se dieron procesos de reorganización en los sitios de la región; mientras que el fechado n° 14 podría representar una ocupación correspondiente a la época tardía o intervalo 3. Más allá de todas estas dificultades originadas por la imprecisión de la técnica radiocarbónica, esta diferencia se observa en el registro material, ya que no encontramos casos certeros de superposición o mezcla de materiales que asignamos a uno y otro intervalo.

En el Pucará, tal como se dijo, dada la escasez de materiales con procedencia cierta correspondientes a los primeros siglos del segundo milenio, posiblemente las ocupaciones fueron más tardías. Así, el esquema temporal del área se compondría en el primer milenio y primeros siglos del segundo (intervalos 1 y 2) por sitios ubicados en la planta urbana de Tilcara, y para la época tardía pre e incaica (intervalo 3) por el Pucará

de Tilcara. A pesar del gran número de rescates que se han realizado en los últimos años, no se han encontrado contextos en el casco urbano de Tilcara que puedan atribuirse al intervalo 3, lo que no implica que no existan. Asimismo, esto se deberá actualizar según los datos proporcionados por las investigaciones que se están desarrollando en Huichairas. Los dos resultados radiocarbónicos con los que se cuenta hasta el momento, calibrados al 95% de probabilidades, abarcan un rango temporal del 1260 al 1430 d.C. (P.H. Mercolli com. pers., 2013).

La ocupación del Pucará, en un comienzo, se debió dar de forma dispersa, más precisamente en las laderas aterrazadas. Quizás, en un futuro se pueda aclarar si para la época tardía preincaica este tipo de ocupaciones también se desarrollaron en los faldeos del piedemonte del Cerro Negro de Tilcara, dado que por encima de los entierros identificados en El Manzano se observó en el perfil sudeste una ocupación más reciente que aún no ha sido datada. Más allá de esta indeterminación para esta época, es posible afirmar que durante el momento incaico se produjo una gran aglutinación del asentamiento, evidenciada en la densidad de la traza edilicia. En el Pucará se debió concentrar un alto porcentaje de la población del área, sin considerar la mano de obra residente en los campos agrícolas de Alfarcito.

La planta urbana de Tilcara nuevamente se ocupó durante el siglo XVI, durante el momento hispano-indígena (*intervalo 4*). Por las evidencias materiales compartidas con el Pucará, siendo que la “Casa del Amurallado” se encontró en la Cima del poblado, los entierros de La Falda quizás estén reflejando que se buscaba una determinada altura para realizar este tipo de inhumaciones, presumiblemente de personas con un alto rango social por el tipo de tratamiento mortuario. La Falda se encuentra ubicada a 2.500 msnm, la misma cota que el sector cuspidal del Pucará. Este tipo de modalidad de entierros debió guardar relación con la sacralidad de los cerros, expresada también a través del culto a los ancestros.

Del mismo modo, se puede registrar una distribución espacial homogénea en relación a las alturas en las que se encuentran emplazados los sitios estudiados para cada intervalo temporal. Este ordenamiento seguramente tenga que ver con la fisonomía del paisaje de cada época. Los constantes volcanes y las crecidas tanto del Río Grande como del Huasamayo debieron constituirse como uno de los principales agentes naturales modificadores del relieve. De allí que si bien se ha avanzado parcialmente en el estudio de las sociedades del final del primer milenio y de los primeros siglos del segundo, aún no se ha podido avanzar en el registro de las ocupaciones más antiguas. A

manera de ejemplo, cabe aclarar que en el caso de El Manzano, esta ocupación se detectó a dos metros de profundidad durante la construcción de un pozo ciego. Por encima de este hallazgo, tal como se mencionó en los perfiles se pudo identificar una ocupación posterior, separada por las coladas de sucesivos volcanes. En el caso de Malka, el aterrazado del terreno para la construcción de viviendas dejó expuestos diversos contextos a más de cuatro metros de profundidad.

En la transformación del paisaje también incidió profundamente las continuas modificaciones del casco histórico a lo largo del tiempo. De allí que más allá que no se estén desarrollando investigaciones arqueológicas que se orienten al estudio del momento histórico, no haya aparecido hasta el presente ningún contexto atribuible a la colonia o la época republicana, quizás por tratarse de un palimpsesto de ocupaciones.

A modo de conclusión se puede afirmar que la historia del Pucará de Tilcara no se puede comprender sin abordar el marco local. En el área de Tilcara, a diferencia de otros sectores de la Quebrada, se registra una continuidad en los procesos del desarrollo sociocultural de las poblaciones locales. Tal como se ha demostrado, desde inicios del primer milenio no existe ningún intervalo cronológico para el que no contemos con evidencias arqueológicas o etnohistóricas. Por otro lado, este desarrollo se vio marcado por ciertos hitos que llevaron a un uso diferencial del espacio, transformando el paisaje. En las distintas materialidades se pueden identificar los sucesivos cambios sociopolíticos que pareciera que se intensificaron a partir del primer milenio. No obstante, quizás esto responda al bajo grado de resolución de los procesos previos, producto de la baja visibilidad de los registros. Para el segundo milenio de la era, demás está decir que los procesos que más cambios provocaron fueron la dominación incaica y la española. En este contexto, el Pucará es un testimonio directo de ambas conquistas. De allí que el estudio de algunos de sus espacios intervenidos, las características de su arquitectura y de los materiales recuperados a lo largo de más de un siglo de trabajo arqueológico nos brinde un panorama bastante acertado sobre su historia en el pasado local.

#### **5.4. Síntesis del capítulo**

En este capítulo se presentaron los resultados del conjunto de fechados obtenidos para el Pucará en las últimas décadas. Se trata de 22 dataciones, de las cuales nueve corresponden a los trabajos de Tarragó (Tarragó y Albeck 1997), mientras que las

restantes fueron procesadas con muestras de distintos sectores del sitio recuperadas en el marco de esta investigación. El análisis de este conjunto y su correlación con las características de los materiales asociados a cada fechado permitió abordar la secuencia temporal de las ocupaciones de este poblado. A su vez, se trabajó esta secuencia contemplando los resultados de las investigaciones desarrolladas en el área alrededor del Pucará, las que también proporcionaron un importante número de fechados.

La organización de todos estos resultados permitió identificar ciertas discrepancias en torno al uso de las cronologías clásicas, de allí que se propusiera un nuevo marco explicativo para abordar las instancias de ocupación de Tilcara. Para ello se sintetizó la información en cinco intervalos temporales que se suceden y superponen dinámicamente, abarcando un amplio rango temporal entre el primer y segundo milenio de la era. Dentro de este esquema cronológico se discutió el inicio de las ocupaciones del Pucará, posiblemente desarrolladas durante los primeros siglos del segundo milenio aunque muy difíciles de observar por la continuidad de las ocupaciones, especialmente la que implicó la máxima densidad, a partir de la conquista incaica. El abandono se habría producido también gradualmente, con un uso restringido al entierro de difuntos y prácticas rituales primero, en el momento hispano-indígena o colonial temprano, y luego un abandono definitivo con el establecimiento efectivo de la colonia. Se propuso que las ocupaciones en el Pucará se dieron como un *continuum* durante la época tardía, atravesando dos situaciones de impacto con la conquista incaica e hispánica. Para este último proceso de dominación, además de trabajar desde las distintas materialidades se incluyó información provista desde las fuentes etnohistóricas.

# Capítulo 6

## BIOGRAFÍA DE LOS OBJETOS Y CONTEXTOS



*“La circunstancia de no haberse publicado la segunda parte hace preciosos estos datos que esperan al investigador que quiera completar la tarea con la descripción de los millares de objetos de este yacimiento que se encuentran en el Museo Etnográfico”.*

Extracto de la disertación de Casanova  
durante el homenaje a Debenedetti  
en el Instituto Nacional de Antropología.  
(Casanova 1966/1967)

Este encabezado, de algún modo, sirve para anticipar lo que se va a desarrollar en este capítulo de la tesis. Las palabras de Casanova hacen referencia a la que iba a ser la segunda parte del libro de Debenedetti, correspondiente a la descripción de los materiales hallados en el Pucará durante las excavaciones desarrolladas a lo largo de las tres primeras décadas del Siglo XX. La muerte prematura de este investigador hizo que no llegara a completar su obra. Si bien tal como se expresa en esta frase se trata de millares de objetos, aquí se presenta parte del análisis de estos materiales.

En el apartado metodológico se hizo mención sobre las características, el tipo de abordaje y la dificultad para realizar el estudio completo de las colecciones depositadas en los Museos Etnográfico “J.B. Ambrosetti” y Arqueológico “Dr. E. Casanova” (FFyL-UBA). Más allá de estos inconvenientes a continuación se presentan los resultados del análisis formal de diversos tipos de objetos, haciendo énfasis en la identificación e interpretación de las representaciones registradas en algunos de ellos, dando a conocer nuevos materiales y planteando diversas referencias acerca de su registro en otras áreas de los Andes. Asimismo, quizás uno de los puntos más destacados sea la recomposición de los contextos de aparición a través de la organización de las asociaciones entre los distintos materiales y su distribución en el interior del sitio.

En líneas generales este enfoque permitió que, detrás de los atributos estilísticos y funcionales, los artefactos proporcionaran información acerca de la interacción social que involucró a las personas y a dichos objetos creando distintos significados (Gosden y Marshall 1999). Tal es así que a partir de la *biografía de los objetos*, atendiendo a la definición de la variabilidad espacio-temporal de los mismos y a la caracterización de los contextos de uso de las diversas categorías de bienes se pudieron establecer pautas de consumo diferencial, reflexionar sobre la funcionalidad y el significado colectivo de



algunos de ellos y caracterizar la producción especializada de bienes artesanales durante el momento de ocupación incaica del Pucará.

A partir de este abordaje se logró de manera parcial recuperar las etapas previas de la vida social de estos objetos, anteriores a su destino final como materiales de colección, canje o exposición, y en el caso de algunos de ellos, de investigación.

### 6.1. Estudio de los objetos de colecciones museológicas

La muestra analizada se compone por 659 objetos confeccionados en distintas materialidades (Tabla 6.1). Este conjunto abarca una amplia variedad de elementos. Muchos de ellos son similares a los descritos en las investigaciones regionales mientras que otros resultan novedosos. De allí también el valor de este análisis, no solo por la reconstrucción de las procedencias sino también por la presentación de nuevos objetos.

Objetos del Pucará de Tilcara							
Cerámica	Vegetal	Metal	Hueso	Valva	Piedra	Trozos de mineral	Total
314	41	45	114	7	129	9	659

Tabla 6.1. Cantidad de objetos analizados de las colecciones del Pucará.

En lo que refiere a su ubicación en el Pucará, los materiales analizados se ordenaron desigualmente. De los 659 objetos, a 196 de ellos no se les pudo adjudicar una ubicación precisa. Algunos solo cuentan con la referencia del año de hallazgo, lo que puede aportar una estimación sobre el sector de origen según las intervenciones realizadas en cada época. Por ejemplo para 1908 se cuenta con 34 piezas sin ubicación, para 1909 también con otras 34, para 1910 con 45, 1917 y 1918 con una respectivamente, para 1919 con tres, para 1922 con 17, para 1929 con una, para 1971 con 7, y para 1972 con dos. Asimismo 26 no presentan año de hallazgo, dos tienen un error en la numeración en relación a la descripción del objeto, y 23 fueron donados (Figuran como “Donación Don Debenedetti” del año 1915 y “Donación Prof. Morteo” del año 1922). Los objetos correspondientes a los años 1971 y 1972, sumados a otros tres que no tenían fecha de ingreso, fueron hallados durante las excavaciones dirigidas por Casanova. Si bien estas piezas se depositaron en el Área de Reserva del Museo



Arqueológico de Tilcara no se consignó su ubicación dentro del Pucará. Solo para un lote de cinco piezas de cerámica se indica que fueron recuperadas en un “sepulcro a la vera del camino”. Siguiendo los datos aportados por algunos miembros del personal del Instituto Interdisciplinario Tilcara que participaron en estas excavaciones se pudo determinar que se trata del ex□camino de vehículos.

Los objetos que poseen procedencia cierta ascienden a un total de 463, lo que representa el 70% de la muestra. Si se tiene en cuenta la amplia dispersión de los materiales, producto de los canjes y las divisiones de los conjuntos, sumada a los numerosos inconvenientes que surgieron durante el estudio de las colecciones, este porcentaje resultó ser sumamente alentador a la hora de establecer asociaciones y recomponer los contextos. Se pudo comprobar que estos 463 materiales se distribuyeron entre 139 conjuntos correspondientes a la Acrópolis, el Morro 2, numerosas Casas y Yacimientos, Tumbas numeradas localizadas entre estas estructuras, y las Necrópolis. Estos edificios y áreas se ubican en diferentes sectores del sitio.

Si bien el número de conjuntos estudiados es alto, permitiendo brindar muchísima información sobre las prácticas de los antiguos pobladores en distintas áreas, es relativamente bajo en proporción a la cantidad de espacios intervenidos por los primeros investigadores abocados al estudio del sitio. Por un lado, Ambrosetti menciona en su diario el trabajo de excavación realizado en 19 lugares de la cima. A éstos se les suman los 212 Yacimientos descritos por Debenedetti (1930), quien además señala que por lo menos se realizaron 150 intervenciones más en distintos sectores, que él no incluyó en su libro por revestir menor importancia. Asimismo advierte que ante los más de doscientos sepulcros descubiertos en las distintas Necrópolis solo describió 26 (Debenedetti 1930: 128). Por otro lado no se cuenta con el registro de procedencias de las excavaciones realizadas por Casanova, las que debieron aportar un gran número de materiales si se considera la amplia tarea de limpieza y reconstrucción de edificios.

Aún abordando una fracción de estos trabajos, a más de un siglo de la primera de estas intervenciones, resultaba necesario aprovechar la información que se generó en cada una de estas excavaciones. Se trata de volver a darle valor y significado a esos objetos que se han conservado por décadas en los depósitos mediante un proceso de reactivación de sus biografías.

Debido a que en los últimos años profundizamos los estudios en el conocimiento de la cerámica, en esta tesis se hace hincapié en estos materiales. No por ello las restantes materialidades son menos importantes. Sin embargo, en este caso, y ante la



escasez de textiles, la alfarería adquiere un valor extra por ser uno de los soportes más ilustrativos de las representaciones sociales prehispánicas.

En esta muestra se analizaron 314 piezas de cerámica, de las cuales 9 no son vasijas. Se tratan de un tortero, dos posibles tubos y seis objetos vinculados a la producción metalúrgica (tapones de cuchara, moldes y un tubo para insuflar fogones). Estos elementos serán descriptos posteriormente. A continuación se presenta la clasificación estilística de los recipientes cerámicos.

## **6.2. La muestra cerámica**

En relación a la composición del conjunto (N = 305), el 54% de la muestra (N = 163) está representado por los estilos cerámicos tardíos de Humahuaca (Figura 6.1), mientras que el 25% (N= 77) corresponde a cerámica inca local. Dentro del conjunto no local (N= 55), el 8% (N= 25) está representado por piezas de estilos incaicos, y el 10% (N= 30) por vasijas atribuibles a estilos tardíos de otras regiones del área centro sur y meridional de los Andes (Figura 6.1).

Por otro lado, solo se detectaron cuatro piezas correspondientes al momento Hispano-Indígena, halladas en estructuras que presentan materiales de la época incaica (Figura 6.1). Esta baja representación de cerámica post-inca, en lo que refiere a la composición del conjunto, es comparable a la cantidad de piezas atribuibles al segundo intervalo (ver capítulo 5), que tal como se detalló solo cuenta con seis vasijas del tipo Isla (Figura 6.1), de las cuales solo una presenta procedencia cierta. Estos valores sirven para avanzar sobre las características de la historia de ocupación del sitio. Si bien demuestran una prolongada ocupación del morro, el alto porcentaje de materiales cerámicos asignables a la época tardía (97%, N= 295) reflejan el lapso de mayor densidad de su ocupación.



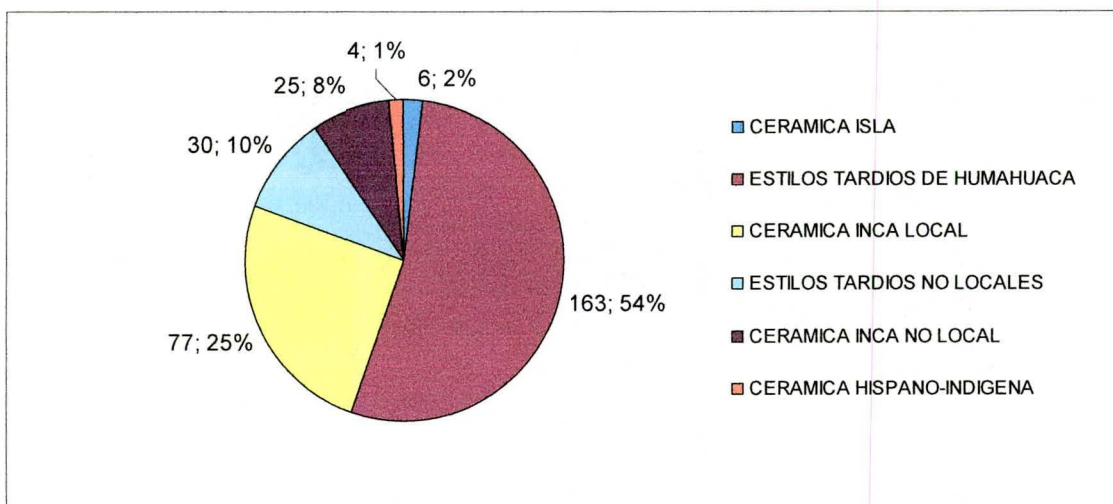


Figura 6.1. Porcentaje de piezas correspondientes a los diferentes grupos estilísticos.

Además de la proporción de alfarería atribuible a cada momento, la densidad de las ocupaciones se ve reflejada en la distribución intrasitio de los objetos correspondientes a cada época. Entre los 139 conjuntos de hallazgos recuperados en diferentes sectores del Pucará por Ambrosetti, Debenedetti y Casanova que aquí se analizan, 96 de estos conjuntos incluyen cerámica con procedencia cierta (N= 242). En 55 de estos 96 se pudieron identificar vasijas correspondientes al momento de ocupación incaica. Calculado en porcentajes sería el 57 % de los espacios estudiados, los cuales se distribuyen tanto por la Cima como por la Terraza Superior y Faldeos Suroeste, Sur y Este del Pucará.

Esta alta representación de cerámica inca, además de brindar un amplio panorama de los tipos cerámicos que principalmente se produjeron, consumieron y circularon durante este momento, tal como se expresó en la discusión sobre la cuestión cronológica, sirve para demostrar que el registro material se ve mayormente representado por elementos correspondientes a la última época de ocupación del sitio. Si bien aparecen evidencias hispano-indígenas, en su conjunto abundan los materiales del momento previo. Esta diferencia en la composición de los conjuntos posiblemente refleje el intervalo de abandono del poblado para uso residencial.

A continuación se abordan las características estilísticas de los conjuntos locales y no locales atendiendo al lugar de aparición de los objetos seleccionados para ejemplificar las distintas variantes. A partir de la procedencia de cada pieza cerámica se buscó establecer cruces para definir conjuntos de materiales recuperados en un mismo sector (por ejemplo, Alrededores del Morro 2, Necrópolis Norte, Acrópolis, entre otros),



Casa o Yacimiento, tumba o piso de ocupación. La precisión de estos cruces dependió mucho del detalle de la información vertida en los catálogos de ingreso de los museos y la registrada por Ambrosetti (1908; Zaburlín y Otero 2013), Debenedetti (1909/1910, 1918/1919, 1928/1929, 1930) y Casanova (1950, 1970, 1971). Así se determinaron distintos grados de verosimilitud para los conjuntos de objetos. En diferentes casos solo se indica su ubicación dentro del Pucará, ya que no se cuenta con otros datos que amplíen su condición de hallazgo. En otros se hace referencia a la coexistencia con otros materiales, lo que implica que no se pudo especificar su asociación a otros objetos recuperados dentro del mismo contexto. No obstante, se menciona a los objetos que presentan la misma procedencia, es decir que forman parte del mismo conjunto de hallazgos, y que aquí fueron analizados. Por último, en los casos que fue posible precisar se hace mención a la asociación de las piezas a otros elementos dentro de un contexto específico (Tarragó 1989; Lumbreras 2005).

La asociación de ciertas piezas resultó de gran utilidad para evaluar la continuidad o no del uso y circulación de los estilos tardíos tanto locales como no locales durante la época incaica. Asimismo sirvió para determinar ciertas transformaciones estilísticas en los conjuntos locales a partir de la anexión imperial. Con esto se pretende un aporte a la construcción de una tipología ajustada para la región, dado que a pesar de que la alfarería de la Quebrada fue una de las materialidades más estudiadas desde principios de Siglo XX, aún resta por ordenar secuencialmente y delimitar las características de las variantes estilísticas correspondientes a cada momento histórico.

### **6.3. El conjunto cerámico local**

El 79% de la muestra analizada (N= 250) está representado por alfarería de la Quebrada de Humahuaca. Dentro de este conjunto, además de las piezas Isla e Hispano-indígena, se distinguieron dos grandes grupos. Por un lado, la cerámica correspondiente a los estilos tardíos de Humahuaca, que como se remarca en la Figura 6.1, son predominantes y, por el otro, piezas atribuibles a los estilos incaicos de la región. En la Tabla 6.2 se presentan las distintas clases morfológicas y estilísticas identificadas para cada grupo. En mayor medida abundan los estilos representados por formas abiertas. Esto se debe a lo señalado sobre la composición de las colecciones. Durante las



primeras décadas del Siglo XX, las investigaciones arqueológicas estaban orientadas a recuperar objetos completos para la conformación de secuencias tipológicas y la exhibición de materiales en los Museos. De allí que prevaleciera la excavación de los contextos funerarios, en los cuales las piezas incluidas como acompañamiento mortuario se conservaron de mejor manera que las de los pisos de ocupación. Esta mejor preservación en parte se debe a que principalmente como ofrendas se colocaban formas pequeñas tales como pucos y piezas restringidas chicas.

Estilo / Forma	Isla	Humahuaca						Humahuaca Inca						Ord	RPA	JP	AChIL	PN/R	HI	TOTAL
		N/R	N/M	N/C	INP	ICP	IRP	N/R	N/M	N/C	MP	INP	ICP							
Fuente		1						6	2											9
Puco	3	42	4	3	19	2	1	20	2	1	1				2	1		29	2	131
Puco con asa lateral																				15
Plato ornitomorfo								7												7
Vaso Kerriforme									1											1
Jarra								1							5					6
Cuenco	2	3	1												1					7
Cuenco con pico															1					1
Cuenco con asa lateral															1					1
Olla	3							1							1	2	3	1	2	13
Ollita	1	2	2	1				5	1						2	2				14
Cántaro		9						1							2	2		1		15
Cantarito		7						2												10
Aríbaloide								5												5
Pelike								6												6
Figura modelada															1	1				1
Vaso chato		2													2					6
Taza															1					2
<b>TOTAL</b>		<b>6</b>	<b>69</b>	<b>7</b>	<b>5</b>	<b>19</b>	<b>3</b>	<b>54</b>	<b>6</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>10</b>	<b>5</b>	<b>17</b>	<b>7</b>	<b>1</b>	<b>3</b>	<b>29</b>	<b>4</b>	<b>250</b>

Referencias: N/R: negro sobre rojo; N/M: morado; N/C: castaño; Humahuaca INP: Interior Negro Pulido; Humahuaca ICP: Interior Castaño Pulido; Humahuaca IRP: Interior Rojo Pulido; Humahuaca Inca MP: morado pulido; Humahuaca INP: Interior Negro Pulido; Humahuaca Inca INC: Interior Castaño Pulido; Ord: Ordinario; RPA: Rojo Pulido o Alisado; JP: Juella Policroma; AChIL: Angosto Chico Inciso Local; PN/R: Poma Negro sobre Rojo; HI: Hispano-indígena

Tabla 6.2. Clasificación del conjunto cerámico local.



### 6.3.1. Estilos Tardíos de Humahuaca

Entre los diferentes estilos que caracterizan a las sociedades de la última época prehispánica de la Quebrada, el Humahuaca N/R se constituye como el más emblemático. Su distribución y alta frecuencia de aparición reflejan una marcada regionalización estilística, la cual posiblemente se vinculó a la consolidación de identidades y territorios políticos (Nielsen 2001; Nielsen y Boschi 2007a).

Entre las piezas analizadas atribuibles a este estilo se distinguen una gran variedad de formas como pucos, fuentes, cántaros, ollas, cuencos y vasos chatos de distintos tamaños. Las formas abiertas (N= 43) presentan un amplio repertorio decorativo, entre los que abundan los motivos pintados en negro de líneas cortas oblicuas colocadas sobre una línea fina y los triángulos con apéndices paralelos, conocidos como manos o alas (Cremonte 2006) que, colocados en hileras alternadas de forma única, cubren toda la superficie interna de la pieza (Figura 6.2 a). Otros elementos decorativos frecuentes son las líneas rectas paralelas que sirven para estructurar la configuración del diseño de manera bi o cuatripartita (Figura 6.2 b). En algunos pucos, estas líneas parten de formas triangulares o casi triangulares también pintadas en negro, que en ocasiones circunvalan parte de los espirales colocados en cada campo (Figura 6.2 c). Todos estos elementos se pueden encontrar dispuestos de forma espejada, por traslación o rotación.

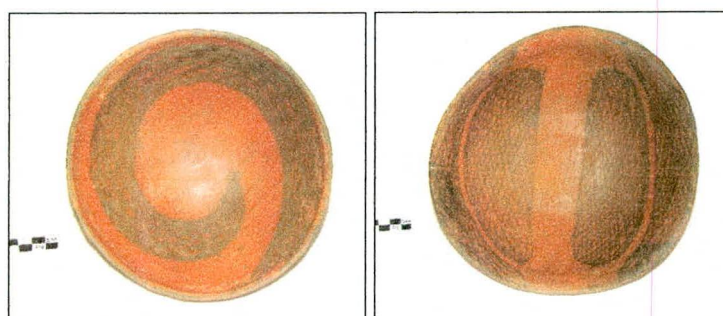


Figura 6.2. a) Pucos MT 2187-MEJBA 7071. Hallado según los catálogos de ingreso del Museo Etnográfico en la Casa 61, excavada en 1910. Esta Casa corresponde al Yacimiento 173 de la publicación de Debenedetti (1930: 105), donde también se recuperaron piezas cerámicas Humahuaca Inca. b) Pucos MT 2248-MEJBA 25845, recuperado en el Yacimiento 304, intervenido en 1918. c) Pucos MT 2356-MEJBA 4157, recuperado en la Casa 86, excavada en 1909. Para esta casa se analizaron seis piezas. Entre ellas un pucos Poma N/R, una ollita Yavi-Chicha y un pucos Humahuaca N/R.



La estructuración del diseño bi y cuatripartita, considerando la simetría en espejo, puede reflejar la representación simbólica de los esquemas de creencias y el tipo de organización socio-política. Rostworowski (2000) señala que en el ámbito Andino, el uso del poder era dual, siendo unas de las formas de configuración más difundida. En la Quebrada, Nielsen plantea la posibilidad que los grupos que la habitaron durante la segunda etapa del Período de Desarrollos Regionales (Siglo XIII-SXV d. C.) estuvieron organizados como formaciones segmentarias (Nielsen 2006; Nielsen y Boschi 2007). Quizás, a través de las manifestaciones plásticas se naturalizó este orden político, más precisamente su lógica binaria con la división en mitades complementarias.

Otro motivo recurrente en pucos subhemisféricos y en los de borde evertido es el reticulado de malla abierta y semicerrada que aparece como relleno de bandas ovaladas o espiraladas (Figura 6.3 a y b).



*Figura 6.3. a) Pucos MT 2466-MEJBA 7172, recuperado en la Casa 58, excavada en 1910, y correspondiente al Yacimiento 170 de la publicación de Debenedetti (1930: 103). Para esta Casa, donde entre otros objetos se halló un kero, se analizaron otras siete vasijas también atribuibles a los estilos tardíos de la región. b) Pucos MT 2597-MEJBA 4745, encontrado en la Casa 69, que tal como se indica en el Capítulo 7 se trató de una casa-taller. Para este Casa se analizaron otros diez pucos, pertenecientes a los estilos Humahuaca N/R, Humahuaca Inca N/C, Poma N/R, Interior Negro Pulido, Yavi-Chicha y Rojo Bruñido.*

En un solo caso se detectó el uso de bandas negras cruzadas para decorar la superficie interna de un pucos (Figura 6.4 a). Este motivo también se registra en piezas restringidas, tanto en ollitas como en cantaritos, incluso del tipo antropomorfo (Figura 6.4 b y c). No obstante, resultan más frecuentes las bandas reticuladas cruzadas (Figura 6.4 d y e).





Figura 6.4. a) Puco MT 2565-MEJBA 4879, hallado en 1909 en “La Banda”. No se cuenta con datos de Ambrosetti o Debenedetti sobre la ubicación de este lugar dentro del Pucará, aunque pudo referirse a un hallazgo ubicado en alguna de las laderas próximas al río. Dentro del conjunto de hallazgos recuperados en este lugar se encontró un puco de asa lateral Humahuaca Inca Interior Rojo Pulido, una taza Interior Rojo Pulido, un puco Humahuaca N/R y un vaso chato Interior Rojo, entre otros. b) Ollita MT 2351-MEJBA 3774, recuperada en 1908 en la Acrópolis, localizada en la Cima del Pucará. En los catálogos no se indica en qué piso de este sector fue hallada.

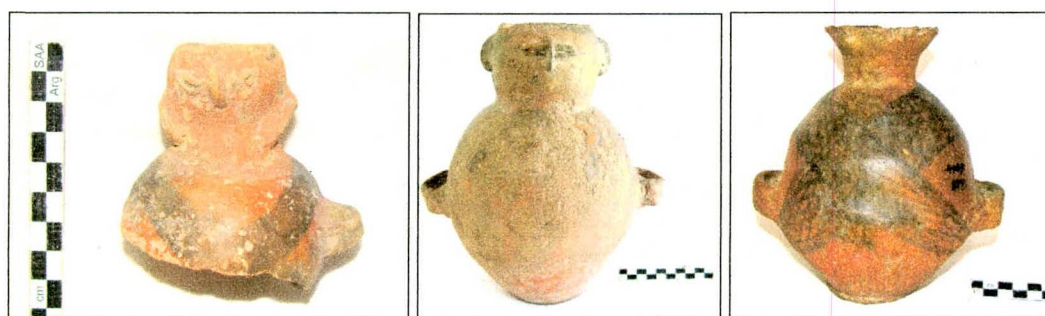


Figura 6.4. c) Cantarito antropomorfo MT 2234-MEJBA 4436, encontrado en la Casa 40, excavada en 1909, y correspondiente al Yacimiento 152 de la publicación de Debenedetti (1930: 97), posiblemente localizada en la Terraza Superior. d) Cantarito antropomorfo MT 2574-MEJBA 3322, hallado en la Casa de los Pedernales en 1908, ubicada en la Cima del Pucará (Ambrosetti 1908). Esta estructura es una de las casastaller descritas en el Capítulo 7, donde se produjeron artesanías en piedra durante el momento incaico. e) Cantarito MT 2254-MEJBA 4167, recuperado en 1909 en la Casa 86, mencionada anteriormente a partir de la descripción del puco MT 2356-MEJBA 4157.

En los cántaros Humahuaca N/R que fueran utilizados para definir el Tilcara N/R (Bennett *et al.* 1948: 29), se distinguen otras formas de arreglo de las bandas reticuladas. En este caso se analizaron nueve ejemplares. En cinco de ellos, las bandas aparecen dispuestas en la parte central de cada cara del cuerpo y enmarcadas por hileras de tres triángulos unidos por sus extremos (Figura 6.5 a). En los cuatro restantes, las bandas reticuladas aparecen con sus extremos ovalados e intercaladas por motivos de flechas que parten desde triángulos negros o reticulados ubicados en los laterales de

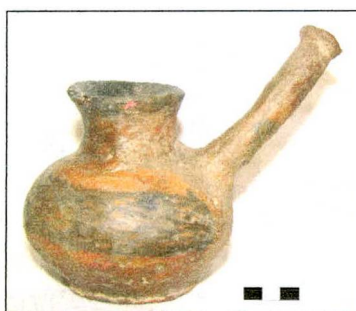


cada cara del cuerpo (Figura 6.5 b). En los bordes internos de estas piezas y en otras de menor tamaño suelen registrarse semicircunferencias negras, en ocasiones bordeadas por dos líneas finas paralelas.



*Figura 6.5. a) Cántaro que presenta el cuello intencionalmente seccionado MT 3448-MEJBA 35150, hallado en 1929 en el Yacimiento 24, correspondiente al Yacimiento 200 de la publicación de Debenedetti (1930: 124), posiblemente ubicado en el Faldeo Sur o Suroeste del Pucará. Este cántaro, encontrado junto a otro que contenía un párvulo, no poseía restos culturales en su interior. b) Cántaro MT 2684-MEJBA 3630, recuperado en 1908 en una de las casas ubicadas junto al Morro 2, próximo a la Cima del Pucará (Ambrosetti 1908), para las que no se especifica su ubicación.*

Las bandas reticuladas de extremos ovalados también aparecen colocadas en la porción superior de cada cara del cuerpo de algunas ollitas y de un cantarito con pico (Figura 6.6 a). También se identificaron en dos pequeños cuencos, pero dispuestas de forma continua sobre el extremo superior de la pieza (Figura 6.6 b).



*Figura 6.6. a) Cantarito con pico MT 2237-MEJBA 3207. Recuperado en 1908 en la "Casa de Altamirano" (Ambrosetti 1908), la cual fue ocupada como una casa-taller durante la dominación incaica. Esta Casa, localizada en la Cima del Pucará, se describe en el Capítulo 7.*



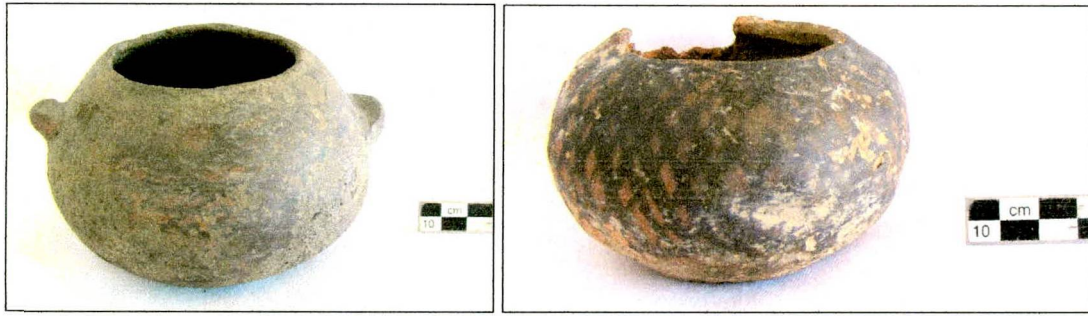


Figura 6.6. b) Ollita MT 2448-MEJBA 4839, encontrada en la Casa 62, la cual se define como casa-taller. En esta Casa se recuperaron ollitas y pucos Humahuaca Inca N/R y N/M. b) Cuenco MT 2333, sin detalles sobre su lugar de hallazgo dentro del Pucará.

Los diseños decorativos de las piezas Humahuaca N/R también se identifican en las modalidades Humahuaca N/M y N/C, las cuales aparecen poco representadas en esta muestra (Tabla 6.2). Solo constituyen el 7% de los estilos tardíos locales. Por otro lado, si bien algunas piezas restringidas negro sobre morado, castaño o rojo de la Quebrada, las cuales presentan bandas u óvalos reticulados, pueden tener como agregado pintura blanca, en esta muestra no se ha registrado ningún ejemplar de este tipo.

La única pieza tricolor analizada es una gran olla Juella Polícromo (MT 2701-MEJBA 4075) (Figura 6.7), la cual presenta gallardetes orlados en blanco (Cigliano 1967; Nielsen 1997a). Esta pieza fue hallada en la Casa 104 excavada en 1909. Para esta Casa se analizaron otras nueve vasijas, entre ellas seis pucos Humahuaca N/R, un puco Humahuaca N/M, un cantarito rojo/castaño a gris pulido y una fuente Humahuaca Inca N/R. Asimismo, a partir de la recolección superficial de cerámica, Cremonte (1992) reconoció fragmentos correspondientes a este estilo para los sectores más elevados del Pucará. Al igual que para el caso de la olla analizada en esta muestra no se puede establecer con exactitud si aparecieron asociados a cerámica incaica. No obstante, vale pensar que, al igual que otros estilos tardíos de la Quebrada, perduró durante la ocupación incaica tal como se detecta en otros sitios de la región (Scaro 2009; Ochoa 2012).

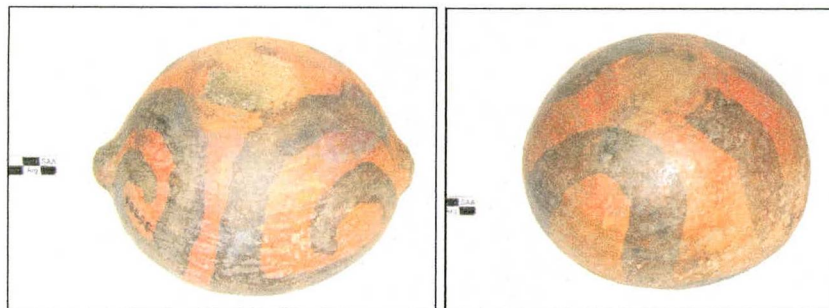




*Figura 6.7. Pieza Juella Polícromo (MT 2701-MEJBA 4075) hallada en la Casa 104, excavada en 1909.*

Los estilos que siguen en proporción al Humahuaca N/R son el Poma N/R y las variantes de los diferentes tipos de piezas Humahuaca Interior Negro, Castaño o Rojo Pulido (Tabla 6.2).

En relación a los pucos Poma N/R, a partir del análisis de su frecuencia de aparición en los ajuares mortuorios de algunos sitios de la Quebrada y en la muestra de fragmentos de la mencionada transecta para recolectar materiales en superficie, Cremonte (1994) señala que representan un 30% de las piezas decoradas del Pucará. En esta muestra, en relación al porcentaje total de las piezas correspondientes a los estilos decorados tardíos representan el 21%. De los 29 pucos analizados, 24 poseen procedencia cierta y la mitad de ellos fueron hallados en contextos mortuorios. Se han reconocido ejemplares que presentan las bandas curvilíneas que decoran las superficies externas dispuestas a manera de espiral o casi rectas, colocadas de forma perpendicular al borde y uniéndose en la base (Figura 6.8).



*Figura 6.8. Izquierda: superficie externa de pucos Poma N/R (MT 2417-MEJBA 35083), decorado por una banda espiralaza. Recuperado en el Yacimiento 20, correspondiente al Yacimiento 196 de la publicación de Debenedetti (1930: 118), descrito en el Capítulo 5, por la superposición de entierros. Derecha: superficie externa de pucos Poma N/R (MT 2390- MEJBA 8665), recuperado en 1908, en la Casa n° 3 de la Terraza Superior, descrita en el Capítulo 7.*



Las piezas con el interior pulido también aparecen altamente representadas en contextos mortuorios. El 40 % de este conjunto, el cual se conforma por 22 pucos, dos vasos chatos y una taza, fue hallado en tumbas ubicadas en el interior de las viviendas o en los cementerios. Presentan una gran variedad de combinaciones según el color y tratamiento de ambas superficies. En mayor medida abundan los pucos Humahuaca Interior Negro Pulido con la superficie externa rojo pulido (N= 11) (Figura 6.9 a), seguidos por pucos Humahuaca Interior Negro pulido exterior alisado (N= 6). Algunos de estos últimos presentan paredes rectas a evertidas. En menor número se cuenta con pucos Interior Negro Pulido con el exterior castaño pulido (N= 3) e Interior Castaño Pulido con el exterior alisado (N= 2).

Por último, dentro de este conjunto se identificó una taza Interior Rojo Pulido con el exterior alisado, un vaso chato Interior Rojo, con ambas caras alisadas, y un vaso chato Interior Castaño Pulido, alisado en su superficie externa (Figura 6.9 b).



Figura 6.9. a) Pucos Interior Negro Pulido (MT 2183-MEJBA 4265), encontrado en 1909, en la Tumba 23 de la Necrópolis Norte, donde también se recuperaron pucos Humahuaca N/R, Humahuaca N/M e Interior Negro Pulido de paredes externas alisadas. Lamentablemente no se pudo establecer si esta tumba presentó un solo individuo como para estimar si estos materiales formaron parte del mismo ajuar. b) Vaso chato Interior Rojo Alisado (MT 2301), sin información sobre su lugar de hallazgo.

Los baños de estas piezas suelen presentar variaciones cromáticas debido al tipo de técnicas de cocción y a las materias primas empleadas (Botto *et al.* 1998; López 2000/2002). Esto también se distingue en algunas de las piezas que se atribuyen al estilo Rojo Pulido o Alisado. Dentro de las siete vasijas analizadas, en cinco de ellas los engobes viran del rojo al castaño, morado o gris. Dentro de los conjuntos quebradeños este estilo suele aparecer en bajas proporciones. En los casos que aquí se estudiaron corresponden en su mayoría a piezas restringidas de gran tamaño.



Otro estilo que presenta variantes en el color de sus superficies es el Angosto Chico Inciso. En algunas piezas, el engobe semipulido aplicado en las paredes externas vira del castaño al gris. En esta muestra se han detectado dos ollitas, una de las cuales es una miniatura, y un gran cántaro de 52 cm de alto, de cuello recto a evertido (*sensu* Ottonello 1994). Estas piezas presentan hileras de incisiones arrastradas horizontalmente (Figura 6.10), características de las piezas identificadas en la Quebrada de Humahuaca (Cremonte 1994).

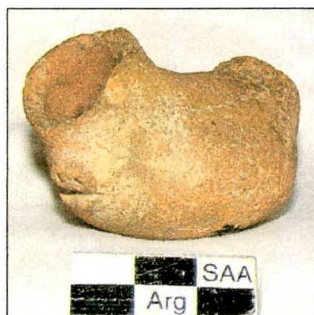


Figura 6.10. a) Ollita Angosto Chico Inciso (MT 2463-MEJBA 3442), hallada en 1908 en el segundo piso de excavación de la Acrópolis, ubicada en la Cima del Pucará. b) Cántaro Angosto Chico Inciso MT 2288, sin referencias sobre su lugar de hallazgo dentro del Pucará. Posiblemente se haya recuperado durante las excavaciones de Casanova.

Por último dentro de este conjunto se detectaron 17 piezas del tipo Ordinario, cuyas formas se mantienen a lo largo de toda la época tardía, entre las que se incluyen cinco jarras, una taza, dos pequeños cuencos, uno con un pico y otro con asa lateral, dos vasos chatos, dos cántaros, dos ollas, un puco, un puco con una pequeña asa lateral y una figura modelada, del tipo miniatura. Esta figura debajo de la boca presenta agregado al pastillaje un hocico. Por la forma del cuerpo, Bregante (1926: 130) la describe como vaso ornitomorfo, sin embargo, pareciera que las fauces del animal representarían las de un chanco del monte (Figura 6.12). Si bien la representación de esta pieza recuerda a las zoomorfas recuperadas en los conjuntos Isla de los primeros siglos del segundo milenio o intervalo 2, lamentablemente no presenta decoración u otros elementos diagnósticos como para poder estimar con mayor certeza su atribución cronológica y el tipo de animal modelado. No obstante, vale mencionar que esta figura fue hallada en 1910 en la Casa 56, correspondiente al Yacimiento 168 de la publicación de Debenedetti (1930: 163). Aunque no se puede determinar junto a qué otros objetos se asociaba, entre las piezas recuperadas en esta Casa se analizó un *pelike* Humahuaca Inca

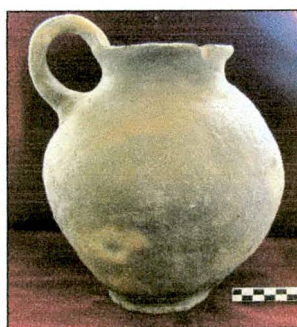


N/R, lo que indica que esta estructura estuvo ocupada al menos durante el momento incaico.



*Figura 6.12. Pieza zoomorfa MT 2341-MEJBA 7118, recuperada en la Casa 56, correspondiente al Yacimiento 168 de la publicación de Debenedetti (1930: 163). Esta Casa, donde se halló un pelike Humahuaca Inca N/R.*

Por otro lado, la forma de una de las jarras resulta novedosa. Se trata de una pieza de cuerpo subesferoidal de 24,3 cm de alto y 12,5 cm de diámetro de boca (MT 2148-MEJBA 7237) (Figura 6.13). Esta vasija de buena manufactura posee un asa lateral acintada en posición vertical de 9,2 cm de largo, remachada al cuerpo superior y adherida al labio. Al igual que los pucos anteriormente mencionados presenta abundante hollín en su superficie externa. Si bien se sostiene que las jarras asimétricas pudieron utilizarse para el tostado del maíz (López 2004), dado el contorno botiforme de sus cuerpos y la presencia de hollín, por la forma de esta pieza no se puede estimar que haya cumplido con esa función.



*Figura 6.13. Jarra MT 2148-MEJBA 7237, recuperada en 1910 en la Casa S.*

### 6.3.2. Cerámica inca local

Con la llegada del Inca, la alfarería de la Quebrada adquirió nuevos modos de representación social, respondiendo en algunos casos a los parámetros estatales de uso y manufactura. Todo esto provocó en la composición de la cerámica local una mayor



diversidad de estilos y formas, que en el caso del Pucará claramente se ve reflejada en el análisis de las 77 piezas atribuidas al grupo Humahuaca Inca (Tabla 6.2). Dentro de este grupo predomina el Humahuaca Inca N/R (N= 54).

Esta alta representación, la cual corresponde al 70% de la cerámica inca provincial local, permitió registrar en diferentes formas correspondientes a este estilo algunas de las variantes introducidas. Vale mencionar que las mismas variantes se identificaron en los estilos Humahuaca Inca N/C y N/M, muy poco representados en esta muestra (N= 1 y N= 6, respectivamente). De allí que se consideró apropiado presentarlas en conjunto.

Principalmente se puso énfasis en el estudio de nuevos modos de representación de los elementos decorativos y de las modificaciones de la estructuración y composición del diseño. En parte, este énfasis responde a que en la literatura regional se presentan en mayor medida referencias sobre los cambios morfológicos de las piezas que sobre las variantes decorativas (Deambrosis y De Lorenzi 1973; Raffino 1983, 1993; Palma 1989; Nielsen 1997a, 2001; Ruiz y Albeck 2006; López 2006; Runcio 2009). En ciertos casos se pudo identificar que estas modificaciones se hicieron con la intención de emular piezas alóctonas, en otros respondieron a innovaciones que dieron origen a nuevos diseños y formas, que podrían considerarse como propios y locales.

Entre las nuevas configuraciones registradas en las piezas abiertas del Pucará se distingue la incorporación de una banda circular compuesta en serie por triángulos con apéndices paralelos y rectángulos reticulados, o simplemente estos últimos alternados por campos lisos (Figura 6.14). Esta banda se estructura de forma tripartita a partir de un círculo central que bordea la base interna.

Zuidema propone que, además de la cuatri y quintuple partición, la organización socio-política incaica en primer instancia era tripartita (Urton 1996). Esta tripartición, introduciendo los términos *collana*, *payan* y *cayao*, respondía a la jerarquización social, a sublinajes del Inca y a la organización espacial, también jerárquica, del sistema de ceques (Bauer 2000). Más allá que esta nueva forma de estructuración del diseño se vincule o no con esta noción ternaria, es posible sostener que el cambio social ocurrido con la dominación llevó a un manejo distinto del espacio interno de las piezas, basado en la traslación de los motivos de forma radial.



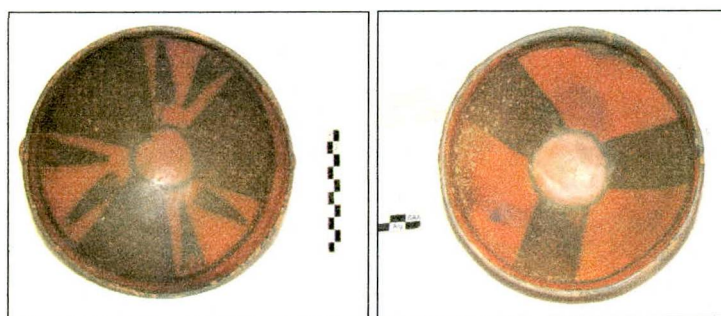


Figura 6.14. Izquierda: Pucos MT 2189-MEJBA 4850, hallada en 1909 en la Casa 61. Anteriormente descrita por el pucos MT 2187-MEJBA 7071 (Figura 6.2). Derecha: Pucos MT 3588, recuperado en 1972 por Casanova, en un sepulcro ubicado a la vera del ex-camino vehicular. En este sepulcro se encontraron otros pucos Humahuaca Inca N/R, Poma N/R y pucos de asa lateral Interior Negro Pulido.

Otra incorporación corresponde al uso de bandas reticuladas, formadas por arcos unidos por sus extremos (*sensu* Salas 1945: 117), dispuestas en forma lineal o circular (Figura 6.15). En este último caso se suele distinguir la aplicación de dos bandas. Una de ellas colocada en la porción media y superior del cuerpo y la segunda alrededor de la base. López (2006) asocia este tipo de decoración con la figura estrellada, vista en sección, de las cuentas venecianas *Aggri Perlen*, detectadas en diversos contextos hispano-indígena de la Quebrada. En el Pucará, Ambrosetti (1908) las recuperó en una de las estructuras de la Cima del sitio, denominada la “Casa del Amurallado” (ver Capítulo 5). No obstante, los pucos aquí descritos fueron hallados en espacios que por el momento solo son asignables al momento incaico. Con anterioridad, Cremonte y Solís (1998: 159) indicaron que este tipo de motivo, también representado en piezas del Pucará de Volcán, es atribuible a este momento.



Figura 6.15. Izquierda: Pucos MT 3599, hallado en 1972 por Casanova, en el mismo sepulcro descrito para el pucos MT 3588 (Figura 6.14). Derecha: Pucos MT 2194-MEJBA 7221, recuperado en 1910 en la Casa 53. Esta Casa corresponde al Yacimiento 165 de la publicación de Debenedetti (1930: 100). Este pucos apareció asociado a numerosas piezas cerámicas Humahuaca Inca, diversos objetos de piedra y madera, y un tumi de bronce.

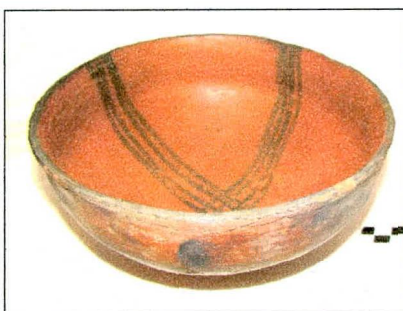


La malla del reticulado de todos estos pucos, tanto los de configuración circular como los que presentan las bandas en arco, es de trama cerrada y ángulos rectos. Incluso, en algunas fuentes, también atribuibles a este momento, el entramado es tan cerrado que el reticulado no se distingue a simple vista. En estas piezas, las bandas parecerían estar rellenas de pintura negra (Figura 6.16).

Otra variante introducida corresponde al uso de líneas paralelas cruzadas (Figura 6.17). Este tipo de diseño también se detecta en pucos inca provincial de otras regiones.



*Figura 6.16. Fuente MT 2192-MEJBA 7201, hallada en la Casa 55, excavada en 1910, correspondiente al Yacimiento 167 de la publicación de Debenedetti (1930: 101). Entre otros objetos, esta fuente apareció asociada al aríbalo Cuzco Polícromo Figurativo MEJBA 7604 y la jarra Inca provincial MEJBA 8610, presentadas más adelante en las Figuras 6.42 y 6.43.*



*Figura 6.17. Pucó MT 2316-MEJBA 35084, hallado en el Yacimiento 20 de 1929, mencionado por el hallazgo del pucó Poma N/R, presentado en la Figura 6.8.*

Otro atributo decorativo que se podría definir como propio de este momento es la aplicación de rayas gruesas paralelas de punta redondeada en el labio y borde interno de una gran variedad de formas (pucos, fuentes, cuencos, platos ornitomorfos, ollitas, *pelikes* y aribaloides) (Figura 6.18). En algunos ejemplares, estas rayas se combinan con la línea negra que aparece dispuesta en el labio de la mayoría de las piezas locales. Con anterioridad, Nielsen describió este tipo de decoración para algunos pucos atribuidos a este momento hallados en Los Amarillos (Nielsen 1997a).



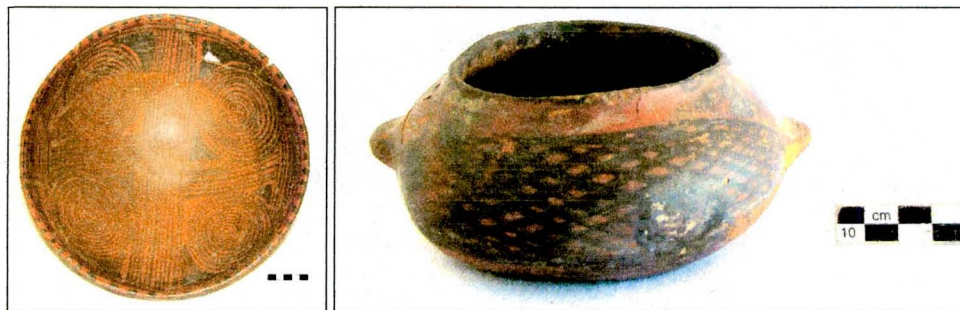


Figura 6.18. Izquierda: fuente MT 2209-MEJBA 4048, hallado en 1909 en la Casa 104, descrita para la olla Juella Polícromo (Figura 6.7). Derecha: cuenco MT 2290-MEJBA 4840, recuperado en 1909 en la Casa 62, descrita a partir del puco presentado en la Figura 6.6.

La modificación o introducción de motivos y nuevas formas de organización de la decoración pintada en muchos casos se registra a la par de las variantes morfológicas. Un ejemplo lo constituye una jarra de asa lateral de 11,5 cm de altura (MT 2329-MEJBA 7029) (Figura 6.19). Si bien se trata de una pieza subglobular de cuello muy restringido, como las que describen Deambrosis y De Lorenzi (1973: 132), presenta una diferencia en la posición del asa. Aunque se encuentra ausente se puede identificar la forma de su inserción en el cuerpo superior. Debido a que no hay otra inserción visible no queda más opción que estimar que el otro extremo del asa debió adherirse verticalmente al labio tal como se registra en las vasijas de cuello estrecho y base plana correspondientes a la categoría B 3 de clases formales propuesta por Meyers (1975: 24). Esta disposición del asa no ha sido registrada en otras piezas de la Quebrada. Las jarras, también de influencia incaica, ya sea las descritas por estas autoras o las denominadas como *Puchuelas* y *Aysana* por Palma (1998; Runcio 2009), presentan doble inserción en el cuerpo.

Por otro lado, dentro del conjunto analizado, la configuración del diseño de esta pieza resulta excepcional. Como motivo decorativo se aplicó una banda central reticulada enmarcada en sus laterales por dos hileras de triángulos negros encadenados. Los triángulos de cada hilera se encuentran enfrentados entre sí. Esta organización de elementos del tipo local por el momento no se ha identificado en otra pieza.



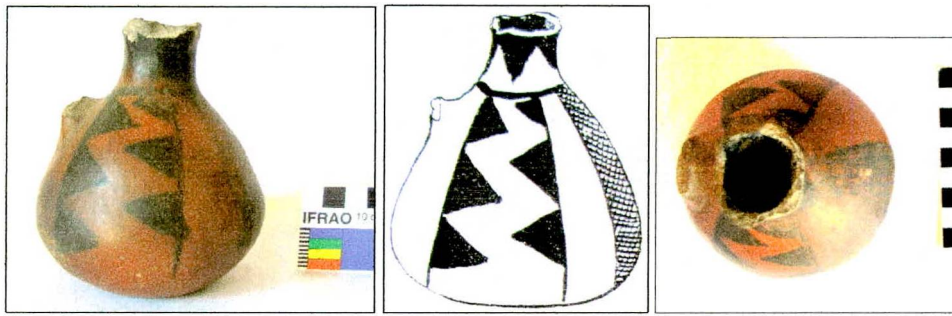


Figura 6.19. Jarra de asa lateral MT 2329-MEJBA 7029. Dibujo de Bregante (1926: 273, fig. 324). Detalle de la decoración vista de forma perpendicular a la boca. Esta jarra fue hallada en la Casa 53, descrita a partir de la presentación del puco MT 2194-MEJBA 7221, de la figura 6.15.

Una pieza que también resulta única por su forma y tipo de decoración es un vaso de paredes verticales a evertidas. Su contorno recuerda a la Forma “i” propuesta por Rowe (1944: 48) para la tipología cerámica del Período Inca Tardío. Este tipo de forma, claramente asociada a la de los *keros*, fue identificado en los ajuares de las tumbas de Sacsahuaman (Julien 2004: 9). Por el tipo de tratamiento de superficie se podría decir que este vaso es de manufactura local. Presenta decoración en negro de dos bandas reticuladas verticales, colocadas enfrentadas, sobre un engobe rojo a morado pulido (Figura 6.20).

Hasta el momento, de todo el conjunto estudiado, sería la única pieza con estas características morfológicas. En la Quebrada no existen mayores referencias acerca de esta forma. Solo se la podría vincular a los vasos cilíndricos descritos por Salas (1945: 128), que fueron hallados superficialmente en Ciénaga Grande. Este autor cita la problemática planteada entorno a su determinación temporal. Justamente, avalando la postura de Boman ante la de Debenedetti, sostiene que si bien esta forma aparece en los conjuntos de la época Tiahuanaco son característicos de la alfarería incaica (Salas 1945: 128). En el caso del vaso del Pucará fue hallado junto a otros objetos de filiación cuzqueña.

Más allá de su forma, netamente incaica, los platos ornitomorfos son otro ejemplo de vasijas en los que se combinan atributos locales con adoptados de otras regiones. Se emplea el término ornitomorfo y no “pato” dada la diversidad de representaciones de aves que identificamos entre los 16 platos que componen esta muestra, los cuales se distribuyeron entre diferentes estilos locales y no locales (Tablas 6.2 y 6.3). Para el grupo Humahuaca Inca N/R se identificaron siete ejemplares. Si bien la manufactura es claramente local, cuatro de ellos presentan como decoración una



banda central compuesta por triángulos unidos por sus vértices combinados con líneas paralelas verticales (Figura 6.21), similar a la descrita por Rowe (1944: 47) en la clasificación de las piezas incaicas del Cuzco.



Figura 6.20. Vaso keriforme MT 2550-MEJBA 35135, recuperado en 1929 en uno de los Yacimientos que en los catálogos figuran como aislados, posiblemente ubicado en el Faldeo Suroeste. Este vaso se encontró junto a una ollita (figura 6.66).

Estos platos poseen como apéndices cabezas de diferentes variedades de aves. Dos de ellos sí podrían corresponder a la representación de patos con penacho (Julien 2004: 10) (MT 2284- MEJBA 3708, MEJBA 8737), mientras que los otros dos a pájaros de pico aguzado (MT 2381 y MEJBA 3345) (Figura 6.21). Este último plato actualmente se encuentra incompleto. No obstante, se pudo establecer su descripción a partir del dibujo completo presentado por Bregante (1926: 294, fig. 355) (Figura 6.21). Lamentablemente, muchas piezas se fragmentaron antes de su traslado al Museo Arqueológico de Tilcara. Estas partes fragmentadas en ocasiones fueron separadas y transportadas sin consignar a qué pieza correspondían.

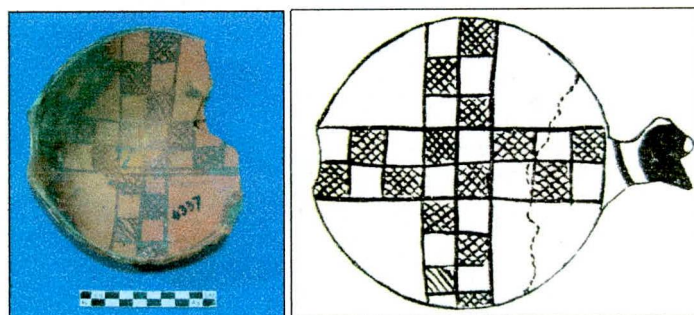


Figura 6.21. Platos ornitomorfos. Izquierda: MT 2284- MEJBA 3708, recuperado en 1908 en "La Iglesia", o Casa n° 1 de los catálogos del Museo Etnográfico, ubicada en la Terraza Superior. Las características de la ocupación de este edificio incaico son abordadas en profundidad en el Capítulo 9. Derecha: estado actual del plato MEJBA 3345, dibujado por Bregante (1926: 294, fig. 355), hallado en 1908. No se cuenta con referencias acerca de su lugar de encuentro en el Pucará.



La estructuración de los elementos decorativos de otro plato también responde a parámetros incaicos de manufactura. Se trata de una pieza (MEJBA 4337) que presenta dos bandas cruzadas rellenas de dameros reticulados (motivo C 3 de Deambrosis y De Lorenzi 1973: 134), similares a los registrados en la cerámica cuzqueña (Pardo 1939: 18 y 21, lám. 9, fig. q) (Figura 6.22). Si bien en la Quebrada se identifica el uso de dameros en vasijas preincaicas, lo que resulta distinto es el tipo de organización de los mismos (Nielsen 1997a; Rivolta 2005).

Este plato, al igual que los recién descritos, se encuentra incompleto. En el dibujo de esta pieza, Bregante remarca la línea de fractura (Figura 6.22). No obstante, debió contar con las dos partes que lo componían ya que incluye el apéndice.



*Figura 6.22. Izquierda: plato MEJBA 4337. Derecha: dibujo de Bregante (1926: 293, fig. 352). Este plato fue hallado en 1909 en la Casa 46, correspondiente al Yacimiento 158 de la publicación de Debenedetti (1930: 98), posiblemente ubicado en la Terraza Superior. En esta Casa también se halló un puco Humahuaca Inca N/R.*

Los dos platos restantes también se encuentran fragmentados. Del MEJBA 8724, solo se cuenta con el apéndice conformado por la cabeza de un ave de pico aguzado que a pesar de estar muy descascarado se nota que estuvo decorado en negro. El otro plato, MEJBA 8738, se compone por la mitad del cuerpo y la sección del apéndice, el cual está representado por la cabeza de un pato del tipo estilizada (Pardo 1939: 19, lám. 8 fig. f; Julien 2004: 10). Su superficie está cubierta por un baño que vira del rojo al castaño pulido. A manera de decoración presenta rayas paralelas negras de borde redondeado (Figura 6.23).



*Figura 6.23. Plato MEJBA 8738, hallado en 1908, sin detalles sobre su ubicación dentro del Pucará.*



Los *pelikes* son otro conjunto de piezas en los que se observan nuevas representaciones. En cinco de los seis ejemplares analizados se registra una nueva estructuración del diseño, basada en sucesivas bandas horizontales ubicadas en el cuerpo medio y superior. Estas bandas se componen por elementos pintados en negro como triángulos con apéndices paralelos o con espiral, rectángulos reticulados y líneas paralelas verticales, que al igual que en los pucos de decoración radial se repiten en traslación o combinados de forma alternada. En ocasiones, estos elementos se presentan de forma reflejada o por repetición en el cuello externo (Figura 6.24). La selección de esta superficie como campo decorativo es una característica propia de este momento, ya que no se la ha registrado en piezas preincaicas.

En el borde interno de un *pelike* se detectó una variante decorativa. Los elementos que allí fueron colocados son distintos de los que componen las bandas del cuerpo y cuello externo. Se trata de triángulos con espirales que presentan como agregado final apéndices paralelos, mientras que los del cuerpo y cuello son simples (MT 2679- MEJBA 4521) (Figura 6.24). Estos motivos se pueden definir como no locales, dado que entre los locales suelen combinarse triángulos con apéndices paralelos, líneas paralelas y campos reticulados. Vale aclarar que durante la época preincaica tardía, los triángulos con apéndices paralelos solo aparecen en pucos y fuentes. Hasta el momento no se los ha registrado en piezas restringidas.

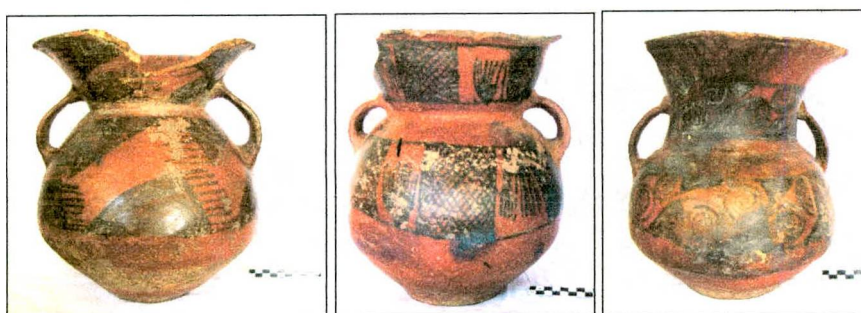


Figura 6.24. *Pelikes*. Izquierda: MT 2692-MEJBA 5085, recuperado en 1908 en la Casa 56, mencionada por el hallazgo de la figura zoomorfa del tipo Ordinario MT 2341-MEJBA 7118. Centro: MT 2689-MEJBA 25851, recuperado en 1918 en el Yacimiento 306, junto a un puco Humahuaca Inca N/R. Derecha: MT 2679- MEJBA 4521, recuperado en 1909 en una de las tumbas de la Necrópolis Norte.

Los campos reticulados presentes en los *pelikes* también cobran nuevas formas de inscripción. En los cántaros y ollas del momento preincaico, el reticulado aparece como relleno de bandas rectas de bordes redondeados u óvalos. En los *pelikes* se lo utilizó para completar el interior de motivos rectangulares, cuyos contornos se ajustaron



a los límites de la banda continua que decora cada cara de la pieza. En la mayoría de los casos, el patrón de diseño no se repite estrictamente en ambas caras. Generalmente, la decoración de cada cara del cuerpo solo se combina con la del respectivo lado del cuello.

La manera cómo se configuran las bandas, de forma horizontal, y la incorporación de los triángulos con espiral, particularmente los que presentan como agregado final apéndices paralelos, llevan a pensar en la utilización de ciertas características y elementos del diseño de las piezas Yavi-Chicha (Ávila 2006; Runcio 2009). Esto resulta posible si se considera que numerosos ejemplares de fina calidad de este tipo circularon entre los sitios incaicos del Noroeste argentino y, a su vez, que en la Quebrada de Humahuaca pudieron habitar mitimaes de origen Chicha (Raffino 1993; Williams 2004). En este sentido se podría hacer referencia a un proceso de incaización de la cerámica generado, en parte, por la vinculación y presencia de pobladores Chicha (M.B. Cremonte, com. pers., 2013).

En otras piezas restringidas Humahuaca Inca N/R y N/M, como en los cántaros, ollitas y aribaloides, también se registra la utilización de nuevos motivos de representación y de formas de organización de los elementos. Si bien en la literatura arqueológica se ha hecho referencia de la aparición de los gallardetes o banderines (Deambrosis y De Lorenzi 1973: 134-135), no solamente su incorporación plantea una variante estilística. Con su introducción se dio una nueva forma de estructuración del diseño.

Los banderines, a diferencia de los triángulos encadenados que se disponen verticalmente en los laterales de cada cara de algunas piezas restringidas Humahuaca N/R, son más estilizados y no se encuentran unidos por sus vértices. Se ubican sobre líneas verticales negras no solo en los laterales sino también en el centro de cada cara, colocados de forma alternada y opuesta (Figura 6.25).

Al compararse la configuración del diseño entre estas piezas se observa que los banderines se combinan de distintas maneras y hasta adquieren diferentes formas de representación. Por ejemplo, en la disposición de estos elementos aparentemente no existe una estandarización (Figura 13). En todas estas vasijas, independientemente del tipo morfológico del que se trate, más allá de la estructuración del diseño en dos subcampos, que recuerda a los aríbalos inca con la raya o guarda central, los banderines se presentan en tres hileras verticales pero no siguen un patrón en lo que refiere a su orientación.





Figura 6.25. Aribalooides. Izquierda: MT 2252-MEJBA 35101, hallado en 1929 en el Yacimiento 35, correspondiente al Yacimiento 211 de la publicación de Debenedetti (1930: 126). Este aribaloide apareció asociado a varias piezas cerámicas, entre ellas un aribalo Inca Provincial, cuya decoración imita a los imperiales. Derecha: MT 2289-MEJBA 3719. Este aribaloide fue hallado en la Casa n° 2, excavada en 1908, ubicada en la Terraza Superior. Esta estructura, definida como casa-taller, es presentada en el Capítulo 7.

A diferencia de los *pelikes*, en estas piezas sí se suele repetir el diseño en ambas caras. Entre las combinaciones registradas podemos mencionar: un primer banderín colocado en la línea lateral izquierda enfrente a dos ubicados en la central, y esta disposición repetirse por traslación en la otra mitad del campo decorativo; o pueden identificarse dos banderines en la primer hilera enfrente a uno central, y repetirse este arreglo; o presentarse dos banderines en la primer hilera enfrente a dos centrales, y esta configuración, en vez de repetirse en la otra mitad del campo, puede presentarse reflejada en simetría.

La simetría en algunos casos es aproximada. Dada la irregularidad de sus contornos, en numerosas vasijas la decoración no se presenta de manera uniforme. A su vez, con respecto a las formas de representación de los banderines, se han identificado diferentes modos de registro. Incluso, en algunas piezas se observa que perdieron su fisonomía. En su lugar, pero manteniendo la disposición, se ubican líneas gruesas rectas o con cierta curvatura.

Esta variante también se registró en una pieza restringida hallada en el cementerio Hispano-Indígena de La Falda. Se trata de un cántaro que solo presenta una hilera central con líneas gruesas colocadas de forma espigada (Figura 6.26). En vez de utilizarse el negro, como es común observar en la alfarería de la zona, en este caso la decoración es en morado. Asimismo, en este cementerio Mendonça y Bordach (Mendonça *et al.* 1997) recuperaron un aribaloide y un cántaro que muestran el mismo patrón de diseño que las piezas con banderines del Pucará.



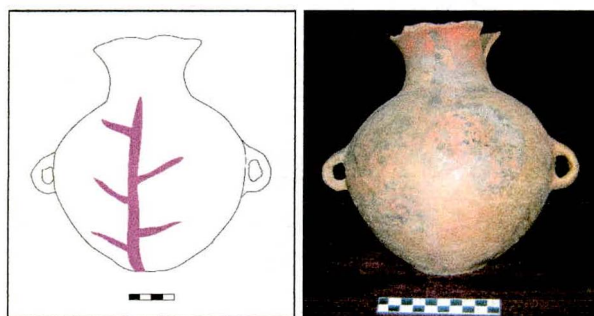


Figura 6.26. Pieza n° 8 del análisis del conjunto cerámico hallado en la Tumba 19 de La Falda (Mendonça et al. 1997; Bordach 2006). Análisis realizado por Otero y Marchegiani (2008).

Con respecto a la configuración del diseño, en las piezas con banderines se puede realizar otro plano de lectura. Posiblemente, los campos de representación de las cerámicas tuvieron un orden de decodificación reglamentado que queda por fuera de nuestro alcance. No obstante, es de suponer que este orden no presentó un solo plano visual, tal como se acostumbra a realizar durante los análisis estilísticos de ciertos objetos. Tanto los aribaloides como los cántaros con banderines pueden ser “leídos” de forma perpendicular a sus bocas (Figura 6.27). En todas sus variantes dentro de este estilo, más allá de las combinaciones registradas en cada cara del cuerpo, se observa una serie circular en traslación de los banderines, ya sea en el sentido de las agujas del reloj o el contrario. Esta serie se combina con los elementos dispuestos en los bordes internos, tales como pequeños gallardetes o rayas que parten desde el labio y finalizan en punta redondeada. En algunas de estas piezas también se registró la aplicación de triángulos negros dispuestos verticalmente sobre sus bordes internos.



Figura 6.27. Aribaloides. Izquierda: MT 2196-MEJBA 35102, asociado al aribaloide MT 2252-MEJBA 35101 hallado en el Yacimiento 35 de 1929, mencionado en la figura 6.25. Derecha: MT 2222-MEJBA 7514, recuperado en la Casa 35, excavada en 1910, correspondiente al Yacimiento 147 de la publicación de Debenedetti (1930: 147). Este Yacimiento corresponde a una de las casas-taller descritas en el Capítulo 7.



En algunas de estas piezas también se registró la aplicación de triángulos negros dispuestos verticalmente sobre sus bordes internos. Además de la pieza MT 2222-MEJBA 7514, anteriormente descrita, se cuenta con el cuello de un aribaloide decorado de esta forma (MEJBA 8731) (Figura 6.28). Una línea negra pintada sobre el labio une a todos los triángulos por sus bases.

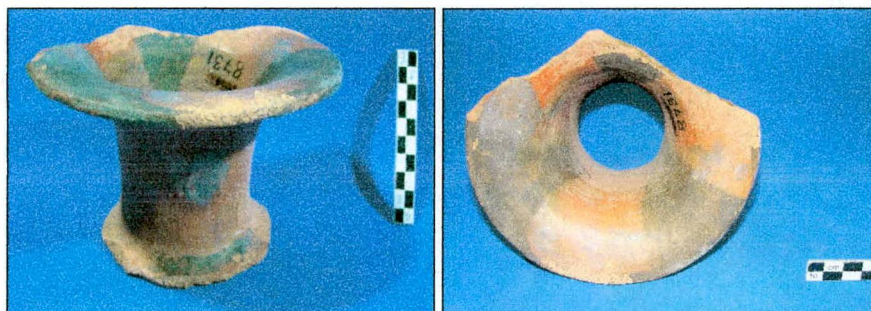


Figura 6.28. Cuello de aribaloide MEJBA 8731, hallado en 1908, sin referencias sobre su localización dentro del Pucará.

La dominación incaica también debió contemplar la creación de una nueva memoria visual a través de los colores de los objetos utilizados en distintas prácticas. Con respecto a la coloración de los engobes, más allá que en muchas vasijas se distingue que el rojo vira al castaño o al morado, en algunas piezas se observa que existió la intención de aplicar baños marrones y morados más intensos. Tal es el caso de un puco Humahuaca Inca N/M (Figura 6.29 a) y una pieza definida como Humahuaca Inca Marrón Pulido, único ejemplar detectado dentro de esta muestra para este estilo (Figura 6.29 b).



Figura 6.29. a) Puco MEJBA 4230. Recuperado en la Casa 8, excavada en 1909, correspondiente al Yacimiento 113 de la publicación de Debenedetti (1930: 83). Este puco se encontró asociado herramientas de hueso y madera, astas de huemul y otros fragmentos y piezas cerámicas. b) Puco marrón pulido MEJBA 3215, recuperado en 1908, en la "Casa de Altamirano", descrita anteriormente por el hallazgo del cantarito con pico MT 2237-MEJBA 3207, presentado en la figura 6.6.



Otro tipo morfológico adoptado durante el momento incaico y que presenta una amplia gama de tonalidades es el de los pucos de asa lateral. Dentro de esta variante morfológica, en esta muestra se han registrado ejemplares Humahuaca Inca Interior Negro Pulido y Castaño Pulido (Figura 6.30), aunque también existen ejemplares sin decorar.

Los catorce pucos aquí analizados poseen las superficies externas alisadas, en ocasiones mal acabadas o apenas marleadas. El diámetro de boca de estos pucos oscila entre los 11 y 16 cm y puede variar en la regularidad de su contorno. En algunas de ellos, además de las bases internas con marcas de desgaste, en la porción opuesta al asa o en la pared interior, se registra abundante hollín. Según Nielsen (Nielsen y Boschi 2007), estos pucos quizás funcionaron como sahumadores. Esta propuesta debe ser correcta, considerando que frecuentemente aparecieron en entierros y que son fáciles de asir, dado su tamaño y el tipo de asa que presentan. Entre los ejemplares aquí estudiados, cinco piezas fueron halladas en tumbas. A su vez, Debenedetti (1930) reiteradamente menciona su presencia en las sepulturas.



*Figura 6.30. Pucos de asa lateral MT 3589, recuperado en un sepulcro a la vera del ex-camino vehicular, durante las intervenciones de Casanova en 1972.*

El reconocimiento de las distintas transformaciones en la cerámica local lleva a reflexionar sobre el ritmo de cambio de las distintas materialidades. Es posible que se produjeran en diferentes momentos y se dieran como una respuesta diferencial a los distintos tipos de interacción que tuvieron los pueblos locales con sus conquistadores y al desarrollo propio del Estado. Frecuentemente se discute sobre la dinámica en la articulación entre los grupos sometidos y los Incas. En este caso, la cerámica quizás no solo reflejó los cambios ocurridos durante la anexión, sino que también expresó las formas de entender y concebir al mundo que tuvieron los sucesivos Incas, y por lo tanto sus representantes, en el transcurso del tiempo que duró la ocupación de la Quebrada.



Por el momento no nos es posible especificar las etapas de estos cambios, tal como se mencionó en el Capítulo 5 resta por establecer fechas precisas de la conquista. No obstante, el amplio conjunto de modificaciones refleja la percepción de los alfareros ante una nueva realidad, la que también incluyó la convivencia cotidiana con habitantes y materiales trasladados desde otras regiones.

Por otro lado, la caracterización de las piezas de los estilos tardíos e incaicos de la región permitió determinar la incorporación, mantenimiento y transformación de variados motivos y configuraciones. En parte indican la persistencia, aunque con modificaciones, de un lenguaje compartido entre las distintas materialidades a lo largo del tiempo. Es posible que el tipo de registro y la forma de lectura de estos objetos haya variado como respuesta a la necesidad de transmitir nuevas nociones durante la dominación incaica, aunque resaltando elementos propios de los *tilcara*.

### 6.3.3. Las representaciones estilísticas como referentes de identidad local

En la cerámica de Humahuaca se advierten ciertas marcas identitarias que se expresan en la representación iconográfica de algunas piezas. A partir de estas representaciones la decoración de la alfarería de esta región, tempranamente definida como abstracta o geométrica (Casanova 1942), cobra otra mirada.

Para comprender estas marcas se podría pensar en las piezas cerámicas como representaciones del cuerpo humano o del cuerpo social. Existen referencias de estas expresiones en diferentes regiones de los Andes tanto para los textiles, considerados como seres vivos (Cereceda 2010), como para las vasijas cerámicas (Bray 2004; Nastri 2008, 2009; Arnold 2008<sup>1</sup>).

En el caso de la Quebrada, los mismos objetos las hacen explícitas. Como se mencionó en el Pucará se cuenta con dos cantaritos antropomorfos Humahuaca N/R (Figura 6.4). Quizás, estos ejemplares reflejen las formas de inscribir en determinados soportes ciertos enunciados vinculados al entramado social, como puede ser la identificación étnica a través de la metáfora antropomorfa. De allí que el diseño decorativo del cuerpo de estas piezas se pueda entender como el reflejo de las

---

<sup>1</sup> Denise Arnold mencionó que en algunas comunidades indígenas de Bolivia, se identifica al cuerpo de las piezas cerámicas con el estómago de los humanos. Esta investigadora realizó este comentario en el marco de un curso de posgrado que ella dictara en la Facultad de Humanidades y Ciencias Sociales de la Universidad de Jujuy, en el 2008.



características de la indumentaria utilizada tanto antes como durante la presencia del Inca. Incluso, se podría hacer extensivo a aquellas vasijas que poseen decoración pintada pero que no presentan el agregado de un rasgo humano, como el modelado del rostro detectado en los cantaritos Humahuaca N/R presentados en la Figura 6.4.

Los tejidos fueron, y en algunas comunidades del Mundo Andino continúan siendo, uno de los principales demarcadores de identidad y espacialidad (Cereceda *et al.* 1994; Gisbert *et al.* 2006). Dada la escasa conservación de este tipo de materiales en la Quebrada, los diseños plasmados en la alfarería no se pueden vincular directamente con los de la textilería, no obstante, es posible suponer que en la cerámica también se hayan comunicado este tipo de mensajes. Posiblemente, los códigos de representación social de los textiles se repitieron en el diseño cerámico con el propósito de reforzar los mensajes emitidos al utilizar un mismo sistema de significantes.

Los textiles que se conservaron en el Basural 1 del Pucará, si bien corresponden a fragmentos de estructuras textiles, como ponchos o mantas, tapices, bolsas y gorros, y a cordeles, cuerdas, sogas, cestería, fibras e hilos, permiten determinar los colores que se utilizaron para teñir los hilos de algunas de estas piezas (Renard 2006). Entre ellos se distinguen el azul, el blanco, el negro, el rojo, la gama de los marrones y beige. La paleta registrada por Renard coincide con los colores de los materiales presentados por Forgione (Pelissero *et al.* 1997), también del Basural 1. A partir de ambos estudios se puede distinguir que en la cerámica y los textiles se seleccionaron los mismos contrastes: rojo y negro; rojo, negro y blanco.

Esto refuerza la idea de una relación entre ambos soportes, permitiendo la emisión de mensajes de forma conjunta a partir de una semántica compartida. Incluso, cabría profundizar con las representaciones rupestres. En Peña de la Llama, ubicada junto al río estacional Achicote de Coctaca, en el año 2007 registramos motivos de personajes antropomorfos cuyos *uncus* y tocados fueron pintados en negro, rojo y blanco (Figura 6.31).





Figura 6.31. Motivos antropomorfos representados en Peña de la Llama (Coctaca).

Las crónicas indican que los diferentes pueblos bajo el dominio de los Incas se identificaban por sus trajes, incluidos túnicas, gorros, mantas y tocados (Rostworowski 1999, 2005; Berenguer 2009). Sánchez (2004) menciona que en las fuentes etnohistóricas del Siglo XVII, halladas en la actual Provincia de Jujuy, los grupos que habitaban el sector medio de la Quebrada de Humahuaca, desde el *Tumi* (en el presente Angosto de Perchel) hacia el sur eran identificados como *tilcara ticas*. Para esta autora, la denominación *tica* posiblemente fue adjudicada por los Incas a partir del tipo de tocados que caracterizaba a esta población, aparentemente ornamentados con plumas. Asimismo es por estos tocados que sostiene que los habitantes del área de Tilcara se debieron distinguir de otros, como los indios de Purmamarca.

Considerando la mención de Sánchez se podría suponer que las variantes que se registran en la cerámica local a partir del Período Incaico pudieron ser el correlato de diversas transformaciones de los diseños textiles que el Imperio impuso para remarcar las distinciones identitarias entre las parcialidades de una misma región, o entre los *Omaguacas* y otros grupos que no habitaban la Quebrada. Si bien para comenzar a responder este tipo de interrogantes es necesario desarrollar un análisis estilístico en detalle, comparando los conjuntos alfareros atribuibles al momento incaico de diferentes sitios de la Quebrada, otras transformaciones registradas en la cerámica del Pucará de Tilcara permiten profundizar este tema.

Otra figura retórica que se podría sumar al uso de la metáfora antropomorfa es la representación metonímica de la serpiente en las piezas abiertas. Se trata de pucos que tienen decorada una banda espiralada en su interior que simula la figura de este animal.



Esta forma de representación debió tener una gran profundidad histórica si se considera, más allá de las diferencias estilísticas, al pucos tricolor hallado en La Isla por Debenedetti (1910: 73, fig. 42), el cual posee como relleno de la banda un reticulado de malla abierta y línea fina.

Dentro del conjunto analizado del Pucará se registraron dos pucos que presentan el espiral reticulado, uno de malla abierta y otro cerrada, y cuatro en los que el espiral está compuesto por líneas paralelas oblicuas o verticales. En el ejemplar que presenta el reticulado de malla cerrada la representación de la serpiente se presenta de forma más explícita, dado que en el extremo del espiral se dibujó una lengua bífida (Figura 6.31 a). En un pucos cuyo espiral se compone por líneas paralelas, el motivo colocado en la punta pareciera representar la cabeza de una víbora (Figura 6.31 b).



*Figura 6.31. Izquierda: pucos MT 2419-MEJBA 7479, hallado en 1910, sin referencias sobre su lugar de hallazgo. Derecha: pucos MT 2153-MEJBA 4755, recuperado junto a un pucos Interior Negro Pulido en la Casa 41, excavada en 1909, y posiblemente localizada en la Terraza Superior.*

El diseño serpenteante de las bandas reticuladas de una fuente Humahuaca Inca N/M y de las bandas negras de los pucos Poma N/R también podría hacer referencia a los atributos de las víboras (Figura 6.32 a y b). Según Tarragó (2001), considerando los datos proporcionados por Debenedetti, quien menciona que entre otros usos se empleaban para tapar los cántaros de chicha, en la vida social debieron tener una carga simbólica extra vinculada al consumo de esta bebida, de allí su decoración externa perceptible durante festividades y eventos rituales.





Figura 6.32. a) Fuente N/M, MEJBA 3310, recuperada en 1908, durante las primeras intervenciones al Pucará en los alrededores del Morro 2, ubicado próximo a la Cima del Pucará (Ambrosetti 1908).



Figura 6.32. b) Superficie externa de pucos Poma N/R. Izquierda: MT 2603-MEJBA 35076, hallado en 1929 en el Yacimiento 16, correspondiente al Yacimiento 192 de la publicación de Debenedetti (1930: 117). Este puco se encontró en el interior de una gran pieza restringida, la cual contenía los restos de un párvulo. Derecha: MT 3593, recuperado por Casanova en 1972, en un sepulcro ubicado a la vera del ex-camino vehicular, descrito por el hallazgo del puco Humahuaca Inca N/R presentado en la Figura 6.14.

Wynveldt (2009) sugiere que el relleno punteado o de líneas rectas cruzadas de las bandas segmentadas de algunos cuerpos zoomorfos presentes en la alfarería del Valle de Hualfín podría representar las escamas de los ofidios. De igual modo se podría considerar al reticulado de las piezas de la Quebrada. Incluso, el diseño del espiral de líneas paralelas de un puco hallado en el Pucará (MT 2476-MEJBA 4263), pareciera que con cada conjunto de rayas representara los anillos presentes en la piel de algunas víboras de la región (Figura 6.33). El brillo y el tipo de decoración desleída de este puco recuerda a las piezas Inca Yavi-Chicha.





Figura 6.33. Izquierda: puco MT 2476-MEJBA 4263, recuperado en la Casa 29, intervenida en 1909. En esta casa se recuperó una ollita Interior Castaño Pulido, cuya forma a pesar de ser pequeña se asemeja a la de los virques (MT 3411-MEJBA 4261). Derecha y abajo: ejemplar de Falsa Coral hallada en Tilcara<sup>2</sup>. Fotografías, gentileza de Noel Montoya y Pablo Ochoa.

Además del reticulado, ampliamente representado en todos los tipos morfológicos, la elección del negro sobre rojo y del negro y blanco sobre rojo para decorar las cerámicas se puede identificar con los colores de las culebras Falsa Coral y serpientes Coral, presentes en la provincia de Jujuy. El N/R también se podría asociar con el color de las arañas denominadas regionalmente *Wairuru*. Desde la época colonial, este vocablo en las lenguas quechua y aymara hace referencia a las semillas tropicales negras y rojas, y a la extrema hermosura, que puede llegar al límite del peligro o de la muerte (Cereceda 1987), y que, como se expresa en algunos mitos andinos era entendida como una cualidad mediadora entre los humanos y las fuerzas misteriosas (Siracusano 2005). En cada caso, estas autoras plantean que los colores intervinieron en muchos aspectos de la vida andina, representando distintos significados según su tonalidad. Quizás, el N/R demuestra la confluencia, pero a la vez el contraste, de dos colores que pudieron representar a un pueblo de guerreros, que se identificó con las características de ciertos animales salvajes.

Las serpientes y otros reptiles se identificaban profundamente con los recursos hídricos y la lluvia (Bouysee-Cassagne 1988), tan necesarios para la agricultura. A su vez, los ofidios junto a los felinos y cóndores eran parte de los animales ligados a la

<sup>2</sup> En la Quebrada de Humahuaca existe la creencia de que las serpientes se hallan reiteradamente en los sitios arqueológicos, como es el caso del Pucará de Tilcara, debido a que en el pasado sus pobladores atesoraban estos reptiles. En la región Calchaquí, para fines del siglo XIX, Ambrosetti señala que las serpientes eran consideradas como las guardianas de los enterratorios (Ambrosetti 1896: 8), y que los indios antiguamente habían formulado esta creencia con el propósito de evitar que los españoles profanaran los sepulcros.



dimensión espacio-temporal *Ucu Pacha*<sup>3</sup>, los cuales transitaban a la par de los difuntos y todo aquello que existía por debajo de la superficie terrestre o acuática. Ciertos rasgos naturales, como las fuentes de agua, cuevas o cualquier cavidad en la corteza terrestre, eran una vía de comunicación hasta este mundo subterráneo el cual se vinculaba con la muerte y el nacimiento, y principalmente con la fertilidad (Fink 2001; Steele y Allen 2004).

Tal como se desarrolla más adelante, la representación de las serpientes y de otros animales, también considerados símbolos del agua, se detecta en distintos objetos no cerámicos. Más allá de que se registren estos ofidios de manera implícita y metonímica en diferentes soportes, esto demuestra que fueron sumamente significativos. Es entonces que la reiteración de este elemento en los diseños podría ser entendida como el reflejo de creencias vinculadas a la existencia de una dimensión simbólica cargada de matices sobrenaturales y/o a prácticas relacionadas con la fertilidad. También como la necesidad de transmitir ciertos rasgos, que con una combinación específica o singular, permitieron decir algo sobre la identidad de este pueblo, muy ligada a su entorno natural.

En este sentido, al igual que los tejidos, la cerámica debió constituirse como uno de los principales objetos de manifestación identitaria donde se inscribieron enunciaciones compartidas por toda la sociedad, y funcionaron como textos dinámicos y no excluyentes del lenguaje tanto de la población local como del impuesto por el Imperio. En estos materiales quizás se esté visualizando la persistencia de ciertos significantes pero a la vez la inclusión de ajenos como respuesta a la circulación de nuevas narrativas (Martínez Cereceda 2008).

#### **6.4. El conjunto cerámico no local**

La presencia de objetos procedentes de otras regiones de los Andes en los conjuntos cerámicos de la Quebrada es frecuente para toda la época prehispánica tardía. No obstante, es posible que su frecuencia haya aumentado durante la ocupación incaica. En el caso del Pucará, dentro de la muestra estudiada se registraron 55 piezas de origen

---

<sup>3</sup> Si bien se puede argumentar que los planos *Ucu Pacha*, *Hanan Pacha* y *Kay Pacha* respondieron al traslado de la imagen ternaria cristiana (Steele y Allen 2004), Pease (2007) sostiene la identificación del *Ucu*, como uno de los dos mundos que en la cosmovisión andina hacían, y aún en muchas comunidades aún hacen referencia al mundo de abajo, en forma opuesta al *Hanan*, mundo de arriba.



no local, lo que representa un 18% del conjunto analizado. Entre estas piezas, 25 corresponden a cerámica inca y el resto de las piezas (N= 30) corresponden a estilos tardíos de diverso origen, los cuales pudieron circular por la región tanto en tiempos pre como incaicos (Tabla 6.3). Todo el conjunto se compone por piezas de pequeño tamaño. Ninguna supera los 30 cm de altura, lo que indica la circulación de objetos de fácil manipulación y transporte. Las formas más representadas son ollitas (N 10), platos ornitomorfos (N 9) y pucos (N 8).

Estilo / Forma	Cuzco Policromo	Inca Provincial				Yavi-Chicha	Rojo Bruñido	Corrugado	ACHI no local	Santa mariano	Casabindo	Indet.	TOTAL
		Imitación del imperial	Inca Pacajes	Inca Paya	Inca Yavi-Chicha								
Puco					4	3						1	8
Plato ornitomorfo			3		1								9
Plato con asa de doble inserción		1											2
Jarra		1		1									4
Vaso keriforme												1	1
Cuenco												2	2
Cuenco de asa lateral					1								1
Ollita					2			2	4			2	10
Olla con pie										1			3
Cantarito												5	5
Arbalo	1												7
Pelike												1	1
Figura modelada			1									1	2
<b>TOTAL</b>	<b>1</b>	<b>7</b>	<b>4</b>	<b>1</b>	<b>3</b>	<b>9</b>	<b>7</b>	<b>2</b>	<b>4</b>	<b>1</b>	<b>1</b>	<b>12</b>	<b>55</b>

Tabla 6.3. Clasificación del conjunto cerámico no local.



#### 6.4.1. Estilos tardíos no locales

Entre los estilos atribuidos a este grupo, el que mayor número de piezas presenta es el Yavi-Chicha (N= 7). Este estilo fue tempranamente caracterizado por Krapovickas (1965) quien desarrolló sus investigaciones en Yavi y San Juan Mayo por más de veinte años (Krapovickas 1983). A pesar de radicar sus trabajos en la puna de Jujuy no descartó la vinculación de estas zonas con Tupiza, como una continuidad cultural (Krapovickas 1973). A partir de sus valiosos aportes, este estilo fue reconocido en otras regiones, demostrando una amplia dispersión (Tarragó 1968) y continuidad histórica, ya que también desde hace décadas se lo asocia con la expansión incaica (Raffino 1983, 1993). Recientemente, Ávila (2006) profundizó sus estudios en el estilo Yavi-Chicha con el propósito de evaluar las formas de interacción social desarrolladas en el área circumpuneña en un amplio lapso temporal que abarca toda la época prehispánica tardía. Su contribución resulta un importante avance para el reconocimiento de las variantes morfológicas y decorativas distribuidas en su región de origen y en la Quebrada de Humahuaca.

En la Quebrada ha sido detectado en sitios y conjuntos cerámicos atribuibles a diferentes épocas (Debenedetti 1910; Bregante 1926; Pérez 1973; Cremonte 1992; 1994; Raffino 1993; Palma 1998; Nielsen 2001; Rivolta 2005). En esta muestra, a partir de la identificación y reconocimiento de las procedencias registradas en los catálogos del Museo Etnográfico se descartaron del conjunto del Pucará piezas encontradas en la planta urbana de Tilcara. De allí que principalmente correspondan a la época tardía pre e incaica.

Entre las siete piezas Yavi-Chicha se identificó un cuenco de asa lateral (*sensu* Ávila 2006), el cual no presenta decoración, hallado en la Necrópolis Norte (MT 2584-MEJBA 4081), una ollita de cuerpo subesferoidal, cuyos apéndices parecieran representar una figura zoomorfa (MT 2595-MEJBA 3219), otra ollita de 18,5 cm de altura (MT 2304-MEJBA 4701) y cuatro pucos de diferentes formas. Las dos ollitas fueron descritas por Bregante (1926: 170, fig. 177, y pág. 174, fig. 187, respectivamente) y Ávila (2006: 148-149) (Figura 6.34 a y b). Además de analizar estas dos piezas, esta última autora registró dos de los cuatro pucos aquí identificados, los ejemplares MT 2367-MEJBA 4367 y MT 2223-MEJBA 3412 (Figura 6.34 c y d).



Los otros dos pucos se encuentran fragmentados. Uno de ellos presenta el cuerpo cóncavo con un punto angular próximo a la porción basal y tres asas semicirculares adheridas al borde (MEJBA 8678). Por la disposición de las mismas, al remontar el total de los fragmentos se pudo determinar que fueron cuatro. A manera de decoración sobre el engobe rojo pulido se disponen en el borde externo una serie de motivos negros muy desleídos, a los que no se pudo caracterizar (Figura 6.34 e). El otro puco, de 4 cm de altura, posee cuerpo subhemisférico, borde invertido, engrosado hacia adentro, y asas en botón adheridas externamente (MEJBA 4275). A pesar de la pintura desleída es posible reconocer que el borde interno estuvo decorado en negro (Figura 6.34 f).

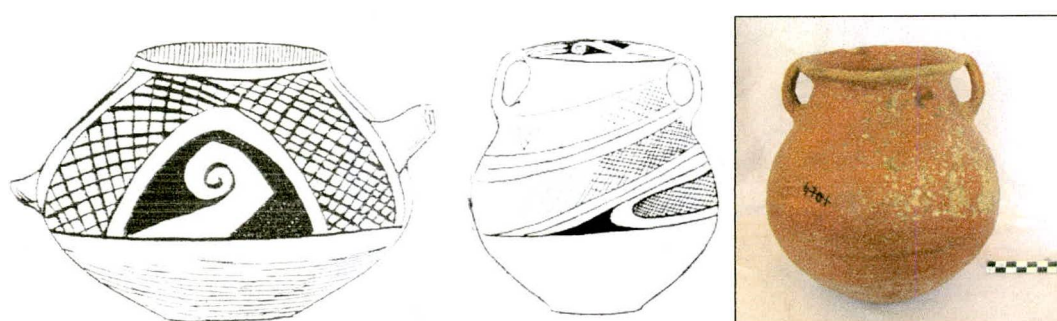


Figura 6.34 a) Ollita MT 2595- MEJBA 3219, dibujo de Bregante (1926: 170, fig. 177), recuperada en la Acrópolis, ubicada en la Cima del Pucará. Decorada en el cuerpo por una banda semicircular reticulada de línea fina y malla semiabierta en ángulo diagonal y un “triángulo con espiral envolvente” (Ávila 2006: 59). b) Ollita (MT 2304-MEJBA 4701), dibujo de Bregante (1926: 174, fig. 187). Tal como se observa en la fotografía, actualmente apenas se detecta la decoración externa de esta pieza, posiblemente se deba a las reiteradas limpiezas que debió sufrir durante las primeras décadas de su conservación en los depósitos. No obstante, siguiendo el dibujo de Bregante se distingue que estuvo pintada en negro con motivos de bandas reticuladas, dispuestas diagonalmente en el cuerpo, y triángulos espiralados con apéndices paralelos en el cuello (Krapovickas y Aleksandrowicz 1986/1987: 96). Esta ollita fue recuperada en la Casa 86, descrita a partir del hallazgo de un puco Humahuaca N/R, presentado en la Figura 6.2, y un cantarito Humahuaca N/R, ilustrado en la Figura 6.4.

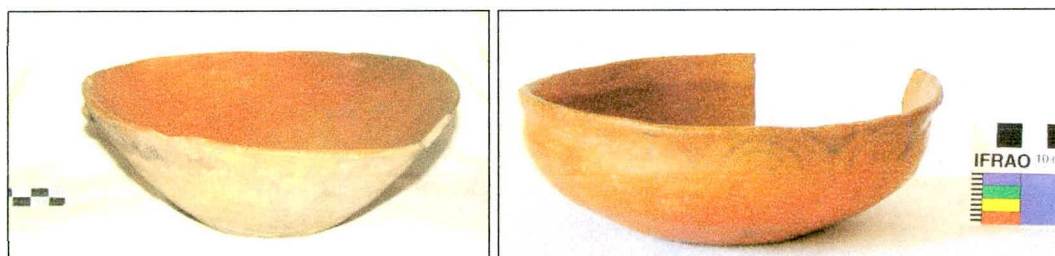


Figura 6.34 c) Puco MT 2367-MEJBA 4367, recuperado en la Casa 69, presentada a partir del hallazgo del puco MT 2597-MEJBA 4745 de la figura 6.3. d) Puco MT 2223-MEJBA 3412. Hallado en 1908 en una de las Casas próximas al Morro 2. En el Depósito del Museo Etnográfico se localizaron los fragmentos faltantes de este puco. El hallazgo de estos fragmentos demuestra una vez más que al Museo de Tilcara llegaron



piezas incompletas que originalmente no lo estaban. Este último puco, por su forma y decoración, podría incluirse entre las piezas que Krapovickas y Aleksandrowicz (1986/1987) utilizaron para definir al Yavi Chico Polícromo.

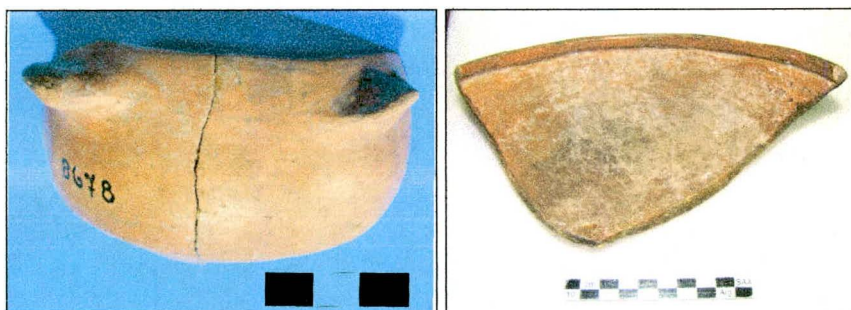


Figura 6.34 e) Pucos MEJBA 8678, hallado en 1908, sin referencias sobre su lugar de hallazgo dentro del Pucará. f) Pucos MEJBA 4275, recuperado en 1908 en la Tumba 15 de la Necrópolis Norte. Entre las piezas asociadas a este puco se analizó un puco Humahuaca Inca N/R y una taza de superficies alisadas, la cual presenta incisa la huella de un ave.

El Angosto Chico Inciso no local es el segundo estilo más representado dentro de este grupo. En este caso se han identificado cuatro ollitas de no más de 15 cm de altura que por sus características estilísticas debieron proceder del borde oriental y meridional de la Quebrada. Se trata de piezas que presentan incisiones punteadas en sus cuellos. Además, dos de estos cuatro ejemplares presentan hileras de puntos en la inserción inferior de las asas retorcidas y los puntos incisos del cuello delimitados por líneas en zigzag (MT 2456-MEJBA 8098) (Figura 6.35 a). Según Cremonte y Solís (1998), estos puntos, junto a las incisiones paralelas en los labios, son uno de los rasgos decorativos más frecuente en Volcán y en sitios de Tiraxi (AP 1 y La Bolsa).

Otras piezas que posiblemente procedieron de esta zona son las de estilo Corrugado. En este caso se detectaron dos ollitas de cuerpo subsferoidal que comparten con el Angosto Chico Inciso el tipo de engobe semipulido, que vira del castaño al gris oscuro, y la ubicación de la decoración en el cuello, la cual puede estar conformada por dos o tres hileras corrugadas (Figura 6.35 b). En la Quebrada, las vasijas de este estilo solo se son detectadas en conjuntos atribuibles al momento incaico (Nielsen 1997a). Estas piezas continuaron en uso hasta muy avanzada la conquista europea dado el hallazgo de dos vasijas de este tipo como inclusión mortuoria de una mujer adulta en la Tumba 3 del cementerio de La Falda (Bordach 2006; Otero y Marchegiani 2008).





Figura 6.35. a) Ollita MT 2456-MEJBA 8098, recuperada en la Casa 9 del Faldeo Suroeste. En esta Casa, correspondiente al Yacimiento 114 de la publicación de Debenedetti (1930: 85) se encontraron asociados, además de esta ollita, tres pucos Poma N/R, un cántaro Casabindo N/R, un cántaro Ordinario y una ollita tricolor de origen indeterminado. b) Olla Corrugada MT 2241-MEJBA 7142, hallada en la Casa 55 donde se recuperó la fuente Humahuaca Inca N/R, presentada en la figura 6.16. Esta ollita se encontró asociada al entierro de un párvulo que en la planta de este Yacimiento, Debenedetti (1930:102) indica como hallazgo D.

Los pucos Rojo Bruñido, a los cuales Cigliano (1967) denominó Juella Rojo Pulido, es otro de los estilos reconocidos dentro de esta muestra. Si bien estos pucos se encuentran presentes en los conjuntos preincaicos de la Quebrada, tal como sostienen Cremonte y Botto (2009), se vuelven más populares durante el momento incaico. Estas autoras, a través del análisis de la pasta de un amplio número de estos ejemplares distribuidos por esta Quebrada, la Quebrada del Toro y los valles sudorientales y meridionales de Jujuy, buscaron determinar su procedencia. Todos comparten el mismo tipo de pasta, con inclusiones de dacitas, pero no fueron elaborados en ninguno de estos ambientes. Tampoco comparten características petrográficas con los pucos de Turi y Ayquina del Norte de Chile, razón por la cual hasta el momento se desconoce su origen.

Los tres pucos hallados en el Pucará presentan características morfológicas similares entre sí (Figura 6.36). Sus cuerpos son subhemisféricos con el borde levemente invertido y el labio plano. La altura, en los tres casos analizados, apenas alcanza los 6 cm y el diámetro de boca los 12,5 cm. Son piezas de contorno sumamente regular con bases plano-cóncavas a biplanas. El engobe bruñido se extiende por toda su superficie a excepción de la base externa. Estas características, tan homogéneas, quizás reflejen que se trató de un estilo de manufactura estandarizada, la cual pudo estar sujeta a su circulación.





*Figura 6.36. Puco MT 2586-MEJBA 7505, recuperado en la Casa 35, mencionada a partir del hallazgo del aríbaloide Humahuaca Inca N/R MT 2222-MEJBA 7514, presentado en la figura 6.27.*

Representado por un solo ejemplar, dentro del grupo de estilos tardíos, se reconocieron dos estilos característicos de distintas regiones. Por un lado se identificó un cántaro subglobular Casabindo N/R de 18 cm de altura (Figura 6.37 a), de características similares al presentado por Krapovickas (1958/1959: 67). A modo de decoración, esta pieza procedente de la Puna de Jujuy presenta un conjunto de franjas verticales oblicuas que van desde el punto de unión del cuello con el cuerpo hasta la parte media de la pieza. Una línea negra rodea todo el perímetro del cuerpo uniendo a estas franjas a la altura de las asas. Si bien el cuello se encuentra seccionado es posible observar que internamente estuvo decorado.

La segunda pieza corresponde a un cantarito de 14 cm de altura estilo Santamariano (MT 2344-MEJBA 7141), posiblemente transportado desde el Alto Valle Calchaquí (Figura 6.37 b). Al igual que algunas de las vasijas descritas por Cigliano y Calandra, recuperadas en Tastil (Cigliano 1973), este cántaro presenta asas otomorfas y un punto angular próximo a la porción basal. Sobre el borde interno, pintado con un baño rojo pulido, tiene a modo de decoración seis motivos de tridígitos dibujados en negro (Figura 6.37 c). Sobre el baño externo del cuerpo, color crema pulido, presenta una banda central compuesta por triángulos negros en escalera, con prolongaciones en líneas rectas formando espirales. En la porción basal posee una segunda banda compuesta por motivos de líneas rectas en zigzag con protuberancias laterales, alternados por triángulos que presentan las mismas protuberancias redondeadas. Una línea vertical parte desde la base hasta alcanzar el asa, donde se forma un motivo de espiga. Tal como se observa en el dibujo de Bregante (1926: 195, fig. 238), una tercera banda, ubicada en el cuello de la vasija, está conformada por triángulos escalonados con prolongaciones de líneas rectas formando espirales (Figura 6.37 d).



La decoración bicolor de la superficie externa podría indicar que fue contemporánea a las urnas de la Fase IV que describen Perrota y Podestá (1973, 1974) correspondientes a la época incaica. Asimismo, la presencia de los motivos de tridígitos en el borde interno, los cuales posiblemente representen pisadas de suris, también podría considerarse como un indicador cronológico para esta época, dado que las únicas urnas que poseen decoración en el borde interno son las de esa fase (Nastri 2005). Esta pieza apareció asociada a cerámica inca local en la Casa 53.

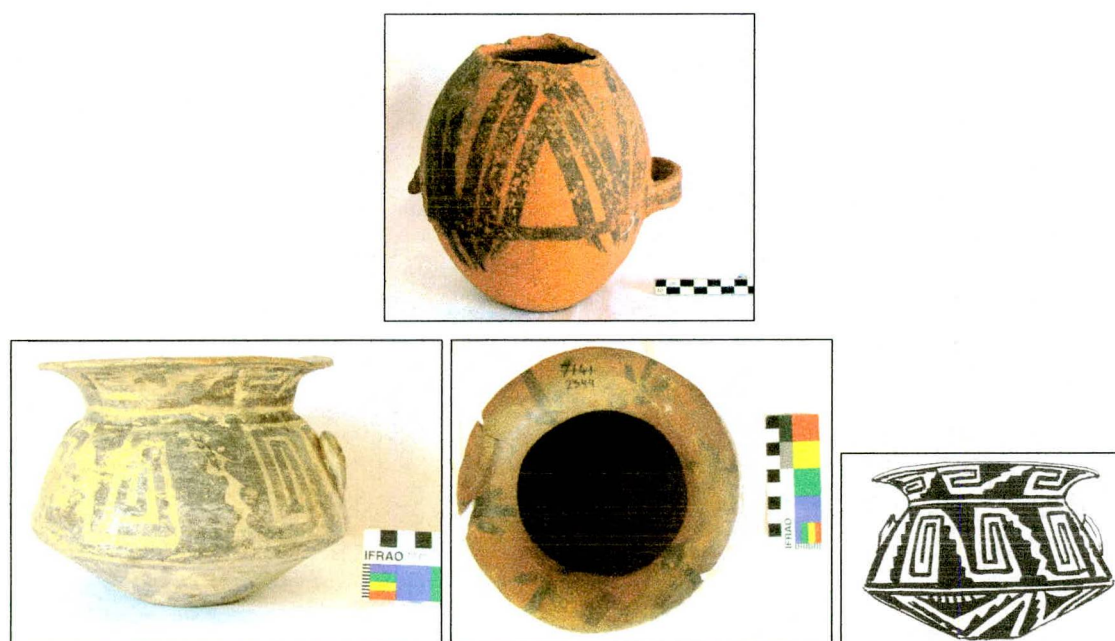


Figura 6.37. a) Cantarito Casabindo N/R, MT 2206-MEJBA 7260, recuperado en la Casa 9, mencionada en la figura 6.35 por el hallazgo de la ollita Angosto Chico Inciso. b) Cantarito Santamariano MT 2344-MEJBA 7141, encontrado en 1910 en la Casa 53, mencionada a partir de la presentación del puco Humahuaca Inca N/R MT 2194-MEJBA 7221 (ver Figura 6.15), y de la jarra Humahuaca Inca N/R MT 2329-MEJBA 7029 (ver Figura 6.19). c) Interior del cántaro Santamariano d) Dibujo de Bregante (1926: 195, fig. 238).

Por último, dentro del grupo de estilos tardíos no locales se incluyeron 12 piezas, que fueron clasificadas como vasijas de Estilos Indeterminados, por no poder adscribirlas a un estilo en particular. No obstante, a partir de las características morfológicas, decorativas o tecnológicas de algunas de estas piezas se pudo estimar su lugar de origen o vinculación con estilos ya definidos. A manera de ejemplo, las características del tratamiento de superficie, la forma del cuerpo subesferoidal y la disposición de las asas de una ollita de 7,5 cm de altura permiten estimar que provino de los valles sudorientales y meridionales de Jujuy. Al igual que algunas piezas Angosto Chico Inciso presenta en la porción media y superior del cuerpo un baño castaño a gris



pulido en líneas horizontales y en el sector inferior la superficie rugosa (Figura 6.39 a). No obstante, por el tipo de incisiones, en ángulo, no se puede adscribir a este estilo (M.B. Cremonte com. pers., 2013). De allí que se la haya incluido dentro del conjunto de piezas de estilo Indeterminado.

Un segundo ejemplo lo constituye una pieza única en toda región. Se trata de una vasija modelada en forma de loro MT 2555-MEJBA 8646 (Figura 6.39 b). Esta pieza gris pulido, de 15 cm de altura, presenta modelados el rostro de este animal, incluso se remarca su lengua entre ambas partes del pico, la cola y las alas. Aunque se encuentra fragmentada se puede reconocer que contaba con un asa inserta en la parte central del lomo y el borde de la abertura, ubicada en el extremo posterior del cuerpo. La apariencia del modelado del ave recuerda a las vasijas tardías gris a negro pulidas de la Costa Norte de Perú (M.N. Tarragó com. pers., 2011).

Esta pieza se recuperó en la Casa E 20, correspondiente al Yacimiento 132 de la publicación de Debenedetti (1930: 89). Este autor menciona que en su interior se encontró la cabeza del esqueleto de un loro. A partir de la recomposición de su contexto de hallazgo se pudo determinar que entre varios objetos apareció asociada a asas de platos ornitomorfos. Esta asociación podría indicar que fue utilizada en momentos incaicos.

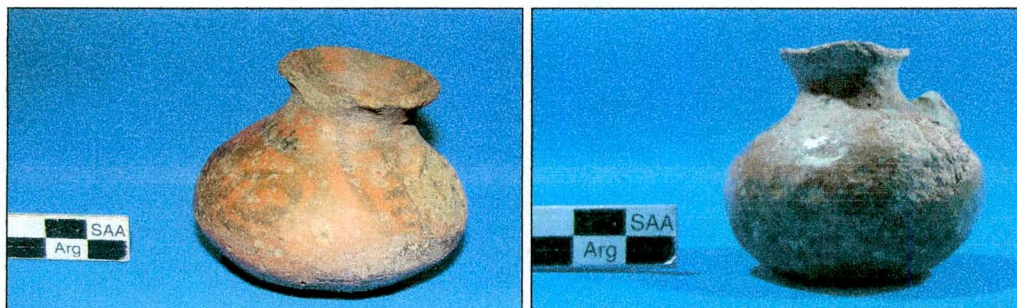


*Figura 6.39. Ollita MT 2457-MEJBA 4139, recuperada en la Casa 70, donde también se halló un pelike Inca Yavi-Chicha, presentado en la figura 6.54. b) Vasija modelada MT 2555-MEJBA 8646, recuperada en 1910 en la Casa E 36 o Yacimiento 132 de la publicación de Debenedetti (1930: 89), ubicada sobre el Faldeo Este.*

Por otro lado se cuenta con un conjunto de piezas que podrían ser de origen altiplánico. Se trata de dos cantaritos con pico circular que apenas superan los 4 cm de altura. Uno de ellos, de cuerpo subesferoidal, presenta sobre el engobe externo rojo pulido dos triángulos con volutas de línea fina (MEJBA 8614) (Figura 6.40 a). Colocadas de forma vertical, bordean a la inserción del pico dos hileras de líneas negras cortas paralelas y una línea negra vertical. Algunos elementos morfológicos y del diseño



recuerdan a las piezas estilo Yura (M.N. Tarragó com. pers., 2011). El segundo ejemplar, sin decorar en negro, presenta características morfológicas similares al anterior (MEJBA 8656) (Figura 6.40 c).



*Figura 6.40. a) Cantarito con pico (MEJBA 8614), encontrada en la Casa 55, donde se recuperó la fuente Humahuaca Inca N/R, presentada en la figura 6.16 y la ollita estilo Corrugado, correspondiente a la figura 6.35. b) Cantarito con pico (MEJBA 8656), hallado en 1910, sin referencias sobre su lugar de hallazgo dentro del Pucará.*

Dentro de la muestra analizada se recuperó otro cantarito con pico circular, pero de mayor tamaño. Se trata de una pieza de cuerpo esferoidal de 8,7 cm de altura (MT 2322-MEJBA 4122) (Figura 6.41 a). La forma y el color de su superficie externa, rojo a castaño pulido, se asemejan a las piezas con apéndice de estilo Yura.

Un cantarito de cuerpo subesferoidal con cintura, generada por una leve restricción en la parte media del cuerpo, presenta el mismo tipo de tratamiento de superficie y pasta gris compacta que esta pieza con pico (MT 2556-ME 4145) (Figura 6.41 b). No obstante su forma no ha sido reconocida en conjuntos altiplánicos, por lo que no se puede establecer si compartieron un mismo origen. La hendidura que remarca esta restricción posiblemente se utilizó para sostener la pieza mediante una soga, más aún si se tiene en cuenta que recorre todo el perímetro del cuerpo a través de las asas que presentan acanaladura. Al igual que otras vasijas no locales no es de gran tamaño. Su altura es de 13,5 cm y el diámetro máximo de cuerpo de 10.6 cm. El diámetro del cuello es de 2,8 cm, por lo que solo debió utilizarse para contener líquidos.



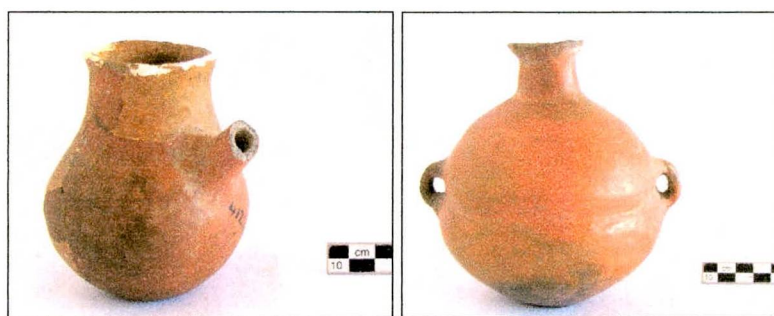


Figura 6.41. a) Cantarito con pico (MT 2322-MEJBA 4122), recuperada en 1910, sin referencias sobre su ubicación dentro del Pucará. Esta pieza se encuentra restaurada con yeso coloreado. b) Cantarito con cintura (MT 2556-MEJBA 4145), hallado en 1909 en la Casa 83.

Otra pieza que también pudo tener un origen altiplánico es un puco, representado por un fragmento del cuerpo, cuyo color de pasta y tratamiento de superficies podría asemejarse a las piezas Huruquilla (Ibarra Grasso 1957) (M.N. Tarragó com. pers. 2011). Ambas caras se encuentran decoradas en negro con líneas finas en V y una franja negra muy desleída sobre un engobe gris (Figura 6.38). Uno de los bordes de este fragmento presenta pegamento, indicio que estuvo remontado a otra porción del cuerpo que no se detectó durante este relevamiento, pero que se espera hallar a futuro para lograr una mayor precisión sobre la decoración de esta vasija.



Figura 6.38. Fragmento de puco (MEJBA 8736). Lamentablemente, en los catálogos del Museo Etnográfico no se indica el lugar de su hallazgo dentro del Pucará. No obstante, figura como ingresado en 1908, lo que permite estimar que fue recuperado durante las primeras intervenciones en la cima del sitio dirigidas por Ambrosetti.

Si bien en los conjuntos preincaicos de la Quebrada se detectan piezas de origen altiplánico, incluso atribuibles a la Tradición Yura/Huruquilla (Lecoq y Céspedes 1997, Rivera 2006), es posible que algunas de estas vasijas llegaran con las huestes incaicas. Este pudo ser el caso del cantarito MEJBA 8614 hallado en la Casa 55, claramente ocupada durante el momento incaico.



#### 6.4.2. Cerámica inca no local

En relación a la cerámica de origen cuzqueño solo se identificó un ejemplar. Se trata de un aríbalo de 22 cm de altura (MEJBA 7604), el cual se puede asignar al estilo Cuzco Polícromo Figurativo (Rowe 1944: 48) (Figura 6.42). Presenta un punto angular en el contorno inferior del cuerpo, desde donde sale la base cónica. Su decoración se define por cinco bandas marrón a negras desleídas dispuestas horizontalmente en el cuello. La superior e inferior son más finas que el resto. En el cuerpo presenta otras tres bandas horizontales que rodean todo su perímetro. La primera, próxima al cuello, está compuesta por diez figuras zoomorfas que representan arácnidos. Bregante (1926: 280) los identificó como alacranes, pero carecen de la cola ponzoñosa tan característica de esta especie. A su vez, esta banda se rellena con motivos de “S”, “C” o semiespirales, algunos de los cuales se colocaron sobre las líneas del contorno. La segunda banda está compuesta por los mismos elementos que la anterior, solo que presenta más motivos zoomorfos dado el aumento en el diámetro del cuerpo. La tercera banda, más ancha que las anteriores, se compone por quince mariposas o libélulas y el mismo relleno que en los casos anteriores, aunque en algunos sectores se identifica el motivo de “E” con espirales en sus extremos. Las alas de las libélulas están divididas en nueve cuadrados rellenos por un punto central. Tanto el borde interno, como el labio y la base presentan engobe marrón rojizo pulido. El resto de la pieza, donde fue decorada en negro, presenta engobe blanco casi bruñido. En el cuerpo superior se registró una marca de inserción, que debió ser la de un botón, utilizado para amarrar la vasija durante su transporte. Asimismo, no presenta los ojalillos o bubones que se registran en los aríbalos cuzqueños. Posiblemente se debe a que esta pieza fue hallada fragmentada y que el sector, donde estos elementos debieron encontrarse suspendidos, está restaurado con yeso.

Las representaciones zoomorfas fueron muy significativas en la cerámica cuzqueña, tal como se observa en distintas piezas presentadas por Pardo (1939). Incluso, los motivos de insectos llegaron a incorporarse en distintas regiones, tal es el caso de la cerámica Ica Inca (Menzel 1976). Por otro lado, existen referencias etnohistóricas acerca de la aplicación de ciertos elementos figurativos de animales, como lagartos, culebras, víboras y mariposas, en la cerámica y los vasos. Un ejemplo de ello es la cita de Bartolomé Álvarez ([1588] 1998), quien subraya que estas piezas se utilizaban en rituales adivinatorios y de propiciación.



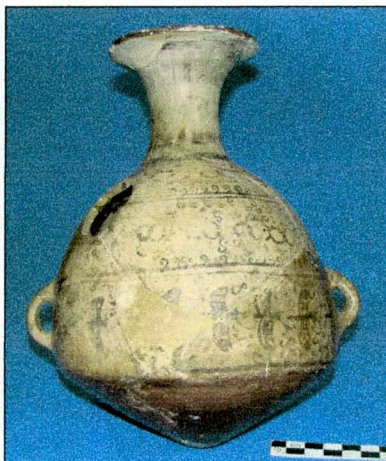
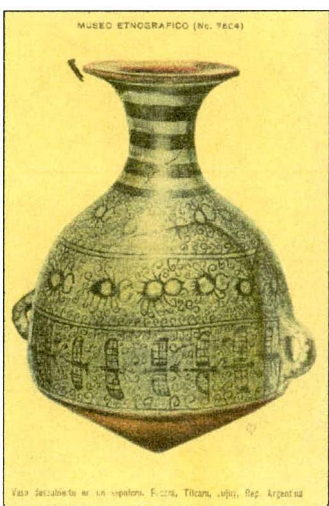


Figura 6.42. Frente y revés del aríbalo MEJBA 7604, recuperado en la Casa 55, descrita anteriormente.

Este aríbalo fue incluido en el enterratorio de dos individuos adultos, junto a la jarra policroma Inca Provincial, que se describe a continuación, la fuente Humahuaca Inca N/R, presentada en la

figura 6.16, y otras piezas cerámicas, entre ellas platos ornitomorfos. Este entierro es identificado con la letra C en la planta de esta Casa, correspondiente al Yacimiento 167 de Debenedetti (1930: 102).

Acuarela de Martín Jensen, que fuera incluida en la publicación de Debenedetti (1930: lámina XIX). Esta pieza fue restaurada a principios de Siglo XX. Al igual que otras vasijas conservadas en las colecciones de distintos museos del mundo presenta como agregado yeso, el cual fuera pintado respetando el patrón decorativo. Este aríbalo se constituye como una de los objetos más emblemáticos del Pucará por ser claramente representativo de la ocupación incaica en la Quebrada. De allí que se haya sido objeto de mención en otras publicaciones (Raffino 1983: 154).



Dentro del grupo Inca Provincial se detectaron siete piezas que imitan las del tipo Imperial (Tabla 6.3). Este grupo también puede denominarse Inca Estatal, siguiendo a Morris (1995: 426).

Una de ellas corresponde a la jarra de asa lateral de doble inserción recuperada en la Casa 55 junto el aríbalo Cuzco Polícromo Figurativo anteriormente mencionado (MEJBA 8610) (Figura 6.43). Palma (1998: 29), siguiendo la propuesta de Pardo (1939: 10), describe a este tipo de jarras como *Aysana*. Aunque presenta diferencias, se podría incluir dentro de la clase formal B 5 del esquema propuesto por Meyers (1975: 24) y también utilizado por Bray (2004). Esta jarra de 11,2 cm de altura, que fuera restaurada, presenta el cuello, base y cuerpo inferior con engobe pulido en líneas rojo bermellón. Parte del cuerpo, el cuello y el asa presentan un baño blanco/crema, decorado por diez bandas verticales de líneas rojas rellenas por tres conjuntos de triángulos marrones unidos por el vértice, a manera de reloj de arena. Entre cada conjunto de triángulos se disponen líneas paralelas horizontales rojas y marrones. A todas estas bandas las rodea



una línea gruesa marrón que alcanza el punto de unión con el cuello y una de similares características que rodea todo el punto de unión del cuerpo medio e inferior. Por debajo y en los laterales del asa se disponen cuatro columnas también de líneas verticales en rojo. Se rellenan con motivos de líneas paralelas rojas que forman cruces oblicuas alternadas por una sola línea horizontal.

Se podría decir que la decoración de esta pieza no es cuidada y prolija. Los triángulos no se encuentran pintados de forma regular, comparando las alturas a los que fueron colocados en cada banda. Además no se mantiene la simetría de las figuras. Por estas imprecisiones en su decoración se la podría considerar más bien del tipo Inca Provincial.

Tal como se planteó para los aribaloides Humahuaca Inca, dada la estructuración de sus diseños, esta pieza también se debió leer desde diferentes planos. En el caso de esta jarra es notorio como se registra otro tipo de configuración de la decoración al verla de forma perpendicular a su boca (Figura 6.43 c). Desde este plano los motivos tipo reloj de arena cobran importancia al organizarse de forma radial.

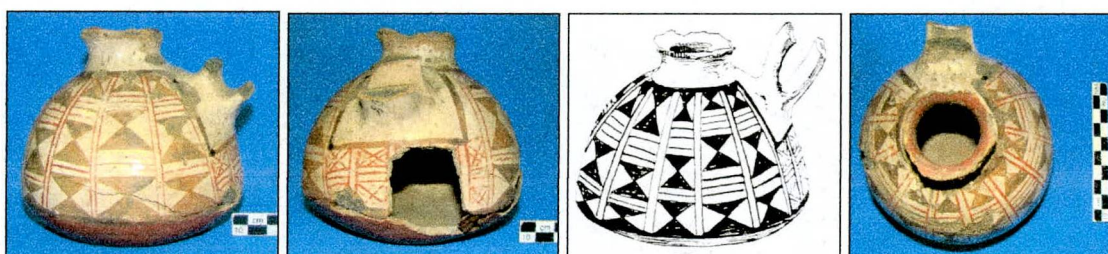


Figura 6.43. a) Jarra MEJBA 8610. Recuperada en la cámara sepulcral identificada por Debenedetti (1930: 102) con la letra C de la Casa 55, correspondiente al Yacimiento 167, anteriormente descrito. Abajo, b) Dibujo de Bregante (1926: 268, fig. 320). C) Vista perpendicular de la pieza.

Otra pieza policroma que claramente imita a las de origen cuzqueño es un plato con asa de doble inserción (*sensu* Deambrosis y De Lorenzi 1973: 132) (MEJBA 8734), con apéndices redondeados en el extremo opuesto al asa similares a los del plato de la fig. P de la Lámina 9 publicado por Pardo (1939: 21) (Figura 6.44 a). Presenta características semejantes a las de un plato hallado en Machu Pichu por Bingham (1913) (Figura 6.44 b). Si bien se cuenta con un pequeño fragmento de este ejemplar es posible determinar que su interior estuvo cubierto por un engobe rojo pulido. La decoración en negro, aplicada sobre un baño blanco/crema, se compone por una banda de líneas paralelas quebradas. Esta banda continúa en el asa formando una cruz. El contorno del asa también se encuentra pintado en negro.





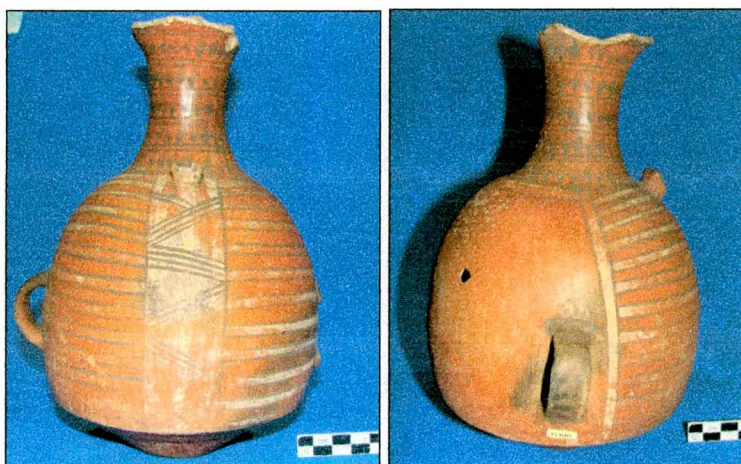
*Figura 6.44. a) Plato MEJBA 8734. Si bien no presenta referencias sobre su lugar de hallazgo dentro del Pucará, en los catálogos se indica que fue recuperado en 1908. De allí que se pueda estimar que se encontró en la Cima o en algunas de las estructuras ubicadas en la Terraza Superior del Pucará.*



*Figura 6. 44. b) Plato publicado por Bingham (1913: 212).*

Dentro de este grupo, las piezas restantes son aríbalos. Entre estos cinco ejemplares, dos se encuentran casi completos. Uno de ellos, de 23 cm de altura, presenta características decorativas típicas de las piezas incaicas (figura 6.45). El sector del cuello está dibujado por cinco bandas horizontales paralelas rellenas por filas de rombos negros. La cara frontal presenta una banda central vertical compuesta por líneas quebradas negras en zigzag. En cada lateral tiene colocadas de forma espaciada doce franjas horizontales blancas enmarcadas en negro. Otra franja vertical blanca, también de contorno negro, remata los laterales de las horizontales, y una última franja blanca se dispone en el punto de unión del cuello y el cuerpo en la cara posterior de la pieza. Presenta un botón aplanado decorado por puntos y líneas en negro. En el asa con leve hendidura, ocho rayas negras, dispuestas horizontalmente y de forma paralela, cubren toda la superficie. Por encima del botón, en el cuello tiene grabada una cruz incisa.





*Figura 6.45. Aribalo MEJBA 35100. Por su número de ingreso y las descripciones proporcionadas por Debenedetti, este aríbalo debió recuperarse en el Yacimiento 35 de 1929, o 211 de su publicación (Debenedetti 1930: 126). Este Yacimiento es descrito para los aribaloides MT 2252-MEJBA 35101 y MT 2196-MEJBA 35102, presentados en las figuras 6.25 y 6.27.*

El segundo aríbalo que aparece completo, a excepción del borde y una de sus asas, es otro ejemplar policromo (MT 2546-MEJBA 20864) (Figura 6.46). Este aríbalo, de 16,5 cm, presenta engobe ante muy pulido. A manera de decoración nuevamente se configuran distintos motivos en negro sobre un baño color blanco/crema. No obstante, en la decoración se utilizó el mismo engobe que cubre la base de las superficies para pintar algunos elementos. Se trata de cuatro rayas verticales colocadas sobre el baño blanco de la cara frontal. Sobre el cuerpo superior y el cuello de la pieza, de forma muy desleída, se distinguen tres hileras de rombos negros, separados entre sí por líneas finas horizontales. Estas hileras cubren todo el perímetro de la pieza. Presenta un botón de apariencia zoomorfa a partir de la incisión de tres perforaciones.



*Figura 6.46. Aribalo MT 2546-MEJBA 20864. Si bien esta pieza fue donada por Debenedetti e ingresada al Museo Etnográfico en 1915, lo que podría presentar dudas sobre su procedencia, en el catálogo figura como hallada en el Pucará de Tilcara.*



Los aríbalos representados por fragmentos también están decorados en varios colores. Por un lado se cuenta con dos fragmentos que posiblemente por el tipo de pasta y el tratamiento de superficie pertenecieron a un mismo ejemplar (MEJBA 8731 y 8732) (Figura 6.47). Lamentablemente, no se identificaron referencias sobre su procedencia, las que permitieran determinar con certeza si fueron hallados en un mismo contexto.

El exterior de estos fragmentos se encuentra pintado con un engobe rojo a ante pulido de forma pareja. La decoración en negro del cuerpo se asemeja al patrón decorativo A propuesto por Rowe (1944: 47). Se compone por el motivo de helecho y dos bandas verticales, de líneas quebradas en zigzag en un lado y líneas paralelas horizontales intercaladas por verticales, en el otro. En cada lateral continúa el diseño conformado por una franja morada y otra hilera de motivos negros. En el cuello presenta dos hileras de rombos negros alternadas por dos franjas amarillas de contorno negro. El engobe del borde interno vira al castaño pulido. En un de sus extremos se conserva un bubón con perforación, posiblemente por sostener la pieza durante su transporte.



Figura 6.47. Aríbalo polícromo. Fragmentos de cuerpo (MEJBA 8731) y borde (MEJBA 8732), sin referencias sobre su lugar de hallazgo. El número del fragmento de borde de esta pieza se repite con el del cuello del aríbalo o aríbaloide Humahuaca Inca N/R, descrito en la figura 6.28.

Los otros dos aríbalos están representados por un fragmento del cuerpo cada uno. Uno de ellos, sobre un engobe ante pulido a manera de decoración presenta hileras de triángulos, delimitadas verticalmente por una banda de líneas quebradas en zigzag negras sobre un baño color crema menos pulido (MEJBA 8733) (Figura 6.48 a). El segundo está decorado por un motivo, el cual no se pudo caracterizar debido al tamaño del fragmento, relleno de un reticulado diagonal de línea fina negro sobre un baño crema (MEJBA 3787) (Figura 6.48 b).





Figura 6.48. a) Fragmento de cuerpo de aríbalo (MEJBA 8733), recuperado en 1908, sin referencias sobre su lugar de hallazgo dentro del Pucará. b) Fragmento de cuerpo del aríbalo (MEJBA 3787) encontrado en “La Iglesia”. En el Capítulo 9 se discute su asociación a otros objetos recuperados en este edificio incaico.

En los aríbalos, la organización del diseño está planteada para diferenciar la parte frontal de la posterior de la pieza. Esto podría reflejar la mención antes hecha acerca de que las vasijas fueron concebidas como seres vivos. Bray (2004) encuentra que la estandarización de los diseños de los aríbalos incaicos podría expresar una forma de iconografía genealógica. Entre los motivos asociados a esta idea destaca el del helecho, definido por ella como árbol, los relojes de arena, los rombos y las bandas de líneas en zigzag. Tal como se presentó en esta muestra, estos elementos se registran en el conjunto de piezas Inca Provincial que imitan a las cuzqueñas, lo que manifiesta una correlación con los patrones de diseño que esta autora describe como los más representados en las piezas provinciales. Esto se puede plantear principalmente para el caso de los fragmentos MEJBA 8732 y 8733, los cuales están decorados por este tipo de motivos. Si bien por tratarse de fragmentos no se puede registrar toda la configuración del diseño, vale destacar la mención de Rowe (1944) para los estilos cuzqueños: “Se trata del único tipo de cerámica peruana que es tan consistente que una olla entera puede ser reconstruida con confianza a través de un simple tiesto” (Rowe 1944: 48).

Otro aspecto que Bray (2004: 370) menciona es que la estructuración tripartita en el pensamiento andino se ve reflejada en el patrón decorativo de los aríbalos. Sugiere que el significado simbólico de esta iconografía genealógica quizás no tuvo el mismo sentido para la gente del Cuzco que para la de las provincias. Más allá de que este patrón se registre en el caso del aríbalo MEJBA 35100, también se podría vincular con las nuevas formas de estructuración que fueron identificadas en los aribaloides Humahuaca Inca N/R con banderines y en los pucos con decoración tripartita radial.

Además de estas siete piezas incaicas producidas en distintas provincias del *Tawantinsuyu*, dentro del grupo Inca Provincial se identificaron otras 17 vasijas, de las cuales 8 pertenecen a tres de los estilos regionales que con mayor frecuencia circularon



por los Andes del sur. Tal como plantea Williams (2004: 231) es posible que estos estilos, dada su circulación, hayan sido muy valorados por el Estado.

Por un lado, se analizaron cuatro piezas Inca Pacajes procedentes del Altiplano boliviano (Rydén 1947; González 1980; Pärssinen, M. y A. Siiriäinen 1997), de pastas finas, elaboradas mediante cocción oxidante completa, y decorados por motivos de camélidos estilizados o motas. Tres corresponden a platos ornitomorfos y la restante a un vaso modelado, el cual representa la figura de un sapo de 13 cm de largo (Figura 6.49). La representación de este animal es de un alto grado de realismo, hasta sus ojos y una tercera protuberancia en el rostro se marcan en relieve. La decoración en negro es de motas y líneas sobre el engobe rojo pulido que cubre toda la superficie externa de la figura, a excepción de la base. El borde interno del cuello presenta rayas finas paralelas verticales y una línea fina en el labio. Posiblemente, desde la abertura ubicada en su lomo, la cual se destaca por un reborde a manera de cuello, se debieron cargar líquidos para luego ser vertidos a través de la pequeña perforación de su boca. El asa, actualmente ausente, pero que se reconoce que estuvo adherida a este cuello e inserta en la parte posterior del cuerpo, debió facilitar esta tarea.



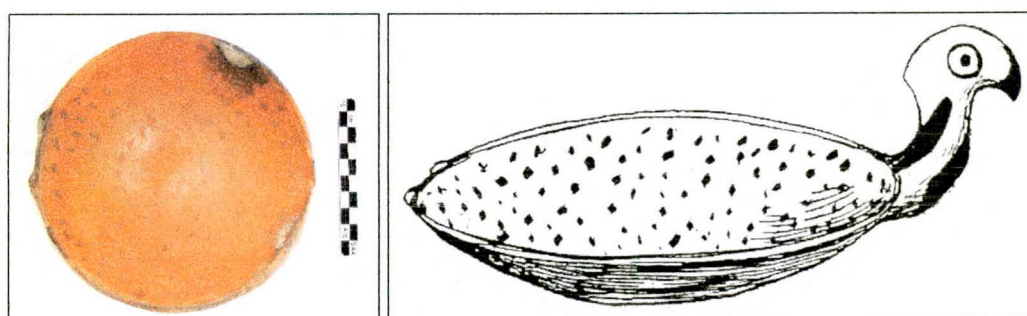
*Figura 6.49. Sapo modelado MT 2242-MEJBA 3707. Recuperado en el edificio ceremonial incaico “La Iglesia”, descrito en el Capítulo 9.*

Este tipo de modelado no se ha registrado en ningún otro ejemplar atribuible al Inca Pacajes (J. Villanueva com. pers., 2010). De allí su importancia a nivel regional, ya que amplía el número de variantes morfológicas identificadas dentro de este estilo. Por otro lado, a través de la representación del sapo se reitera el valor que tuvieron algunos animales para los pobladores del Pucará. En los Andes del centro sur, Bouysee-Cassagne (1988) plantea que los principales animales que marcan la transición de la época de lluvia a la estación seca son los sapos y las serpientes. Incluso se encuentran vinculados a la astronomía. Esta pieza, tal como se indica en la leyenda que acompaña su ilustración, fue hallada en el edificio ceremonial incaico “La Iglesia”. Su



contextualización, la cual se aborda en el Capítulo 9, permite profundizar otros aspectos en relación a su significado en los ritos de fertilidad.

Dos de los tres platos también se encuentran decorados con motas. Se trata de las piezas MEJBA 7438 y MT 2474-MEJBA 3716, las cuales no presentan el apéndice ornitomorfo. No obstante, a partir de la ilustración de Bregante (1926: 292, fig. 349), quien dibuja a este último completo, es posible estimar que en el apéndice se representó la cabeza de un ave de pico curvo, quizás un loro (Figura 6.50).



*Figura 6.50. Izquierda plato MT 2474-MEJBA 3716. Hallado en 1908 en la Casa 2. Esta Casa se ubica en la Terraza Superior del Pucará. El conjunto de materiales allí recuperados y las características de esta casa-taller son descritos en el Capítulo 7. Derecha: dibujo de Bregante (1926: 292, fig.349).*

El tercer plato presenta como motivo decorativo las típicas “llamitas” estilizadas que caracterizan a este estilo (Lynch y Nuñez 1994) (Figura 6.51). No obstante, en comparación con algunos de los pucos y platos que se exponen en el Museo Arqueológico de Tarapacá (Arica), los motivos no poseen un contorno definido y no son tan estilizados (Figura 6.52). Como apéndice presenta la cabeza de un ave de pico aguzado, que además del resaltado de sus ojos mediante incisiones está decorada en negro. A diferencia de otros platos ornitomorfos, a manera de patas tiene modeladas dos semicircunferencias con hendiduras. Este rasgo también se registra en los platos expuestos en Arica.



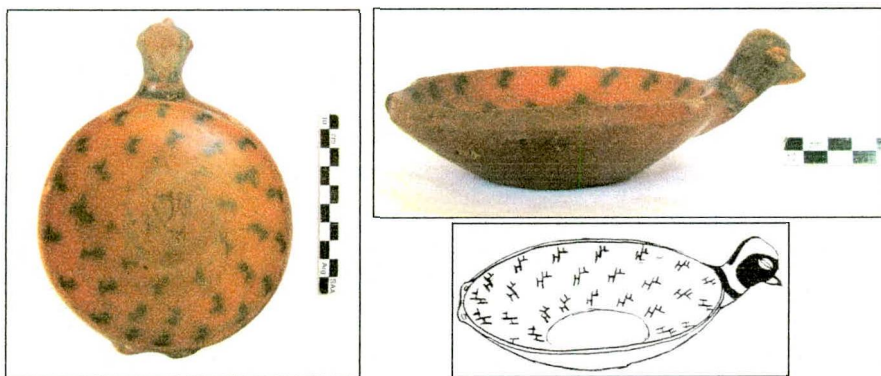


Figura 6.51. Arriba: plato MT 2564-MEJBA 4293, recuperado en la Casa 96, excavada en 1909. Abajo: dibujo de Bregante (1926: 292, fig. 350).

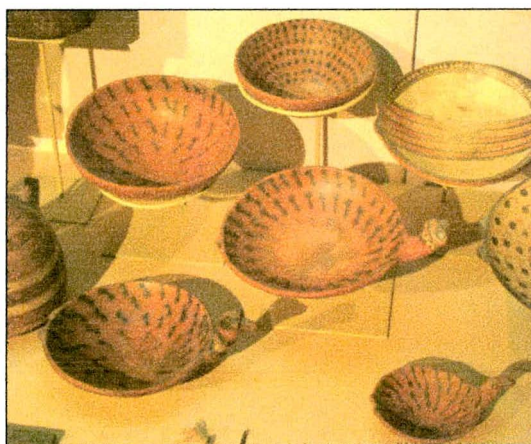


Figura 6.52. Platos Inca Pacajes exhibidos en el Museo de Tarapacá, Arica.

El segundo estilo reconocido de amplia dispersión regional es el Inca Yavi-Chicha, representado por tres piezas de distintas formas. Por un lado se identificó un plato ornitomorfo de 16 cm de diámetro, que en este caso presenta como apéndice la cabeza de un pato (MEJBA 3373) (Figura 6.53). A las patas de este animal las conforman dos protuberancias, que fueron perforadas con leves incisiones redondeadas en su interior. La superficie interna se encuentra cubierta en porciones iguales por un engobe naranja-rosado semipulido y rojo pulido en líneas. La decoración en negro se encuentra muy desleída. Sobre el borde interno presenta un rectángulo reticulado de línea muy fina seguido por una hilera de triángulos de borde redondeados. Aunque también se encuentra muy desleída, aparentemente el labio presentó una línea fina negra.



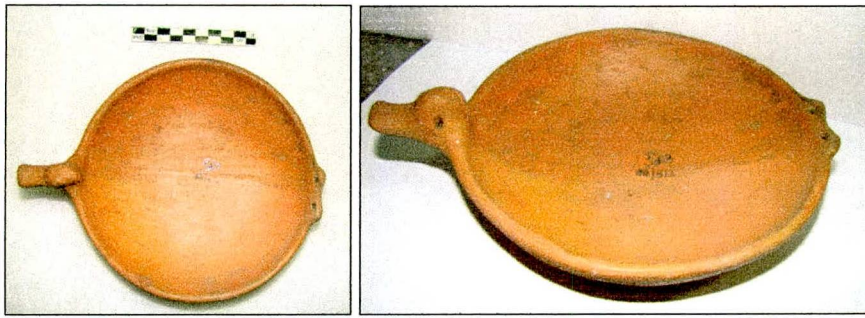


Figura 6.53. Plato MEJBA 3373. Hallado en un entierro de la Casa de los “Platos Pato o Dos Patos” ubicada en la Cima del Pucará (Ambrosetti 1908). Esta estructura, la cual funcionó como una casa-taller incaica es descrita en el Capítulo 7.

El segundo ejemplar identificado dentro de este estilo es un *pelike* de 16 cm de altura, el cual presenta el cuerpo de forma romboidal y contorno irregular, y las asas con leve hendidura remachadas verticalmente al cuerpo y cuello (Figura 6.54). La decoración en negro desleído, aplicada sobre un engobe rojo/anaranjado pulido en líneas horizontales, está estructurada en cuatro bandas horizontales. Dos de ellas, una ubicada en el cuello y la otra en el cuerpo, presentan una hilera de triángulos con espiral. Las otras dos, dibujadas sobre la porción inferior del cuello y cuerpo, están rellenas por un reticulado de línea fina, malla semiabierta y ángulo en diagonal.

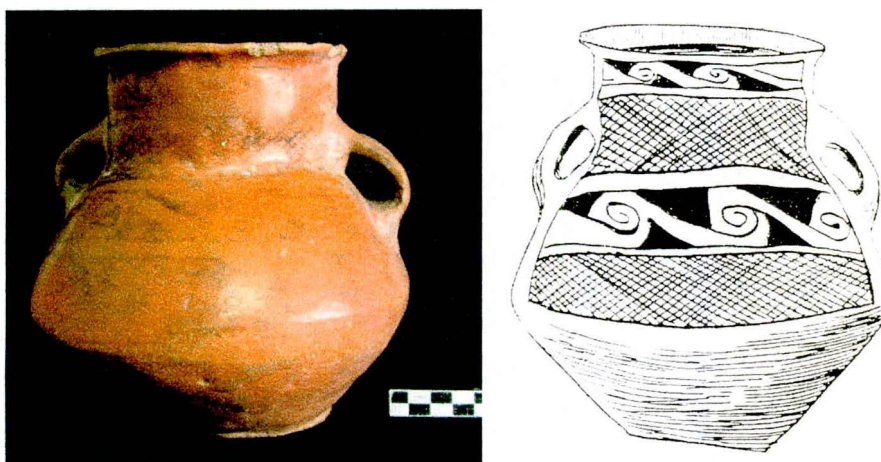


Figura 6.54. Izquierda: *Pelike* MT 2548-MEJBA 4132. Recuperado en 1909 en la Casa 70, descrita a partir del hallazgo de la ollita incisa MT 2457-MEJBA 4139. Derecha: dibujo de Bregante (1926: 190, fig. 226).

Por su color y pintura desleída, la tercera pieza que se podría atribuir a este estilo, pero que debió proceder de la región Chicha de Bolivia más que de la localidad de Yavi y sus alrededores (M.N. Tarragó com. pers., 2012), es una jarra de asa lateral de 16 cm de altura. La forma de esta pieza se vincula con las de las vasijas de cuello



estrecho y base plana descritas por Meyers (1975: 24) para determinar la categoría B 4, o la Forma 3 a, propuesta por Julien (2004: 8). Esta pieza de cuerpo subglobular presenta un punto angular en el cuerpo inferior, próximo a la base (MT 2477-MEJBA 7503) (Figura 6.55). El asa de inserción oblicua se encuentra fracturada. La superficie externa cubierta por un engobe rojo pulido está decorada por cinco triángulos negros encadenados por sus vértices, colocados en el punto de unión del cuerpo con el cuello. Una línea negra también desleída rodea todo el cuello, al igual que el labio.

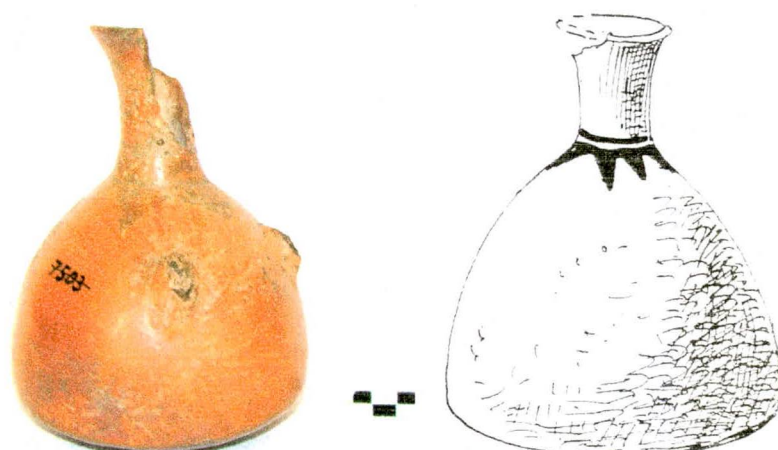


Figura 6.55. Izquierda: jarra de asa lateral MT 2477-MEJBA 7503. Recuperada en 1910, sin referencias sobre su ubicación dentro del Pucará. Derecha: dibujo de Bregante (1926: 273, fig. 326).

Otra pieza que se puede relacionar con la alfarería Yavi-Chicha, es una jarra de asa lateral Inca Paya o Casa Morada Polícromo (Ambrosetti 1907: 56; Bennett *et al.* 1948: 32; Calderari 1991: 153). Se trata de una pieza de 13,5 cm de altura, de cuerpo subesferoidal, con un punto angular entre la porción media y basal (Figura 6.56). A diferencia de la jarra N/R descrita anteriormente, el asa del tipo herradura, que está fracturada, estuvo remachada al cuerpo en posición horizontal. El engobe de la superficie externa es ante a rojo muy pulido. A manera de decoración presenta tres bandas con diferentes motivos en negro desleído. Estas bandas se encuentran dispuestas horizontalmente sobre el cuerpo medio y superior.

La primera banda, próxima a la base, presenta una configuración del diseño en zigzag del tipo angular (Ávila 2006: 69). Cada campo triangular está relleno por un pequeño triángulo con dos volutas que se desprenden desde el vértice superior. Bregante, sosteniendo la opinión de Ambrosetti, describe a este motivo como figura ornitomorfa estilizada en actitud de vuelo (1926: 281). Estos elementos podrían estar



relacionados al motivo del “suri” santamariano (M.N. Tarragó com. pers., 2013). Se encuentran rodeadas por elementos en forma de “E”, a las que Ambrosetti llamó signos de lluvia de tres líneas horizontales (Zaburlín y Otero 2012). Salas consideró errónea esta denominación, sin aportar más datos sobre su interpretación. En su publicación sobre Ciénaga Grande las asocia a la cultura incaica y menciona la posibilidad de que se vincularan al momento de contacto hispano-indígena por el hallazgo de un molar de caballo en un sepulcro de La Paya, el cual aparentemente contuvo una pieza cerámica con este tipo de decoración (Ambrosetti 1902). De igual forma insinúa esta posibilidad para el caso del Pucará de Tilcara, dadas las evidencias de contacto. Sobre esta referencia cronológica, Calderari (1988: 153) menciona que pueden corresponder a la representación de letras vistas por los indígenas en los primeros momentos de contacto. Más allá de estas interpretaciones, los atributos estilísticos de esta jarra en su conjunto claramente responden al momento incaico. Tal como se señaló, los motivos de “E” se registran en el aríbalo Cuzco Polícromo Figurativo presentado anteriormente (MEJBA 7604).



*Figura 6.56. Jarra de asa lateral MT 2332-MEJBA 3756, hallada en 1908 en la Cima del Pucará. En los catálogos figura como recuperada en “Casas de Arriba”. En su diario de campo, Ambrosetti (1908; Zaburlín y Otero 2013) menciona que esta pieza apareció asociada a dos cucharas de hueso, un cincel de bronce, un colgante de piedra y un plato ornitomorfo negro pulido, el cual se describe a continuación.*

En los bordes internos de los campos triangulares completa el diseño de esta jarra la típica guarda ondulada, característica de este estilo. Estos campos triangulares se separan entre sí por una línea recta. La segunda banda presenta una sucesión de líneas rectas espiraladas (Pardo 1939; Runcio 2009), alternadas por un rectángulo y dos pequeños triángulos colocados sobre la línea superior de la banda, y triángulos enfrentados a éstos, dispuestos sobre la línea inferior. La decoración alcanza el área del asa. Incluso, por lo que se puede observar en un fragmento que sale de la inserción del



asa, ésta también estuvo pintada. La tercera banda se dispone sobre el cuerpo superior de la pieza. Se trata de un gran campo reticulado de línea fina y malla abierta, con ángulos en diagonal. Esta banda tiene como contorno una línea fina que recorre todo el punto de unión entre el cuerpo y cuello de la pieza.

Es de estimar, dado los resultados del análisis de la composición de la pasta de este tipo de cerámicas halladas en Catamarca y Salta (Williams 2004), que la jarra aquí descrita también haya llegado desde el área de Yavi, o por lo menos haya sido elaborada por alfareros de esa zona, considerando que el Inca Paya pudo derivar del Yavi Chico Polícromo (Krapovickas 1965, 1983; Tarragó 1984b; Ávila 2006). Ambos estilos, los cuales debieron representar al poder imperial, quizás circularon ampliamente por los mismos circuitos del espacio surandino de distribución de las piezas inca polícromo, entre ellos: Atacama, Arica, el Altiplano Boliviano y el extremo sur de Perú (Tarragó 1984b; Pärssinen, M. y A. Siiriäinen 1997; Tarragó *et al.* 1997; Williams 2004).

Por último, dentro del conjunto de piezas Inca Provincial no local se detectaron nueve piezas a las que por el momento no se las pudo atribuir a un ningún estilo en particular. Estas vasijas fueron clasificadas como Indeterminadas.

Dos de estas nueve piezas corresponden a platos ornitomorfos negros bruñidos (MT 2216-MEJBA 3757 y MEJBA 3482) (Figura 6.57). En los apéndices de estos ejemplares nuevamente se registran distintos tipos de aves. El diámetro de boca del plato que se encuentra completo alcanza los 14 cm.

Este tipo de platos tuvo una amplia dispersión regional. Se los ha detectado tanto en conjuntos de San Pedro de Atacama como en los Valles Calchaquíes Norte (Baldini y Sprovieri 2009).

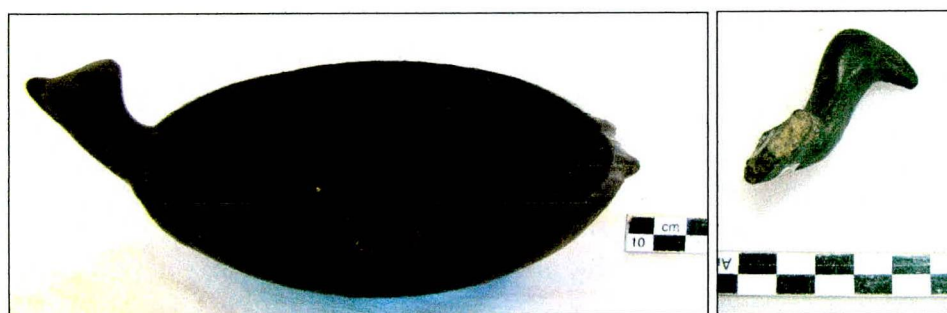


Figura 6.57. Izquierda: plato ornitomorfo MT 2216-MEJBA 3757. Este plato apareció en una de las estructuras de la Cima, junto a la jarra Inca Paya antes mencionada. Derecha: apéndice de plato ornitomorfo MEJBA 3482, hallado en el Morro 2, localizado próximo a la Cima del Pucará.



Otros tres apéndices ornitomorfos componen este conjunto. Uno de ellos representa a la cabeza de un pato decorado en negro sobre castaño. Vista a ojo desnudo, la apariencia de su pasta, muy fina, compacta y gris, podría indicar que este plato no fue elaborado en la Quebrada (MEJBA 8735) (Figura 6.58 a). Los otros dos apéndices presentan mica en sus pastas, un tipo de inclusión que no es frecuente en este área. Ambos tienen aplicados un baño rojizo. En uno de ellos se modeló la cabeza de un pato (MEJBA 8648), que como en otros casos tiene las fauces y los ojos incisos (Figura 6.58 b). En la otra, se representa a un ave de pico curvo, quizás alguna variedad de *Psittacidae*, oriunda de las tierras cálidas (MEJBA 8737) (Figura 6.58 c).



Figura 6.58. a) Izquierda: cabeza de plato ornitomorfo MEJBA 8735. b) Centro: MEJBA 8648. c) Derecha: MEJBA 8737. Estos apéndices no presentan referencias sobre su ubicación dentro del Pucará. Incluso, este último fue registrado con el mismo número de ingreso que uno de los platos Humahuaca Inca N/R aquí descritos.

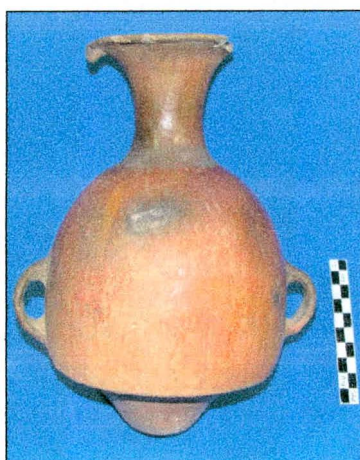
Por otro lado, se identificó un plato que también podría considerarse ornitomorfo por la presencia de dos protuberancias en el borde opuesto al asa de doble inserción (*sensu* Deambrosis y de Lorenzi 1973: 132) (MEJBA 35103) (Figura 6.59). El asa acintada, con una leve hendidura, se encuentra adherida al cuerpo y labio. Además de sus bordes, tiene pintado con cuatro líneas paralelas negras la porción próxima a la boca del plato. También en negro presenta decorado el labio, las protuberancias y los bordes del asa. Como motivo central, ocupando la base interna, posee una cruz de tres líneas paralelas finas que rematan en forma de peine (Pardo 1939: 21, lám. 9, fig. S). La superficie externa de este plato de 15,5 cm de diámetro de boca, está cubierta por un engobe rojo pulido en líneas. El engobe de la superficie interna es rojo a morado pulido en líneas. A pesar de su forma y decoración su cocción no fue cuidada, en diferentes sectores de la cara externa presenta manchas de cocción. Con respecto al contorno de este plato, de borde recto a evertido, presenta un punto angular en el punto de unión del cuerpo y borde.





*Figura 6.59. Plato MEJBA 35103, recuperado en 1929, en el Yacimiento 35, anteriormente mencionado a partir de la descripción de los aribaloides Humahuaca Inca N/R, presentados en las figuras 6.25 y 6.27 y el aríbalo Inca Provincial de la figura 6.45.*

La séptima pieza incluida dentro del Inca Provincial Indeterminado es un aríbalo de cuerpo subglobular y base troncocónica, cuyo engobe y color de la decoración son similares a las del plato anterior (Figura 6.60). Su altura es de 22 cm. Presenta engobe morado pulido en líneas verticales, que por sectores vira al rojo/castaño. A pesar que parte del borde está fragmentado se ha mantenido uno de los bubones que de él se suspendían. Este ojajillo, al igual que el labio y el borde interno, se encuentra pintado en negro. Una franja negra opaca y desleída circunda el punto de unión del cuerpo con el cuello. Un aspecto que llamó la atención durante la revisión de esta pieza, en comparación con otras vasijas, fue su gran peso. Posiblemente se deba a las materias primas seleccionadas para su manufactura.



*Figura 6.60. Aribalo MEJBA 8612, recuperado en 1910, en un entierro de un individuo adulto hallado en la Casa Este 2. Por las referencias espaciales que proporciona Debenedetti (1930: 85), esta Casa se ubica entre los mojones 1 y 2 del faldeo este, que él utilizara para diagramar un plano del sitio. Estos mojones se localizan en el sector reconstruido por Casanova denominado Barrio de la Entrada, ya que desde allí aún hoy se puede ingresar al sitio.*



Entre las nueve piezas indeterminadas solo se detectó una jarra. Se trata de un ejemplar de asa lateral de 12 cm de altura, incluyendo el asa que supera al borde (MT 2575-MEJBA 3618) (Figura 6.61). Esta forma es comparable a las de las *Puchuelas*, descritas por Palma (1998: 29) en base a lo mencionado por Pardo (1939: 11). La porción inferior del cuerpo es tronco-cónica, mientras que la media y superior es subesferoidal. Presenta cuello corto y evertido y el asa acintada con leve hendidura, de proyección casi circular, remachada al cuerpo superior. La superficie externa y el borde interno poseen engobe marrón pulido en líneas, que en algunos sectores se encuentra descascarado. Por la presencia de hollín en la superficie opuesta al asa es posible estimar que esta jarra estuvo expuesta al fuego.



*Figura 6.61. Jarra de asa lateral MT 2575-MEJBA 3618, recuperada en la Tumba B, excavada en 1908. A partir del año de excavación es posible estimar que esta tumba se localizara en la Cima o la Terraza Superior del Pucará.*

Por último, y concluyendo con los ejemplares aislados para el Inca Provincial se registró la base de una olla con pie, de características aproximadas a la que describe Meyer (1975: 24) para la clase formal E 10 (Bray 2004: 367). Ambas superficies están cubiertas por un baño morado alisado (Figura 6.62). La porción inferior de apoyo es cóncava. Su altura es de 4,2 cm y el diámetro del extremo donde se sostuvo la olla es de 3,7 cm. Estas dimensiones demuestran que esta vasija no debió ser de gran tamaño. Bray (2004: 367) establece que el tamaño promedio de estas ollas en las provincias es de 12 cm de alto, y que debieron ser adecuadas para la cocción de una sola porción de consumo individual.



*Figura 6.62. Pie de olla MT 2285- MEJBA 35143, recuperada en 1929 en uno de los Yacimientos que Debenedetti (1930) describió como aislados.*



### 6.4.3. Circulación de bienes y vínculos sociopolíticos

El repertorio de piezas de origen no local halladas en el Pucará demuestra la amplia variedad de estilos que circularon en la época prehispánica tardía, particularmente en tiempos incaicos. Para este momento, quizás como consecuencia de una compleja organización estatal basada, entre otras cosas, en la reciprocidad a través de la redistribución de bienes (Rostworowski 1999). A su vez, porque la cerámica, junto a otros soportes, funcionó como uno de los principales vehículos para la circulación del estilo, necesaria para la promulgación de los códigos políticos e ideológicos del Estado (Morris 1995). De allí que se deba discutir sobre los atributos estilísticos incorporados en la alfarería local, no solo en términos de innovación o repetición sino como el reflejo de múltiples procesos sociales devenidos con el dominio cuzqueño.

La alta representación de los estilos incaicos de diverso origen posiblemente responda a que, a medida que avanzó la anexión de territorios hacia el sur, la Quebrada debió funcionar como uno de los principales corredores de articulación política y económica de la región. Sus vías de comunicación, tanto con las tierras altas como con las *yungas*, debieron llevar a la circulación de personas y objetos que se incorporaron en la esfera social de los habitantes del Pucará. Razón por la cual no se debería descartar que parte de las piezas halladas en este sitio hayan sido elaboradas en el área de Tilcara por alfareros provenientes de otras zonas, utilizando sus técnicas artesanales y hasta materias primas de origen. Incluso, algunas piezas pudieron ser manufacturas con componentes locales pero emulando a objetos de otras regiones. Tal es el caso de las vasijas Angosto Chico Inciso, las que demuestran que la circulación de diferentes modalidades dentro de un estilo foráneo a la Quebrada y su elaboración local se produjo desde siglos previos a la llegada del Inca.

Todas estas posibilidades en torno al lugar de producción y el movimiento de los objetos cerámicos tanto a media como a larga distancia generan una gran complejidad en la clasificación estilística de los conjuntos pre e incaicos hallados en la Quebrada. De allí que dentro de la muestra del Pucará a 21 piezas del grupo Inca Provincial y de los estilos tardíos no locales aún no se les haya podido adscribir un estilo en particular. No obstante esta dificultad para lograr la clasificación total del conjunto, durante el estudio de esta muestra, en síntesis, se registraron vasijas cerámicas que procedieron desde los Andes Centrales, el Altiplano boliviano, la Puna jujeña, los Valles Calchaquíes y las selvas sur y orientales de la Quebrada.



Las piezas procedentes de esta última zona podrían dar cuenta de fluidos contactos entre los pobladores de la Quebrada con los de las *Yungas*, destinados en parte a lograr el acceso a los recursos económicos de diferentes ambientes. Esto quizás refleje la existencia de territorios interdigitados y discontinuos de explotación económica como ha sido planteado para otras áreas surandinas desde tiempos preincaicos a partir de fuentes coloniales tempranas y de la etnografía (Ramírez 1985; Martínez 1999; Sánchez 2004; Platt *et al.* 2006).

El límite sur de esta interdigitación parecería encontrarse en las selvas ubicadas en el extremo meridional de la Quebrada dado que a excepción del cántaro santamariano, presentado en la Figura 6.37 b, no se han detectado otras piezas atribuibles a este y otros estilos afines a los Valles Calchaquíes o al Valle de Lerma. En el caso de la jarra de asa lateral Inca Paya, tal como se mencionó, al ser un estilo de amplia circulación regional pudo proceder de diferentes lugares. Por otro lado, si bien Ambrosetti (1910) planteó una estrecha relación entre los pucos Poma N/R hallados en el Pucará con los del sitio homónimo ubicado en la Quebrada del Toro (la cual hasta le valió su denominación) (Dillenius 1909), desde un primer momento por su alta frecuencia de aparición en los conjuntos de la Quebrada de Humahuaca distintos autores plantearon a este estilo como una modalidad propia de esta región (Bregante 1926; Salas 1945; Cigliano 1967). En años recientes, Cremonte (1992, 1994; Otero y Cremonte 2010) a partir del análisis de las pastas de numerosos ejemplares recuperados en el Pucará pudo comprobar su elaboración local para piezas halladas en distintos sectores del sitio. De allí que se deba profundizar aún más en los aspectos estilísticos, como las variantes decorativas, u otras características tecnológicas para poder determinar el origen de este estilo.

Por lo tanto, la detección de un solo ejemplar procedente del Alto Valle Calchaquí, el mencionado cántaro santamariano, el cual apareció asociado a cerámica inca local, refleja una circulación restringida de bienes posiblemente como consecuencia de la interacción limitada o falta de interacción desde tiempos preincaicos entre los grupos *Omaguacas* y los *Diaguita Calchaquíes* (Tarragó 2006, 2013). A pesar que estas poblaciones se integraron bajo una misma estructura política imperial no por ello su articulación fue más fluida; razón por la cual este cántaro pudo haber llegado al Pucará por distintas circunstancias, si se contempla que los circuitos de circulación de numerosos bienes se modificaron a partir del dominio inca.



Así como de manera estratégica se mantuvieron las diferencias entre diversas etnias, y la distancia social entre poblaciones enfrentadas por situaciones de conflicto y competencia, que pudo ser la situación mencionada para las sociedades de la Quebrada y las entidades políticas Diaguita Calchaquí (Tarragó 2009: 15), en distintas circunstancias se llegaron a conectar grupos sociales que de no haber caído bajo una misma dominación no hubieran tenido ningún tipo de vínculo. Independientemente del traslado de poblaciones, la presencia de objetos procedentes de distintas regiones habrá puesto en conocimiento la existencia de otras sociedades. Por otro lado, además de ser distribuidos para el sostenimiento de las alianzas con las elites locales y la retribución del trabajo prestado a artesanos especializados, tal como se desarrolla en el capítulo siguiente, la entrega de bienes producidos a grandes distancias habrá permitido desde el Estado crear conciencia en las poblaciones locales sobre las dimensiones del territorio y la cantidad de grupos incorporados al *Tawantinsuyu*.

La diversidad de estilos registrada en las piezas no locales del Pucará, en ocasiones representados por un solo ejemplar, abre una ventana a parte del amplio panorama de entidades socio-políticas que se agruparon bajo un mismo sistema. No obstante, mayormente haría referencia a las poblaciones del Altiplano boliviano y Puna de Jujuy. Esto podría responder a la presencia de Chichas en las huestes incaicas durante el proceso de expansión estatal y el traslado de mitimaes para el desarrollo de diferentes actividades productivas.

Para A.R. González (1982), en la provincia de Humahuaca, los mitimaes estuvieron principalmente dedicados a la explotación agrícola o a la defensa de la frontera. A partir de la información etnohistórica, destaca el rol de los Chichas particularmente en la defensa de la frontera oriental. Otros autores sostienen que para lograr la conquista de la Quebrada fue fundamental la acción de estos grupos (Raffino 1993; Palma 1998; Williams 2004). A estas apreciaciones se suma lo mencionado por Lozano ([1733] 1941) acerca de la existencia de grupos Churumatas y Chichas Orejones en el borde oriental. Se ha propuesto que la acepción “orejones” se debe a su filiación con la jerarquía Inca del Cuzco, dado que los orejones eran parte de los capitanes enviados por los Incas durante las conquistas (Salas 1945; González A.R. 1982; Lorandi 1984). De allí que se estima que fueron despachados desde Tarija a la frontera de esta provincia, con la intención de frenar la incursión Chiriguana y cumplir con tareas administrativas.



En relación a las evidencias que podrían indicar la existencia de grupos Chichas ocupando el Pucará, además de las siete piezas Yavi-Chicha, tres Inca Yavi-Chicha y la Inca Paya, anteriormente presentadas, se cuenta con cuatro ejemplares más que no fueron registrados durante este relevamiento pero que fueron descritos por Bregante (1926). Una de ellas corresponde a otra pieza restringida Inca Paya, decorada con suris y chinchillones (MEJBA 8611), hallada en la Casa 55. La segunda es una olla, la cual no presenta referencias en los catálogos del Museo Etnográfico sobre su localización en el interior del Pucará ni sobre su ubicación dentro del Depósito (MEJBA 4897). A partir de los dibujos de esta autora, esta pieza se puede atribuir al Yavi Chico Polícromo (Krapovickas y Aleksandrowicz 1986/1987). Por otro lado se cuenta con dos ollas, que hasta tanto no ver la coloración de sus superficies y el tipo de manufactura no se puede precisar el tipo de variante al que corresponden dentro de este estilo (MEJBA 8138 y MEJBA 4510, esta última hallada en la Casa 61).

La proporción de las piezas atribuibles a estos estilos resulta muy baja en relación al conjunto total de materiales analizados. No obstante, vale reiterar que estas vasijas de paredes de poco espesor y pasta muy fina debieron fragmentarse en mayor medida que otras cerámicas. Razón por la cual quizás no fueron recuperadas durante las primeras excavaciones, en las que se priorizaba la búsqueda de ejemplares completos. De allí que puedan estar subrepresentadas en las colecciones. Cremonte (1992), durante la recolección superficial de fragmentos de cerámica en la transecta trazada desde la Terraza Superior hasta la Cima, registró un número importante de ejemplares Yavi-Chicha, mayormente concentrados este último sector. A su vez, si se tiene en cuenta la presencia de otros estilos también de posible origen boliviano, la proporción en conjunto es mayor. Lo que podría ser un indicador del desplazamiento de poblaciones desde el sur del área circumpuneña (*sensu* Núñez 1979).

## 6.5. Trayectorias de vida

Un aspecto común a todas las piezas que llegaron al Pucará es que fueron objetos de fácil manipulación y transporte, dado su pequeño tamaño. En el caso de los aríbalos ninguno superó los 23 cm <sup>4</sup>, pero no por ello debieron ser menos significativos.

---

<sup>4</sup> Tal como se exhibe en el Museo de Sitio de Chincheros (Valle Sagrado) y el Museo del Inca (Cuzco), los aríbalos Inca Imperial llegaron a superar el metro y medio de altura. En esta región, ni siquiera se



Incluso, el contenido de esas vasijas o el uso para el que fueron diseñadas pudieron ser aún más valorados que los recipientes en sí. Tal como señala Bray (2003a), a través de la cerámica del tipo Imperial, como equipo de cocina y símbolo del Estado, existió una estrecha relación entre la comida, la política y las cuestiones de género. Mediante la cerámica y la comida se marcaban diferencias sociales.

Estas diferencias se debieron promover intensamente en las provincias con el propósito de respaldar la construcción y legitimación del Imperio. El rol de los aríbalos en estas prácticas debió ser fundamental, ya que por su forma se vinculan con el consumo de chicha, una de las bebidas andinas más importantes que en tiempos del Inca cumplió con un papel político ceremonial sumamente destacado (Cremonte *et al.* 2009).

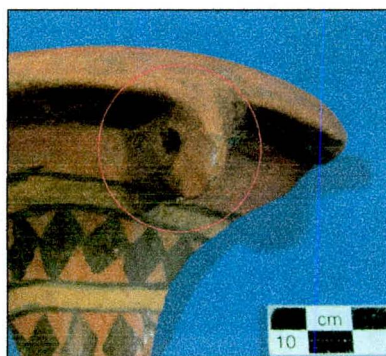
En su estudio de comparación entre la cerámica estatal hallada en el área del Cuzco y la recuperada en las provincias, Bray (2004: 369) sostiene que el aríbalo aparece en mayor frecuencia en éstas últimas. Según sus resultados, en los distritos provinciales comprenden la mitad de las vasijas. En el caso del Pucará también son la forma más representada. Además del aríbalo Cuzco Polícromo Figurativo, entre las ochos piezas Inca Provincial que imitan a la vajilla imperial seis son aríbalos (Tabla 3.6).

En todos estos aríbalos se han detectado marcas que podrían demostrar su uso vinculado a contener, servir y trasladar esta bebida. En algunos de ellos se registra el desgaste de las bases, producto del apoyo de la pieza, y de las superficies de las asas, como resultado del amarre para su transporte. A manera de ejemplo, en el aríbalo MEJBA 8732, la perforación en el bubón u ojalillo adherido al borde y cuello superior presenta marcas oscuras y el engobe deteriorado, quizás, producto del desgaste generado por algún cordón traspasado para suspender la pieza (Figura 6.63). En el aríbalo MT 2546-MEJBA 20864 resulta notorio el alisado intencional de la boca del cuello, el cual posiblemente se hizo para continuar utilizándolo luego de la pérdida del borde (Figura 6.46).

---

registran estos tamaños para las formas elaboradas localmente, entre ellas aribaloides, cántaros y *pelikes*, que también se pudieron utilizar para contener líquidos.





*Figura 6.63. Detalle del desgaste del bubón del fragmento de aríbalo MEJBA 8732, presentado en la Figura 6.47.*

Bray (2004: 370) señala que los aríbalos más comunes en las provincias fueron los simples o sin decoración. En el caso de los hallados en el Pucará, todos estuvieron decorados. Esto podría manifestar la presencia de funcionarios de alto rango y de la retribución por el tributo prestado mediante estos objetos y su contenido. Otras formas que se pueden vincular con el servicio de la chicha son las jarras de asa lateral, en sus diferentes variantes, y los aribaloides, que también por su capacidad volumétrica conservaron una cantidad relativamente baja de líquido, no superando el litro y medio. Por otro lado, esta autora indica que los aríbalos, los platos y las ollas con pie conforman el conjunto mínimo de vajilla para una persona o grupo representante del Estado en las provincias. Los platos podrían representar el servicio de una porción, mientras que las ollas su procesamiento y cocción, particularmente del maíz (Bray 2003 a y b).

En el Pucará, los platos de distintos estilos locales y no locales están altamente representados en proporción a los aríbalos, aribaloides y jarras. Estas tres últimas formas suman un total de 19 piezas, mientras que los platos 18. Entre las variedades ornitomorfas de estos platos, siete corresponden al Humahuaca Inca N/R, tres al Inca Pacajes, uno al Inca Yavi-Chicha, y cinco son descritos como Inca Provincial Indeterminado (Tabla 6.3). Los dos platos restantes corresponden a los ejemplares de asa de doble inserción, uno Inca Provincial Indeterminado y el otro del tipo de los que imitan a los imperiales. Pero si se consideran los valores aportados por Bregante (1926), quien dibuja cinco platos, y al final de la sección indica que se hallaron otros 16, de los cuales algunos se han descrito aquí, su número se incrementa notablemente. Más aún, se debe tener en cuenta que los platos enumerados por Bregante fueron hallados antes de la expedición de 1928/29 de Debenedetti, ya que su tesis es de 1926. Esto implica que posiblemente durante las campañas posteriores se recuperaron más piezas de este



tipo. En nuestra revisión hemos determinado que a excepción del plato de asa de doble inserción Inca Provincial MEJBA 35103, ingresado en 1929, los otros 17 corresponden a las primeras intervenciones del Pucará (años 1908, 1909 y 1910). Esto podría aportar referencias acerca de su distribución, aspecto que se retoma en el Capítulo 8.

En relación a las marcas de uso que pueden dar cuenta de las etapas o fases acumuladas en sus biografías, algunos platos presentan desgaste en sus bases internas. Esto demuestra su reiterado uso (ver por ejemplo: MEJBA 3373; MT 2564-MEJBA 4293; MT 2474-MEJBA 3716; MEJBA 4337), aún para aquellos que posteriormente fueron incluidos como ofrendas mortuorias. En general, es posible que por su tamaño se hayan utilizado de forma personal. El diámetro máximo que se ha registrado para el cuerpo de uno de ellos es de 17 cm.

En comparación con los platos y otras formas restringidas, las ollas con pie aparecen en muy baja proporción, a pesar que Bray (2004: 366) las encuentra más representadas en el interior que en el corazón del Imperio. En esta muestra solo se analizó un ejemplar. Por otro lado, Bregante (1926: 301) en su publicación menciona una segunda pieza ingresada con el número MEJBA 3726, recuperada en la Casa n° 2, excavada en 1908, y que en los catálogos figura como “destruido”. Por otro lado, Debenedetti (1930: 95-96) describe el hallazgo de una tercera olla de este tipo en el Yacimiento 148, el cual será posteriormente abordado.

Es posible que si otras ollas con pie aparecieron fragmentadas y sin decoración, no hayan sido recuperadas por los arqueólogos de principios de siglo, quienes, como se dijo, trasladaban desde el campo a los Museos solo las formas completas, los fragmentos decorados y aquellos que resultaran infrecuentes dentro de los conjuntos. De allí que en las colecciones no abunden las piezas de estilos Ordinario o Peinado, tipos que aparecen altamente representados en los contextos que recientemente hemos excavado, más precisamente en los pisos de ocupación de la Estructura 2 del Sector B y la Unidad Habitacional 1, y en el Basural 2, estos dos últimos ubicados en el faldeo suroeste.

Un gran número de pucos y pucos de asa lateral también presentan desgaste en sus superficies internas. Incluso, algunos de estos últimos poseen hollín en el exterior. De la misma forma en que aparece en las jarras asimétricas, las impregnaciones de hollín aparecen sobre el sector opuesto al asa.

Los pucos de asa lateral posiblemente se utilizaron para calentar alimentos; no obstante se debe considerar que en algunas de estas piezas, el tizado aparece en la



superficie interna (Figura 6.64), lo que podría referir a lo propuesto por Nielsen acerca de su uso como sahumerios (Nielsen y Boschi 2007: 98).



Figura 6.64. Puco de asa lateral MT 2435-MEJBA 35130, recuperado en uno de los Yacimientos que figuran en los catálogos de 1929 como aislados.

Por otro lado, en algunos pucos resultan notorias ciertas manchas oscuras en los bordes. Quizás, estas manchas se formaron durante la ingesta de bebidas o por tomar las piezas desde esos extremos (Figura 6.65 a y b). La forma aplanada del contorno de la boca y la posición asimétrica de las asas pareciera que intencionalmente se hicieron para buscar una mayor comodidad a la hora de beber. Esta posición de las asas permite sostener inclinada la pieza de mejor manera.

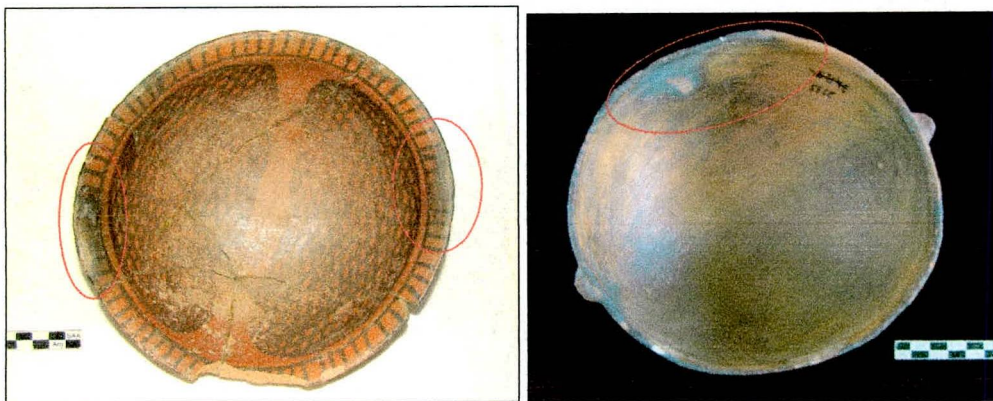


Figura 6.65. a) Puco MT 2338-MEJBA 7396, recuperado en la Tumba 2, excavada en 1910. No se puede precisar en que Sector del sitio se encontraba esta tumba. b) Puco Poma MT 2133-MEJBA 3485, hallado en 1908 en una de las estructuras del Morro 2, ubicado próximo a la Cima.

También se registraron marcas de uso en otras formas. Anteriormente se mencionó el hallazgo de un vaso keriforme MT 2550- MEJBA 35135 en uno de los “Yacimientos Aislados” excavados por Debenedetti (1930), el cual debió ser utilizado para beber chicha (Figura 6.20). Esta pieza se encontró junto a una ollita esferoidal que presenta el mismo tratamiento de superficie y decoración. A pesar de su pequeño



tamaño, 14,5 cm de altura, posiblemente se usó para contener chicha. Las impregnaciones en la pared interna de esta ollita son similares a las registradas en los *virques* actuales, utilizados en la preparación de esta bebida a base de maíz (Cremonte *et al.* 2009) (Figura 6.66). De allí que estarán sujetas a estudios químicos posteriores para comprobar su composición.



Figura 6.66. Izquierda: ollita MT 2464-MEJBA 35133, recuperada en 1929 en un Yacimiento Aislado. Derecha: detalle de las impregnaciones del interior de la pieza.

Dentro del conjunto de materiales se detectó otra ollita de características morfológicas similares a la anterior (MT 2567-MEJBA 4277) (Figura 6.67). No obstante, en su interior se registraron numerosas concreciones salitrosas e impregnaciones similares a las que se observan en las piezas halladas en los contextos funerarios de La Falda. Esta ollita fue hallada en la Tumba 15 de la Necrópolis Norte.

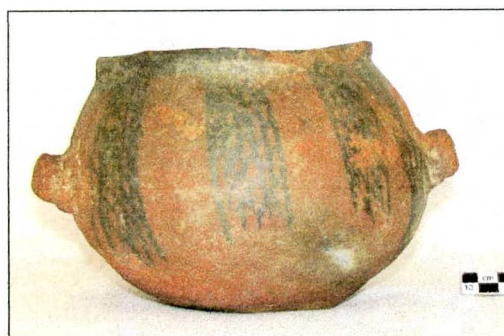


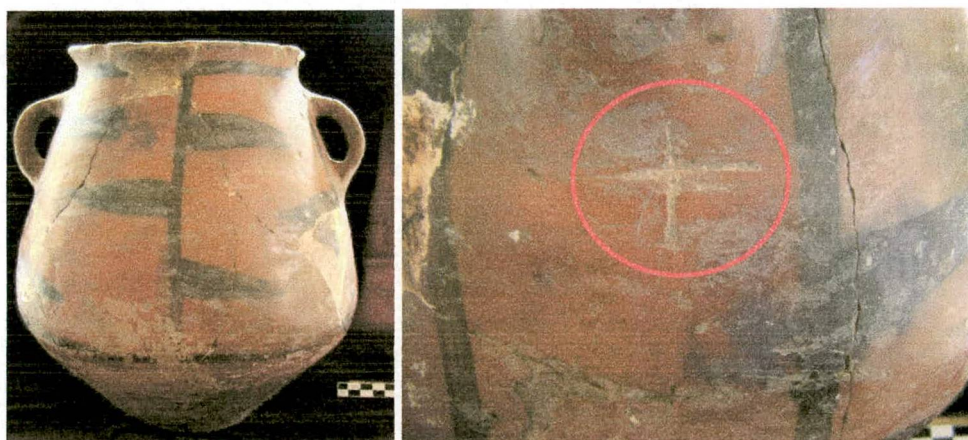
Figura 6.67. Ollita (MT 2567-MEJBA 4277), recuperada en la Tumba 15 de la Necrópolis Norte, mencionada en el epígrafe de la Figura 6.34 a partir del hallazgo de un puco Yavi-Chicha, un puco Humahuaca Inca N/R y una taza de superficies alisadas.

Esta vasija, al igual que otras piezas de esta muestra, dentro de su vida útil cumplió con diversas funciones, entre ellas la de inclusión mortuoria. Un aspecto a destacar es que la gran mayoría de las vasijas recuperadas en sepulturas presentan marcas de uso previo. Es el caso del cántaro MT 3448-MEJBA 35150, que presenta el cuello seccionado (Figura 6.5 a). En ocasiones, las piezas restringidas fueron utilizadas

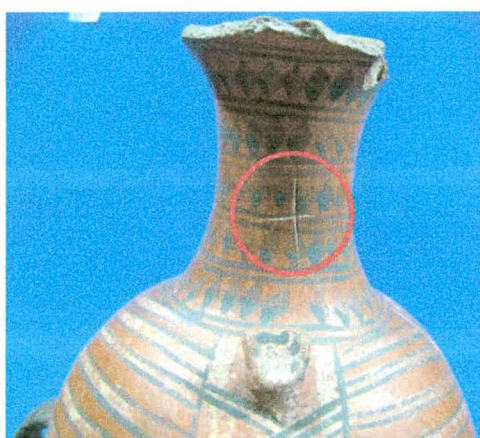


como urnas de párvulos. Para lograr su paso se ampliaban las bocas quitando la porción superior del cántaro u olla (Otero 2006 a).

Existen otro tipo de marcas que quizás también hacen referencia al uso de las vasijas. Se trata de cruces incisas detectadas en las superficies externas de dos piezas restringidas. Estas cruces no fueron realizadas durante el modelado y la decoración de las piezas, sino que se grabaron en una etapa posterior. Quizás se trató de un agregado post-ocupación del sitio (M.N. Tarragó com. pers., 2013), durante la época colonial. No obstante, por el momento no se puede determinar su significado, ni la razón por la cual se realizaron. Una se identificó colocada por debajo del asa de una olla subglobular Humahuaca Inca N/R con motivos de banderines (MT 2682-MEJBA 14201) (Figura 6.68 a). La segunda se registró en el cuello del aríbalo Inca Provincial MEJBA 35100, anteriormente presentado (Figura 6.68 b).



*Figura 6.68. a) Olla MT 2682-MEJBA 14201, hallada en 1910. Lamentablemente no se cuenta con información sobre su ubicación dentro del Pucará.*



*Figura 6.68. b) Aríbalo Inca Provincial MEJBA 35100, presentado en la Figura 6.45.*



Por otro lado, se identificó una cruz pintada en negro en el asa del aribaloide presentado en la Figura 6.27, estilo Humahuaca Inca N/R y también decorado con banderines. A diferencia de las piezas que presentan las cruces grabadas, parecería que en este caso fue pintada durante su manufactura (Figura 6.69). Un aspecto a destacar, si bien se indicó anteriormente, es que este aribaloide apareció en el mismo Yacimiento, el número 35 de 1928/1929, que el aríbalo Inca Provincial previamente descrito. De allí que podría considerarse que tanto la cruz incisa como la pintada hayan sido elementos que compartieron un mismo significado dentro del sistema simbólico. López (2004) trabajó sobre las marcas en las bases de algunas piezas que podrían hacer referencia al artesano que las elaboró a manera de identificación personal. En este caso, esto es difícil de estimar ya que, a diferencia del aribaloide, el aríbalo Inca Provincial (MEJBA 35100) quizás no fue elaborado en la Quebrada; razón por la cual pudieron ser manufacturados por diferentes alfareros.



Figura 6.69. Aribaloide MT 2196-MEJBA 35102, presentado en la Figura 6.27. Recuperado en el Yacimiento 35, junto al aribaloide Humahuaca Inca N/R de la Figura 6.25, al aríbalo Inca Provincial, anteriormente mencionado, y el plato de asa de doble inserción Inca Provincial, ilustrado en la Figura 6.59.

Por otro lado, se registran ciertas improntas personales que demuestran “licencias” por parte de los artesanos. Entre ellas podemos mencionar el agregado de elementos que irrumpen en el patrón decorativo. Un ejemplo de ello es el *pelike* MT 2696-MEJBA 5085 (Figura 6.70). En una de sus caras, entre las dos bandas compuestas por triángulos con apéndices paralelos aparece pintado un conjunto de líneas cortas oblicuas colocadas a ambos lados de una línea fina. Este tipo de motivo suele aparecer asociado a estos triángulos en los pucos del momento preincaico. Quizás, su inclusión responda a la intención de mantener y transmitir el significado que ambos motivos manifestaban conjuntamente y, a su vez, a continuar con la práctica de una pauta estilística previa a la anexión incaica.





*Figura 6.70. Pelike MT 2692-MEJBA 5085. Ilustrado previamente en la Figura 6.24.*

Otra pieza en la que pareciera que se quisieron transmitir numerosos significados a través de la representación conjunta de distintos elementos es la ollita MT 2345-MEJBA 4308. La decoración de esta ollita, de 17 cm de altura, reúne un importante número de los motivos que se utilizaron para decorar la cerámica de la Quebrada. Sobre un engobe rojo pulido, que por sectores vira al castaño, en una de sus caras presenta de forma vertical dos bandas reticuladas en ángulo en diagonal. Entre las bandas se disponen un espiral de cinco vueltas, como motivo central, y uno de menor tamaño, que cubre la porción inferior del cuerpo (Figura 6.71 a). La otra cara presenta dos bandas horizontales, redondeadas en los extremos, rellenas de un reticulado de características similares al de las bandas verticales (Figura 6.71 b). No se puede determinar si estas bandas se encuentran unidas ya que la decoración se encuentra parcialmente desleída. Colocados en el extremo izquierdo de la banda superior aparecen representados dos *tupus*, uno con una punta en espiral, el otro con el extremo semilunar (Figura 6.71 c). Correspondiente a la cara que presenta las bandas verticales, en el borde interno se distinguen dos triángulos de apéndices paralelos encadenados entre sí y que continúan en una banda reticulada de ángulo casi recto (Figura 6.71 d). El cuerpo inferior posee una perforación como si la pieza hubiese sido “matada”.



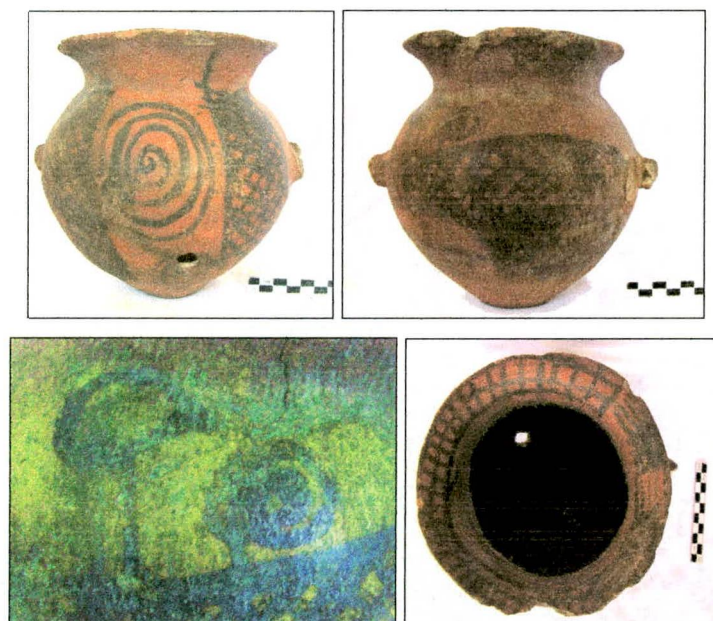


Figura 6.71. a) Frente de la ollita MT 2345-MEJBA 4308, recuperada en 1908 en la Necrópolis Norte. En los catálogos no se especifica el número de tumba donde fue hallada. b) Reverso de la misma olla. c) Detalle de los motivos de tupus colocados en uno de los extremos de una banda reticulada, los colores fueron alterados para una mejor representación del detalle. d) Borde interno de la olla.

La sumatoria de los motivos seleccionados para decorar la pieza y la configuración del diseño hacen que esta ollita sea un ejemplar único. El agregado de los *tupus*, además de hacer referencia al momento incaico, quizás resalte un rasgo femenino, tal como lo señala López (2006: 177) para una fuente Humahuaca Inca N/R MEJBA 8741, también recuperada en el Pucará.

Al igual que en esta ollita, en la subesferoidal MT 2567-MEJBA 4277, presentada en la Figura 6.67, el diseño es diferente en ambas caras (Figura 6.72). En una de ellas presenta una banda central reticulada, delimitada en cada margen por una hilera de cuatro banderines negros. En la otra cara se registran cuatro bandas verticales reticuladas, ubicadas asimétricamente entre sí. En el borde interno presenta rayas paralelas colocadas de forma diagonal.



Figura 6.72. Ollita (MT 2567-MEJBA 4277), ilustrada previamente en la Figura 6.67.



Por último se registran errores o descuidos en el diseño de algunas piezas. A manera de ejemplo el plato ornitomorfo MEJBA 4337 presenta el agregado de una línea paralela a una de las bandas cruzadas para mantener la simetría y el pintado del reticulado de un damero de manera inconclusa (Figura 6.73 a). En una fuente Humahuaca Inca N/M, un damero, el cual no debía presentar decoración, se encuentra parcialmente pintado (Figura 6.73 b).



*Figura 6.73. a) Izquierda: plato MEJBA 4337, mencionado previamente y graficado en la Figura 6.22. b) Derecha: fuente MEJBA 3309, en los catálogos no presenta referencias precisas sobre su ubicación. Figura como recuperada en una de las estructuras que se encuentran en los alrededores del Morro 2, próximo a la Cima del Pucará.*

## **6.6. Síntesis del capítulo**

En este capítulo se abordó el análisis de los materiales recuperados durante las excavaciones desarrolladas en el Pucará por Ambrosetti (1908), Debenedetti (1930) y Casanova (1970), que actualmente se conservan en los Depósitos de los Museos Etnográfico “J.B. Ambrosetti” y Arqueológico “Dr. E. Casanova” (FFyL-UBA). En primera instancia, se caracterizó la composición de la muestra, conformada por 659 objetos confeccionados en hueso, lítico, metal, madera y cerámica, así como por trozos de minerales.

Principalmente, en esta sección de la tesis se presentó el estudio de la cerámica (N= 305), diferenciando dos grandes conjuntos según su origen. Por un lado se describieron los estilos cerámicos tardíos y la cerámica incaica de la Quebrada de Humahuaca, atendiendo a la identificación de representaciones que hicieran referencia a



la demarcación de rasgos identitarios así como a la transformación de ciertos motivos y formas de las piezas producto de la dominación imperial. Por el otro, se enumeraron las piezas atribuidas a los estilos tardíos y la cerámica incaica procedente de otras regiones.

El variado repertorio de estas piezas permitió reconocer la amplia circulación de bienes durante toda la época tardía, posiblemente intensificada durante la dominación incaica no solo como consecuencia del traslado de objetos sino de grupos humanos como mitimaes. Por último se reflexionó sobre diversos aspectos vinculados a las trayectorias y usos de estos recipientes a partir de la identificación de ciertas marcas, tanto en vasijas que llegaron al Pucará desde otras regiones de los Andes como en las elaboradas localmente. La biografía de algunos de estos objetos se profundiza en los capítulos siguientes, al ampliar las características de los contextos de consumo y los circuitos de circulación de los mismos.

